

EL
PERMANENTE
DON DE
PROFECIA

A. G. DANIELLS

EL PERMANENTE
DON DE PROFECIA

ARTURO G. DANIELLS

BIBLIOTECA
DEL HOGAR
CRISTIANO

*El
Permanente
Don de Profecía*

Arturo G. Daniells

ASOCIACION CASA EDITORA SUDAMERICANA
Avda. San Martín 4555, 1602 Florida,
Buenos Aires, Argentina.

Índice

I. LA DISPENSACION PATRIARCAL

Prefacio	7
Introducción	9
1. La Concesión del Don de Profecía	13
2. Definición de los Términos Proféticos	22
3. El Don en la Dispensación Patriarcal	39

II. LA DISPENSACION MOSAICA

4. Manifiesto Desde Egipto a Canaán	51
5. De José a Samuel	59
6. Durante la Rebelión de Israel	73
7. La Dirección Profética de los Reyes	83
8. El Ministerio de los Profetas de Israel	90
9. Durante la Crisis Provocada por el Paganismo .	99
10. La Obra Profética de Eliseo	118
11. Los Ultimos Profetas de Israel	132
12. Los Profetas de Judá	141
13. Siete Escritores Profetas	151
14. Los Profetas del Cautiverio	162
15. Profetas Ulteriores al Cautiverio	169

III. EL PERIODO APOSTOLICO

16. El Don en los Días de los Apóstoles	182
17. El Testimonio del Siglo Segundo	193

IV. LA ERA CRISTIANA

18. Evidencias en los Siglos Tercero y Cuarto	210
19. Separaciones de la Iglesia	223

Título del original: *The Permanent Gift of Prophecy, Review and*
Herald Publishing Association, Hagerstown, MD, E.U.A.

Segunda edición, 1962
Primera reimpresión, 1980
Segunda reimpresión, 1996 (2.000 ejemplares)

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Printed in Argentina

Es propiedad. © ACES
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 950-573-548-0

231.74 Daniells, Arturo G.
DAN El permanente don de profecía - 2a. ed., 2a. reimp. - Florida
(Buenos Aires): Asociación Casa Editora Sudamericana, 1996.
433 p.; 17x12 cm.
ISBN 950-573-548-0
I. Título - 1. Revelación divina

Impreso, mediante el sistema offset, en talleres propios.
180496

—36474—

20. La Luz Penetra en las Tinieblas	240
21. La Reforma y el Período Ulterior	247
22. Se Acerca la Gran Consumación	258
23. El Despertar de la Esperanza Adventista	269

V. LA HORA DEL RESIDUO

24. El Don Renovado en la Iglesia Remanente	283
25. Una Sólida Base de Confianza	296
26. Los Asertos Probados por la Palabra	311
27. Los Asertos Probados por sus Frutos	332
28. Establecimiento del Colegio Misionero de Australia	350
29. Frente a una Crisis en la Obra de Publicaciones	366
30. Salvados de las Enseñanzas Panteístas	375
31. La Mudanza Providencial a Washington	391
32. Nuestra Facultad de Medicina de Loma Linda .	404
33. La Confianza Confirmada por Hechos Personales	416
34. Creed en el Don de Profecía	424

Prefacio

DURANTE un tercio de siglo he tenido el privilegio de presentar, con creciente amplitud, algunas de las evidencias referentes al tema de este libro: *El Permanente Don de Profecía*. Esto especialmente se aplica a lo tratado en los primeros y últimos capítulos relativos a las evidencias bíblicas de la permanencia de los dones espirituales, pero más particularmente a su concesión a la iglesia remanente en los últimos días. Durante años se pidió en diversos congresos ministeriales y concilios de la Asociación General que estos estudios fuesen compilados en forma de libro. El autor prometió hacerlo, y se ha entregado con placer y satisfacción a ese trabajo.

Este libro trata de un solo tema: *El Permanente Don de Profecía*. Ese don de profecía ha sido el método elegido por Dios para revelarse a la familia humana después que el hombre quedó arruinado por el pecado. Antes de quedar apartado de Dios por esa maldición extraña y agostadora, tenía libre y pleno acceso a la presencia de su Creador; pero después de la caída, se cerró ese camino. Desde entonces, un velo oscuro ha separado al hombre de la presencia de Dios.

Sólo mediante hombres escogidos y llamados por su voluntad soberana, ha revelado Dios sus propósitos y anunciado lo futuro. La concesión del don de profecía a una persona, la convierte en profeta. Por lo tanto, la dádiva y el uso de ese don pertenecen exclusivamente a Dios. Acerca de aquellos a quienes llama al cargo de profeta, dice: "Y él les dijo: Oid ahora mis palabras. Cuando haya entre vosotros profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él" (Núm. 12: 6).

Quando nació Juan el Bautista, la facultad de profetizar cayó sobre su padre Zacarías. Siendo "lleno del Espíritu Santo", "profetizó diciendo: Bendito el Señor Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo". En un arrebató del gozo que sentía por el advenimiento del tan esperado Mesías para dar "conocimiento de salud a su pueblo por la remisión de sus pecados mediante la fe en su nombre", Zacarías testificó que Dios había hablado "por boca de sus santos profetas que fueron desde el principio". Esta declaración muy expresiva y significativa respecto de la concesión y continuación del don de profecía en la antigüedad fue repetida por el apóstol Pedro, quien declaró que "habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo" (Hech. 3:21).

Este don de profecía así concedido había de permanecer en la iglesia desde Adán hasta el segundo advenimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, cuando él venga a llevar a sus redimidos al paraíso. No cesó con los apóstoles, sino que se lo puede rastrear a través de los siglos hasta los últimos días de la historia humana, precisamente antes del regreso de nuestro Señor. Cuando ocurra este supremo acontecimiento de todas las edades, entonces, y no antes, acontecerá lo que menciona el apóstol Pablo:

"El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará" (1 Cor. 13:8-10).

La búsqueda de manifestaciones de este don misericordioso a través de los siglos ha sido un estudio fascinante e iluminador. Como es de suponer, ha requerido mucha investigación. Por gran parte de esta investigación, y la lectura y corrección de este manuscrito, debo agradecer a muchos amigos que se han interesado profundamente en la preparación de este libro.

ARTURO G. DANIELLS

Introducción

LA IGLESIA ha aguardado por mucho tiempo la aparición de este libro, y hace mucho que lo necesitaba. Trata de una manera única, amplia, abarcante y adecuada, la provisión divina hecha para que permaneciese el don de profecía en la verdadera iglesia de Dios en todas las épocas y dispensaciones, y presenta un estudio cabal de la menos comprendida y más vilipendiada de las tres grandes señales distintivas de la verdadera iglesia en los últimos días: la observancia de "los mandamientos de Dios", "la fe de Jesús", y "el espíritu de profecía". Esta iglesia remanente es la que completa la interrumpida reforma del siglo XVI, que restaura la plenitud de la fe y prácticas apostólicas, y que ha de tener como una de sus características distintivas, lo cual es bastante significativo, la manifestación de los dones prometidos del Espíritu.

La iglesia necesitaba este libro por la cordura de sus conclusiones, y por la forma razonable y convincente con que aborda el tema. En muchas mentes han imperado graves equivocaciones acerca de todos los dones espirituales, pero especialmente acerca del don de profecía. Algunas personas han fomentado conceptos burdos y ridículos. Han aparecido engañosas falsificaciones para simularlo y acosar a los que creían en las verdaderas manifestaciones, a fin de poner en duda y desacreditar todo lo que Dios había provisto.

Por lo tanto, es verdaderamente reconfortante encontrar una presentación tan notable por su cordura y equilibrio. Estas cualidades básicas se han unido de un modo feliz con una lealtad inquebrantable a la palabra de verdad, y fidelidad a los hechos registrados. Esta exposición puede describirse adecuadamente como digna, erudita y bíblica, y destinada a ser un clásico en su campo de estudio.

Este libro eleva el don de profecía por encima de lo extraño, lo fantástico y lo raro, y lo presenta como

el método uniforme elegido, revelado y establecido por Dios para comunicarse con su pueblo escogido en la tierra, separado de su presencia por el pecado desde la caída del hombre.

Como argumento supremo para que aceptemos ese don, el autor presenta el carácter y el contenido de los mensajes proféticos mismos, y la evidencia interna como el factor determinante, sujeto a pruebas morales definidas y bien claras. Los fenómenos físicos, que pueden o no acompañar a la concesión de visiones y revelaciones de Dios, pueden servir a veces para llamar la atención y convencer al espectador. Estas cosas tienen indudablemente su lugar y tiempo en la manifestación del don a la iglesia, especialmente en los comienzos del ejercicio de ese don, antes que haya registros escritos o libros preparados y autorizados por el instrumento elegido. Pero cuando estas cosas aparecen como fruto del don, llegan a ser, lógica e inevitablemente, la prueba suprema de la validez y el criterio relativo a su verdad o falsedad.

Satanás puede reproducir los fenómenos materiales, y lo ha hecho con los manifestados en los santos profetas, de tal manera que acusa y aturde a los que quieren juzgar principalmente por las pruebas físicas. Pero ni el hombre ni el diablo pueden simular la exaltada pureza, la verdad y el carácter consecuente de lo genuino, señalado por la armonía con los hechos históricos y científicos, la fidelidad a los principios de la verdad, los dictados de la conciencia y las exigencias del sentido común; y para coronarlo todo, la percepción de los secretos del corazón humano, y la sabiduría y presciencia de Dios. El autor nos da evidencia satisfactoria basada en estos factores determinantes, particularmente en lo que respecta a la manifestación de este don en los últimos días.

Una de las mayores contribuciones de este libro es la sección que abarca los siglos que median entre la muerte de los apóstoles y la misericordiosa concesión

del don de profecía a la iglesia remanente. Por cuanto yo sepa, nadie ha intentado antes un estudio tan abarcante, aún cuando esta exposición no se ofrezca como un estudio acabado que agote el tema sino más bien como una introducción. Está destinada a establecer sobre evidencias el principio fundamental y el hecho atestiguado de la continuación del don de profecía desde la muerte de los apóstoles hasta el presente, como en todas las demás edades y dispensaciones desde la caída del hombre.

La premisa fundamental del autor es incontrovertible, a saber, *que cuando el pecado destruyó la comunión directa entre el cielo y la tierra, Dios dio a los hombres el don de profecía, se lo garantizó a su iglesia, y nunca ha sido permanentemente retirado desde que fue concedido.* Hubo, por supuesto, intervalos durante los cuales no se oyó voz profética alguna. Pero este don, como los demás dones espirituales, ha vuelto a aparecer periódicamente a través de los siglos, para dirigir en tiempos de crisis, para instruir y amonestar, y a veces predecir, según Dios lo eligiera o la iglesia lo necesitara.

Para la preparación de un trabajo como éste, nadie estaba mejor calificado que el autor, debido a su relación única con la iglesia remanente en general y con la persona a quien Dios eligió como su mensajera especial y portavoz en estos días finales de la historia humana. Fue durante cincuenta años predicador de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, y durante veintiún años presidente de nuestra Asociación General. La época en que él dirigió la obra mundial del movimiento adventista incluyó no sólo el período en que se echaron los cimientos de su gran expansión, sino también en el que se produjeron sus mayores crisis. Abarcó además los años finales del testimonio maravilloso de Elena G. de White para el movimiento adventista, hasta la cesación de sus actividades con el sueño de la muerte ocurrida en 1915.

El conocimiento que de la Sra. de White tuvo personalmente el autor, abarcó los últimos veintiocho años de la vida de ella. Durante los últimos veintitrés años de ese tiempo, mientras él era presidente, primero de la Asociación Australasiana y luego de la Asociación General, existió, debido a la naturaleza de sus tareas, un trato continuo que le proporcionó muchas oportunidades de conocer su vida, su carácter y su obra.

Los episodios presentados por el autor para ilustrar la evidencia conspicua y satisfactoria de este don divino en la iglesia remanente son el fruto de este largo conocimiento y observación personales. Este libro no incluye los primeros incidentes de la vida de la señora de White, ya divulgados por otros libros, sino que se dedica a recalcar más bien las fases más amplias de su vida ulterior en las cuales estaban en juego grandes intereses, y en algunas oportunidades hasta el mismo destino de la denominación. Estos antecedentes conforman, por consiguiente, anales inestimables para nuestro saber y admonición, y constituyen una evidencia indiscutible para confirmar nuestra fe.

Producida en el ocaso de la vida del autor, esta obra contiene las conclusiones maduras, producto de un largo y eficaz estudio, fortalecido por décadas de presentación oral en todo el mundo, y madurado por recientes años de intenso repaso e investigación. Aunque los principios que entraña son profundos, es de estilo sencillo y directo, como corresponde a un tema de tan elevado carácter. Este trabajo tiene por lo tanto una madurez y autoridad que lo hacen muy valioso. Es un legado sagrado para la iglesia que tanto amaba nuestro veterano dirigente, y en cuyo ministerio sirvió tanto tiempo y tan fructíferamente. Se publica con su ruego de que beneficie, ilumine, consuele y fortalezca a la iglesia, objeto del tierno cuidado y elección de Dios.

L. E. FROMM

I. La Dispensación Patriarcal

CAPITULO 1

LA CONCESION DEL DON DE PROFECIA

EL DON de profecía es uno de los dones más selectos de Dios dado a la familia humana. En realidad, sigue en importancia al don supremo del Hijo unigénito de Dios y de su Espíritu Santo concedidos a un mundo extraviado por el pecado.

Pero al dar a su Hijo fue necesario que Dios concediese otro don: el don de profecía. Era imperativo. Era necesario como un medio de comunicación por el cual Dios pudiese decir a un mundo perdido por qué había dado a su Hijo único. Por este conducto —el don de profecía— Dios se mantuvo en comunión con el hombre desde la caída. Por este método de comunicación ha estado dando mensajes de información, dirección, amonestación y súplica a toda la familia humana.

Al hacer esto, el Señor ha levantado misericordiosamente la cortina que separa su mundo de luz de nuestro mundo de tinieblas. Por esa abertura la gloriosa luz de su mundo sin pecado penetra en nuestro mundo rodeado de tinieblas morales. La entrada de esa luz ha traído nueva visión, nueva esperanza y la vida transformada que Dios se proponía impartir al dar a su Hijo.

Las revelaciones que Dios ha hecho a los hombres mediante el don de profecía han sido, en parte a lo menos, registradas y conservadas para beneficio de todo el mundo en todas las épocas. Por eso existe la Biblia, el sagrado y divino libro que lleva el nombre de "Palabra de Dios".

El origen maravilloso del hombre

El relato inspirado arroja raudales de luz sobre todo lo que contemplamos arriba, debajo y en derredor de nosotros. Nos hace remontar hasta los comienzos. Revela el origen de las cosas, de nuestro mundo, de la familia humana, y de aquella misteriosa enfermedad que llamamos pecado. Derrama torrentes de luz sobre el significado de la situación en que nos hallamos. Predice el futuro hasta el fin del tiempo.

En la Palabra inspirada se nos presenta un relato breve y racional del origen del hombre y del comienzo de la historia y de la familia humana. Es, a decir verdad, el único relato auténtico y satisfactorio que poseen los hombres. La declaración inicial es ésta:

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Gén. 1: 1).

Luego sigue el relato de una semana de creación. El informe de lo hecho en el sexto día de la semana describe el origen del hombre:

“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (vers. 27).

Según esta Palabra inspirada, el hombre fue creado por Aquel que hizo las miríadas de enormes mundos que llenan el universo. En relación con este mundo el hombre era la obra culminante del Creador; más grandiosa, maravillosa y noble que todo lo demás que Dios había creado. Dotado de cualidades físicas, intelectuales, morales y espirituales perfectas, ocupaba el lugar más elevado del mundo cuyo señorío recibió de su Hacedor.

Antes que entrara el pecado en este mundo, Adán y su compañera Eva eran honrados y bendecidos por la relación libre y directa con su Creador y otros miembros de la familia celestial. Se les permitía contemplar la gloria de Dios, y estar en comunión con él “sin velo separador”. Es razonable creer que en ese

trato íntimo con su Creador recibían de él la información que necesitaban acerca del gran propósito divino de la creación, y también de su relación con el Creador y el mundo en el cual se hallaban colocados.

Los comienzos de la historia humana

“Y Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado” (cap. 2: 8).

Ese hombre y esa mujer perfectos fueron colocados en un ambiente también perfecto, dotados de las posibilidades más atrayentes y gloriosas. El paraíso era su hogar. Habían de ser los padres de la familia humana. Ejercerían dominio sobre toda la tierra, un dominio glorioso en el cual no habría de distinguirse nota discordante alguna. No existiría el pecado; y por ende serían desconocidos sus horribles resultados tal como los conocemos hoy: enfermedad, dolor, sufrimiento, pesar y muerte. La tierra se poblaría de una raza sin pecado, y todo lo que entrara en ese reino debía proporcionar gozo a los habitantes durante toda la eternidad.

“El primer hombre creado por Dios era, pues, perfecto; fue puesto en un ambiente perfecto y tenía comunión perfecta con Dios. La armonía reinaba en él, en todas sus relaciones con las criaturas inferiores y con el Creador soberano que lo regía. En su vida y fuera de ella, había todo lo necesario para fomentar la completa sumisión a la soberanía de Dios y la perfecta obediencia a su voluntad” (Ruth Paxton, *Life on the Highest Plane*, tomo 1, pág. 38. New York; 1928).

La trágica entrada del pecado

Tal era el admirable futuro que el Señor planeó para la familia humana. Pero nuestros primeros padres dejaron trágicamente de apreciar su gloriosa perspectiva. Le fueron infieles allí, en su hogar paradisíaco,

en posesión y deleite de todo lo que Dios les había concedido. Escucharon las viles insinuaciones del que había llegado a ser enemigo de su benéfico Creador. Cediendo a la influencia y las sugerencias de aquel enemigo, desobedecieron la orden de Dios. Su pecado trajo una terrible tragedia sobre el mundo.

Después que pecaron, Adán y Eva oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto al aire del día.

"Más Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú?"

"Y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo".

"Entonces Jehová Dios dijo. . . ¿Qué es lo que has hecho?"

"Y al hombre dijo: Por cuanto. . . comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa".

"Y lo sacó Jehová del huerto del Edén" (cap. 3: 8-10, 13, 17, 23).

Así, "el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte". "Por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores". "Reinó la muerte desde Adán hasta Moisés". (Rom. 5: 12, 19, 14.)

Este mal proceder acarreó incalculable desgracia a Adán y Eva. Perdieron la dulce y grata inocencia que habían tenido, y la hermosa vestidura de la justicia de Dios que los había ataviado. El virus del pecado entró en sus corazones y quedaron "atestados de toda injusticia" (cap. 1: 29). Todo el mal mortífero en que la raza humana se ha sumido durante seis mil años estaba presente en su etapa embrionaria en aquella fatal hora de desobediencia, listo para iniciar el más poderoso esfuerzo posible para derrotar el propósito divino.

"La caída del hombre llenó todo el cielo de tristeza. El mundo que Dios había hecho quedaba mancillado

por la maldición del pecado, y habitado por seres condenados a la miseria y a la muerte. Parecía no existir escapatoria para aquellos que habían quebrantado la ley. Los ángeles suspendieron sus himnos de alabanza. Por todos los ámbitos de los atrios celestiales, había lamentos por la ruina que el pecado había causado" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 48).

"Esa hora —escribe J. W. Westphal— fue la más sombría que este mundo haya visto jamás. No hubo desde entonces un momento en que la estrella de la esperanza no haya resplandecido para atravesar aun las tinieblas de la medianoche. Pero en aquel momento no había un solo rayo de luz para alegrar a la pareja aturdida, pecaminosa y llena de pesar. Habían experimentado las primeras angustias de la muerte, y aunque todavía mucho les estaba oculto, sabían perfectamente que en la conducta que habían elegido no existía esperanza de alivio. Separados de Dios, no tenían reposo. Se habían identificado con el enemigo de Dios".

El destierro del Edén

Para Adán y Eva la situación era sombría, trágica y sin solución. Un gran cambio se había producido en el hombre mismo, y ello implicaba un cambio en el ambiente, en su relación con Dios, y en su comunión con su Hacedor. El pecado acabó trágicamente con la asociación personal y la libre comunión con Dios que se le habían concedido a la primera pareja. Llegó a ser el velo que separaba al hombre de su Dios. Esta separación era inevitable, porque acerca del Creador se dice: "Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio" (Hab. 1: 13). Se dice claramente a los hombres caídos: "Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír" (Isa. 59: 2).

El hombre debía quedar separado ahora de la comunión directa con sus compañeros celestiales y sin pecado. Ya no podía morar en la presencia de Dios, ni permanecer en el paraíso. "Y lo sacó Jehová del huerto del Edén. . . y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida" (Gén. 3: 23, 24).

"Con humildad e inenarrable tristeza se despidieron de su bello hogar, y fueron a morar en la tierra, sobre la cual descansaba la maldición del pecado" (*Id.*, pág. 46).

Un rayo de luz y esperanza

Pero esta apenada pareja no fue desterrada de su hogar edénico sin un rayo de luz y esperanza. Antes de ser despedida fue convocada ante el Señor, juntamente con Satanás, para oír la terrible sentencia que iba a declararse. Pero en la sentencia que Dios pronunció sobre Satanás, el que había labrado la ruina de ellos, oyeron estas alentadoras palabras: "Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar" (vers. 15).

"La primera indicación que el hombre tuvo acerca de su redención la oyó en la sentencia pronunciada contra Satanás en el huerto. . . Esta sentencia, pronunciada en presencia de nuestros primeros padres, fue una promesa para ellos" (*Id.*, pág. 51).

Esta breve predicción de un gran conflicto entre Cristo y Satanás, y la promesa del triunfo último y absoluto de Cristo y de la derrota completa de Satanás, deben haber suavizado hasta cierto punto el pesar de Adán y Eva mientras abandonaban para siempre lo que una vez fuera su feliz hogar. Sí, había luz y esperanza en aquella profecía y promesa. En su abundante misericordia y sabiduría infinitas, Dios había

provisto la solución al terrible problema que la desobediencia había creado. Dios había trazado un plan por medio del cual la humanidad pudiera ser redimida de lo peor que el pecado podía traer sobre la especie. Esto fue oscuramente revelado en la sentencia pronunciada sobre el maligno instigador del mal.

Efectuar la reconciliación del hombre con Dios, redimirlo de la maldición del pecado, y restaurarlo al hogar paradisiaco del cual había sido desterrado, ése era el plan que había sido ideado desde hacía mucho, y que se comunicaba ahora al tentador a oídos de la pareja culpable. Satanás podía en verdad herir el *calcañar* de Cristo, pero Cristo iba a aplastar la *cabeza* de la serpiente. Acabaría por fin en forma definitiva con el pecado.

Pero aquí surge una pregunta que necesita ser respondida. ¿Cómo podía Dios ser fiel a su ley justa, y sin embargo justificar a sus transgresores?

Cristo es el camino de regreso al paraíso

La respuesta es Cristo, "la luz del mundo". "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3: 16). Además: "Gracia y paz sean a vosotros, de Dios el Padre y de nuestro Señor Jesucristo, el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre" (Gál. 1: 3, 4).

Estas declaraciones nos revelan el maravilloso plan de Dios para salvar al pecador de sus pecados, y restaurarlo al hogar que perdió por el pecado. Dios dio a su Hijo. El Hijo se dio a sí mismo. Dios "hizo (al Hijo) pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Cor. 5: 21).

Así proveyó para los pecadores una restauración plena y completa. El sacrificio expiatorio de Cristo en

la cruz no sólo hizo posible la reconciliación del pecador con Dios, sino que también hizo posible, para todo pecador que eligiera aceptar el ofrecimiento, la restauración al glorioso estado de Adán antes de pecar.

El gran abismo cavado por el pecado, que separa al hombre de Dios y el cielo, ha sido salvado por la cruz del Calvario. Cristo llegó a ser nuestro sustituto. Ocupó nuestro lugar a fin de libertarnos de la condenación y de la muerte. ¡Qué motivo de adoración!

Pero hay otra pregunta difícil que también requiere una respuesta: ¿Cómo podía comunicarse al hombre esta maravillosa provisión hecha para su redención? ¿Mediante qué proceso o de qué manera podía Dios hablar e instruir a aquellos que ya no podían verlo ni conversar directamente con él? Este problema nunca podría haber sido resuelto por el hombre. Su solución pertenecía a Aquel cuyos recursos son infinitos. Sólo él sabría darse a conocer a sí mismo y manifestar sus propósitos divinos al hombre, de quien estaba separado por el pecado. He aquí el método que se ideó:

“Cuando haya entre vosotros profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él” (Núm. 12: 6).

Este es un método divino de comunicación, un método escogido, declarado y usado por el Señor mismo. Es una parte vital e inseparable del plan de redención. Es un medio divinamente designado para que los mensajes de Dios puedan llegar a la familia humana. A través de todos los tiempos el Señor iba a comunicarse de esta manera con los hombres. Era una provisión permanente. ¡Asombrosa condescendencia! El que había sido tan profundamente agraviado por el hombre estableció un plan para dar una revelación clara y fidedigna de sí mismo a un mundo que se hallaba en activa y resuelta rebelión contra él.

El método de comunicación

¡Oh, admirable medida, por la cual Adán, aunque desterrado en una tierra de pecado, podía sin embargo, recibir los mensajes de amor y perdón del Padre, y llegar a comprender el plan de la salvación trazado para un mundo sumido en el pecado por su acto voluntario de desobediencia! ¡Oh, admirable medida, por la cual los mensajes del trono de Dios se han transmitido a los hombres en todas las épocas, y por la cual nos son presentadas a nosotros, “a quienes han alcanzado los fines de los siglos”, promesas divinas; sí, evidencias del completo e inminente triunfo del plan de la redención!

Este benéfico arreglo exige la más profunda gratitud de parte de sus indignos beneficiarios. Aun más, exige el reconocimiento humilde y la aceptación agradecida de las instrucciones, los reproches y las demandas hechas por Dios mediante este arreglo misericordioso. Más aún, el plan es tan vital y tan imperativo, puesto que se relaciona con la salvación del pecador por el Evangelio, que debe ser estudiado con la sinceridad y el fervor necesarios para comprenderlo claramente.

CAPITULO 2

DEFINICION
DE LOS TERMINOS PROFETICOS

“**O**ID ahora mis palabras. Cuando haya entre vosotros profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él” (Núm. 12: 6).

Esta declaración explica la función de lo que en otras partes las Escrituras llaman “profecía” (1 Cor. 13: 2). También explica el siguiente pasaje: “Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Ped. 1: 21).

“El don de profecía” es uno de los dones especiales que Dios ofreció por el Espíritu Santo a la familia humana (1 Cor. 12: 4-11). Este don se llama también “el testimonio de Jesucristo” (Apoc. 12: 17), el cual es definido por el mismo escritor inspirado como “el espíritu de profecía”, Y es este el término, cuyo significado es idéntico a las diversas expresiones bíblicas ya citadas, el que emplearemos constantemente.

El propósito de Dios al proveer y conceder el don de profecía consistía claramente en restablecer y mantener la comunicación con el hombre, que se había apartado y separado de él por el pecado. Este don obra por medio de los profetas, mediante visiones, sueños, inspiración y revelación. El producto, la profecía, es un mensaje divino de Dios a la familia humana. El gran libro llamado “la palabra de Dios” (Heb. 4: 12) y las “santas Escrituras” (Rom. 1: 2), llegó a la humanidad por la misericordiosa operación del don de profecía (2 Tim. 3: 16; 2 Ped. 1: 21).

(22)

El *don* de profecía no es el mensaje mismo. No es el Evangelio ni la Biblia. Es más bien el método, el proceso, el medio por el cual el mensaje divino llega al hombre. Es una parte esencial e inseparable del gran plan de la redención. El don se remonta, pues, al día en que el Señor reanudó la comunicación con Adán después que éste fuera desterrado del Edén. Este don no ha sido nunca retirado; continúa siendo el don permanente de Dios a la familia humana. Por este medio él se ha estado revelando y dando sus mensajes al mundo, desde que nuestros primeros padres dejaron su hogar edénico. Ha habido períodos, algunos cortos y otros largos, durante los cuales ese don no se ha manifestado en “visión con frecuencia” (1 Sam. 3: 1), pero nunca ha sido retirado permanentemente. Las veces que Dios lo consideró oportuno, la manifestación del don reapareció, y por medio de las visiones y los sueños, los profetas han transmitido mensajes divinos al necesitado pueblo del Señor.

Función del don

En la función del don de profecía, es el Señor quien debe llamar al profeta. Debe dar la visión o hablar por medio del sueño. Debe impartir la inspiración, y hacer la revelación de su divina voluntad y propósito. En los días de Moisés, prometió que así lo haría, y siglos más tarde dijo: “Y he hablado a los profetas, y aumenté la profecía, y por medio de los profetas usé parábolas” (Ose. 12: 10).

Se reconoce fácilmente que aunque es claro el significado de las declaraciones referentes al plan de comunicación, los diversos y múltiples procesos del plan son casi incomprensibles para la mente humana. La manera exacta en que Dios se hace conocer al profeta en una visión y le habla en sueño, es uno de los muchos misterios del gran plan de la redención. Sin embargo, lo hace con la mayor claridad y certidumbre

para el profeta; y queda confirmado el carácter genuino de la revelación así hecha.

La forma empleada quizá sea misteriosa e incomprensible para la mente humana, pero esto no constituye una evidencia de que las revelaciones no sean hechas exactamente como lo asevera el profeta. El mundo está lleno de misterios. Por doquiera contemplamos efectos cuyas causas no comprendemos ni podemos explicar. La encarnación y la resurrección del Hijo de Dios, que creó los mundos, son misterios que dejan perpleja nuestra mente finita; sin embargo, nuestra esperanza de la redención se basa en ellos.

El llamamiento al cargo de profeta, el carácter y las responsabilidades del profeta, las visiones, los sueños, la inspiración, la revelación, y la autoridad de los mensajes revelados, son todas cuestiones de importancia vital y del más profundo interés. Alguien ha dicho:

"La importancia de este asunto (la profecía en el Antiguo Testamento) no puede estimarse en demasía, porque se necesita el debido concepto de él para comprender claramente la misma base del cristianismo. Este hecho ha sido tan plenamente reconocido que los eruditos cristianos de todas las épocas han hallado en este tema un provechoso y casi inagotable campo de investigación" (*The Popular and Critical Bible Encyclopedia and Scriptural Dictionary*, tomo 3, art. *Prophecy*, pág. 1391. Chicago, 1909).

El llamamiento al cargo de profeta

El llamamiento al cargo de profeta proviene de Dios a la persona elegida. Llega de diferentes maneras, pero siempre con poder convincente y autoridad. Acerca del profeta se puede decir con verdad: "Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón" (Heb. 5:4). Los hombres pueden ser elegidos por los hombres para desempeñar cargos en la iglesia de Dios, pero no pueden ser hechos pro-

fetas por los hombres. Otro autor ha dicho acertadamente: "Los profetas no heredaban el cargo ni lo recibían por designación humana; sino que eran escogidos, preparados y llamados por Dios; y el llamamiento era acompañado con frecuencia por un profundo escudriñamiento del corazón".

Es una cosa grave y peligrosa que alguien a quien el Señor no ha llamado a ese cargo sagrado intente colocarse en él. Sin embargo, a través de los siglos algunos han tenido esa osadía, según sabemos por las siguientes declaraciones: "No envié yo aquellos profetas, pero ellos corrían; yo no les hablé, mas ellos profetizaban". "He aquí que yo estoy contra los profetas que endulzan sus lenguas y dicen: El ha dicho" (Jer. 23:21, 31). Leemos de uno que había asumido presuntuosamente esta responsabilidad sagrada: "Entonces dijo el profeta Jeremías al profeta Hananías: Ahora oye, Hananías: Jehová no te envió, y tú has hecho confiar en mentira a este pueblo. Por tanto, así ha dicho Jehová: He aquí que yo te quito de sobre la faz de la tierra; morirás en este año, porque hablaste rebelión contra Jehová" (cap. 28:15, 16).

Es igualmente peligroso que el que ha sido llamado a este alto cargo desobedezca la instrucción dada. Esto se revela claramente en el siguiente relato:

"He aquí que un varón de Dios por palabra de Jehová vino de Judá a Bet-el. . . Y el rey dijo al varón de Dios: Ven conmigo a casa, y comerás, y yo te daré un presente. Pero el varón de Dios dijo al rey: Aunque me dieras la mitad de tu casa, no iría contigo, ni comería pan ni bebería agua en este lugar; porque así me está ordenado por palabra de Jehová, diciendo: No comas pan ni bebas agua, ni regreses por el camino que fueres. Regresó pues por otro camino, y no volvió por el camino por donde había venido a Bet-el" (1 Rey. 13:1-10).

Pero mientras regresaba a su casa, este "varón de Dios" fue nuevamente tentado a desobedecer las ór-

denes divinas, y cedió al urgente pedido que le hiciera otro hombre de ir a su casa y comer pan (vers. 15-19). Habiendo aceptado esta hospitalidad en desobediencia a la instrucción del Señor, partió para su casa. "Y yéndose, le topó un león en el camino, y le mató". El que le había invitado, al oír la noticia dijo: "El varón de Dios es, que fue rebelde al mandato de Jehová" (vers. 24, 26).

El profeta Jeremías relata de manera muy impresionante el llamamiento que recibió:

"Vino, pues, palabra de Jehová a mí, diciendo: . . . te santifiqué, te di por profeta a las naciones. . . Porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mandé. . . Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca" (Jer. 1: 4-9).

Acerca de su llamamiento al cargo de profeta, Amós declaró: "No soy profeta, ni soy hijo de profeta, sino que soy boyero, y recojo higos silvestres. Y Jehová me tomó de detrás del ganado, y me dijo: Ve, y profetiza a mi pueblo Israel" (Amós 7: 14, 15).

Únicamente en un caso relatado en las Escrituras fue enviado el llamamiento divino mediante un mensajero en vez de ser dado directamente por el Señor mismo, y esto se produjo por directa instrucción divina. Fue el llamamiento de Eliseo. El Señor dijo al profeta Elías:

"A Eliseo hijo de Safat, de Abel-mehola, ungrás para que sea profeta en tu lugar. Partiendo él de allí, halló a Eliseo hijo de Safat, que araba con doce yuntas delante de sí, y él tenía la última. Y pasando Elías por delante de él, echó sobre él su manto. Entonces dejando él los bueyes, vino corriendo en pos de Elías. . . y le servía" (1 Rey. 19: 16, 19-21).

Es pues obvio que cualquiera que fuera la manera en que el llamamiento llegaba a los hombres, era claro, convincente e imperativo. Pablo, que era profeta, apóstol y evangelista, quedó tan profundamente impresio-

nado por el llamamiento que recibió que exclamó: "¡Ay de mí si no anunciare el Evangelio!" (1 Cor. 9: 16).

Significado de la palabra profeta

El vocablo "profeta", tal como se lo usa en el Antiguo Testamento, proviene de dos palabras hebreas que tienen diferentes matices de significado. Una de estas palabras es *roeh*, que significa "ver". Se traduce "vidente" en 1 Samuel 9: 9: "Venid y vamos al vidente; porque el que hoy se llama profeta, entonces se le llamaba vidente".

"La palabra 'vidente', con la cual se designaba originalmente al profeta, implica que las visiones eran el modo original de las revelaciones a los profetas. Estas visiones, en el caso de los profetas del Antiguo Testamento, eran casi siempre presentadas en imágenes peculiarmente apropiadas a la edad o a la persona a quien aparecían, y casi siempre inculcaban algún sublime concepto de la naturaleza divina" (Prof. Arturo Penrhyn Stanley, *History of the Jewish Church*, tomo 1, pág. 380. Nueva York, 1891).

Según el significado de esta palabra hebrea, el profeta es uno que "ve", "una persona cuya visión atraviesa el velo que oculta el mundo de las cosas divinas, una persona para quien este velo se alza ocasionalmente de tal manera que obtiene una percepción íntima de las realidades del mundo espiritual" (*A New Standard Bible Dictionary*, art. *Prophet*, pág. 739. Nueva York y Londres, 1925).

El alzamiento del velo que oculta el mundo de las cosas divinas, para comunicar al profeta un conocimiento íntimo de las realidades de él, es el propósito esencial del don de profecía. ¡Qué beneficio maravilloso y precioso para la humanidad!

La visión que de las realidades divinas del mundo espiritual alcanza la pobre, ciega y confundida humanidad, no es suficiente. Lo que se le revela al profeta

debe declararse a otros para que reciban beneficio. Esta parte ulterior esencial de la responsabilidad del profeta queda claramente expresada por otra palabra hebrea, *nabi*, que significa "declarar". De ahí que el profeta sea también "un hombre que anuncia palabra".

Es clara la diferencia, pues, entre las dos palabras hebreas de las cuales obtenemos nuestro vocablo "profeta". La primera se relaciona con la *manera en que el profeta obtiene su mensaje*; la segunda se refiere a *la comunicación del mensaje que recibe*. Los dos matices de significado de estas palabras hebreas están unidos en nuestro vocablo moderno "profeta" que proviene del griego, y significa literalmente uno que habla en nombre de otro, o públicamente. De ahí que la palabra "profeta" tenga un doble significado: "vidente" y "proclamador". Estas son las fases distintivas y esenciales del don profético, muy claramente presentadas en las Escrituras, como se notará en la siguiente declaración del profeta Daniel:

"En el primer año de Belsasar rey de Babilonia vio Daniel un *sueño, y visiones* de su cabeza mientras estaba en su lecho: luego *escribió el sueño, y relató lo principal del asunto*. Daniel dijo: Miraba yo en mi visión de noche" (Dan. 7: 1, 2).

Daniel era profeta. El Señor se le apareció en una visión, y le habló en un sueño. El escribió en un libro lo que vio y oyó. De esta manera dio a conocer lo que le había sido revelado; y aun la generación actual recibe gran bendición de los mensajes que él recibió mediante el don de profecía.

Un servicio de muchos aspectos

El servicio especial y responsable al cual es llamado un profeta queda clara y categóricamente expresado en la instrucción dada al profeta Ezequiel: "Hijo del hombre, mira con tus ojos y oye con tus oídos, y pon tu corazón a todas las cosas que te mues-

tro; porque para que yo te las mostrase has sido traído aquí. Cuenta todo lo que ves a la casa de Israel" (Eze. 40: 4).

De manera que "la idea central de la palabra (profeta) es, una persona a quien Dios se revela, y por medio de la cual habla. La revelación puede relacionarse o no con lo futuro. El profeta es uno que proclama, y no necesariamente uno que predice. La esencia del carácter del profeta es el trato inmediato con Dios" (*Word Studies in the New Testament*, tomo 1, págs. 325, 326. New York, 1906).

Algunos eminentes eruditos cristianos que han estudiado extensamente el don profético y sus diversas manifestaciones, han escrito muchos tomos. Sus escritos presentan claramente los muchos aspectos del servicio al cual fueron llamados los profetas. En obras de referencia las cuales citaremos con frecuencia en este libro, se encuentran valiosos artículos de esos autores. Notemos las siguientes declaraciones:

"El verdadero profeta es el que ha sido elevado por el Espíritu de Dios a la comunión con él, de tal manera que queda habilitado para interpretar la voluntad divina, y para actuar como intermediario entre Dios y los hombres" (James Hasting, *Dictionary of the Bible*, art. *Holy Spirit*, tomo 2, pág. 403, edición 1899).

"El profeta es portavoz de Dios. Sus palabras no son la producción de su propio espíritu, sino que provienen de una fuente superior. Porque es al mismo tiempo también un *vidente*, que ve cosas que no están al alcance de la visión natural, o que oye cosas que los oídos humanos no perciben comúnmente" (*International Standard Bible Encyclopedia*, tomo 4, art. *Prophecy*, pág. 2459. Chicago, 1915).

"Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento el profeta es el mensajero divino que comunica al hombre la revelación recibida de Dios. Pedro, Pablo y Juan se encuentran entre los profetas tanto como Isaías, Jeremías y Ezequiel, mientras que nuestro Señor mismo

encabeza la gloriosa compañía" (*The Popular and Critical Bible Encyclopedia and Scriptural Dictionary*, tomo 3, art. *Prophecy*, pág. 1391).

El siguiente pasaje presenta el gran servicio que los profetas prestaron a la humanidad dondequiera que les tocó vivir y en cualquier generación en la cual actuaron como portavoces de Dios.

"Los profetas eran los maestros de moral y religión de su nación, los predicadores autorizados de justicia, los estadistas que guiaban la vida religiosa que era la base del bienestar de la nación, los consejeros de los reyes, los reformadores que despertaban la vida religiosa del pueblo, los que advertían de la certidumbre del juicio divino sobre el pecado, los que proclamaban los ideales divinos, la edad de oro hacia la cual había de avanzar la nación" (*The International Bible Dictionary*, art. *Prophets*, pág. 532. Filadelfia, 1912).

"Cuando haya entre vosotros profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él". Esta declaración directa del Señor registrada en Números 12: 6, da a las visiones y los sueños un lugar aprobado en la revelación del Evangelio y también en su proclamación y triunfo final.

El plan de Dios designa las visiones

Ya en la edad patriarcal, ese método de comunicación entre el Señor y la familia humana era conocido por el patriarca Job, quien dijo:

"En una o en dos maneras habla Dios; pero el hombre no entiende. Por sueño, en visión nocturna, cuando el sueño cae sobre los hombres, cuando se adormecen sobre el lecho, entonces revela al oído de los hombres, y les señala su consejo, para quitar al hombre de su obra, y apartar del varón la soberbia" (Job 33: 14-17).

Mucho han escrito los estudiantes de las Escrituras acerca de las visiones y los sueños proféticos: lo que eran, cómo llegaban a los profetas, cómo eran tratados

por el pueblo, y cómo eran probados en cuanto a su veracidad y carácter genuino. Un escritor dice:

"Las visiones registradas en la Biblia se destacan, en la historia de las religiones, por su pureza y justicia. Nunca fueron vanas; nunca fueron divagaciones sin significado ni prodigios mentirosos. Siempre tuvieron una moraleja claramente discernible y un contenido didáctico. Con frecuencia tuvieron carácter de predicación, cuyo cumplimiento le daba el sello de la verdad. Pertenecen a una época de la revelación y llegaron a los hombres que de múltiples maneras resultaron ser vehículos de la revelación" (John D. Davis, *A. Dictionary of the Bible*, art. *Visions*, pág. 766. Filadelfia, 1903).

No es muy claro qué distinción existe o debe trazarse entre las visiones y los sueños. Así leemos:

"No parece posible trazar una distinción muy precisa entre el sueño profético y la visión profética. En el caso de Abrahán (Gén. 15: 1), y de Daniel (Dan. 7: 1), parecen confundirse el uno con el otro" (McClintock and Strong, *Cyclopedia of Biblical, Theological, and Ecclesiastical Literature*, tomo 8, art. *Prophet*, pág. 646. Nueva York, 1896).

Acerca de la acción de la mente de los profetas cuando estaban en visión, este autor dice además:

"En el caso de las visiones, las escenas pasaban delante de su mente, como una visión panorámica de un paisaje, que se revelaba gradualmente, en imágenes simbólicas, figuras de gloria o de lobreguez; acompañadas por acciones de un carácter correspondiente, que con no poca frecuencia presentaban cómo habían de suceder en la realidad, los acontecimientos lejanos y futuros" (*Id.*, pág. 648).

El lugar de los sueños proféticos

El Señor dice del profeta: "En sueños hablaré con él". Acerca de este medio de comunicación entre Dios y el hombre, un comentarista dice:

“Cualesquiera que sean las dificultades que acompañen al tema, sabemos sin embargo, que formó un conducto por medio del cual agradó a Jehová en tiempos antiguos revelar su carácter y dispensaciones a su pueblo. . . Que Dios se reveló por sueños, y levantó a ciertas personas para interpretarlos, lo testifican abundantemente las Escrituras. Bajo las tres dispensaciones sucesivas hallamos adoptado este conducto de comunicación con el hombre” (*The Popular and Critical Bible Encyclopedia and Scriptural Dictionary*, tomo 1, art. *Dream*, págs. 540, 541).

W. Morgan nos presenta este cuidadoso análisis:

“En los primeros tiempos de la religión hebrea, la visión tenía su más íntima afinidad con el sueño, por el cual era probablemente determinado el concepto de su carácter, y los dos se unen generalmente a las fuentes comunes de los oráculos proféticos. . . Tanto en el sueño como en la visión, lo que tenía significado religioso era el hecho de que la presentación no se realizaba por los conductos comunes de los sentidos, ni como producto de la actividad consciente de la mente. Por esto era aceptado como revelación de Dios. . . En tales momentos, un asunto en juego se vuelve claro, una verdad penetra en la mente, se forma una resolución. El resultado se presenta a veces como si hubiese llegado al profeta de una manera análoga a la experiencia de los sentidos: el profeta ve, oye, pregunta, contesta; pero el sentido amplio en el cual la palabra visión se emplea indica claramente que la imagen pictórica no era la fuente de su conocimiento o resolución, sino más bien que la verdad, habiendo tomado posesión de su mente y corazón, creaba la visión como su vestidura imaginativa. Aun un mensaje verbal, que no tenía referencia a una voz ni aparición, se llama visión” (James Hastings, *Dictionary of the Bible*, art. *Vision*, pág. 871. Nueva York, 1909).

La elaboración práctica de este plan para ayudar a la pobre, deficiente y extraviada humanidad se cum-

plió notablemente en una ocasión de la vida de Abrahán. Sin que se diera cuenta de ello, Abimelec, rey de Gerar, estaba por causar a Abrahán y a su esposa un grave perjuicio. Aunque Abimelec no era profeta, Dios se le apareció en “sueños de noche, y le dijo: He aquí muerto eres”. Abimelec contestó: “Con sencillez de mi corazón, y con limpieza de mis manos he hecho esto. Y le dijo Dios en sueños: Yo también sé que con integridad de tu corazón has hecho esto; y yo también te detuve de pecar contra mí. . . Ahora, pues, devuelve la mujer a su marido; porque es profeta” (Gén. 20: 3, 5-7).

David, bajo la inspiración divina, se refirió evidentemente a este incidente cuando describió el cuidado del Señor para con su pueblo: “Y andaban de nación en nación, y de un reino a otro pueblo, no permitió que nadie los oprimiese; antes por amor de ellos castigó a los reyes. No toquéis, dijo, a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas” (1 Crón. 16: 20-22).

Cómo obra el don

La siguiente es una declaración de cómo obra el don de profecía sobre la mente del profeta en visión o sueño:

“Para nosotros, las visiones y los sueños pueden parecer poco idóneos para servir de vehículos de las comunicaciones divinas. Tal vez no podamos discernir las razones que tuvo Dios al elegirlos. Pero que los haya elegido es cosa cierta. . . En una visión o sueño divinamente dados, las imágenes o ideas, que llenan la mente o pasan en procesión delante de la conciencia, atraen completamente la atención de la persona sin mezcla de otros pensamientos. La mente está así completamente bajo el dominio del agente que hace la revelación. En relación con esto, debe señalarse que ta-

les revelaciones, juntamente con su contenido, están determinadas por un poder extraño a la voluntad del receptor. La cualidad intelectual o espiritual de una revelación así recibida no se deriva del receptor, sino de su Divino Dador. . .

“Cuando la mente no está ocupada por los cuidados de la vigilia, cuando está descansando tranquilamente, sin estar perturbada por los pensamientos que la llenan en otros momentos, entonces el Espíritu de Dios toma plena y completa posesión, y hace pasar delante de ella las imágenes del pensamiento que constituyen la divina revelación que se ha de hacer. . . Este dominio es siempre completo y compulsivo. Bajo él, el profeta viene a ser el que es movido, y no el que mueve, en la formación de su mensaje. Esto es lo que Pedro quiere decir en su bien conocida declaración: ‘Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo’ (2 Ped. 1: 21).

“Como estos mensajes dados por el don de profecía son producidos por la acción, y determinados por el dominio del Espíritu de Dios, el resultado se eleva por encima de cualquier cosa que podría alcanzarse por simples facultades o sabiduría humanas. Su origen y el método de su transmisión dominado por el Espíritu, lo establecen por completo como un producto sobrenatural. . . Las instrucciones dadas por el don de profecía tienen su origen en el cielo, y son la voz de Dios para su pueblo. Fueron dadas a la iglesia para que las oyese y las siguiese, y nos fueron transmitidas bajo la completa dirección y dominio del Espíritu de Dios. Es un privilegio muy admirable tener este don, y el seguir sus instrucciones acarrea las más admirables bendiciones. La dirección divina viene a ser la suerte feliz del movimiento que posee el don de profecía” (Carlyle B. Haynes, *The Gift of Prophecy*, págs. 77, 78, 81, 82).

Significado y operación de la inspiración

“Toda la Escritura es inspirada por Dios” (2 Tim. 3: 16). Esta declaración pondera al don profético como el más elevado servicio posible para la humanidad. El apóstol Pedro declara: “Ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Ped. 1: 20, 21).

Otro pasaje explica más completamente este asunto: “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos” (1 Ped. 1: 10,11).

De estos pasajes debemos concluir que los profetas fueron inspirados por el “Espíritu de Cristo”; que por esta inspiración los propósitos de Dios les fueron revelados; y que testificaron al mundo lo que les fue revelado. Las Escrituras vinieron de Dios por esta inspiración divina. Así la palabra suprema e incomparable de Dios vino al mundo por medio del don de profecía, que obraba mediante los profetas. Se han escrito muchos libros acerca de la inspiración por la cual llegó a los profetas la Palabra de Dios. Un autor dice: “Por inspiración en el sentido teológico se entiende esa influencia del Espíritu de Dios sobre la mente de los autores sagrados por la cual comunicó él un conocimiento de verdades a otros, sea oralmente o por escrito”.

El conocimiento y la certidumbre de los profetas acerca de la manifestación del Espíritu de Dios en ellos quedan explicados por la siguiente declaración:

“La palabra ‘inspiración’ es un término que designa el origen divino de la Sagrada Escritura. . . El proceso interior del Espíritu sobre los oradores o escritores

era por supuesto, inescrutable (Juan 3:8) aun para ellos mismos. De que eran conscientes, sin embargo, de una influencia tal es evidente por la autoridad con que presentaban sus palabras; y sin embargo, cuando se sentaban a escribirlas, el elemento divino y el humano de su acción mental eran perfectamente armoniosos e inseparables (Luc. 1:3)" (McClintock and Strong, *Cyclopedia of Biblical and Ecclesiastical Literature*, tomo 4, art. *Inspiration*, págs. 611, 613).

Otro autor dice:

"Como acción de Dios, que obraba por su Espíritu, la comunicación de la revelación a la mente humana y su dirección hasta el momento de su expresión en palabras, orales o escritas, ha sido llamada inspiración. La existencia de esa inspiración se nos presenta inequívocamente en la Biblia" (*A New Standard Bible Dictionary*, art. *Revelation*, pág. 771).

Tomados en su conjunto, estos párrafos nos dan una definición clara y abarcante de lo que es la inspiración.

La revelación es "un descubrimiento de algo que era antes desconocido; y la revelación divina es la comunicación directa de parte de Dios a los hombres de verdades que les eran antes desconocidas. La revelación puede realizarse por sueños, visión, comunicación oral o de otra manera" (McClintock and Strong, *Opus cit.*, tomo 8, art. *Revelation*, pág. 1061).

La revelación es el propósito final

El propósito real y final del don de profecía, de su profeta, visión, sueño e inspiración, es una revelación de Dios y de sus propósitos para con los hombres. "Cuando haya entre vosotros profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él" (Núm. 12:6). Cuando esto sucede, se ha hecho una revelación según se expresa en los siguientes pasajes y comentarios:

"Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley" (Deut. 29:29).

"Todas las cosas que están en la mente y propósito de Dios son secretos inescrutables para los hombres hasta que Dios se los revele. Que le agrada hacer tales revelaciones nos lo asegura diciendo: 'Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas' (Amós 3:7).

"Además de esta revelación externa u objetiva, hay una revelación interna dada en la mente del hombre. En este caso, la divinidad poseyó al hombre, lo inspiró y habló por su medio" (James Hasting, *Opus cit.*, art. *Prophecy and Prophets*, pág. 107).

Por ejemplo, leemos en forma de prefacio a la instrucción completa relativa al diluvio y la construcción del arca: "Dijo, pues, Dios a Noé" (Gén. 6:13).

También: "Le apareció Jehová y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto. . . Entonces Abram se postró sobre su rostro, y Dios habló con él" (cap. 17:1-3). Esto parecería *a priori*, una aparición personal y visible, y una directa conversación oral. Sin embargo, puede haber sido una visión, porque tenemos una declaración similar en el capítulo 15; pero allí se declara literalmente que la entrevista fue en visión: "Después de estas cosas vino la palabra de Jehová a Abram en visión, diciendo: No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande" (cap. 15:1). Sin embargo, en el capítulo 18 se registra claramente que los ángeles vinieron a Abram en forma de hombres, comieron su alimento y le revelaron el propósito que tenía Dios de destruir la ciudad de Sodomá.

Así parece que el Señor, y también los ángeles, vinieron a los profetas en persona y conversaron con ellos en su estado normal. Pero el método general, el que se usó más que cualquier otro durante los muchos

siglos de la historia humana, ha sido el de las visiones y los sueños.

De las evidencias consideradas hasta ahora parece desprenderse que el don de profecía fue impartido y puesto en operación inmediatamente después que el Señor hubo dado a conocer su decisión misericordiosa de dar una oportunidad de redimirse al hombre, a quien Satanás había arruinado (cap. 3:15). Podemos creer fácilmente que Adán y Eva no fueron dejados mucho tiempo en la tristeza indecible en la cual habían sido sumidos, sin un mensaje de Dios.

Así llegamos a la conclusión inevitable de que el don de profecía fue escogido y ordenado por Dios para beneficio de todo el mundo, y para todos los tiempos. Pertenece a la iglesia hoy, tanto como en los siglos pasados, y ella lo necesita.

La Biblia, el mayor y el mejor de todos los libros, fue proporcionada por Dios a la familia humana mediante el don de profecía impartido a los hombres a quienes él eligió. La concepción de los profetas acerca del producto divino dado al mundo por su medio se presenta clara y verazmente en la siguiente declaración:

“Los autores bíblicos no conciben las Escrituras como producto humano insuflado por el Espíritu divino, y así realzado en sus cualidades o dotado de nuevas cualidades; sino como un producto divino producido por intermedio de los hombres. No conciben a estos hombres, por cuya intervención se produce la Escritura, obrando por iniciativa propia, aunque capacitados por Dios para realizar mayores esfuerzos y progresos, sino movidos por la iniciativa divina y sostenidos por el poder irresistible del Espíritu de Dios en los caminos que él eligió para alcanzar los fines que señaló” (*The International Standard Bible Encyclopedia*, tomo 3, art. *Inspiration*, págs. 1479, 1480).

CAPITULO 3

EL DON EN LA DISPENSACION PATRIARCAL

LOS siglos abarcados por el progreso y el desarrollo del plan de la redención están demarcados en la Escritura en tres grandes divisiones.

La *primera* se designa como la dispensación patriarcal, y abarca desde el tiempo de Adán hasta Moisés, un período de más o menos dos mil quinientos años.

La *segunda* se conoce como la dispensación mosaica, y se extiende desde Moisés hasta el primer advenimiento de Cristo, o sea más o menos mil quinientos años.

La *tercera* se llama la dispensación cristiana, que empezó con el primer advenimiento de Cristo y ha de continuar hasta el fin del tiempo, o sea hasta la segunda venida de nuestro Señor.

Nos proponemos ahora seguir la presencia y operación del don de profecía a través de estas tres dispensaciones. Naturalmente, el lugar donde lógicamente debemos empezar es en los comienzos de la especie humana que son también los comienzos de la dispensación patriarcal. “Patriarca —dice un escritor— es el nombre generalmente aplicado a los hombres de los tiempos anteriores a Moisés, acerca de los cuales han quedado registrados los detalles de su vida. Se aplica más particularmente a los grandes padres de la raza judía: Abrahán, Isaac y Jacob, y a los hijos del último. El título se da una vez a David (Hechos 2: 29).

“Por sistema patriarcal, se indica el orden de la sociedad que se desarrolló naturalmente de la familia

antes que surgieran las naciones con gobierno establecido. La 'dispensación patriarcal' se refiere a la comunión con Dios concedida a los hombres antes de la elección de Israel" (Ewing and Thomson, *The Temple Dictionary of the Bible*, art. *Patriarch*, pág. 565. Londres y Nueva York, 1910).

Excepto en la Biblia, no hay escritos ni registros de ninguna clase producidos por los hombres que estuvieron en comunicación con Dios durante la era patriarcal. La información que tenemos acerca de la obra del Evangelio y la vida del pueblo de Dios en aquel largo período, nos ha llegado únicamente por la Biblia, o por los escritos subsiguientes del espíritu de profecía. De estas fuentes aprendemos que fueron dadas instrucciones y direcciones a cada generación desde Adán hasta el tiempo de Moisés.

Mientras estaban todavía en el Edén, antes de su expulsión, Adán y Eva recibieron la alentadora promesa de que el Señor había tomado medidas para que pudiesen volver a su perdido hogar edénico. No se nos ha revelado cuán plenamente les fue explicado este plan en el huerto de Edén. Pero en la breve sentencia que el Señor dirigió a Satanás, había lo suficiente para asegurarles que no habían de ser completamente abandonados por el Señor; que Satanás no había de ejercer un dominio absoluto sobre ellos y su perdida heredad; y que finalmente Cristo, la Simiente de la mujer, saldría triunfante en el gran conflicto.

Instrucciones a nuestros primeros padres

Con esta consoladora información y esperanza, nuestros primeros padres salieron de la presencia de Dios y sus colaboradores celestiales. Estaban ahora en la tierra del enemigo —en el dominio que Satanás les había arrebatado, y en el cual había establecido su reino de rebelión. Allí habían de presenciar la obra cruel del pecado. Sin embargo, a través de la larga y sombría noche de su reinado, habría claros y resplande-

cientes rayos del mundo de luz, del cual habían sido expulsados. El gran poder de Dios se manifestaría en su favor y los redimiría del poder del pecado. Eran así "presos de esperanza" (Zac. 9: 12).

En el Edén habían oído del propósito que Dios tenía de redimirlos, y ahora, una vez fuera de sus puertas, ese propósito tenía que serles presentado pronto y en forma clara y completa. Eso era imperativo para que se iniciaran bien y se mantuviesen en el buen camino. Por cierto que el Señor quería hacerles comprender su gran plan de salvación. No quería abandonarlos en la tierra del enemigo, en la ignorancia, en la incertidumbre y el peligro, sin comunicarse con ellos.

Abundantes evidencias indican que el Señor empezó en seguida a revelar a esa pareja entristecida su plan de redimirlos, de hacerlos volver al hermoso hogar edénico que habían perdido. ¿Cómo se dio esa instrucción si habían cambiado por completo su relación con el Creador? Consideremos la situación. Ya no podían verlo cara a cara, ni tener comunión directa con él. ¿No nos vemos entonces obligados a concluir que, en su gran necesidad, el Señor comenzó a hacerse conocer a sí mismo y a dar a conocer sus propósitos mediante el divino don de profecía? ¿No fue entonces cuando el don de profecía fue impartido misericordiosamente a la familia humana? Esto parece evidente por la siguiente declaración inspirada de Zacarías en ocasión del nacimiento de su hijo Juan el Bautista: "Y Zacarías su padre fue lleno del Espíritu Santo, y profetizó diciendo: Bendito el Señor Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo, y nos levantó un poderoso Salvador en la casa de David su siervo, como habló por boca de sus santos profetas que fueron desde el principio; salvación de nuestros enemigos, y de la mano de todos los que nos aborrecieron. . . que, librados de nuestros enemigos, sin temor le serviríamos en santidad y en justicia delante de él, todos nuestros días" (Luc. 1: 67-75).

Primera manifestación del don

Esta declaración inspirada sitúa definitivamente el comienzo de la manifestación del don de profecía, porque indica que el propósito del Señor de redimir al hombre fue dado a conocer al hablar él "por boca de sus santos profetas que fueron desde el principio". El siguiente comentario aclara esto y nos ayuda a comprenderlo:

"En esa forma se le revelaron a Adán importantes acontecimientos que se producirían en la historia humana, desde el tiempo en que fue pronunciada la sentencia divina en el Edén hasta el diluvio, y desde allí hasta el primer advenimiento del Hijo de Dios. Se le mostró que si bien el sacrificio de Cristo tendría suficiente valor para salvar a todo el mundo, muchos escogerían una vida de pecado más bien que de arrepentimiento y de obediencia" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 54).

Es evidente que la revelación del Evangelio que Adán empezó a percibir en el huerto, debía continuar con plenitud y claridad crecientes después que Adán y Eva quedaron separados de la inmediata presencia de su Creador.

"Fue el Hijo de Dios quien dio a nuestros primeros padres la promesa de la redención. Fue él quien se reveló a los patriarcas. Adán, Noé, Abraham, Isaac, Jacob y Moisés comprendieron el Evangelio. Buscaron la salvación por medio del Substituto y Garante del ser humano. Estos santos varones de antaño comulgaron con el Salvador que iba a venir al mundo en carne humana" (*Id.*, pág. 382).

Acerca del comienzo de la operación del don de profecía y su continuidad, la siguiente declaración, aunque breve, es muy categórica:

"Era la voz de Cristo la que había hablado por los patriarcas y profetas" (*Los Hechos de los Apóstoles*, pág. 222).

Esto está en perfecta armonía con la declaración inspirada del apóstol Pedro de que fue el Espíritu de Cristo en los profetas antiguos el que testificó acerca del plan de la redención, "los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos" (1 Ped. 1: 10, 11).

Sigamos ahora brevemente esta primera línea de comunicación entre Dios y el hombre.

La comprensión de Abel

El conocimiento y la observancia del sistema de los sacrificios de parte de Abel es evidencia de que debe haberse revelado la muerte del Hijo de Dios por los pecados de la familia humana. "Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda". "Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín" (Gén. 4: 4; Heb. 11: 4).

Lo que este "más excelente sacrificio" ofrecido por Abel, significaba para él se presenta hermosamente en la siguiente declaración:

"Abel comprendía los grandes principios de la redención. Veía que era pecador, y que el pecado y su pena de muerte se interponían entre su alma y la comunión con Dios. Trajo la víctima inmolada, la vida sacrificada, y así reconoció las demandas de la ley que había sido quebrantada. En la sangre derramada contempló el futuro sacrificio, a Cristo muriendo en la cruz del Calvario; y al confiar en la expiación que iba a realizarse allí, obtuvo testimonio de que era justo, y de que su ofrenda había sido aceptada" (*Id.*, págs. 59, 60).

La visión profética de Enoc

Enoc fue uno de los grandes personajes de la dispensación patriarcal. "Y fueron todos los días de Enoc trescientos sesenta y cinco años" (Gén. 5: 23). "Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver la muerte. . . Y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios" (Heb. 11: 5).

Que se impartió a Enoc el don profético, nos lo revela el apóstol Judas: "Y también de éstos profetizó Enoc, el séptimo contando desde Adán, diciendo: ¡He aquí que viene el Señor, con las huestes innumerables de sus santos ángeles, para ejecutar juicio contra todos!" (Jud. 14, 15).

La plenitud de la revelación dada a Enoc se nos indica así:

"(Enoc) pertenecía al santo linaje, a los progenitores de la simiente prometida. . . En visión profética se le instruyó concerniente a la muerte de Cristo y se le mostró su venida en gloria, acompañado de todos los santos ángeles, para rescatar a su pueblo de la tumba". "Dios reveló a Enoc su propósito de destruir al mundo mediante un diluvio, y también le hizo más manifiesto el plan de la redención. Mediante el espíritu de profecía lo llevó a través de las generaciones que vivirían después del diluvio, y le mostró los grandes eventos relacionados con la segunda venida de Cristo y el fin del mundo" (*Id.*, págs. 71, 73).

Noé advertido por Dios

Noé fue otro gran patriarca con quien Dios se comunicó mediante el don de profecía.

"Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase, y por esa fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que es por la fe" (Heb. 11: 7).

"En medio de la corrupción reinante, Matusalén, Noé y muchos más, trabajaron para conservar el conocimiento del verdadero Dios y para detener la ola del mal. Ciento veinte años antes del diluvio, el Señor, mediante un santo ángel, comunicó a Noé su propósito, y le ordenó que construyese un arca. . . Pero Noé se mantuvo como una roca en medio de la tempestad. Rodeado por el desdén y el ridículo popular, se distinguió por su santa integridad y por su inmovible fidelidad. Sus palabras iban acompañadas de poder, pues eran la voz de Dios que hablaba a los hombres por medio de su siervo. Su relación con Dios le comunicaba la fuerza del poder infinito, mientras que, durante ciento veinte años, su voz solemne anunció a oídos de aquella generación acontrecimientos que, en cuanto podía juzgar la sabiduría humana, estaban fuera de toda posibilidad" (*Id.*, págs. 81, 83, 84).

A Noé se lo clasifica en las Sagradas Escrituras con otros dos profetas ulteriores: "Y si estuviesen en medio de ella Noé, Daniel y Job, vivo yo, dice Jehová el Señor, no librarían a hijo ni a hija; ellos por su justicia librarían solamente sus propias vidas" (Eze. 14: 20).

Un mensaje a Abrahán en una visión

El trato y la comunión de Abrahán con el Señor fueron tan íntimos e ininterrumpidos que él "fue llamado amigo de Dios" (Sant. 2: 23). Al reprender a un rey que estaba por causar un grave perjuicio a Abrahán, el Señor dijo: "Porque es profeta" (Gén. 20: 7). A Abrahán se le concedió el don de profecía. Debemos observar especialmente cómo obraba este don:

"Después de estas cosas vino la palabra de Jehová a Abrahán en visión, diciendo: No temas, Abrahán; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande" (cap. 15: 1).

Cuando se determinó la destrucción de Sodoma, el Señor dijo: "¿Encubriré yo a Abrahán lo que voy a

hacer?" (cap. 18:17). La actitud divina ha sido siempre: "Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas" (Amós 3:7). Así fue como "Abrahán había honrado a Dios, y el Señor lo honró, haciéndolo partícipe de sus consejos, y revelándole sus propósitos" (*Id.*, págs. 133, 134).

A través de la larga y portentosa carrera de este gran hombre, Dios "comunicó su voluntad a Abrahán, y le dio un conocimiento claro de los requerimientos de su ley, y de la salvación que alcanzaría mediante Cristo. . . Además, el heredero de la fe recibió la promesa que para él era la más preciosa de todas, a saber que de su linaje descendería el Redentor del mundo" (*Id.*, págs. 117, 118).

Isaac recibe comunicaciones

Aunque Isaac fue uno de los patriarcas, se nos revela muy poco de su vida. Sin embargo, hay lo suficiente para demostrar que Dios se comunicaba con él como se comunicaba con sus antepasados. "Y se le apareció Jehová aquella noche, y le dijo: Yo soy el Dios de Abrahán tu padre; no temas, porque yo estoy contigo, y te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia por amor de Abrahán mi siervo" (Gén. 26:24).

Así que Isaac es claramente otro miembro del linaje de instrumentos por medio de quienes Dios reveló su voluntad y su propósito.

El sueño celestial de Jacob

A Jacob se le dieron muchas revelaciones por el conducto profético divinamente señalado. "Salió, pues, Jacob de Beerseba, y fue a Harán. . . Y soñó: y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella. Y he aquí, Jehová estaba en lo alto de ella, el cual dijo: Yo soy Jeho-

vá, el Dios de Abrahán tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia" (cap. 28:10-13).

En cuanto al significado de este incidente, leemos: "Hasta el tiempo de la rebelión del hombre contra el gobierno divino, había existido libre comunión entre Dios y el hombre. Pero el pecado de Adán y Eva separó la tierra del cielo, de manera que el hombre no podía ya comunicarse con su Hacedor. Sin embargo, no se dejó al mundo en solitaria desesperación. La escalera representa a Jesús, el medio señalado para comunicarnos con el Cielo. . . Todo esto se le reveló a Jacob en su sueño. Aunque su mente comprendió enseguida una parte de la revelación, sus grandes y misteriosas verdades fueron el estudio de toda su vida, y las fue comprendiendo cada vez mejor" (*Id.*, págs. 183, 184).

José como portavoz de Dios

Cuando aún era adolescente, se le dieron a José sueños proféticos acerca de acontecimientos futuros de la familia de su padre (véase cap. 37:5-10). Más tarde, mientras se le retenía injustamente en una cárcel egipcia, la providencia de Dios indujo al rey de Egipto a llamar a José para que interpretara los sueños que lo habían perturbado grandemente. Antes que el rey relatase sus sueños, José dirigió su atención al verdadero Dios, como Aquel de quien debía venir la sabiduría para dar a conocer el significado del sueño. Dijo: "No está en mí; Dios será el que dé respuesta propicia a Faraón" (cap. 41:16).

La interpretación era tan clara y convincente que el rey reconoció que José era "hombre. . . en quien está el espíritu de Dios. Y dijo Faraón a José: Pues que Dios te ha hecho saber todo esto, no hay entendido ni sabio como tú" (cap. 41:38, 39). Concerniente al lugar de José en el linaje de agentes humanos por me-

dio de los cuales Dios habló en los tiempos antiguos, se ha escrito lo siguiente:

“Sacado de una mazmorra, siervo de cautivos, donde fue víctima de la ingratitud y de la malicia, José se manifestó fiel al Dios del cielo. Todo Egipto se asombró de la sabiduría del hombre a quien Dios instruyera” (*Testimonios Selectos*, tomo 4, pág. 310).

Fin de la dispensación patriarcal

Con la muerte de José, la dispensación patriarcal llega a su fin. Hay muchas declaraciones subsiguientes en las Escrituras acerca de ella, pero no se nos da ningún otro relato extenso y conexo.

El informe de aquel período que abarca los primeros dos mil quinientos años de la historia del mundo es muy breve y fragmentario. Sin embargo, la información dada es de inestimable valor para la familia humana. Revela y explica algunos de los mayores acontecimientos de la historia del mundo. Sin este relato inspirado, el origen del mundo, del hombre y del pecado sería un oscuro y perturbador misterio. Pero, gracias a Dios, esto ha sido iluminado por la revelación divina.

Debe observarse claramente que el hecho más vital de este relato de los asuntos patriarcales es la concesión y la obra misericordiosa del don de profecía. Esto fue de más valor para el bienestar de los hombres y mujeres de aquella dispensación que cualquier otra cosa hecha en favor de ellos. Este don restauró y mantuvo la comunicación entre Dios y el hombre. Por ese medio el Señor conversó con los hombres, y les reveló las cosas que necesitaban saber a fin de que en sus vidas pudiesen triunfar gloriosamente. Los que respondieron cordialmente a la instrucción dada, salieron victoriosos en el gran conflicto con el demonio que los asaltaba. Una vez más citaremos palabras valiosas:

“A pesar de la iniquidad que prevalecía, había un número de hombres santos, ennoblecidos y elevados por la comunión con Dios, que vivían en compañerismo con el cielo. Eran hombres de poderoso intelecto, que habían realizado obras admirables. Tenían una santa y gran misión; a saber, desarrollar un carácter justo y enseñar una lección de piedad, no sólo a los hombres de su tiempo, sino también a las generaciones futuras. Sólo algunos de los más destacados se mencionan en las Escrituras; pero a través de todos los tiempos, Dios tuvo testigos fieles y adoradores sinceros” (*Patriarcas y Profetas*, pág. 71).

La conclusión inevitable

Según lo declara esta cita, tan sólo unos pocos de los más eminentes se mencionan en las Escrituras. El don de profecía fue tan claramente impartido, y tan prominente y activo durante la dispensación patriarcal, como lo fue en la dispensación mosaica que siguió inmediatamente. La era patriarcal fue el comienzo de la carrera del hombre después de su separación de Dios. La batalla entre Cristo y Satanás por el dominio de la familia humana se había iniciado, e iba a ser tan intensa y resuelta como nunca lo había sido. La influencia y el poder de Satanás eran tremendos, pues la degradación de la especie humana fue tan rápida y completa que en un tiempo comparativamente corto después de la caída, toda ella con excepción de ocho personas, fue con justicia barrida de la faz de la tierra. En esa primera contienda por el dominio del hombre, Cristo no dejó sin hacer nada que pudiese hacer para instruir, amonestar, influir y salvar a la raza que había sido llamada a la existencia por su poder creador.

El testimonio recogido nos lleva, por lo tanto, a la conclusión inevitable de que el don de profecía fue impartido a Adán sin dilación después que él y su compañera fueron expulsados del huerto de Edén.

Mediante esta medida misericordiosa, se mantuvo a Adán en comunicación con Dios, y el don fue manifestado tan eficazmente durante todo el período patriarcal como lo ha sido en cualquier tiempo subsiguiente. La evidencia demuestra que el don de profecía fue empleado plena y ampliamente, según la necesidad lo demandaba.

¡Qué bendición maravillosa fue este don permanente para el pueblo de aquella dispensación! Pero aún más, ¡qué inestimable bendición ha sido su servicio en aquella época para todas las generaciones sucesivas!

Del hecho establecido de que el don de profecía es el método escogido por el Señor para dar a conocer el mensaje evangélico a la humanidad, se desprende que su desarrollo debe correr paralela al movimiento evangélico desde su comienzo hasta su fin.

“Así como la religión es la vinculación de Dios con el hombre, debe haber no solamente aproximación del hombre a Dios en la adoración y el culto, sino también aproximación de Dios al hombre, para hacerle conocer su voluntad” (Ewing y Thompson, *Opus cit.*, art. *Prophet, Prophecy*, pág. 624).

O, según lo ha declarado otro autor cuyas palabras vienen al caso, “el profeta era el portavoz de Dios, su embajador al hombre, que le informaba cuál era la voluntad divina en los casos que no eran resueltos por la moralidad de la costumbre”.

II. La Dispensación Mosaica

CAPITULO 4

MANIFIESTO DESDE EGIPTO A CANAAN

AL PASAR de la dispensación patriarcal a la mosaica, no hubo cambio esencial o modificación del plan de la redención, sino tan sólo una mayor revelación de su alcance y plenitud. La buena nueva de la salvación humana siguió siendo la misma. Tampoco hubo cambio alguno en el don de profecía divinamente impartido, excepto el hecho de que también fue empleado con más amplitud. El Señor continuó comunicándose con su pueblo por el mismo método que había seguido durante la larga era patriarcal. Poco después que se iniciara la dispensación mosaica, él hizo esta declaración importante: “Oíd ahora mis palabras. Cuando haya entre vosotros profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él” (Núm. 12: 6).

Esta declaración hace resaltar que el don de profecía continuaría siendo el método de Dios para comunicarse con su pueblo. Y cuando se hizo esta declaración, había un profeta entre el pueblo de Isarel: Moisés, el primer profeta de la dispensación mosaica, y uno de los mayores de todos los tiempos. “Y nunca más se levantó profeta en Israel como Moisés, a quien haya conocido Jehová cara a cara”, es el testimonio del Registro Sagrado (Deut. 34: 10).

Desde la zarza ardiente al pie del monte Horeb, el Señor llamó a Moisés, y le dijo: “Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel”. Cómo respondió al llamamiento, lo deducimos de este incidente: “Moisés y Aarón entraron a la presencia de Faraón y le di-

jeron: Jehová el Dios de Israel dice así: Deja ir a mi pueblo" (Exo. 3:10; 5:1).

Estos acontecimientos señalan el fin de la dispensación patriarcal y el comienzo de la dispensación mosaica, que continuó hasta el primer advenimiento de nuestro Señor, o sea unos mil quinientos años.

Aunque las grandes verdades de estas dos dispensaciones son las mismas, sus anales o historias son muy diferentes. El relato de la dispensación patriarcal, que duró dos mil quinientos años, está contenido en un sólo libro de unas cincuenta y seis páginas en nuestra traducción castellana —una maravilla de brevedad que, sin embargo, presenta una vasta información. Por otro lado, la historia de la dispensación mosaica, que aunque es tan sólo un poco más de la mitad del período anterior, llena treinta y ocho libros, que abarcan 896 páginas.

La historia de la era patriarcal fue, por supuesto, escrita cuando el pueblo y los acontecimientos que le dieron vida eran cosa del pasado, mientras que la historia del período mosaico fue escrita mientras aún se estaba cumpliendo, mientras vivían los actores, y se desencadenaban los acontecimientos. Aparecen muchos detalles instructivos en este relato, mientras que los detalles de carácter similar fueron excluidos del relato de la dispensación anterior.

La relación del Espíritu Santo con el don

En la historia del pueblo y los acontecimientos de la dispensación mosaica, el don de profecía ocupa un lugar muy prominente. Por el relato de sus múltiples manifestaciones, aprendemos mucho de su propósito. Se nos aclara su gran valor para la familia humana. Aquí, por primera vez en la narración sagrada, se revela la importante verdad de que el Espíritu de Dios está inseparable y activamente relacionado con la concesión y las manifestaciones del don de profecía. Lee-
mos:

"Entonces Jehová descendió en la nube, y le habló; y tomó del espíritu que estaba en él, y lo puso en los setenta varones ancianos; y cuando posó sobre ellos el espíritu, profetizaron, y no cesaron. Y habían quedado en el campamento dos varones, llamados el uno Eldad y el otro Medad, sobre los cuales también reposó el espíritu. . . y profetizaron en el campamento (Núm. 11:25, 26).

Cuando se le contó esto a Moisés, él dijo: "Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos" (vers. 29). Reconoce, pues, esta declaración, la verdad fundamental de la relación del Espíritu divino con el don de profecía. Notemos algunos casos destacados de su manifestación:

Cuando el profeta Samuel dijo a Saúl que el Señor lo había elegido como rey de Israel, Samuel le dijo: "Después que te hayas apartado de mí. . . el Espíritu de Jehová vendrá sobre ti con poder, y profetizarás. . . Y el Espíritu de Dios vino sobre él con poder, y profetizó" (1 Sam. 10:2-10).

Además, cuando Elías estaba por ser trasladado, dijo a Eliseo: "Pide lo que quieras que haga por ti, antes que yo sea quitado de ti" (2 Rey. 2:9). Esto era como decir: Eliseo, yo me voy ahora a mi Padre celestial. Pronto estaré en su presencia. ¿Qué petición haré en tu favor? Eliseo contestó: "Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí". A esta ferviente petición contestó Elías: "Cosa difícil has pedido. Si me vieres cuando fuere quitado de ti, te será hecho así" (vers. 9, 10). Eliseo obtuvo lo que deseaba. Se le concedió lo que pedía, y por la dirección y el poder del Espíritu, llegó a ser una gran bendición para el pueblo de Dios.

Apropiadamente llamado "espíritu de profecía"

El testimonio del profeta Ezequiel acerca de la obra del Espíritu Santo en su propio caso es: "Luego me le-

vantó el Espíritu y me volvió a llevar en visión del Espíritu de Dios a la tierra de los caldeos, a los cautivos. Y se fue de mi la visión que había visto. Y hablé a los cautivos todas las cosas que Jehová me había mostrado" (Eze. 11: 24, 25).

Después del cautiverio, Nehemías fue comisionado para que dirigiese al pueblo en la reedificación de la ciudad de Jerusalén. En medio de sus dificultades y perplejidades dijo en su oración al Señor: "Les sopor-tastes por muchos años, y les testificaste con *tu Espíritu* por medio de tus profetas" (Neh. 9: 30).

En el Nuevo Testamento, el apóstol Pedro nos da un testimonio adicional acerca de la relación del Espíritu de Dios con el don de profecía. Dice: "Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba *el Espíritu* de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos" (1 Ped. 1: 10, 11).

Aquí se nos declara que fue el Espíritu de Cristo manifestado en los profetas el que les reveló las profecías que habían escrito acerca de la maravillosa salvación que Cristo habría de traer al mundo, juntamente con el plan de la salvación que iba a seguir. En armonía con esto, el apóstol añade que: "Nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo" (2 Ped. 1: 21). Estos pasajes, y muchos otros, demuestran que el Espíritu de Dios era el agente activo que daba la instrucción mediante este don.

Debido a esta muy activa participación del Espíritu de Dios en la obra del don de profecía, este don se llama muy natural y apropiadamente "el espíritu de profecía" (Apoc. 19: 10). Es, pues, fundamentalmente cierto que "por medio del Espíritu Santo es cómo Dios se comunica con el hombre" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 429).

Manifestación extraordinaria mediante Moisés

Al principio de la dispensación mosaica, como hemos visto, el don de profecía se manifestó en una medida extraordinaria mediante el gran profeta Moisés. Esta manifestación continuó durante los cuarenta años de las peregrinaciones de Israel desde Egipto hasta el Jordán. Durante ese tiempo habían muerto tanto Aarón como María, a quienes había sido concedido el don de profecía. Josué, que había de reemplazar a Moisés como caudillo, había recibido el don según lo demuestra la siguiente declaración:

"Y Jehová dijo a Moisés: Toma a Josué hijo de Nun, varón en el cual hay espíritu, y pondrás tu mano sobre él; y lo pondrás delante del sacerdote Eleazar, y delante de toda la congregación; y le darás el cargo en presencia de ellos. Y pondrás de tu dignidad sobre él, para que toda la congregación de los hijos de Israel le obedezca" (Núm. 27: 18-20).

Cuando llegaron al Jordán, Moisés entregó su comisión a Josué. Refiriéndose a este momento, la Palabra dice: "Y Josué hijo de Nun fue lleno del espíritu de sabiduría, porque Moisés había puesto sus manos sobre él; y los hijos de Israel le obedecieron, e hicieron como Jehová mandó a Moisés" (Deut. 34: 9).

Esto nos lleva al fin del largo viaje de Israel desde Egipto a Canaán. Cierra lo que indudablemente es el mayor y más destacado movimiento en la historia de la familia humana. Movimiento que se inició y fue ejecutado y llevado a cabo bajo la dirección visible de un profeta. "Y por un profeta Jehová hizo subir a Israel de Egipto, y por un profeta fue guardado" (Ose. 12: 13).

Este profeta estuvo, por supuesto, bajo la dirección de Dios, quien mediante el don de profecía dio las instrucciones, las indicaciones y los consejos necesarios para la realización de la tarea. Por este don Moisés fue

comisionado para librar a la nación de Israel de la servidumbre egipcia, y conducirla de vuelta a Canaán, la tierra de sus antepasados. Esta, dice M. G. Kyle, fue "la comisión más asombrosa que se diera jamás a un solo hombre (Exo. 3: 10), a un hombre solitario, más aún, a un fugitivo; que volviese a su casa y librase a sus compatriotas de una terrible esclavitud en manos de la nación más poderosa de la tierra" (*The International Standard Bible Encyclopedia*, tomo 3, art. *Moses*, pág. 2085).

Leyes dadas por el Espíritu

Las revelaciones constantes y las continuas instrucciones recibidas por el don de profecía habilitaron a Moisés para arrostrar triunfalmente las tremendas dificultades que se levantaban a cada paso del éxodo y de las peregrinaciones que siguieron.

Por el don de profecía se le dio a Israel la ley ceremonial, que prefiguraba clara e impresionantemente la muerte expiatoria de Cristo en favor de un mundo perdido, y su ministerio subsiguiente como gran sumo sacerdote del pecador en el santuario celestial, juntamente con la terminación del problema del pecado. Mediante las instrucciones dadas a Moisés por el don de profecía, la antigua iglesia de Dios fue organizada y edificada con maravillosa perfección y eficiencia.

Por su trato con Dios, este gran profeta recibió y entregó al mundo el Decálogo inmortal, cuyos principios constituyen hasta la fecha el fundamento de las leyes de todas las naciones civilizadas, como también la carta magna de la iglesia. "El Decálogo es un milagro moral en la legislación antigua, y conserva su poder en esta época en todos los países cristianos".

Por este medio de comunicación con Dios, Moisés fue inducido a dar a Israel leyes civiles y sanitarias y reglamentos respecto a la salud que se equiparan con cualesquiera que hayan sido promulgados en cualquier legislación ulterior.

"En el gobierno, tanto como en la religión, Moisés es todavía poderoso después de tres mil años. Las leyes del mundo cristiano se remontan a sus labios, y millo- nes que no le reconocen soberanía religiosa ni a él ni a su Dios, sienten aún su influencia en asuntos legales, en forma tremenda e inevitable, debido a su antigua enunciación de los preceptos a la sombra del Sinai" (Carlos Francisco Potter, *The Story of Religion*, pág. 33. Nueva York, 1929).

Nuestra deuda con el don de profecía

Al don de profecía tan manifiesto mediante Moisés, debemos, según lo expresó otra persona, "esa importante porción de la Sagrada Escritura, el Pentateuco, que nos hace conocer la creación del mundo, la entrada del pecado y de la muerte, las primeras promesas de la redención, el diluvio, la población de la tierra post-diluviana, el origen de las naciones, el llamamiento de Abrahán, la promulgación de la ley. En verdad tenemos en él la primera historia de la religión, y una clave para todas las subsiguientes dispensaciones de Dios al hombre" (*The Popular and Critical Bible Encyclopedia and Scriptural Dictionary*, tomo 2, art. *Moses*, pág. 1189).

"No hay, por lo tanto, esfera de la vida humana hoy en Europa o América donde no se sienta en forma abrumadora la influencia de Moisés. . . Si Moisés ha resultado tan inconmensurablemente importante para la familia humana, ¿por qué algunos eruditos han puesto en duda su existencia histórica? Es un hecho extraño e interesante que cuanto mayor es un hombre, tanto más probable es que algunos siglos después de su muerte se niegue que haya existido" (Carlos Francisco Potter, *Opus cit.*, pág. 35).

Ciertos exponentes y comentadores de la Biblia propenden a señalar el genio de Moisés, y su preparación escolástica y militar en la familia real de Egipto,

al explicar sus grandes hazañas. Se explayan en sus grandes dones como estadista, organizador, administrador y escritor, dando a entender, si no lo dicen directamente, que las grandes hazañas que se le atribuyen fueron productos naturales de dones humanos extraordinarios que le fueron prodigados por la naturaleza y la educación.

Pero tal no era la opinión que sostenía Moisés mismo, ni es lo que nos presentan las Escrituras. Ellas declaran que Moisés "se sostuvo como viendo al Invisible" (Heb. 11:27). El vivió, se movió, pensó y obró por la comunión con Cristo. Se mantuvo en íntimo trato con su divino Caudillo. Por la revelación del Espíritu Santo recibió instrucción y dirección divinas en todo lo que pensaba hacer. Las grandes realizaciones de su vida fueron, por lo tanto, producto de esas instrucciones. Fue el profeta de Dios, el embajador de Dios a los hombres. Se le impartió el don de profecía en el más grande y pleno grado. Kile estima correctamente a Moisés cuando dice:

"La carrera, las obras y el carácter de Moisés culminan en el cargo de profeta. Moisés fue esencialmente un líder como profeta. Como profeta ocupó el puesto de mayor eminencia en el mundo hasta que vino uno mayor que Moisés. . . La revelación que Moisés tuvo de Dios, trasciende las especulaciones de los teólogos acerca de Dios, como una puesta de sol trasciende de cualquier tratado del efecto solar. Mientras que las especulaciones son frías y sin vida, la revelación es vital y gloriosa. . . Tal fue el caudillo, legislador, profeta, poeta hebreo, entre simples hombres, 'el mayor hombre de todo este mundo'" (*The International Standard Bible Encyclopedia*, tomo 3, art. *Moses*, págs. 2090, 2091).

CAPITULO 5

DE JOSUE A SAMUEL

LA HISTORIA del pueblo de Dios durante la dispensación mosaica presenta cuatro divisiones bien marcadas:

Primera, de Egipto a Canaán.

Segunda, de Josué a Samuel.

Tercera, de Samuel a Jeremías.

Cuarta, de Jeremías a Juan el Bautista.

Durante el largo período de la dispensación mosaica, la historia de Israel, como está registrada en el Antiguo Testamento, fue de veras muy variada. Es un relato de apostasías, de cautiverios y de liberaciones realizadas por el Señor. Fue caracterizada por gran prosperidad y progreso en ciertas épocas, por grandes pérdidas y privaciones en otras. Sin embargo, a través de toda su historia, Jehová mandó instrucciones a su pueblo mediante el don de profecía, las que si hubieran sido escuchadas, les habrían dado dirección segura, prosperidad y triunfo. Pero esta instrucción no fue frecuentemente apreciada o seguida. La actitud más común adoptada por Israel hacia esa instrucción enviada del cielo se revela en el reproche que el Señor hizo registrar por el profeta Jeremías:

"Desde el día que vuestros padres salieron de la tierra de Egipto hasta hoy. Y os envié todos los profetas mis siervos, enviándolos desde temprano y sin cesar; pero no me oyeron ni inclinaron su oído, sino que endurecieron su cerviz, e hicieron peor que sus padres" (Jer. 7:25, 26).

En el capítulo anterior se dio un breve repaso de la primera parte de la dispensación mosaica. Dicho repaso terminaba con la muerte de Moisés.

Josué sucede a Moisés como caudillo

El comienzo de la segunda parte —de Josué a Samuel— lo encontramos en el siguiente relato:

“Aconteció después de la muerte de Moisés siervo de Jehová, que Jehová habló a Josué hijo de Nun, servidor de Moisés, diciendo: Mi siervo Moisés ha muerto; ahora, pues, levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra que yo les doy a los hijos de Israel”. “Como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré ni te desampararé” (Jos. 1: 1, 2, 5).

Así que, por medio del don de profecía, el Señor continuó instruyendo y conduciendo a su pueblo. Josué tenía ochenta y cinco años cuando recibió la comisión de conducir a Israel al otro lado del Jordán, a la tierra prometida, y a la gloriosa consumación del gran movimiento del éxodo. Desde ese momento hasta su muerte, veinticinco años más tarde, Josué estuvo en continua comunicación con Dios. El Señor le dio instrucciones detalladas acerca de todas las fases importantes de su obra: el cruce del Jordán, la toma de Jericó —la gran fortaleza que se hallaba a la entrada de Canaán—, el trato que merecía Acán en el anatema, las muchas conquistas que se habían de hacer, la distribución de la tierra a las tribus de Israel, la designación de las ciudades de refugio, la leal obediencia que Israel debía prestar para siempre a todos los justos requerimientos de su Señor.

Cuando Josué terminó las tareas que se le habían asignado, y acabado su carrera, “llamó a todo Israel. . . y sus oficiales, y les dijo: Yo ya soy viejo y avanzado en años”. “He aquí que yo estoy para entrar hoy por el camino de toda la tierra; reconoced, pues, con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, que

no ha faltado una palabra de todas las buenas palabras que Jehová vuestro Dios había dicho de vosotros; todas os han acontecido, no ha faltado ninguna de ellas”. “Y envió Josué al pueblo, cada uno a su posesión. Después de estas cosas murió Josué hijo de Nun, siervo de Jehová, siendo de ciento diez años” (caps. 23: 2, 14; 24: 28, 29).

¡Qué maravillas experimentó el pueblo de Dios desde el día en que el Señor dio a su profeta Abrahán la visión de su cruel servidumbre en Egipto, de su liberación y regreso a la tierra de Canaán! ¡Qué revelación de la fidelidad de Dios en recordar y cumplir sus promesas!

Fortalecería y alegraría a todo corazón leer y meditar el hermoso e impresionante repaso de estos acontecimientos según lo da el salmista David:

“Acordaos de las maravillas que él ha hecho, de sus prodigios y de los juicios de su boca, oh vosotros, descendencia de Abrahán su siervo, hijos de Jacob, sus escogidos. El es Jehová nuestro Dios; en toda la tierra están sus juicios. Se acordó para siempre de su pacto; de la palabra que mandó para mil generaciones, la cual concertó con Abrahán, y de su juramento a Isaac. La estableció a Jacob por decreto, a Israel por pacto sempiterno, diciendo: A ti te daré la tierra de Canaán como porción de vuestra heredad. Cuando ellos eran pocos en número, y forasteros en ella, y andaban de nación en nación, de un reino a otro pueblo, no sintió que nadie los agraviase, y por causa de ellos castigó a los reyes. No toquéis, dijo, a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas” (Sal. 105: 5-15).

“Después entró Israel en Egipto, y Jacob moró en la tierra de Cam. Y multiplicó su pueblo en gran manera, y lo hizo más fuerte que sus enemigos. Cambió el corazón de ellos para que aborreciesen a su pueblo, para que contra sus siervos pensasen mal. Envío a su siervo Moisés, y a Aarón, al cual escogió. Puso en ellos las palabras de sus señales, y sus prodigios en la tie-

rra de Cam". "Los sacó con plata y oro; y no hubo en sus tribus enfermos. Egipto se alegró de que salieran, porque su terror había caído sobre ellos. Extendió una nube por cubierta, y fuego para alumbrar la noche" (vers. 23-27, 37-39).

En el tiempo de los jueces

Desde la muerte de Josué hasta que Saúl fue hecho rey, el gobierno de Israel fue administrado por diferentes gobernantes o jueces, quince de los cuales son mencionados en las Escrituras. Acerca de este tiempo, Pablo dice que el Señor "como por cuatrocientos cincuenta años, les dio jueces hasta el profeta Samuel" (Hech. 13: 20).

Acerca del servicio prestado por los jueces dice un escritor:

"No eran simplemente hombres que librarán al estado de un yugo extranjero, sino destructores de la idolatría, enemigos de los vicios paganos, promotores del conocimiento de Dios, de la religión y de la moralidad; restauradores de la teocracia en la mente de los hebreos, y poderosos instrumentos de la Providencia divina para fomentar el gran designio de preservar la constitución hebrea, y por este medio, de salvar la religión verdadera de la destrucción" (*The Popular and Critical Bible Encyclopedia*, tomo 2, art. *Judges*, pág. 1003).

Desde la muerte de Josué hasta Samuel el profeta, Israel fue muchas veces vencido y llevado en cautiverio por naciones enemigas y sujeto a dura servidumbre. Bajo la cruel opresión y el sufrimiento que soportaban, se arrepentían de sus pecados, se volvían al Señor y clamaban por liberación. Aunque habían pecado muy gravemente contra Dios, él se compadecía de ellos y les suscitaba poderosos libertadores. Estos libertadores llegaban a ser jueces.

La liberación bajo Débora la profetisa

No se nos revela claramente hasta qué punto fue empleado por el Señor el don de profecía para inducir a los hombres a emprender la tarea peligrosa de quebrantar el poder de las naciones que habían esclavizado a su pueblo, aunque se nos citan algunos casos muy específicos. Por ejemplo, en una ocasión en que estaban oprimidos por los madianitas, "Jehová envió a los hijos de Israel un varón profeta", con un mensaje de reprensión por sus pecados, y con instrucciones acerca de la conducta que debían seguir. (Véase Juec. 6: 8-10.) En otra ocasión "vino un varón de Dios a Elí", y le dio un terrible mensaje acerca de los juicios de Dios que habían de caer sobre él y su casa. (Véase 1 Sam. 2: 27-36.)

Lo seguro es que fue clara la manifestación de este don en algunos de los duros incidentes por los cuales pasó Israel.

Una de las maravillosas liberaciones del pueblo fue realizada bajo la dirección de Débora la profetisa. Se relata en los capítulos 4 y 5 de Jueces. Este relato revela el gran servicio que prestó el don de profecía a la causa de Dios en aquella ocasión.

"Los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová. Y Jehová los vendió en mano de Jabin rey de Canaán. . . Entonces los hijos de Israel clamaron a Jehová, porque aquél tenía novecientos carros herrados, y había oprimido con crueldad a los hijos de Israel por veinte años. Gobernaba en aquel tiempo a Israel una mujer, Débora, profetisa, mujer de Lapidot; y acostumbraba sentarse bajo la palmera de Débora, entre Ramá y Betel, en el monte de Efraín; y los hijos de Israel subían a ella a juicio" (Juec. 4: 1-5).

A esta mujer, que tenía el don de profecía, llegó un mensaje directo e imperativo de Dios.

"Y ella envió a llamar a Barac hijo de Abinoam, de Cedes de Neftalí, y le dijo: ¿No te ha mandado Jehová Dios de Israel, diciendo: Ve, junta a tu gente en el monte de Tabor y toma contigo diez mil hombres?. . . Y yo atraeré hacia ti al arroyo de Cisón a Sísara, capitán del ejército de Jabin, con sus carros y su ejército, y lo entregaré en tus manos?" (vers. 6, 7).

Debe haber sido un mensaje sorprendente y alarmante para Barac. Veinte años antes de eso, el ejército de Jabin había derrotado a Israel. Durante veinte años lo había mantenido en la servidumbre, y lo había afligido. Hasta la hora en que Débora recibió el mensaje por el don de profecía, ningún esfuerzo, hasta donde sepamos por el relato, se había hecho para librar a Israel de su poderoso opresor. La tarea a la cual Barac fue llamado, parecía tan imposible de realizar que dijo a Débora: "Si tú fueres conmigo, yo iré; pero si no fueres conmigo, no iré" (vers. 8).

Sin vacilar un instante, Débora le replicó: "Iré contigo; mas no será tuya la gloria de la jornada que emprendes, porque en mano de mujer venderá Jehová a Sísara. Y levantándose Débora, fue con Barac a Cedes" (vers. 9).

La victoria a pesar de grandes desventajas

En el mensaje dado a Débora, y transmitido a Barac, se dijo que el Señor traería "al arroyo de Cisón a Sísara, capitán del ejército de Jabin, con sus carros y su ejército". Pero se dijo también: "Y lo entregaré en tus manos" (vers. 7). Parece que Barac sentía temor al mirar las poderosas fuerzas que subirían contra él, mientras que Débora era valerosa; miraba la promesa del Dios poderoso que estaría de su parte y entregaría a Sísara y su gran multitud en sus manos.

Cuando Sísara supo que Barac había venido con diez mil hombres para pelear contra él, "reunió Sísara todos sus carros, novecientos carros herrados, con todo el pueblo que con él estaba, desde Haroset-goim hasta el arroyo de Cisón" (vers. 13).

Allí se encontraron frente a frente los ejércitos. Las apariencias humanas indicaban tan sólo un resultado: Las fuerzas de Barac, pequeñas, mal adiestradas, debían ciertamente caer derrotadas ante el ejército superior y mejor equipado de Sísara.

Así había razonado Barac, y así razonaba ahora Sísara. Pero no razonaba así Débora. Ella estaba en relación con Dios; había tenido comunión con él, y él le había dicho: "Lo entregaré en tus manos". Teniendo esta promesa, ella sabía perfectamente cuál sería el resultado. Sabía que Sísara y todos sus carros de hierro y su gran ejército estaban ya en realidad derrotados.

La liberación por medio del don

Por lo tanto, con plena confianza podía decir a Barac: "Levántate, porque este es el día en que Jehová ha entregado a Sísara en tus manos. ¿No ha salido Jehová delante de ti?" (vers. 14).

Obedeciendo prestamente a esta orden, viva, positiva y segura de la profetisa, Barac condujo a sus hombres a la acción. "Y Jehová quebrantó a Sísara, a todos sus carros y a todo su ejército, a filo de espada delante de Barac; y Sísara descendió del carro, y huyó a pie. Mas Barac siguió los carros y el ejército hasta Haroset-goim, y todo el ejército de Sísara cayó a filo de espada, hasta no quedar ni uno" (vers. 15, 16).

"Así abatió Dios aquel día a Jabin, rey de Canaán, delante de los hijos de Israel. Y la mano de los hijos de Israel fue endureciéndose más y más contra Jabin rey de Canaán, hasta que lo destruyeron" (vers. 23, 24).

Débora, Barac y los diez mil hombres que habían participado del conflicto, volvieron con corazón alegre a su pueblo y sus hogares. Esta gran liberación produjo regocijo en todo Israel. "Aquel día cantó Débora con Barac hijo de Abinoam, diciendo: Por haberse puesto al frente los caudillos en Israel, por haberse ofrecido voluntariamente el pueblo, load a Jehová" (cap. 5: 1, 2).

La inspiración relató detalladamente este incidente histórico para beneficio de las generaciones ulteriores hasta el fin del tiempo. De él podemos hoy obtener lecciones instructivas de gran importancia que serán una bendición para nosotros si las escuchamos.

La lección esencial que se quiere recalcar en este estudio es la parte vital con la cual contribuyó el don de profecía a los acontecimientos que culminaron en una victoria tan grande.

Considérese la situación: Por una apostasía inexcusable y persistente, los hijos de Israel se habían apartado de Dios a la idolatría. Al hacer esto, se habían separado de la protección poderosa que los acompañara mientras fueron fieles y leales a Jehová. Privados de su poder, no podían resistir delante de sus enemigos, y fueron, por consiguiente, reducidos a servidumbre por los cananeos. Durante veinte largos años habían sido ominosamente oprimidos, y no habían podido librarse. Volviéndose más débiles con cada año que pasaban en servidumbre, su situación era cada vez más desesperada. En su impotencia, se volvieron al Señor en busca de ayuda. Confesaron y repudiaron su mal proceder, y clamaron a Dios por misericordia y liberación.

En su gran compasión el Señor respondió a sus súplicas. Mediante aquel misericordioso y siempre valioso don de profecía, dio a Débora, su profetisa, el mensaje de liberación para su pueblo tardíamente penitente. La instrucción dada en el mensaje fue ejecutada, y se realizó una gran liberación.

¡Qué don inestimable! Tal ha sido el propósito y la obra de este don de profecía, permanente y continuo, desde el día en que Adán fue expulsado del Edén hasta el tiempo actual.

Samuel llamado al cargo de profeta

Después de esa maravillosa liberación de la mano opresora de los cananeos, "la tierra reposó cuarenta años" (vers. 31). Luego, aunque es ciertamente extraño y deplorable, la nación volvió a hacer "lo malo ante los ojos de Jehová", y esta vez "Jehová los entregó en manos de Madián por siete años" (cap. 6: 1). Así nos relatan los anales las repetidas apostasías pecaminosas y humillaciones del pueblo, y las misericordiosas liberaciones de las cuales el Señor lo hizo objeto cada vez que arrepentido recurría a él.

"Y todo Israel, desde Dan hasta Beerseba, conoció que Samuel era fiel profeta de Jehová". "Y juzgó Samuel a Israel todo el tiempo que vivió" (1 Sam. 3: 20; 7: 15).

Con la dirección de Samuel, el largo período de los jueces llegó a su fin. La situación de la nación, cuando Samuel fue llamado al cargo de profeta y de juez, era oscura y turbulenta. Israel estaba nuevamente en servidumbre, esta vez bajo los filisteos. Elí, el juez de Israel, era anciano, incapaz de cumplir los deberes de su cargo. Sus hijos Ofni y Finees, a los cuales confiaba los asuntos del gobierno y el servicio del sacerdocio, eran "hombres impíos; y no tenían conocimiento de Jehová". "Era, pues, muy grande delante de Jehová el pecado de los jóvenes" (cap. 2: 12, 17).

Era de veras una hora sombría en la historia de Israel. La apostasía espiritual había puesto a la nación bajo la sujeción de los filisteos. "No había visión con frecuencia" ni manifestación ampliamente conocida del don de profecía.* Se necesitaban claras instrucciones y severos reproches. Un gran despertar espiritual

y una gran reforma debían realizarse antes que la nación pudiese ser libertada de la mano fuerte de los filisteos. Parece que no había nadie en Israel a quien el Señor pudiera impartir en forma consecuente y segura el don de profecía de una manera pública y abierta.

Fue en medio de esa oscura noche de la historia de Israel cuando nació el niño Samuel. Es muy evidente que era un hijo de la Providencia divina. Después de su nacimiento, su madre dijo: "Por este niño oraba, y Jehová me dio lo que le pedí. Yo, pues, lo dedico también a Jehová; todos los días que viva, será de Jehová. Y adoré allí a Jehová" (cap. 1: 27, 28).

Todo incidente registrado acerca de la vida de Samuel demuestra que el Señor lo trajo al mundo para que fuera empleado en la regeneración espiritual de Israel, en su liberación de la servidumbre de los filisteos, y para conducirlos a la exaltada posición subsiguiente que alcanzaron bajo David. Esta revelación de los recursos de Dios para cumplir sus propósitos

(*) La expresión, "no había visión con frecuencia", según se lee en 1 Samuel 3: 1, se traduce en la versión judaica de Isaac Leeser como "la profecía no estaba extendida". Otras traducciones son como sigue: "Las visiones no eran frecuentes" (Darby); "la palabra de Jehová era escasa" (Moffatt); "ninguna visión se manifestaba" (Young). El original de la palabra "manifiesta" se traduce en la versión de Rotherham, como "bien conocida"; en la Septuaginta, como "distinta"; y en la Versión Bautista Americana Mejorada, como "difundida". Es decir no era difundida ni pública, en contraste con localizada o individual.

Estas traducciones, que son esencialmente una en propósito y espíritu, quedan justificadas por el resto del versículo. Como resultado de los hechos registrados en el capítulo que se inicia con la declaración que "la palabra de Jehová escaseaba en aquellos días"; se declara que "todo Israel, desde Dan hasta Beerseba, conoció que Samuel era fiel profeta de Jehová" (vers. 20).

Esto indica que "la visión con frecuencia", es "difundida" o "bien conocida". Los que tienen visiones con frecuencia quedan confirmados como profetas.

La frase, "no había visión con frecuencia", no puede significar que no había visión en absoluto. Más bien implica claramente que había ejercicio del don de profecía, pero no en la manera pública característica de la obra del que es abiertamente manifiesto y establecido como profeta, como fueron Samuel y sus sucesores.

divinos fue puesta por inspiración en la historia del antiguo Israel para dar fe, valor y firmeza a sus creyentes de todos los tiempos cuando la situación que arrostrarán pareciera oscura y difícil.

Durante toda la historia de la familia humana, el Señor ha estado elaborando un "propósito eterno" para la redención de todos aquellos que tienen interés en ser redimidos. Durante todo ese tiempo Satanás ha estado contrariando el propósito de Jehová. Este gran enemigo de Dios y del hombre ha creado muchas situaciones difíciles y de veras imposibles para el hombre sin la ayuda divina. A veces ha parecido como que el plan del Señor debía fracasar. Pero ha sido en ocasiones tales, en las horas más sombrías, cuando el Señor ha manifestado su gran poder para derrotar los planes del enemigo y proporcionar un glorioso triunfo a su causa.

Uno de los mayores profetas de todos los tiempos

"Y el joven Samuel iba creciendo, y era acepto delante de Dios y delante de los hombres". "Y el joven Samuel ministraba en la presencia de Jehová, vestido de un efod de lino" (cap. 2: 26, 18). A su debido tiempo, "Jehová se manifestó a Samuel en Silo por la palabra de Jehová". "Y Samuel habló a todo Israel". "Y todo Israel, desde Dan hasta Beerseba, conoció que Samuel era fiel profeta de Jehová" (cap. 3: 21; 4: 1; 3: 20). Así fue suscitado por Jehová en medio del apóstata Israel uno de los mayores profetas de todos los tiempos. Durante toda su vida este hombre pareció estar en la más íntima asociación con Dios. En sus múltiples labores, grandes y pequeñas, recibió instrucción y dirección divinas mediante el don de profecía.

La primera responsabilidad definida que le fue impuesta por Jehová consistió en dar a Elí, el juez de Israel, el terrible mensaje relativo al castigo que debía caer sobre su casa.

"Al transmitir fielmente la divina advertencia a la casa de Elí, por penoso que fuera dicho deber, Samuel había dado pruebas evidentes de su fidelidad como mensajero de Jehová, 'y Jehová fue con él, y no dejó caer a tierra ninguna de sus palabras'" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 640).

A fin de realizar un reavivamiento espiritual y una reforma que prepararan la liberación de la servidumbre de los filisteos, Samuel iba por las ciudades y las aldeas de la tierra enseñando a la gente, orando con ella, y suplicándole que se volviese de sus pecados a Dios. Tuvo mucho éxito en este esfuerzo, porque con el tiempo "toda la casa de Israel lamentaba en pos de Jehová" (cap. 7: 2).

Había llegado la hora del triunfo y la liberación. Reconociendo esto, Samuel dijo: "Preparad vuestro corazón a Jehová, y sólo a él servid, y os libraré de la mano de los filisteos. Entonces los hijos de Israel quitaron a los baales y a Astarot, y sirvieron sólo a Jehová" (vers. 3, 4).

La acción siguió prestamente a esto. Pronto se hallaron frente a las huestes de los filisteos. Israel no estaba armado para un conflicto tal, pero el Señor obró en su favor. "Mas Jehová tronó aquel día con gran estruendo sobre los filisteos, y los atemorizó, y fueron vencidos delante de Israel. . . Así fueron sometidos los filisteos, y no volvieron más a entrar en el territorio de Israel; y la mano de Jehová estuvo contra los filisteos todos los días de Samuel" (vers. 10-13).

Fundó las escuelas de los profetas

De modo que este hombre de Dios, guiado por el espíritu de profecía, condujo a toda la nación desde la idolatría al verdadero Dios, y la libró de todos sus opresores. ¿Quién puede estimar adecuadamente el valor de este servicio para el pueblo y la causa de Dios? El espíritu de profecía, si es seguido hoy, le asegurará a la iglesia de Dios resultados parecidos, porque para Dios no hay diferencia en el tiempo.

Posiblemente el mayor servicio prestado por Samuel durante su larga y eminente dirección del pueblo hebreo fue la fundación de las instituciones conocidas como "escuelas de los profetas".

"Desde los tiempos más remotos se había considerado a los profetas como maestros divinamente designados. El profeta era, en el sentido más elevado, una persona que hablaba por inspiración directa, y comunicaba al pueblo los mensajes que recibía de Dios. Pero también se daba este nombre a los que, aunque no eran tan directamente inspirados, eran divinamente llamados a instruir al pueblo en las obras y los caminos de Dios. Para preparar esa clase de maestros, Samuel fundó, de acuerdo con la instrucción del Señor, las escuelas de los profetas.

"Estas escuelas tenían por objeto servir como barrera contra la corrupción que se propagaba por todas partes, atender al bienestar mental y espiritual de la juventud, y estimular la prosperidad de la nación, proveyéndola de hombres preparados para actuar en el temor de Dios, como directores y consejeros. Con este propósito, Samuel reunió grupos de jóvenes piadosos, inteligentes y estudiosos, que recibieron el nombre de hijos de los profetas. . . En los días de Samuel había dos escuelas tales, una en Ramá, donde vivía el profeta, y otra en Quiriat-jearim. En años posteriores se establecieron otras. . .

"Estas escuelas llegaron a ser uno de los medios más eficaces para estimular la justicia que 'engrandece a la nación'. En escala no pequeña contribuyeron a poner el cimiento de la maravillosa prosperidad que distinguió los reinados de David y Salomón" (*La Educación*, págs. 46-48).

La prosperidad espiritual y temporal descripta aquí fue el fruto obtenido por creer y seguir los consejos de los profetas de Dios, quienes a su vez recibían sus instrucciones del Dios viviente. Tal es la ley inalterable del universo espiritual.

Israel rechaza a Dios como Rey

Uno de los acontecimientos más graves y abarcales para el mal ocurrió durante los años finales de la magnífica dirección ejercida por el profeta Samuel. Fue nada menos que una revolución en el gobierno que Dios había establecido para su pueblo. Fue realizada por la nación de Israel, y su propósito siniestro, aunque velado, era librarse de la realeza divina y de la influencia restrictiva que ejercía el don de profecía.

He aquí cómo presenta el profeta Samuel el relato de este grave asunto:

“Entonces todos los ancianos de Israel se juntaron, y vinieron a Ramá para ver a Samuel, y le dijeron: He aquí tú has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones” (1 Sam. 8: 4, 5).

Esta demanda de Israel era alarmante y desagradable para Samuel. Era tan audaz, tan revolucionaria, tan llena de peligro, que Samuel no quiso responder hasta haber recibido instrucción directa del Señor. “Y Samuel oró a Jehová. Y dijo Jehová a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos. . . Ahora, pues, oye su voz; mas protesta solemnemente contra ellos, y muéstrales cómo les tratará el rey que reinará sobre ellos” (vers. 6-9).

El pueblo amonestado por el profeta

Habiendo recibido esta instrucción, “refirió Samuel todas las palabras de Jehová al pueblo que le había pedido rey”. Pero el pueblo no quiso oír la voz de Samuel, y dijo: “No, sino que habrá rey sobre nosotros; y nosotros seremos también como todas las naciones, y nuestro rey nos gobernará, y saldrá delante de nosotros, y hará nuestras guerras” (vers. 10, 19, 20).

CAPITULO 6**DURANTE LA REBELION DE ISRAEL**

EN MEDIO de los grandes progresos realizados bajo la dirección de Samuel, los reavivamientos espirituales, las reformas nacionales, y las liberaciones de las servidumbres bajo las naciones enemigas, se produjo una rebelión abierta de parte del pueblo contra el plan que Dios tenía para su gobierno. Esa rebelión fue seguida por acontecimientos graves para la nación. Produjo condiciones de contraste y contradicciones. Trajo situaciones radicalmente opuestas, que encerraban las perspectivas más brillantes y a la vez más oscuras. Hizo resaltar la más fiel lealtad a Dios y la peor apostasia; las mayores alturas de la prosperidad y los extremos de la adversidad; la tranquilidad más satisfactoria y las revoluciones más devastadoras.

Pero a pesar de los lamentables cambios que se produjeron y las condiciones peligrosas que se presentaron, los anales de aquellos años y acontecimientos demuestran que hubo durante ese período una notable manifestación del don de profecía, que ejerció una influencia poderosa para el bien en los movimientos que ponían en peligro el bienestar del pueblo y la causa de Dios. A fin de conocer y apreciar plenamente el gran valor de los servicios prestados por este don enviado del cielo en aquellos acontecimientos portentosos, es necesario estudiarlos cuidadosamente.

La gravedad de esta rebelión contra el gobierno de Jehová resaltó aún más durante la coronación del rey que habían elegido. En aquella ocasión Samuel dijo al pueblo:

"Y habiendo visto que Nahas rey de los hijos de Amón venía contra vosotros, me dijisteis: No, sino que ha de reinar sobre nosotros un rey; siendo así que Jehová vuestro Dios era vuestro rey". "Esperad aún ahora, y mirad esta gran cosa que Jehová hará delante de vuestros ojos. ¿No es ahora la siega del trigo? Yo clamaré a Jehová, y él dará truenos y lluvias, para que conozcáis y veáis que es grande vuestra maldad que habéis hecho ante los ojos de Jehová, pidiendo para vosotros rey. Y Samuel clamó a Jehová, y Jehová dio truenos y lluvias en aquel día; y todo el pueblo tuvo gran temor de Jehová y de Samuel. Entonces dijo todo el pueblo a Samuel: Ruega por tus siervos a Jehová tu Dios, para que no muramos; porque a todos nuestros pecados hemos añadido este mal de pedir rey para nosotros" (cap. 12: 12, 16-19).

Desde Adán hasta el tiempo del profeta Samuel, el Señor había sido reconocido y gustosamente aceptado por su pueblo como su Divino Rey. El había ordenado para sus súbditos leales una forma de gobierno que debía continuar hasta el fin del tiempo.

Aunque los detalles de la administración pueden haber sido pocos y comparativamente sencillos al comienzo, y aun durante generaciones, sin embargo el plan del gobierno era, desde el principio, tan perfecto y completo como fue más tarde plenamente organizado por Moisés y administrado por Samuel.

El plan de gobierno de Dios

Era imperativo que el Señor mismo estableciera y dirigiera el gobierno de su pueblo como su rey. Pero al ceder al pecado, Adán había caído bajo el dominio de Satanás. Perdió el poder del dominio propio con

que había sido dotado en la creación. Se hizo incapaz de gobernarse a sí mismo, y por su pecado esa misma ruina había sido transmitida a toda la familia humana.

Conociendo la naturaleza del pecado y sus terribles efectos sobre el corazón humano, el Señor previó lo que iba a acontecer entre los hombres: la mala administración del gobierno, el falso concepto y desprecio de los derechos humanos, la promulgación de leyes injustas y opresoras, el cohecho y la corrupción de los tribunales, las guerras devastadoras de las naciones. Todo esto estaba abierto ante su mente infinita. Vio que únicamente su intervención podía salvar al mundo de la opresión y la anarquía. Por lo tanto, con gran misericordia y compasión, constituyó una forma de gobierno que, si hubiera sido aceptada y llevada a cabo, habría asegurado a todo súbdito la igualdad, la justicia y la tranquilidad. Así habría sido salvada la humanidad de la opresión, la guerra, y la revolución continua que de otra manera debían caer sobre ella.

Ese gobierno no era una monarquía humana, ni tampoco era una democracia. Era una teocracia, en la cual Jehová era reconocido y reverenciado como rey. Su realza era muy definida y gratamente aceptada por su pueblo leal en los tiempos antiguos. Isaías declaró categóricamente: "Jehová es nuestro juez, Jehová es nuestro legislador, Jehová es nuestro Rey" (Isa. 33: 22). El salmista reconoció a Dios como rey soberano: "Pero Dios es mi rey desde tiempo antiguo; el que obra salvación en medio de la tierra" (Sal. 74: 12). Jeremías dijo: "Jehová es el Dios verdadero; él es Dios vivo y Rey eterno" (Jer. 10: 10). Acerca de aquella teocracia leemos:

"El gobierno de Israel era administrado en el nombre y por la autoridad de Dios. La obra de Moisés, de los setenta ancianos, de los jefes y de los jueces consistía simplemente en hacer cumplir las leyes que Dios les había dado; no tenían autoridad alguna para

legislar para la nación. Esta era y continuaba siendo la condición impuesta para la existencia de Israel como nación. De siglo en siglo se suscitaron hombres inspirados por Dios para que instruyeran al pueblo, y para que dirigieran la ejecución de las leyes" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 653).

Tal era la teocracia, el gobierno teocrático, un gobierno que recibía su autoridad, su poder, sus leyes y administración, directamente de Dios. Acerca del método escogido por el Señor para la administración de su gobierno, leemos:

"En él todos los poderes del estado: legislativo, ejecutivo, judicial, estaban unidos. . . Ejercía sus cargos gubernamentales mayormente por medio de los hombres a quienes suscitaba. . . La estabilidad del estado bajo la forma teocrática de gobierno dependía en primera y última instancia de la fidelidad de Dios a su elección y sus promesas; pero el éxito de la teocracia, en cualquier período determinado, dependía de la actitud del pueblo hacia las estipulaciones de su pacto. Su obediencia a Dios y su fidelidad a él eran requisitos previos" (Juan D. Davis, *Dictionary of the Bible*, art. *Theocracy*, págs. 773, 774).

El don de profecía era esencial

Este gobierno teocrático no podía ser administrado por el Señor sin un medio de comunicación entre él y el hombre. El don de profecía era ese conducto. Era el método por el cual Jehová, el Rey invisible, revelaba su voluntad, daba a conocer sus leyes, elegía sus administradores, y levantaba hombres piadosos para que fuesen sus mensajeros, que habían de recibir de él los mensajes inspirados para los reyes y los príncipes, los sacerdotes y el pueblo. Después de una clara explicación relativa a la naturaleza de una teocracia y su administración, W. M. Mc Pheeters dice:

"La realización de una idea tal era posible únicamente dentro de la esfera de lo que se conoce como la re-

velación especial. En verdad, *la revelación especial de la voluntad divina, mediante órganos divinamente escogidos, a agentes ejecutivos divinamente señalados*, es de por sí la misma esencia de la idea de una teocracia" (*The International Standard Bible Encyclopedia*, tomo 5, art. *Theocracy*, pág. 2965).

Por el término "revelación especial", el autor se refiere a las revelaciones dadas por el don de profecía.

Durante el tiempo transcurrido desde Adán hasta Samuel, un período de casi tres mil años, los caudillos divinamente designados para ejercer el gobierno ideal de Dios fueron patriarcas, profetas, ancianos y jueces. Algunos de estos grandes caudillos fueron traídos al mundo providencialmente para un servicio definido y extraordinario que Dios demandaba. Entre ellos se contaron Isaac, Moisés, Samuel, Jeremías, Juan el Bautista y Pablo. Otros fueron escogidos y designados por el Señor según lo requería la ocasión.

Samuel establecido como profeta

Mientras Samuel gobernaba, Israel se rebeló. Se recordará que Samuel vino al mundo providencialmente. Dijo su madre piadosa y temerosa de Dios: "Por este niño oraba, y Jehová me dio lo que le pedí. Yo, pues, lo dedico también a Jehová; todos los días que viva, será de Jehová. Y adoró allí a Jehová" (1 Sam. 1: 27, 28).

A su debido tiempo, el Señor impartió a Samuel el don profético. "Y todo Israel, desde Dan hasta Beerseba, conoció que Samuel era fiel profeta de Jehová" (cap. 3: 20).

Por la providencia de Dios, Samuel llegó a ser el íntegro e incorruptible juez y administrador de la teocracia.

"Desde los tiempos de Josué, jamás había sido administrado el gobierno con tanta sabiduría y éxito como durante la administración de Samuel. Investido por

la divinidad con el triple cargo de juez, profeta y sacerdote, había trabajado con infatigable y desinteresado celo por el bienestar de su pueblo, y la nación había prosperado bajo su gobierno sabio. Se había restablecido el orden, se había fomentado la piedad, y el espíritu de descontento se había refrenado momentáneamente. . . Los tiempos de la mayor prosperidad de Israel fueron aquellos en que reconoció a Jehová como su rey, cuando consideró las leyes y el gobierno por él establecidos como superiores a los de todas las otras naciones" (*Patriarcas y Profetas*, págs. 654-656).

¡Qué asombrosa ingratitud y ceguera manifestó Israel al rechazar a Dios, su Rey divino, y al elegir un deficiente ser humano para reemplazarlo! Esto era en verdad una gran iniquidad, como lo declaró Samuel. Fue uno de los males supremos de los israelitas. Por ese acto temerario, Israel rechazó a Dios como su rey. Y rechazó también el gobierno que Dios había establecido para el mayor beneficio posible de su pueblo.

Israel rechaza el don

Aun más que esto, rechazaron el don de profecía, ese conducto abierto de comunicación entre el cielo y la tierra. Así Israel se separó completamente de Dios y de todo lo que él había dispuesto para su segura dirección y protección. Pudieron ellos no haber querido ni aun previsto todo eso en aquel momento; sin embargo, estaba todo entrañado en su resolución de que un hombre fuera su caudillo en vez de Dios. Tal era el oculto y sutil propósito de la mente maestra que fomentaba la rebelión contra el gobierno teocrático. Israel era entonces la única nación sobre la tierra que reconocía al Dios verdadero o que tenía comunicación con él. Todas las demás naciones se habían apartado del Creador a los dioses falsos y al culto pagano. Y ahora po-

día quebrantarse la relación de Israel con Jehová su Rey, y el enajenamiento y la separación de la familia humana serían completos. Satanás alcanzaría entonces su propósito original. Indudablemente así él pensaba establecer para siempre su soberanía sobre el hombre y el dominio que le había sido dado en ocasión de la creación.

Pero no se permitió que el ambicioso plan de Satanás, por él albergado durante largo tiempo, llegase a la plena consumación que se había propuesto. Es cierto que la nación rechazó a Jehová como Rey. Pusieron a un simple hombre en su lugar. Rechazaron el don de profecía despreciando sus mensajes. Pero la brecha, la separación entre Israel y Dios, no fue completa, *porque el Señor no abandonó completamente a la nación*. No se negó a tomar parte alguna en los asuntos gubernamentales, ni abdicó en favor de su rey. Por lo contrario, aunque les dejó tener un rey humano visible, continuó manteniendo cierta medida de autoridad tanto sobre el rey como sobre el pueblo. Conservó por lo menos un gobierno teocrático limitado durante siglos. Predominó en los asuntos de la nación según lo vio apropiado y mejor. Tampoco fue retirado el don de profecía. Se mantuvo abierto ese conducto misericordioso de comunicación. A la verdad, se abrió en forma más amplia que nunca para suplir las nuevas necesidades y afrontar los nuevos peligros que se habían creado y multiplicado.

En ningún otro momento de la historia del pueblo de Dios existió mayor manifestación del don de profecía. *Las Escrituras registran los nombres y los servicios de treinta profetas diferentes desde Samuel hasta Jeremías*. Además de esos treinta que son nombrados, se mencionan varios profetas cuyos nombres no se dan, a quienes fueron asignados deberes definidos. Los anales hablan también de "los hijos de los profetas" y de grupos de profetas subordinados. Los anales demuestran además, que casi cada uno de los

cuarenta y dos reyes que hubo desde Saúl hasta Se-dequías, fue aconsejado por esos profetas.

Así que, en su gran compasión y bondad, el Señor trató con los reyes y el pueblo. Algunos de los reyes dieron la bienvenida a los profetas y oyeron sus mensajes como mensajes del Señor. En favor de los tales él realizó liberaciones maravillosas en tiempo de grave peligro. Envío mensajes de amonestación a los reyes cuyos malos caminos estaban corrompiendo y destruyendo a su pueblo. En algunos casos el Señor castigó severamente a los que rechazaron sus mensajes.

Continúa el don

Mediante la historia de los reyes de Israel y los profetas desde Samuel hasta la destrucción final de los reinos de Israel y Judá se comprende plena y claramente el propósito, el servicio y el valor del don de profecía. Allí se registran las condiciones que arros-traron los profetas, los mensajes que les fueron dados para que los comunicasen, las reacciones de aquellos a quienes fueron dados los mensajes, y los fieros conflictos provocados a algunos de los profetas por reyes, sacerdotes y pueblo. Los resultados fueron a menudo extraños e inexplicables.

"Murió Samuel, y se juntó todo Israel, y lo lloraron, y lo sepultaron en su casa en Ramá" (1 Sam. 25: 1). Tal es el breve relato concerniente al fallecimiento de ese gran profeta y juez eminente. Su muerte señaló el fin del tiempo de los jueces, porque fue el último y más grande de aquella clase de dirigentes de la nación.

Un tributo a Samuel

El siguiente apropiado y hermoso tributo rendido a la vida de este hombre de Dios será leído con provecho y placer:

"La nación de Israel consideró la muerte de Samuel como una pérdida irreparable. Había caído un

profeta grande y bueno, y un juez eminente; y el dolor del pueblo era profundo y sincero. Desde su juventud, Samuel había caminado ante Israel con corazón íntegro. Aunque Saúl había sido el rey reconocido, Samuel había ejercido una influencia mucho más poderosa que él, porque tenía en su haber una vida de fidelidad, obediencia y devoción. Leemos que juzgó a Israel todos los días de su vida. . .

"La nación había perdido al fundador y presidente de las escuelas sagradas; pero eso no era todo. Había perdido al hombre a quien el pueblo solía acudir con sus graves dificultades, había perdido al que constantemente intercedía ante Dios en beneficio de los mejores intereses de su pueblo. La intercesión de Samuel le había impartido un sentimiento de seguridad, pues 'la oración del justo, obrando eficazmente, puede mucho'.

"Dios llamó al descanso a su anciano siervo precisamente cuando la nación estaba agobiada por luchas internas, y parecía más necesario que nunca el consejo sereno y piadoso de Samuel. El pueblo se hacía amargas reflexiones cuando miraba el silencioso sepulcro del profeta y recordaba cuán insensato había sido al rechazarlo como gobernante; porque había estado tan estrechamente relacionado con el Cielo, que parecía vincular a Israel ante el trono de Jehová. Samuel era quien les había enseñado a amar y obedecer a Dios; pero ahora que había muerto, el pueblo se veía abandonado a la merced de un rey unido a Satanás, que iba separándolo de Dios y del cielo" (*Id.*, págs. 719, 720).

Al terminar su repaso de la vida y hechos de Samuel, A. S. Geden dice:

"Por lo tanto, no sin razón se ha considerado que ocupaba, en dignidad e importancia, la posición de un segundo Moisés en relación con el pueblo. En sus exhortaciones y amonestaciones se reflejan y repiten los discursos deuteronomicos de Moisés. Liberta a la nación de la mano de los filisteos, como Moisés la había li-

bertado de Faraón y los egipcios. . . También en la nobleza de su carácter y de sus expresiones, como en su fidelidad a Jehová, Samuel no es indigno de ser colocado al lado del más antiguo legislador. El registro de su vida no está mancillado por ningún acto o palabra que podría parecer indigno de su cargo o prerrogativa" (*The International Standard Bible Encyclopedia*, tomo 4, art. *Samuel*, pág. 2678).

En uno de sus salmos, David hace significativa referencia a Samuel: "Moisés y Aarón entre sus sacerdotes, y Samuel entre los que invocaron su nombre; invocaban a Jehová, y él les respondía" (Sal. 99: 6).

Moisés, Aarón y Samuel son tres de los mayores profetas de la historia del Antiguo Testamento. El colocar a Samuel junto a Moisés y Aarón, hombres que invocaban a Jehová y recibían maravillosas respuestas, es el reconocimiento divino de los grandes hechos efectuados mediante la poderosa intercesión de Samuel en favor de Israel.

Otra muy notable declaración acerca de Samuel aparece en el libro de Jeremías:

"Me dijo Jehová: Si Moisés y Samuel se pusieran delante de mí, no estaría mi voluntad con este pueblo; échalos de mi presencia, y salgan" (Jer. 15: 1).

Israel había ido tan lejos en su rebelión contra Jehová al rechazar los mensajes de sus profetas, que él dijo a Jeremías: "Por tanto, yo los esparciré al viento del desierto, como tamo que pasa. Esta es tu suerte, la porción que yo he medido para ti, dice Jehová, porque te olvidaste de mí y confiaste en la mentira" (cap. 13: 24, 25).

Evidentemente al oír esto, Jeremías empezó a orar por el pueblo, porque dice: "Me dijo Jehová: No ruegues por este pueblo para bien" (cap. 14: 11). Y para mostrarle cuán inalterable era la decisión, Jehová dijo: "Si Moisés y Samuel se pusieran delante de mí, no estaría mi voluntad con este pueblo" (cap. 15: 1).

CAPITULO 7

LA DIRECCION PROFETICA DE LOS REYES

AUNQUE Israel se apartó de la dirección del Señor y de su profeta Samuel, Dios no abandonó a su pueblo. Continuó instruyéndolo, guiándolo y ayudándolo. Por el profeta Samuel dirigió la elección de Saúl como su primer rey. "Y Samuel dijo a todo el pueblo: ¿Habéis visto al que ha elegido Jehová, que no hay semejante a él en todo el pueblo? Entonces el pueblo clamó con alegría, diciendo: ¡Viva el rey!" (1 Sam. 10: 24).

Saúl inició su reinado bajo las condiciones más favorables posibles. Fue elegido por el Señor para la gran responsabilidad que había de llevar. Se le impartió una medida especial del Espíritu Santo. (Véanse los vers. 6-11.) Se le dio plena seguridad de la presencia y dirección de Dios, si tan sólo quería ser fiel y leal a los requerimientos divinos. Sobre todo, tenía al profeta Samuel, estadista experto y capaz, como su consejero inspirado.

Pero el reinado de Saúl fracasó trágicamente. Saúl se volvió independiente, temerario y cruel. Despreció abiertamente las instrucciones que el Señor le daba por medio del profeta Samuel. Poco después de iniciar su reinado, cuando se hallaba en estado de temor y perplejidad, se atrevió temerariamente a realizar el servicio sagrado que solamente los sacerdotes consagrados para aquel cargo debían cumplir. "Entonces dijo Saúl: Traedme holocausto y ofrendas de paz. Y ofreció el holocausto" (cap. 13: 9).

Debido a este abierto desprecio del plan divino, Samuel dijo: "Locamente has hecho, no guardaste el mandamiento de Jehová tu Dios que él te había ordenado; pues ahora Jehová hubiera confirmado tu reino sobre Israel para siempre. Mas ahora tu reino no será duradero" (vers. 13, 14).

La lealtad de Saúl fue nuevamente probada cuando Samuel fue enviado a él con un mensaje de instrucciones acerca del castigo de los amalecitas por el gran mal que habían hecho a Israel cuando subía de Egipto. En la ejecución de esta tarea, tanto el rey como el pueblo despreciaron audazmente algunas de las partes más importantes del mensaje.

La reprensión de la mala conducta de Saúl

Nuevamente se le indicó a Samuel que llevase un triple mensaje de reprensión a Saúl. Esto le causó tanto pesar a Samuel que "clamó a Jehová toda aquella noche". "Entonces dijo Samuel a Saúl: Déjame declararte lo que Jehová me ha dicho esta noche. Y él respondió: Di. Y dijo Samuel: Aunque eras pequeño en tus propios ojos, ¿no has sido hecho jefe de las tribus de Israel, y Jehová te ha ungido por rey sobre Israel?" "Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey. Entonces Saúl dijo a Samuel: Yo he pecado; pues he quebrantado el mandamiento de Jehová" (cap. 15: 11, 16, 17, 23, 24). Sin embargo, este reconocimiento de su mal proceder no era una confesión contrita, sino más bien una súplica de indulgencia. (Véanse los vers. 25, 30.)

Pero con esto no acabó la mala conducta de Saúl. Continuó transgrediendo el consejo divino hasta que quedó completamente separado de Dios. Por fin, desesperado, acabó con su vida echándose sobre su propia espada (cap. 31: 4). "Así murió Saúl por su rebelión con que prevaricó contra Jehová, contra la palabra de Jehová, la cual no guardó, y porque consultó a una

adivina" (1 Crón. 10: 13). Esta asombrosa apostasía prosiguió hasta su culminación trágica, a pesar del hecho de que tenía a su lado a su experimentado y capaz predecesor para aconsejarlo, animarlo y sostenerlo en todo lo que el Señor requería de él como rey.

En Saúl, Dios había dado a Israel un rey según su propio corazón, como dijo Samuel cuando el reino fue confirmado a Saúl en Gilgal: "He aquí al rey que habéis elegido, el cual pedisteis" (1 Sam. 12: 13). Hermoso de cuerpo, de noble estatura y de porte principesco, su apariencia concordaba con los conceptos que tenían de la dignidad real; y su valor personal y su capacidad en la dirección de los ejércitos eran las cualidades que ellos consideraban como las más indicadas para conseguir el respeto y la honra de las demás naciones.

Poco les preocupaba que su rey poseyese aquellas cualidades superiores que eran las únicas que podían hacerlo apto para reinar con justicia y equidad. No pedían un hombre que tuviese verdadera nobleza de carácter, que poseyese el amor y el temor de Dios. No habían pedido el consejo de Dios en cuanto a las cualidades que un gobernante debía poseer a fin de conservar su carácter distintivo y santo como su pueblo escogido. No buscaban el camino del Señor, sino el suyo propio. Por lo tanto, Dios les dio un rey como el que deseaban, un rey cuyo carácter fuese un reflejo del de ellos mismos. El corazón de ellos no estaba sometido a Dios, y su rey tampoco estaba subyugado por la gracia divina. Bajo el gobierno de ese rey, Dios les permitió alcanzar la experiencia necesaria a fin de que pudiesen ver su error y se volvieron a Dios.

Samuel unge a David como rey

"Dijo Jehová a Samuel: ¿Hasta cuándo llorarás a Saúl, habiéndolo yo desechado para que no reine sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite, y ven, te enviaré a Isai de Belén, porque de sus hijos me he provisto de rey" (cap. 16: 1).

Samuel fue a Isaí, y pidió ver a sus hijos. Cuando David fue llevado ante Samuel, el Señor le dijo: "Levántate y úngelo, porque éste es". "Y Samuel tomó el cuerno del aceite, y lo ungió en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino sobre David" (vers. 12, 13).

Así inició David su carrera como la había iniciado Saúl, con un llamamiento y una unción del profeta. Pero ¡cuán diferente fue su reinado en relación al de Saúl! Acerca de su muerte leemos: "Y murió en buena vejez, lleno de días, de riquezas, y de gloria" (1 Crón. 29: 28). Y en cuanto a su vida y su reinado, el relato dice: "Por cuanto David había hecho lo recto ante los ojos de Jehová, y de ninguna cosa que le mandase se había apartado en todos los días de su vida, salvo en lo tocante a Urías heteo" (1 Rey. 15: 5).

Como Saúl, fue favorecido con consejeros inspirados. Durante la primera parte de su vida, antes de ser notificado por Samuel de que Dios lo había elegido para que fuese rey sobre su pueblo, había tenido el ejemplo piadoso, la instrucción y la influencia del gran profeta Samuel. "Huyó, pues, David, y escapó, y vino a Samuel en Rama, y le dijo todo lo que Saúl había hecho con él. Y él y Samuel se fueron y moraron en Naiot" (1 Sam. 19: 18). En el hogar del profeta halló consuelo y aliento cuando huía de la malvada ira del rey Saúl. Hasta la muerte de Samuel, David lo honró y respetó como mensajero de Dios.

El profeta Natán aconseja a David

Samuel murió antes que David empezase a reinar. Pero David no quedó sin consejero divinamente inspirado en la administración de su gobierno. Después de poner en orden los asuntos del reino, David se dirigió a Natán el profeta con una propuesta de edificar una casa o templo para Jehová, un lugar en que se pudiera realizar los servicios del santuario. Mientras

hablaba de su generoso plan, todo parecía bien, y el profeta lo estimuló a hacer lo que estaba en su corazón. Pero aquella noche llegó un mensaje del Señor a Natán, que le indicaba al profeta que dijese a David que no se le permitía construir la casa, aunque podía hacer los preparativos para la construcción. Su hijo Salomón debía hacerlo. David aceptó el mensaje, y cumplió las instrucciones. (Véase 2 Sam. 7.)

A ese mismo profeta se le confió un deber más penoso, que constituye a menudo una parte importante del cargo de profeta. Al mismo tiempo que se le dio una revelación divina del doble crimen de adulterio y homicidio que había cometido David, Natán fue enviado con un mensaje de reprensión severa aunque tierna para el pecador real. Sacó a plena luz del día lo que David pensaba mantener en secreto, y anunció el castigo divino que había de seguir. Amargo y sincero fue el arrepentimiento de David por su grave pecado. Aunque sobrevino el penoso castigo, inclinó la cabeza y agachó la espalda bajo los golpes y no manifestó resentimiento contra Jehová ni contra su profeta. (Véase 2 Sam. 12.)

"La parte que Natán tomó contra David —dice un escritor, muestra cuán eficaz era el ministerio ejercido por los profetas; en verdad la mayor parte de la historia profética es historia de la más noble oposición que se haya hecho alguna vez contra los vicios tanto de la realeza como del sacerdocio y del pueblo".

Al ver cómo crecía su ejército y se extendían sus conquistas, David ordenó a sus oficiales que pasaran por las tribus y levantasen un censo del pueblo. Los motivos que originaron el ambicioso proyecto del rey eran malos, y otro profeta, Gad, fue comisionado para dar la reprensión de Jehová y anunciar el castigo. En respuesta al mensaje del profeta, David dijo a Gad: "En grande angustia estoy; caigamos ahora en mano de Jehová, porque sus misericordias son muchas" (2 Sam. 24: 14).

Al fin de su largo reinado, vemos al fiel profeta Natán acompañarlo en su debilidad, y guiarlo para que Salomón le sucediese como rey. (Véase 1 Rey. 1:22-42.)

Estos incidentes revelan la forma en que actuó el don de profecía durante el reinado de David y la influencia poderosa, guiadora y salvadora de ese don para con el segundo rey de Israel. Desde el momento de su unción hasta el final de su vida, fue favorecido con la presencia y el consejo de profetas inspirados, dirección maravillosa que él apreció enormemente y siguió con gusto.

Natán unge a Salomón como rey

El profeta Natán desempeñó una parte eminente en los acontecimientos de la sucesión de Salomón en el trono de su padre David. Durante un largo período había sido el propósito de David que Salomón le sucediera. Pero cuando hubo envejecido "y entrado en días", y estaba por morir, su cuarto hijo, Adonías, se hizo proclamar rey por una conspiración.

Sabiendo que esto era contrario al propósito divino, Natán vino a David, y le dijo: "Rey señor mío, ¿has dicho tú: Adonías reinará después de mí, y él se sentará en mi trono? Porque hoy ha descendido. . . y ha convidado a todos los hijos del rey y a los capitanes del ejército, y también al sacerdote Abiatar; y he aquí, están comiendo y bebiendo delante de él, y han dicho: Viva el rey Adonías!" (1 Rey. 1:24, 25).

Al oír esto, David ordenó a Natán el profeta y a Sadoc el sacerdote que ungiesen a Salomón como "rey sobre Israel, y tocaréis trompeta, diciendo: ¡Viva el rey Salomón!" (vers. 34).

Salomón había estado bajo la influencia del profeta Natán desde la infancia hasta que llegó a ser rey. Durante su reinado no fue privado de la dirección profética, aunque la historia de su período no revela el grado de actividad que desempeñaron los profetas que

vivieron durante los reinados de Saúl y David. Los profetas Ahías e Iddo fueron suscitados para dar mensajes de instrucción del Señor (2 Crón. 9:29). Sin embargo, no se nos revela cuán íntimamente hayan estado asociados estos mensajeros con Salomón. No hay indicación de que los reconociera ni que buscara su consejo durante los días de la gran prosperidad y gloria externa que le cupieron en suerte.

Pero durante la última parte de su reinado se le enviaron mensajes por el don de profecía para darle a conocer el propósito de Jehová de permitir que sucedieran cosas graves en el reino. Su desviación de los caminos del Señor había producido grave perjuicio a la nación, y permanente oprobio sobre la causa del Señor. "Y dijo Jehová a Salomón: Por cuanto ha habido esto en ti, y no has guardado mi pacto y mis estatutos que yo te mandé, romperé de ti el reino, y lo entregaré a tu siervo" (1 Rey. 11:11). Pero el Señor añadió: "Sin embargo, no lo haré en tus días, por amor a David tu padre; lo romperé de la mano de tu hijo. Pero no romperé todo el reino, sino que daré una tribu a tu hijo, por amor a David mi siervo, y por amor a Jerusalén, la cual yo he elegido" (vers. 12, 13). La ejecución de esta sentencia fue seguida por perturbaciones, apostasías, revoluciones y ruina general.

CAPITULO 8

EL MINISTERIO DE LOS
PROFETAS DE ISRAEL

ANTES de la muerte del rey Salomón, se le dio al profeta Ahías un mensaje para que lo comunicara a Jeroboam, uno de los oficiales de Salomón, hombre "valiente y esforzado". El mensaje anunciaba cosas tristes: "Así dijo Jehová Dios de Israel: He aquí que yo rompo el reino de la mano de Salomón, y a ti te daré diez tribus. . . Pero no quitaré nada del reino de sus manos. . . Pero quitaré el reino de la mano de su hijo, y lo daré a ti, las diez tribus" (1 Rey. 11: 31-35).

Parece que este mensaje llegó a conocimiento de Salomón, porque éste procuró "matar a Jeroboam, pero Jeroboam se levantó y huyó a Egipto, y estuvo en Egipto hasta la muerte de Salomón" (vers. 40).

Este incidente debe haber parecido muy extraño a Jeroboam. Habiéndole asegurado el profeta que llegaría a ser rey sobre diez tribus que constituían entonces el reino de Salomón, para salvar su vida se vio obligado inmediatamente a huir de Salomón a Egipto, más allá del gran desierto meridional. Aunque esas circunstancias parecían imposibilitar que él llegara alguna vez a reinar sobre una gran parte del reino de Salomón, con el tiempo se cumplió la predicción. Dios le había prometido el reino, y no faltó a su palabra. En este caso, como en muchos otros, es interesante seguir los cambios y los movimientos que culminan en el cumplimiento de una promesa hecha por medio del espíritu de profecía.

(90)

"Y durmió Salomón con sus padres, y fue sepultado en la ciudad de su padre David; y reinó en su lugar Roboam su hijo" (vers. 43).

Cuando Jeroboam oyó que había muerto Salomón, volvió a Palestina. "Vino, pues, Jeroboam, y toda la congregación de Israel, y hablaron a Roboam, diciendo: Tu padre agravó nuestro yugo, mas ahora disminuye tú algo de la dura servidumbre de tu padre, y del yugo pesado que puso sobre nosotros, y te serviremos" (cap. 12: 3, 4).

Roboam pidió tres días para pedir consejo y decidirse. Los ancianos del consejo le recomendaron que respondiese "buenas palabras", asegurándoles un trato considerado y justo. Pero los jóvenes aconsejaron a Roboam que dijera al pueblo: "El menor dedo de los míos es más grueso que los lomos de mi padre" (vers. 10).

La profecía de Ahías se cumple

Cuando Roboam dio su respuesta al pueblo, éste clamó: "¡Israel, a tus tiendas! ¡Provee ahora en tu casa, David!" Entonces llamaron a Jeroboam, "y le hicieron rey sobre todo Israel". "Así se apartó Israel de la casa de David hasta hoy" (vers. 16, 20, 19). De esta manera se cumplió en todo detalle la predicción que el profeta Ahías había hecho a Jeroboam. "Porque era designio de Jehová para confirmar la palabra que Jehová había hablado por medio de Ahías sionita a Jeroboam hijo de Nabat" (vers. 15).

De ese modo empezó a desintegrarse el reino exigido por Israel y establecido en los días de Samuel. Quedó dividido. Las diez tribus de la parte septentrional de Palestina eligieron a Jeroboam como su rey, y establecieron lo que se conoció como el reino de Israel. Las dos tribus remanentes, Judá y Benjamín, de la parte meridional, se decidieron por Roboam, y continuaron el reino de Saúl, David y Salomón bajo el nombre de reino de Judá.

La fecha en que eso sucedió es algo insegura. Algunos cronólogos de gran reputación la ubican en el año 976 AC. Como esta fecha parece ser tan fidedigna como cualquier otra fecha, la usaremos en adelante.

El reino de Israel continuó de 976 a 722 AC, o sea durante un período de más de doscientos cincuenta años. Su historia fue más tormentosa y trágica de lo que se puede expresar. Los levantamientos revolucionarios que derribaron una monarquía tras otra dieron origen a nueve diferentes dinastías y diecinueve reyes diferentes. El último rey fue Oseas, quien, en el noveno año de su reinado, fue llevado cautivo a Asiria y encarcelado. (Véase 2 Rey. 17: 3, 4.) Después de esto, el pueblo "fue llevado cautivo de su tierra a Asiria, hasta hoy" (vers. 23).

Los israelitas podrían haberse ahorrado los terribles sufrimientos que experimentaron. Innumerables veces el Señor les dio consejos y seguridades, como los siguientes: "No olvidaréis el pacto que hice con vosotros, ni temeréis a dioses ajenos; mas temed a Jehová vuestro Dios, y él os librará de mano de todos vuestros enemigos" (2 Rey. 17: 38, 39).

El rechazo del consejo de los profetas

Dios promete protección y triunfo en estas palabras: "Jehová amonestó entonces a Israel y a Judá por medio de todos los profetas y de todos los videntes" (vers. 13). Este gran servicio de los profetas fue prestado a Jeroboam, el primer rey de este nuevo reino independiente. Mientras era en la vida privada siervo del rey Salomón, había recibido por intermedio del profeta Ahías un mensaje de Jehová que le anunciaba que estaba destinado a ser rey sobre diez tribus septentrionales del reino de Salomón. Este mensaje se cumplió al pie de la letra. Hasta ahí todo fue bien, y Jeroboam inició su reinado con las más halagüeñas perspectivas que podrían desearse. En el mensaje enviado por el profeta, Jehová dijo a Jeroboam:

"Yo, pues, te tomaré a ti, y tú reinarás en todas las cosas que desearé tu alma, y serás rey sobre Israel. Y si prestares oído a todas las cosas que te mandare, y anduvieres en mis caminos, e hicieres lo recto delante de mis ojos, guardando mis estatutos y mis mandamientos, como hizo David mi siervo, yo estaré contigo y te edificaré casa firme, como la edificué a David, y yo te entregaré a Israel" (1 Rey. 11: 37, 38).

¡Qué gran honor concedió a Jeroboam la Majestad del cielo! ¡Qué profunda gratitud y verdadera lealtad para con el Dador de esta promesa exigía esto del rey! Pero él no apreció así las cosas. Es penoso leer, referente a su vil ingratitud y deslealtad, lo anotado en los anales de la vida de este hombre después que fue coronado rey.

Habiendo establecido su capital en Siquem, en el centro de Palestina, Jeroboam procedió inmediatamente a tomar medidas para el culto religioso de sus súbditos. Hizo dos becerros de oro, y levantó uno en Betel y otro en Dan. Dijo a todo el pueblo: "He aquí tus dioses, oh Israel, los cuales te hicieron subir de la tierra de Egipto" (cap. 12: 28). Edificó un lugar alto de culto, puso sacerdotes de los más humildes del pueblo que no pertenecían a la tribu de Leví, y convocó al pueblo evidentemente para la dedicación. Asumió entonces él mismo el cargo de sacerdote, y ofreció sacrificio a los becerros de oro que había hecho. (Véase 1 Rey. 12: 31-33.)

En medio de estos perversos procedimientos, "he aquí que un varón de Dios por palabra de Jehová vino de Judá a Bet-el. . . estando Jeroboam junto al altar para quemar incienso" (cap. 13: 1). El profeta reprendió a Jeroboam por su iniquidad, y predijo que esa apostasía sería severamente castigada. Al oír esto, el rey extendió su mano y con ira ordenó a sus oficiales que prendieran al profeta. Inmediatamente se le secó el brazo, de manera que no lo pudo recoger. El altar que estaba cerca de él se partió. Esas manifestaciones del

desagrado de Dios hicieron reflexionar al rey. Pidió entonces al profeta que orase por la curación de su brazo. El profeta oró, y su brazo quedó sano (vers. 1-6).

Ahías amonesta a Jeroboam

Esto es un ejemplo de la cruel ingratitud de Jeroboam y de la compasión del Señor y de sus fervientes esfuerzos para salvarlo. Pero el esfuerzo fracasó, porque el relato dice: "Con todo esto, no se apartó Jeroboam de su mal camino, sino que volvió a hacer sacerdotes de los lugares altos de entre el pueblo, y a quien quería lo consagraba para que fuese de los sacerdotes de los lugares altos. Y esto fue causa de pecado a la casa de Jeroboam, por lo cual fue cortada y raída de sobre la faz de la tierra" (vers. 33, 34).

Después de un tiempo, Ahías, hijo de Jeroboam, cayó gravemente enfermo, de muerte. Jeroboam sabía que desagradaba a Dios, e indudablemente temió estar recibiendo el juicio divino. En su angustia recordó al buen anciano profeta, el mensajero inspirado de Dios. El profeta sabría si esta enfermedad era castigo del Señor, y si su hijo iba a morir.

"Y dijo Jeroboam a su mujer: Levántate ahora y disfrazáte, para que no te conozcan que eres la mujer de Jeroboam, y ve a Silo; porque allá está el profeta Ahías, el que me dijo que yo había de ser rey sobre este pueblo. . . ve a él, para que te declare lo que ha de ser de este niño. Y la mujer de Jeroboam lo hizo así; y se levantó y fue a Silo, y vino a casa de Ahías. Y ya no podía ver Ahías, porque sus ojos se habían oscurecido a causa de su vejez" (cap. 14: 2-4).

Jeroboam necesitaba ayuda. Sabía que Dios podía sanar a su hijo como había sanado su propio brazo seco. Sabía que Ahías estaba en comunicación con Dios. En vano esperaba que su esposa pudiese obtener la poderosa intercesión del profeta para el restablecimiento de su hijo. Pero temía hacer saber a Ahías que

era Jeroboam quien estaba buscando esta ayuda. Por eso ordenó a su esposa que se disfrazara.

Una profecía de condenación

Pero el artificio no tuvo éxito. Mientras la reina estaba en camino hacia la casa del profeta, "Jehová había dicho a Ahías: He aquí que la mujer de Jeroboam vendrá a consultarte por su hijo, que está enfermo; así y así le responderás, pues cuando ella viniere, vendrá disfrazada. Cuando Ahías oyó el sonido de sus pies, al entrar ella por la puerta, dijo: Entra, mujer de Jeroboam. ¿Por qué te finges otra? He aquí yo soy enviado a ti con revelación dura" (vers. 5, 6).

Entonces le tocó al anciano profeta chasqueado, el doloroso deber de dar a la reina un mensaje terrible para su esposo, el rey Jeroboam.

"Ve y di a Jeroboam: Así dijo Jehová Dios de Israel: Por cuanto yo te levanté de en medio del pueblo, y te hice príncipe sobre mi pueblo Israel, y rompí el reino de la casa de David y te lo entregué a ti; y tú no has sido como David mi siervo, que guardó mis mandamientos y anduvo en pos de mí con todo su corazón, haciendo solamente lo recto delante de mis ojos, sino que hiciste lo malo sobre todos los que han sido antes de ti, pues fuiste y te hiciste dioses ajenos e imágenes de fundición para enojarme, y a mí me echaste tras tus espaldas; por tanto, he aquí que yo traigo mal sobre la casa de Jeroboam, y destruiré de Jeroboam todo varón, así el siervo como el libre en Israel; y barreré la posteridad de la casa de Jeroboam como se barre el estiércol, hasta que sea acabada. . . Y tú levántate y vete a tu casa; y al poner tu pie en la ciudad, morirá el niño". "Entonces la mujer de Jeroboam se levantó y se marchó, y vino a Tirsa; y entrando ella por el umbral de la casa, el niño murió" (vers. 7-12, 17).

Indudablemente ésta fue la última comunicación entre Ahías y Jeroboam. Rápidos juicios y desastres

cayeron sobre la casa de Jeroboam en cumplimiento de la palabra del Señor dada por el profeta Ahías. Poco después de haber recibido el mensaje, Jeroboam llevó las fuerzas de su reino contra el ejército de Judá, y sufrió una aplastante derrota. Su ejército fue destruido con "gran matanza, y cayeron heridos de Israel quinientos mil hombres escogidos. Así fueron humillados los hijos de Israel en aquel tiempo. . . Y nunca más tuvo Jeroboam poder en los días de Abías; y Jehová lo hirió y murió" (2 Crón. 13: 17-20).

A Jeroboam sucedió su hijo Nadab, quien "hizo lo malo ante los ojos de Jehová, andando en el camino de su padre, y en los pecados con que hizo pecar a Israel" (1 Rey. 15: 26). En el segundo año del reinado de Nadab, Baasa, un conspirador, lo mató y "mató a toda la casa de Jeroboam, sin dejar alma viviente de los de Jeroboam, hasta raela" (vers. 29).

En menos de dos años después de la muerte de Jeroboam, su dinastía quedó exterminada; y hacía tan sólo veinticuatro años que había sido coronado rey por elección de Jehová, y por el maravilloso desarrollo de muchas providencias divinas.

Mensajes proféticos rechazados

Tal fue el terrible comienzo del reino de Israel, compuesto de las diez tribus septentrionales, y tal continuó siendo la historia de ese reino hasta que quedó destruido completamente y para siempre. Dieciocho reyes reinaron después de la muerte de Jeroboam, y todos obraron insensatamente en Israel. Ni uno de ellos anduvo en el camino de Jehová. De cada uno de estos dieciocho, menos uno, leemos: "e hizo lo malo en los ojos de Jehová; no se apartó de todos los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel; en ellos anduvo" (2 Rey. 13: 11). El único del cual no se escribió esto fue de Sallum, quien obtuvo el trono por una inicua conspiración, y reinó tan sólo un mes. (Véase 2 Rey. 15: 10-15.)

Mediante el don de profecía, Jeroboam fue informado de que el Señor lo había elegido como rey de Israel. Mediante este inestimable don fue instruido, amonestado y reprendido hasta el fin de su vida. Ningún favor mayor, ningún honor superior, podía recibir hombre alguno que los que él recibió del Señor. Su ingratitud, su desprecio deliberado de los deseos y designios de Jehová para con Israel, y sus planes premeditados de arruinar a la nación que debía conducir en triunfo a una vida superior, fueron un altanero insulto a Dios, y un terrible perjuicio para la nación. Esta nunca se repuso del mal que este rey le infligió, lo que revela cuán peligroso es rechazar los mensajes del espíritu de profecía.

Los profetas continúan amonestando

Acerca de Baasa, quien usurpó el trono después de asesinar al rey Nadab, y luego exterminó a toda la familia de Jeroboam, está escrito: "E hizo lo malo ante los ojos de Jehová, y anduvo en el camino de Jeroboam, y en su pecado con que hizo pecar a Israel" (1 Rey. 15: 34).

Todavía se necesitaba al profeta, y que Dios se interpusiera para estorbar la locura del hombre, y ambas cosas se cumplieron: "La palabra de Jehová por el profeta Jehú hijo de Hanani había sido contra Baasa y también contra su casa, con motivo de todo lo malo que hizo ante los ojos de Jehová, provocándole a ira con las obras de sus manos, para que fuese hecha como la casa de Jeroboam" (cap. 16: 7).

Baasa reinó veintiséis años, y fue sucedido por su hijo Ela, cuyo reinado fue abreviado por la conspiración de "Zimri, comandante de la mitad de los carros" (vers. 9). En el segundo año del reinado de Ela, "vino Zimri, y lo hirió y lo mató. . . y reinó en lugar suyo. . . Mató a toda la casa de Baasa. Así exterminó Zimri a toda la casa de Baasa, conforme a la palabra

que Jehová había proferido contra Baasa por medio del profeta Jehú, por todos los pecados de Baasa y los pecados de Ela su hijo, con los cuales ellos pecaron e hicieron pecar a Israel, provocando a enojo con sus vanidades a Jehová Dios de Israel" (vers. 10-13).

No se permitió a Zimri disfrutar de los beneficios de su conspiración durante mucho tiempo —tan sólo siete días— y entonces fue derribado, y Omri fue hecho rey. Durante el reinado de Omri que duró doce años, se transfirió la capital del reino de Thirsa a Samaria.

"Y Omri hizo lo malo ante los ojos de Jehová, e hizo peor que todos los que habían reinado antes que él" (vers. 25).

Cuando murió, fue sucedido por su hijo Acab, quien fue notorio en Israel por su perversidad. Esto sucedía en el año 923 AC, cincuenta y ocho años después que comenzara el reino bajo Jeroboam. La historia es descorazonadora. Y era completamente innecesaria, porque los reyes y el pueblo habían tenido fieles e inspirados profetas desde Jeroboam hasta Acab. Fueron Ahías, Iddo —"un hombre de Dios"—, Semaías, Hanani y Jehú. Parece que Jehú profetizó simultáneamente con Ahías o le siguió inmediatamente; porque poco después de la muerte de Jeroboam fue enviado Jehú a Baasa con un mensaje de condenación. En 2 Crónicas 19:2 hallamos a este mismo profeta dando un mensaje de reproche a Josafat después de la muerte de Acab.

Así demuestran los anales que el don de profecía prestaba un servicio fiel, activo y continuo para el bienestar de los gobernantes y del pueblo. Pero los resultados fueron muy desalentadores. Al rechazar a Dios como rey, Israel había entrado en un camino lleno de peligros que no preveía. Hasta el tiempo de Acab, sufrió continuas derrotas, a pesar de la presencia y los servicios de los inspirados profetas de Dios.

CAPITULO 9

DURANTE LA CRISIS PROVOCADA POR EL PAGANISMO

"**E**NTONCES Elías tisbita. . . dijo a Acab: Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra" (1 Rey. 17: 1).

Tal fue el primer encuentro de Acab, rey de Israel, con el profeta Elías. El mensaje dado a Acab, aunque muy breve, era muy serio. Un juicio severo estaba por caer sobre Israel, un hambre espantosa que había de durar años. La razón de un castigo tal se presenta como sigue:

"Y reinó Acab hijo de Omri sobre Israel en Samaria veintidós años. Y Acab hijo de Omri hizo lo malo ante los ojos de Jehová, más que todos los que reinaron antes de él. Porque le fue ligera cosa andar en los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, y tomó por mujer a Jezabel, hija de Et-baal rey de los sidonios, y fue y sirvió a Baal, y lo adoró. E hizo altar a Baal, en el templo de Baal que él edificó en Samaria. Hizo también Acab una imagen de Asera, haciendo así Acab más que todos los reyes de Israel que reinaron antes que él, para provocar la ira de Jehová Dios de Israel" (cap. 16: 30-33).

Esta es una acusación muy grave. La conducta seguida por Acab estaba destinada a traer sobre Israel

un mal mayor que el provocado por cualquiera de sus predecesores.

El primer gran mal mencionado consistía en haber tomado "por mujer a Jezabel, hija de Et-baal rey de los sidonios". Los sidonios eran idólatras. Su principal divinidad era Baal, el dios sol de muchas antiguas naciones paganas. Astarté era una diosa de los sidonios. Se aseveraba que Baal y Astarté personificaban ciertos atributos sexuales de la fertilidad; y el culto de estos ídolos en los templos era con frecuencia acompañado por "ritos licenciosos del carácter más abominable".

El padre de Jezabel, Et-baal, rey de los sidonios, era sacerdote de Baal, y Jezabel parece haber sido fanáticamente consagrada al culto del dios sol de su padre, Baal. Por otro lado, se oponía violentamente al culto del Dios de Israel, Jehová.

Acab, descendiente de Abrahán (el amigo de Dios), era ahora rey de Israel (el pueblo escogido de Dios), y había cometido el grave pecado de elegir como esposa a una mujer pagana de entre los sidonios idólatras, y colocarla como reina sobre este pueblo.

La apostasía de Acab

El paso que dio a continuación no fue más que el resultado lógico y natural de su apostasía: Edificó en su capital un templo para el dios pagano. "Hizo altar a Baal, en el templo de Baal que él edificó en Samaria". Después de esto nombró sacerdotes que cumplieran los servicios del templo, y nombró y mantuvo profetas de Baal en gran número.

Todo esto lo hacían el rey y la reina para apartar a la nación de Israel del verdadero Dios, Creador del cielo y la tierra. En la larga historia del pueblo de Dios, era la primera vez que el crudo paganismo se establecía en su medio por autoridad del gobierno.

Antes que Israel entrara en su herencia, el Señor dio la orden: "No plantarás ningún árbol para Asera

cerca del altar de Jehová tu Dios, que tú te habrás hecho, ni te levantarás estatua, lo cual aborrece Jehová tu Dios" (Deut. 16: 21, 22).

Durante el tiempo de los jueces, Joas, padre de Gedeón, había erigido un altar a Baal, y plantado un bosque alrededor. Cuando Gedeón fue llamado a librar a la nación de Israel de la servidumbre de los madianitas, obedeció primero la orden divina de derribar "el altar de Baal" que su padre había edificado, y de cortar el bosque que había en derredor. Luego emprendió la gran tarea de liberación de su pueblo. (Véase Juec. 6: 25-32.)

Pero Acab y Jezabel habían resuelto establecer la idolatría de los sidonios como religión de Israel, poniendo al dios sol Baal en lugar de Jehová, propósito inicuo que parecían estar alcanzando. Entregados el rey y la reina completamente a la idolatría, con templos y altares por todos lados dedicados al culto de Baal, con sacerdotes y profetas que por centenares desempeñaban los servicios del ritual pagano, toda la nación era conducida rápidamente a la idolatría.

Esta fue una crisis suprema en la historia de Israel. El cambio que se estaba verificando era trágico. "Todas las bendiciones del cielo, los vivos arroyos, las corrientes de aguas vivas, el suave rocío, las lluvias que refrescaban la tierra y hacían producir abundantemente los campos, las atribuían (los adoradores de Baal) al favor de sus dioses" (*Testimonies for the Church*, tomo 3, pág. 263).

Este movimiento extraño, corruptor y destructor, impulsado por Acab y Jezabel, era considerado con gran alarma y angustia por el leal hombre de Dios, Elías, que moraba en la tierra de Galaad, al oriente del Jordán. La angustia lo abrumaba cuando veía a su pueblo conducido a la idolatría. Elías era un hombre de acción.

Elías afronta la crisis

"Se presentó al Señor, y con su alma contrita por la angustia, le rogó que salvase a su pueblo mediante

juicios si era necesario. Pidió a Dios que negara a su pueblo ingrato el rocío y la lluvia, los tesoros del cielo, a fin de que el apóstata Israel implorase en vano a sus dioses, sus ídolos de oro, madera y piedra (el sol, la luna y las estrellas), que regaran y enriquecieran la tierra, y la hicieran producir abundantemente" (*Testimonies for the Church*, tomo 3, pág. 263).

Esta fue sin duda la oración de Elías a la cual se refiere Santiago: "Y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses" (Sant. 5:17). Habiendo dado a Elías plena seguridad de que su oración había sido oída, y de que sería contestada, el Señor lo envió como profeta a entregar un mensaje de desgracia y condenación a Acab. Se encontró con el rey, le dio el mensaje y desapareció tan repentinamente como había aparecido. "Había cerrado el cielo por su palabra, y llevado consigo la llave, y no se lo pudo encontrar" (*Testimonies for the Church*, tomo 3, pág. 276). Desde aquel día, durante más de tres largos años no hubo rocío ni lluvia en el reino de Acab, y como resultado, "el hambre era grave en Samaria" (1 Rey. 18:2).

En su extrema necesidad, Acab llamó a Abdías, el gobernador de su casa, y le dijo: "Ve por el país a todas las fuentes de aguas, y a todos los arroyos, a ver si acaso hallaremos hierba con que conservemos la vida de los caballos y a las mulas, para que no nos quedemos sin bestias. Y dividieron entre sí el país para recorrerlo; Acab fue por un camino, y Abdías fue separadamente por otro" (vers. 5, 6).

La prueba de los dioses

Esta tremenda hambre había de ser una prueba respecto del Dios verdadero y de los dioses falsos.

"Entonces el apóstata Acab y la pagana Jezabel tuvieron oportunidad de probar el poder de sus dioses y demostrar que era falsa la palabra de Elías. Los profe-

tas de Jezabel se contaban por centenares. Frente a todos ellos estaba Elías solo. Su palabra había cerrado el cielo. Si Baal podía dar rocío y lluvia, y hacer florecer la vegetación, si podía hacer correr los arroyos y los torrentes como de costumbre, sin depender de los tesoros del cielo manifiestos en las lluvias, entonces podía adorarle el rey de Israel, y el pueblo decir que era su dios" (*Testimonies for the Church*, tomo 3, pág. 274).

En su gran perplejidad, los sacerdotes y profetas de Baal "ofrecen sacrificios a sus dioses, y les piden noche y día que refresquen la tierra con el rocío y la lluvia. Pero los encantamientos y los engaños antes practicados por ellos para seducir al pueblo no responden ahora a su propósito. Los sacerdotes han hecho todo lo posible para apaciguar la ira de sus dioses; con una perseverancia y un celo dignos de una causa mejor han permanecido en derredor de sus altares paganos, mientras que las llamas del sacrificio arden sobre todos los lugares altos, y los terribles clamores y súplicas de los sacerdotes de Baal se oyen noche tras noche por toda la azotada Samaria. Pero las nubes no aparecen en los cielos para atajar los ardientes rayos del sol. La palabra de Elías permanece firme y nada de lo que pueden hacer los sacerdotes de Baal la cambiará" (*Id.*, pág. 275).

Jezabel pareció volverse más desesperada y resuelta en su celo fanático por Baal, y en su odio por el Dios de Israel. En su frenesí, procuró matar a todos los profetas del Señor. Pero Abdías salvó a cien de los profetas de Jehová, ocultándolos en una cueva, y alimentándolos secretamente con pan y agua. (Véase 1 Rey. 4:13.)

La situación se tornaba desesperante. Los abrasadores rayos del sol continuaban cayendo sobre los hombres, las bestias y los campos hasta que pareció que la destrucción sería completa. Entonces "pasados muchos días, vino palabra de Jehová a Elías en el tercer año, diciendo: Ve, muéstrate a Acab, y yo haré llover sobre la faz de la tierra". "Cuando Acab vio a Elías, le dijo:

¿Eres tú el que turbas a Israel? Y él respondió: Yo no he turbado a Israel, sino tú y la casa de tu padre, dejando los mandamientos de Jehová, y siguiendo a los baales" (1 Rey. 18: 1, 17, 18).

La contienda de los profetas en el monte Carmelo

Con autoridad irresistible el profeta indicó al rey que convocase a todo Israel en el monte Carmelo. Los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, los cuatrocientos profetas de los bosques, que comían de la mesa de Jezabel, debían estar allí también. Debían afrontar a Elías en una gran demostración delante del pueblo. Mediante una prueba muy práctica, debía demostrarse quién era el verdadero dios, Baal o Jehová. Todo lo que Elías ordenó fue ejecutado por Acab. Elías estaba solo delante de los ochocientos cincuenta profetas de Baal.

Proseguía el hambre con todos sus horrores. Toda la nación estaba llorando por lluvia. Ahora, dijo Elías, veremos quién puede dar lluvia, si Baal o Jehová. Así que indicó a los profetas de Baal que pusieran sus sacrificios sobre el altar y rogaran a su dios, en presencia de todo el pueblo, para que, enviando fuego, demostrara que dominaba los elementos.

Los profetas obedecieron, e invocaron en "el nombre de Baal desde la mañana hasta el medio día", y siguieron "gritando frenéticamente hasta la hora de ofrecerse el sacrificio, pero no hubo ninguna voz, ni quien respondiese ni escuchase" (vers. 26-29). Estos esfuerzos frenéticos y agotadores presenciados por todo el pueblo fueron un tremendo fracaso.

"Entonces dijo Elías a todo el pueblo: Acercaos a mí. Y todo el pueblo se le acercó; y él arregló el altar de Jehová que estaba arruinado" (vers. 30). Luego se sometió a sí mismo y a su Dios, Jehová, a una gran prueba a la vista del pueblo. Habiendo puesto su sacrificio sobre el altar de Jehová, hizo derramar doce cántaros de agua sobre el sacrificio, la leña y el altar, hasta que la

zanja que había en derredor del altar, quedó llena de agua.

La multitud, que incluía al rey y a los profetas y sacerdotes de Baal, había de presenciar luego los resultados de la petición dirigida por Elías a su Dios.

"El pueblo de Israel permaneció asombrado, pálido, ansioso y casi suspendiendo el aliento de pavor, mientras Elías invocaba a Jehová, el Creador de los cielos y la tierra. El pueblo había presenciado el frenesí fanático e irrazonable de los profetas de Baal. En contraste, podía ahora ver el comportamiento sereno, inspirador de reverencia, de Elías. Recordó al pueblo su degradación, la que había despertado la ira de Dios contra ellos, y luego los invitó a humillar su corazón, a volverse al Dios de sus padres, a fin de que su maldición pudiera apartarse de ellos. Acab y sus sacerdotes idólatras miraban con asombro mezclado de terror. Aguardaban el resultado en solemne y ansioso silencio" (*Testimonies for the Church*, tomo 3, pág. 284).

El Dios de Elías es vindicado

En una oración notable por su sencillez, brevedad y súplica, Elías dijo:

"Jehová Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas. Respóndeme Jehová, respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, oh Jehová, eres el Dios, y que tú vuelves a ti el corazón de ellos. Entonces cayó fuego de Jehová, y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, y aun lamió el agua que estaba en la zanja. Viéndolo todo el pueblo, se postraron y dijeron: ¡Jehová es el Dios, Jehová es el Dios!" (vers. 36-39).

El tremendo contraste entre el verdadero Dios de Israel y el falso dios de los paganos había quedado claramente revelado. Por un lado se destacaba el solitario profeta de Jehová y por el otro los ochocientos cincuenta

de Baal; y la gran prueba había sido hecha en presencia del rey y de todo Israel. Los profetas de Baal habían fracasado completamente. Su dios no les había respondido. No había descendido fuego; el sacrificio permanecía sin que nada lo tocara. Pero la oración de Elías, elevada con serena y tranquila seguridad, fue contestada. Su Dios dio una clara y abierta evidencia de que era el Dios vivo, que podía oír y que podía y anhelaba hacer grandes cosas en favor de los que se decidían por él.

Después que la religión pagana traída a Israel por Jezabel y Acab quedó abiertamente desacreditada, fueron muertos los profetas de Baal, aquellos hombres de Israel que inicualemente se habían vendido para cometer este gran mal contra el pueblo de Dios. Luego de haber ejecutado este terrible castigo, Elías dijo a Acab: "Sube, come y bebe, porque una lluvia grande se oye" (vers. 41).

Posteriormente Elías dio al pueblo otra evidencia abrumadora de que el Dios de Israel era el Dios verdadero y vivo. "Elías subió a la cumbre del Carmelo, y postrándose en tierra, puso su rostro entre las rodillas" y oró pidiendo lluvia. En respuesta a su insistente oración, se alzó "una pequeña nube como la palma de la mano de un hombre". Al ver esto Elías, dijo a su siervo: "Ve, y dí a Acab: Unce tu carro y descende, para que la lluvia no te ataje".

La oración del profeta es contestada

"Estando en esto. . . los cielos se oscurecieron con nubes y viento, y hubo una gran lluvia. Y subiendo Acab, vino a Jezreel. Y la mano de Jehová estuvo sobre Elías, el cual ciñó sus lomos, y corrió delante de Acab hasta llegar a Jezreel" (vers. 42-45).

Para los que creen que la Biblia es la palabra escrita de Dios, éste es un inspirador y conmovedor relato de fe. Este gran hombre de Dios, Elías, dio al pueblo muchas e impresionantes pruebas de que su rey y su reina los

apartaban del Dios verdadero para hundirlos en el más crudo paganismo. Esta manifestación poderosa y convincente del poder de Dios debiera haber apartado al rey, a la reina y a todo Israel del culto a Baal para hacerlos volver al sincero culto del Dios vivo. Para esto había obrado Dios tan poderosamente mediante su profeta.

Pero el rey y la reina desecharon toda esta evidencia de la soberanía de Dios. Prestaron oídos sordos a las súplicas que les dirigía de apartarse del Baal de los fenicios al Dios de Israel. "Acab dio a Jezabel la nueva de todo lo que Elías había hecho, y de cómo había matado a espada a todos los profetas. Entonces envió Jezabel a Elías un mensajero, diciendo: Así me hagan los dioses, y aún me añadan, si mañana a estas horas yo no he puesto tu persona como la de uno de ellos" (cap. 19: 1, 2).

Nuevas comisiones dadas a Elías

Esta amenaza de muerte parece haber sido más de lo que el agotado cuerpo y mente de Elías podían soportar, así que "se levantó y se fue para salvar su vida, y vino a Beerseba". Dejando a su siervo allí, siguió adelante "por el desierto un día de camino". Pero no permaneció allí. Siguió viajando todavía cuarenta días hasta que llegó a Horeb, "el monte de Dios". "Y allí se metió en una cueva, donde pasó la noche" (véanse los vers. 3-9).

"Ve, vuélvete por tu camino, por el desierto de Damasco; y llegarás, y ungarás a Hazael por rey de Siria. A Jehú, hijo de Nimsi, ungarás por rey sobre Israel; y a Eliseo, hijo de Safat, de Abel-mehola, ungarás para que sea profeta en tu lugar. Y el que escapare de la espada de Hazael, Jehú lo matará; y el que escapare de la espada de Jehú, Eliseo lo matará. Y yo haré que queden en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no lo besaron.

"Partiendo él de allí, halló a Eliseo, hijo de Safat, que araba con doce yuntas delante de sí, y él tenía la última. Y pasando Elías por delante de él, echó sobre

él su manto. . . Después se levantó y fue tras Elías, y le servía" (vers. 15-21).

Durante la estada de Elías en Horeb y otras partes el Señor envió otros profetas con mensajes a Acab.

"Entonces Ben-adad rey de Siria juntó a todo su ejército, y con él a treinta y dos reyes, con caballos y carros; y subió y sitió a Samaria y la combatió" (cap 20: 1).

Samaria era parte del reino de Acab. Esta invasión realizada por un gran monarca, acompañado por otros treinta y dos reyes, y un gran ejército, aterrorizó de tal manera a Acab que dijo apresuradamente a los mensajeros de Ben-adad: "Como tú dices, rey señor mío, yo soy tuyo y todo lo que tengo" (vers. 4). La entrega de Acab fue completa. Pero aun cuando Israel era indigno de su protección, Jehová no estaba dispuesto a que su pueblo fuese llevado cautivo por los sirios. "Y he aquí un profeta vino a Acab rey de Israel, y le dijo: Así ha dicho Jehová: ¿Has visto esta gran multitud? He aquí yo te la entregaré hoy en tu mano, para que conozcas que yo soy Jehová. . . Y dijo Acab: ¿Quién comenzará la batalla? Y él respondió: Tú" (vers. 13, 14).

Esto manifestaba ciertamente gran compasión a un rey rebelde y un pueblo ingrato. El Señor obró poderosamente por ellos. "Y salió el rey de Israel, e hirió. . . a los sirios causándoles gran estrago" (vers. 21).

Otro mensaje profético a Acab

Inmediatamente después que obtuvo esta victoria, "vino luego el profeta al rey de Israel y le dijo: Ve, fortalécete, y considera y mira lo que hagas; porque pasado un año, el rey de Siria vendrá contra ti (vers. 22). Volvió la hueste Siria y fue otra vez derrotada completamente. Tan grande fue su derrota que Ben-adad, el rey, huyó a la ciudad de Aphec, y se ocultó

en un aposento interior. Más tarde mandó a algunos de sus siervos al rey de Israel, para decirle: "Tu siervo Ben-adad dice: Te ruego que viva mi alma" (vers. 32).

Esto era precisamente lo que Acab no debiera haber permitido. Pero pasando completamente por alto el propósito de Dios, Acab dijo: "Si él vive aún, mi hermano es. . . id, y traedle. Ben-adad entonces se presentó a Acab, y él le hizo subir en un carro" (vers. 32, 33).

Acab despreció las instrucciones del Señor y así puso un trágico fin a un período de admirable bonanza en Israel. Apenas terminaron Acab y Ben-adad su amistosa conversación, grata para Acab, cuando "un varón de los hijos de los profetas" le salió al paso a Acab para darle un mensaje muy grave:

"Así ha dicho Jehová: Por cuanto soltaste de la mano el hombre de mi anatema, tu vida será por la suya, y tu pueblo por el suyo. Y el rey de Israel se fue a su casa triste y enojado, y llegó a Samaria" (vers. 35, 42, 43).

Le costó muy caro a Acab menospreciar las instrucciones proféticas y las victoriosas liberaciones que el Señor le había dado, porque posteriormente lo mató en batalla ese mismo Ben-adad a quien había dejado ir.

El último mensaje de Elías a Acab

Ahora se escribe otro capítulo sombrío en la vida de Acab y Jezabel.

"Nabot de Jezreel tenía allí una viña junto al palacio de Acab rey de Samaria. Y Acab habló a Nabot, diciendo: Dame tu viña para un huerto de legumbres, porque está cercana a mi casa, y yo te daré por ella otra viña mejor que ésta; o si mejor te pareciere, te pagaré su valor en dinero. Y Nabot respondió a Acab: Guárdeme Jehová de que yo te de a ti la heredad de mis padres" (1 Rey. 21: 1-3).

La negativa de Nabot de separarse de la herencia que había recibido obedecía a la instrucción que Jehová había dado a Israel por medio de Moisés: "Para que la heredad de los hijos de Israel no sea traspasada de tribu en tribu; porque cada uno de los hijos de Israel estará ligado a la heredad de la tribu de sus padres" (Núm. 36: 7).

Pero Acab, que no tenía miramientos con los planes de Dios, se airó por la negativa de Nabot. Fue a su casa tan "triste y enojado" que "se acostó en su cama, y volvió su rostro, y no comió". Cuando Jezabel se enteró de la negativa de Nabot, aseguró a Acab que pronto tendría la viña. Por una infame conspiración, la reina de la nación hizo apedrear a este hombre bueno. Y "se levantó (Acab) para descender a la viña de Nabot de Jezreel, para tomar posesión de ella". (Véase 1 Rey. 21: 1-16.)

"Entonces vino palabra de Jehová a Elías tisbita, diciendo: Levántate, descendiendo a encontrarte con Acab rey de Israel, que está en Samaria; he aquí él está en la viña de Nabot, a la cual ha descendido para tomar posesión de ella. . . Y Acab dijo a Elías: ¿Me has hallado, enemigo mío? El respondió: Te he encontrado, porque te has vendido a hacer lo malo delante de Jehová" (vers. 17-20). Elías dio entonces a Acab un mensaje de condenación, un mensaje que predecía la completa destrucción de la casa de Acab:

"He aquí yo traigo mal sobre ti, y barreré tu posteridad. . . y pondré tu casa como la casa de Jeroboam hijo de Nabat, y como la casa de Baasa hijo de Ahías, por la rebelión con que me provocaste a ira, y con que has hecho pecar a Israel. De Jezabel también ha hablado Jehová, diciendo: Los perros comerán a Jezabel en el muro de Jezreel. El que de Acab fuere muerto en la ciudad, los perros lo comerán, y el que fuere muerto en el campo, lo comerán las aves del cielo. (A la verdad ninguno fue como Acab, que se vendió para hacer lo malo ante los ojos de Jehová; porque Jezabel su mujer

lo incitaba. El fue en gran manera abominable, caminando en pos de los ídolos, conforme a todo lo que hicieron los amorreos, a los cuales lanzó Jehová de delante de los hijos de Israel)" (vers. 21-26).

Tal parece haber sido el último encuentro de Elías con Acab. Todo lo que él predijo de este último terrible mensaje cayó sobre Acab y Jezabel y su casa.

Preguntan al Señor

Después de entregar Elías su último mensaje a Acab, sucedieron grandes acontecimientos que produjeron tremendos cambios en Israel. Habían transcurrido tres años sin guerra entre Siria e Israel. Acab violó esta paz e incitó a la guerra. Resolvió quitar a Siria ciertas ciudades que Ben-adad había arrebatado antes a Israel. Necesitando ayuda para esta empresa, Acab persuadió a Josafat rey de Judá a que se le uniese. Pero antes de iniciar la campaña, Josafat sugirió a Acab que inquieresen "de Jehová", acerca de la empresa. En respuesta, el rey de Israel reunió cuatrocientos de sus profetas y dijo: "¿Iré a la guerra contra Ramoth de Galaad, o la dejaré? Y ellos dijeron: Sube, porque Jehová la entregará en mano del rey" (1 Rey. 22: 6).

Josafat no estaba satisfecho con esto, pues dijo:

"¿Hay aquí algún profeta de Jehová, por el cual consultemos? El rey de Israel respondió a Josafat: Aún hay un varón por el cual podríamos consultar a Jehová, Micaías hijo de Imla; mas yo le aborrezco, porque nunca me profetiza bien, sino solamente mal. Y Josafat dijo: No hable el rey así" (vers. 7, 8).

Micaías profetiza

Enviaron a un funcionario para que trajese a Micaías. Yendo donde estaban los reyes, ese funcionario dijo a Micaías qué consejo habían dado los profetas de Acab y le sugirió que haría bien en concordar con

ellos. Pero Micaías, que era un hombre veraz, replicó: "Vive Jehová, que lo que Jehová me hablare, eso diré" (vers. 14). El consejo que dio al rey fue opuesto al que habían dado los otros profetas. "Y el rey de Israel dijo a Josafat: ¿No te lo había yo dicho? Ninguna cosa buena profetizará él acerca de mí, sino solamente el mal" (vers. 18).

Tanto se airó Acab que dio estas órdenes:

"Entonces el rey de Israel dijo: Toma a Micaías, y llévalo a Amón gobernador de la ciudad, y a Joás hijo del rey; y dirás: Así ha dicho el rey: Echad a éste en la cárcel, y mantenedle con pan de angustia y con agua de aflicción, hasta que yo vuelva en paz" (vers. 26,27). A lo cual Micaías respondió serenamente: "Si llegas a volver en paz, Jehová no ha hablado por mí. En seguida dijo: Oíd, pueblos todos" (vers. 28).

Esto es lo último que sabemos de Micaías. Es de suponer que las órdenes del rey fueron ejecutadas; y no es difícil creer que este hombre bueno y fiel, honrado por el Soberano del universo como su portavoz, fue a la muerte por su lealtad a Dios.

Pero no es lo último que oímos acerca de Acab. Desafiando abiertamente la amonestación que Dios le diera mediante Micaías, el rey de Israel y el rey de Judá, Josafat, subieron a Ramoth de Galaad. Ben-adad rey de Siria, "había mandado a sus treinta y dos capitanes de los carros, diciendo: No peleéis ni con grande ni con chico, sino sólo contra el rey de Israel" (vers. 31).

Se entabló la batalla. Acab y Ben-adad se volvieron a enfrentar en otra lucha por la supremacía. Antes Acab había vencido dos veces porque había obrado en armonía con la instrucción divina dada por los profetas de Dios.

La voz del profeta es despreciada

Pero en esta lucha, obraba directamente en contra de la voz del profeta. El resultado de la batalla iba a

ser una prueba de la autoridad del profeta. La acción fue rápida. Al principio de la batalla, "un hombre disparó su arco a la ventura e hirió al rey de Israel por entre las junturas de la armadura, por lo que dijo él a su cochero: Da la vuelta, y sácame del campo, pues estoy herido".

"Pero la batalla había arreciado aquel día, y el rey estuvo en su carro delante de los sirios, y a la tarde murió. . . Y fue traído a Samaria; y sepultaron al rey en Samaria" (vers. 34-37).

"Y durmió Acab con sus padres, y reinó en su lugar Ocozías su hijo". "E hizo lo malo ante los ojos de Jehová, y anduvo en el camino de su padre, y en el camino de su madre, y en el camino de Jeroboam hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel; porque sirvió a Baal, y lo adoró, y provocó a ira a Jehová Dios de Israel, conforme a todas las cosas que había hecho su padre" (vers. 40, 52, 53).

Ocozías reinó solamente dos años. Al caerse de la "ventana de una sala", se hirió gravemente y enfermó. "Envió mensajeros, y les dijo: Id y consultad a Baal-zebud dios de Ecrón, si he de sanar de esta mi enfermedad" (2 Rey. 1:2). Por esta causa Elías fue enviado con una severa reprimenda:

"Y le dijo: Así ha dicho Jehová: Por cuanto envias-te mensajeros a consultar a Baal-zebud dios de Ecrón, ¿no hay Dios en Israel para consultar en su palabra? No te levantarás, por tanto, del lecho en que estás, sino que de cierto morirás. Y murió conforme a la palabra de Jehová, que había hablado Elías" (vers. 16, 17).

Esto sucedía más o menos en el año 932 AC, y clausuró la obra estupenda del gran profeta Elías. Después de la declaración referente a la muerte de Ocozías y el comienzo del reinado de su hijo Joram, continúa el relato: "Aconteció que cuando quizo Jehová alzar a Elías en un torbellino al cielo, Elías venía con Eliseo de

Gilgal" (cap. 2: 1). Eliseo, a quien el Señor había elegido previamente para reemplazar a Elías, acompañó a éste de Gilgal a Betel y Jericó. De esto se desprende que la última obra de Elías, antes de su traslado al cielo, consistió en visitar las tres escuelas de los profetas, porque se hallaban en los tres lugares mencionados.

¡Qué admirables momentos deben haber sido para los maestros y los estudiantes de esas escuelas! Se sabía que este gran profeta estaba por ser llevado vivo al cielo. Cuando los profetas vinieron a la escuela de Jericó, "los hijos de los profetas. . . le dijeron: ¿Sabes que Jehová te quitará hoy a tu señor de sobre ti? El respondió: Sí, yo lo sé; callad" (vers. 5).

Eliseo sucede a Elías

Desde esa escuela Elías y Eliseo fueron al Jordán. Elías separó las aguas con su manto, y los profetas cruzaron el río. "Y vinieron cincuenta varones de los hijos de los profetas, y se pararon delante a lo lejos; y ellos dos se pararon junto al Jordán" (vers. 7). Había llegado la hora de la separación. Elías, que durante largos años había peleado en la nación con las fuerzas del mal, sabía mejor que Eliseo lo que estaba arrojando. En el momento en que la tarea sin terminar estaba por pasar de él a Eliseo, la carga debe haber pesado sobre él en forma abrumadora.

"Con corazón anhelante Elías dijo a Eliseo: 'Pide lo que quieres que haga por ti'. Y el joven alzó la mirada hacia él y vio las cicatrices de todas las batallas, vio las arrugas de su cara, leyó los anales de todas sus dificultades en cada arruga de su frente y en cada surco de sus mejillas; supo que todo esto significaba peligro, sufrimiento y penurias, y su corazón se hinchó dentro de su pecho mientras se volvía hacia él y le decía: 'Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí'. . .

"Era una petición prudente y noble. Demostraba cuán fiel era la percepción espiritual del nuevo profeta. . . No consideró nada mejor, no deseó nada superior, que el seguir con crecido celo en sus pisadas. Anhelaba tan sólo proseguir la labor que Elías había empezado; proseguirla con la misma firmeza y la misma resuelta devoción. Pero si heredaba la carga sagrada, debía también heredar la bendición" (James Hastings, *The Greater Men and Women of the Bible*, tomo 3, págs. 416, 417. Nueva York).

Por lo tanto, pidió a Elías que le dejase mucho más para la terminación de la tarea de lo que se le había dado a Elías en su comienzo y su ejecución. A la petición de Eliseo, Elías contestó: "Cosa difícil has pedido. Si me vieres cuando fuere quitado de ti, te será hecho así; mas si no, no" (2 Rey. 2: 10). Entonces apareció el carro, y Elías fue alzado al cielo por un torbellino. Al ver Eliseo cómo desaparecía su gran maestro, su amado Elías, exclamó: "¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo! Y nunca más le vio" (vers. 12).

Un gran profeta en una gran crisis

Así terminó la carrera terrenal de uno de los mayores hombres que haya vivido jamás. Su vida no fue una vida de servicio comparativamente larga. Transcurrieron tan sólo veinticinco años desde el momento en que por primera vez se presentó a Acab hasta que fue trasladado. Pero habían sido años de mucho quebranto de corazón para el profeta. Fueron años agotadores y arduos. El había hecho su obra, y el Señor lo llevó consigo.

Si los mensajes y los métodos de Elías parecen severos y duros, y a veces crueles, debe recordarse que le tocó actuar en una de las más severas y peligrosas crisis de la historia del pueblo de Dios. Los instigadores del movimiento destinado a hacer del paganismo fenicio la religión de Israel, estaban revestidos de la au-

toridad y el poder del gobierno. Manifestaban resolución y perseverancia en su propósito. Según lo demuestran los registros, ningún mensaje de Dios, ningún juicio que cayese sobre ellos, los detenía en su carrera desenfrenada. Únicamente la muerte acabó con su mala obra. Un escritor ha dicho acertadamente:

"Las revelaciones que ha hecho Dios de sí mismo y de sus propósitos al hombre han sido siempre mediante los hombres, y por sus leyes el transmisor colorea siempre la luz que transmite. El esplendor del sol meridiano no puede brillar claramente a través de un vidrio tosco e imperfecto; y así los conceptos de la divinidad y de la voluntad divina, como fueron entregados por los profetas revelan en cada caso la naturaleza del hombre que recibía y entregaba el mensaje inspirado".

La crisis provocada en Israel por Acab y Jezabel exigía un hombre de gran valor y resolución, un hombre que no temiera enfrentar al rey y a la reina, y darles mensajes severos y terribles. Elías fue elegido y fortalecido por Jehová para esa misión. No podía ser hombre plácido, acomodadizo y flojo. La situación le prohibía asumir tal actitud. Como ha dicho otro escritor:

"Elías no era un reformador de tiempos de paz; la misma visión de la paz estaba oculta a sus ojos, reservada para profetas posteriores cuyo camino le tocaba preparar. Su misión consistía en destruir a cualquier costo el culto pagano que, de no ser destruido, destruiría a Israel mismo, con consecuencias cuyo mal no podemos estimar. Amós y Oseas no habrían tenido fundamento si no hubiese sido por la obra de Elías y las influencias que puso en marcha con la dirección divina" (*The International Standard Bible Encyclopedia*, tomo 2, art. *Elijah*, pág. 932).

El don necesario en todo tiempo

Los incidentes de esta crisis peligrosa en la historia de Israel revelan muy claramente la necesidad imperativa de la dirección que puede dar el don de profecía en todo tiempo, aun hasta el fin del tiempo en este extraño y viejo mundo. No basta que este don se manifestase en forma verdaderamente provechosa y benéfica solamente en los tiempos antiguos, mediante los profetas Enoc, Moisés y Samuel. Las generaciones en las cuales vivieron aquellos hombres, necesitaban la operación del don de profecía. Pero ese don era tan indispensable en los días de Elías y Acab como en cualquier momento anterior de la historia del pueblo de Dios. Y el don estuvo presente y prestó un poderoso servicio en armonía con el propósito divino, así como cuando fue impartido por primera vez.

CAPITULO 10

LA OBRA PROFETICA DE ELISEO

JEHOVA había dicho a Elías: “A Eliseo hijo de Satisfat. . . unguirás para que sea profeta en tu lugar” (1 Rey. 19: 16).

Así fue llamado Eliseo al cargo de profeta mientras Elías actuaba todavía en la gran obra que Dios le había confiado. Eliseo se unió inmediatamente a Elías, y permaneció con él hasta que fueron separados por la traslación de Elías.

Debe haber sido de inestimable valor para Eliseo su trato íntimo con el gran profeta Elías, durante los años finales de ese movimiento de reforma realizado en la nación. Le dio una oportunidad muy favorable de adquirir una clara comprensión de la grave crisis que Acab y Jezabel habían precipitado sobre el pueblo escogido de Dios. Le dio una revelación del sutil propósito de Satanás de quebrantar la comunión de Israel con Jehová, y desviarlo al degradado paganismo como a todas las demás naciones de la tierra.

Igualmente le reveló el propósito que tenía Dios de derrotar las fuerzas del mal. Eliseo presenció en Elías la operación de un poder mayor para salvar que el de destruir que se revelaba en Acab. También vio claramente la tarea sobrehumana que había sido confiada a Elías, y sintió agudamente su propia incapacidad para continuar la obra después de la partida de Elías. ¿Por qué no habría de exclamar: “Padre mío, padre mío”, cuando vio el carro que se llevaba al poderoso Elías al

cielo, separándolos así y dejándolo a él solo con el apóstata Israel?

Esta fue la hora suprema para Eliseo. Había partido el fuerte e intrépido Elías, siempre lleno del Espíritu, dejando a Eliseo una gran obra que reanudar y proseguir. La tarea parecía demasiado grande para Eliseo. Pero allí estaba, y con ella estaba el manto de Elías a sus pies, donde había caído de los hombros de su caudillo ausente. Era para Eliseo una garantía de seguridad. Pero antes de poner su mano sobre él, “tomando sus vestidos, los rompió en dos partes”, expresando así, parecería, su completa separación del mundo y su absoluta renunciación a sí mismo.

Luego alzó el manto de Elías, volvió y llegó a la orilla del Jordán. Aparentemente aturrido y temeroso clamó: “¿Dónde está Jehová, el Dios de Elías?” ¿Habría abandonado este mundo y se habrá ido con Elías? ¿O está todavía aquí para dirigirme y darme poder en la continuación de su obra? ¿Separará las aguas delante de mí como lo hizo delante de Elías? “Y así que hubo golpeado del mismo modo las aguas, se apartaron a uno y a otro lado, y pasó Eliseo” (2 Rey. 2: 14). Así recibí inmediata y señalada evidencia de que el Dios de Elías estaba todavía con él en la tierra, y de que el mismo poder divino que había obrado tan manifiestamente por medio de Elías le había sido impartido.

Recibido como el sucesor de Elías

Con esta consoladora e inspiradora seguridad, Eliseo cruzó el Jordán y dirigió sus pasos hacia la escuela de los profetas de Jericó. Antes de llegar a la escuela, le salieron al encuentro cincuenta “hijos de los profetas” que antes habían hecho parte del recorrido hasta el Jordán con la esperanza de presenciar la traslación. Cuando los estudiantes vieron que Elías había sido arrebatado

do, y que su manto había sido transferido a Eliseo, y con él el poder de Dios que había separado las aguas del Jordán, dijeron: "El espíritu de Elías reposó sobre Eliseo. Y vinieron a recibirle y se postraron delante de él" (vers. 15). Así fue prontamente reconocido Eliseo como sucesor de Elías.

Sin demora, Eliseo inició la continuación de la reforma que Elías había comenzado en Israel. La gran iniquidad de Acab y Jezabel de inducir a Israel a la idolatría había sido ampliamente expuesta y severamente reprobada por Elías. Los juicios de Dios habían caído sobre la tierra. El exterminio de la casa de Acab había comenzado. La conciencia de Israel había sido despertada y alarmada. Las escuelas de los profetas que Samuel estableció habían revivido. La apostasía de Acab y Jezabel había sido detenida. Se había iniciado una reforma. Todo esto lo había de fomentar y continuar Eliseo, y lo hizo con notable fervor y éxito.

El maravilloso cambio que Elías había hecho en la nación exigía una manera diferente de vivir y diferentes métodos de servir que los adoptados por Elías. La situación que Elías había afrontado cuando inició su obra no podía ser cambiada por la fuerza humana. La palabra del rey y de la reina era suprema. La reina era de tipo oriental, despótica. Provenía de un pueblo que despreciaba a Israel, que se proponía subyugarlo. Lo que no podía hacerse por la fuerza podría lograrse apartando a Israel del Dios verdadero hacia Baal, el dios sol de los fenicios. La apostasía que Acab y Jezabel habían iniciado había progresado rápidamente. La completa sustitución de Baal en lugar de Jehová, el paganismo en lugar del Evangelio de salvación, parecía tan segura para Acab y Jezabel que trataron la primera advertencia de Elías con el más completo desprecio. Ninguna voz ni argumentos podían alcanzarlos. Nada valía la evidencia, ni siquiera la de los milagros. Su reacción frente a la poderosa manifestación de Jehová en aquel día del monte Carmelo consistió en amenazar la vida de Elías.

Algunos autores han criticado los métodos de Elías, especialmente su aislamiento y la severidad con que daba sus mensajes. ¿Pero de qué otra manera podría haber tratado con aquellos despóticos gobernantes que habrían cortado su carrera al principio de su obra si hubiesen podido prenderlo?

El método profético adaptado a las condiciones

Sin embargo, la situación era muy diferente cuando Eliseo volvió de la traslación de Elías. La violencia de los gobernantes había disminuído. El pueblo se había despertado y comprendía el peligro en que estaba. Sentía la necesidad de la presencia y de la instrucción de los hombres de Dios. De ahí que Eliseo recibiera la bienvenida en todas partes de la nación. Viajaba de lugar en lugar por todo el reino, asociándose con el pueblo, e instruyéndolo en el camino del Señor, y sirviéndolo en sus diversas necesidades.

La obra activa de Eliseo como profeta empezó en la escuela de los profetas de Jericó, adonde fue después de su separación de Elías.

Mientras estaba en la escuela, los hombres de la ciudad vinieron a Eliseo y le señalaron una situación angustiosa. Dijeron: "He aquí, el lugar donde está colocada esta ciudad es bueno, como mi señor ve; mas las aguas son malas, y la tierra es estéril". La respuesta de Eliseo no se hizo esperar. Tomó un recipiente de sal, fue a la fuente y echó la sal en el agua. A los que le acompañaban, dijo: "Así ha dicho Jehová: Yo sané estas aguas, y no habrá más en ellas muerte ni enfermedad. Y fueron sanas las aguas hasta hoy, conforme a la palabra que habló Eliseo" (Vers. 19-22).

Los viajeros que visitan la Palestina moderna hallan un manantial en el lugar donde se cree que se realizó este milagro. Lo describen así: "Una grande y hermosa fuente de agua dulce y agradable, que produce, aún en la estación más calurosa, la más rica y grata vegetación en lo que de otra manera sería una área desnuda de

suelo arenoso' ” (*The Pulpit Commentary*, sobre 2 Reyes, cap. 2, pág. 23).

Desde Jericó, Eliseo se fue a Betel y de allí a Samaria, donde llegó a ser conocido como profeta, sucesor de Elías. Ya para aquel entonces Joram, hijo de Acab, reinaba sobre Israel. Estaba muy afligido porque el rey de Moab se había rebelado y había invadido su reino. La situación era tan grave que Joram pidió ayuda al rey de Edom, y también a Josafat rey de Judá, quienes se le unieron. Conduciendo sus fuerzas al interior de la tierra de Moab, estos reyes se encontraron en un lugar donde “les faltó agua para el ejército, y para las bestias que los seguían”. El rey de Israel dijo: “¡Ah! que ha llamado Jehová a estos tres reyes para entregarlos en manos de los moabitas” (2 Rey. 3: 5-10).

Pero Josafat sabía dónde buscar ayuda. Dijo: “¿No hay aquí profeta de Jehová, para que consultemos a Jehová por medio de él? Y uno de los siervos del rey de Israel respondió, y dijo: Aquí está Eliseo hijo de Safat, que servía a Elías. Y Josafat dijo: Este tendrá palabra de Jehová. Y descendieron a él el rey de Israel, y Josafat, y el rey de Edom” (vers. 11, 12).

Eliseo no se sintió adulado por la presencia de los reyes que le pedían información acerca de su suerte. Sin temor dijo al rey de Israel: “¿Qué tengo yo contigo? Ve a los profetas de tu padre [Acab], y a los profetas de tu madre. . . Si no tuviese respeto al rostro de Josafat rey de Judá, no mirara a ti, ni te viera” (vers. 13, 14).

Luego “la mano de Jehová vino sobre Eliseo, quien dijo: Así ha dicho Jehová: Haced en este valle muchos estanques. Porque Jehová ha dicho así: No veréis viento, ni veréis lluvia; pero este valle será lleno de agua, y beberéis vosotros y vuestras bestias y vuestros ganados. Y esto es cosa ligera en los ojos de Jehová; entregará también a los moabitas en vuestras manos” (vers. 15-18). “Aconteció, pues, que por la mañana, cuando se ofrece el sacrificio, he aquí vinieron aguas por el camino de Edom, y la tierra se llenó de aguas” (vers. 20). Se pro-

dujo entonces la batalla y “se levantaron los israelitas y atacaron a los de Moab, los cuales huyeron de delante de ellos” (vers. 24).

Este fue un episodio muy importante, porque destacó a Eliseo delante de los reinos de Israel, Judá, Edom y Moab, como profeta de Jehová y sucesor de Elías.

El rey es salvado por el profeta

Nuevamente este mismo rey de Israel (Joram) fue puesto en grave peligro, esta vez por el rey de Siria, Ben-adad, que invadió su reino. Una vez más el profeta Eliseo fue inducido a dar al rey de Israel un consejo que lo salvó de sus enemigos. El relato se halla en el capítulo seis del Segundo Libro de los Reyes.

Mientras dirigía su campaña, el rey de Siria ordenó a sus oficiales que colocaran emboscadas en lugares propicios para sorprender y capturar al ejército de Israel. Pero Eliseo advirtió al rey de Israel acerca de todos los planes de Ben-adad. El repetido fracaso de Ben-adad de hallar al ejército de Joram le indujo a sospechar que había un traidor entre sus propios hombres, y dijo a sus oficiales: “¿No me declararéis vosotros quién de los nuestros es del rey de Israel? Entonces uno de los siervos dijo: No, rey señor mío, sino que el profeta Eliseo está en Israel, el cual declara al rey de Israel las palabras que tú hablas en tu cámara más secreta” (cap. 6: 11, 12).

Ben-adad resolvió entonces quitar la vida al profeta. Ordenó a sus hombres que hallaran a Eliseo y lo trajeran al campamento. Estos partieron con “gente de a caballo, y carros, y un gran ejército”. Pero fracasaron, porque cuando rodearon a Eliseo, él oró a “Jehová, y dijo: Te ruego que hieras con ceguera a esta gente. Y los hirió con ceguera, conforme a la petición de Eliseo” (vers. 14-18).

Así, desvalidos, fueron llevados por Eliseo directamente al campamento del rey de Israel. ¡Cuán impotente es el hombre cuando guerrea contra los propósitos de Dios!

Cuando esa hueste ciega hubo llegado al campamento de Israel, Eliseo dijo: "Jehová, abre los ojos de éstos para que vean. Y Jehová abrió sus ojos, y miraron, y se hallaban en medio de Samaria. Cuando el rey de Israel los hubo visto, dijo a Eliseo: ¿Los mataré, padre mío?" (vers. 20, 21).

Esa era la gran oportunidad de obtener una victoria decisiva por la muerte de esa hueste siria. Pero Eliseo dijo: "No los mates. . . Pon delante de ellos pan y agua, para que coman y beban y vuelvan a sus señores. . . y cuando habían comido y bebido, los envié, y ellos se volvieron a su señor. Y nunca más vinieron bandas armadas de Siria a la tierra de Israel" (vers. 22, 23).

Así se dieron repetidas veces evidencias claras y convincentes tanto a Israel como a Siria de que había un Ser mayor que el hombre, que podía proteger a su pueblo contra las malas maquinaciones de sus enemigos, y que Eliseo era su profeta, su representante personal. También obtuvo Israel de esta manera grandes beneficios por los servicios del profeta de Dios.

Además de servir como consejero de los reyes para beneficio de las naciones, Eliseo prestó atención, simpatía y servicio provechoso al pueblo. Viajaba de un lugar a otro, tratando íntimamente con hombres y mujeres de todas las clases sociales.

En un lugar, la viuda de uno de los hijos de los profetas le pidió ayuda y protección contra un acreedor que estaba por tomarle sus dos hijos como esclavos. El corazón de Eliseo se conmovió por su súplica, y expresó su simpatía haciendo que la pequeña cantidad de aceite que ella tenía en un recipiente continuara fluyendo hasta que se llenaron todos los recipientes de la casa y todos los que ella había podido pedir prestados. Entonces "cesó el aceite" y Eliseo dijo: "Ve y vende el aceite, y paga a tus acreedores; y tú y tus hijos vivid de lo que quede" (cap. 4: 1-7).

Un ministerio de amor y misericordia

En sus viajes Eliseo pasaba con frecuencia por una casa donde vivía "una mujer importante, que le invitaba insistentemente a que comiese". Con el transcurso del tiempo, esta mujer dijo a su esposo: "He aquí ahora, yo entiendo que éste que siempre pasa por nuestra casa, es varón santo de Dios" (vers. 8, 9), y lo persuadió que edificara una pieza para que Eliseo la ocupara cuando los visitaba. En respuesta a su bondad, Eliseo le preguntó qué favor podría hacerle. Ella contestó: "Yo habito en medio de mi pueblo", con lo cual quería indicar que no necesitaba nada. Después que se hubo retirado, Giezi sugirió que Dios podría bendecirla dándole un hijo. Eliseo dijo: "Llámala"; y cuando la hubo llamado, le dijo: "El año que viene, por este tiempo, abrazarás un hijo" (vers. 13-16).

La predicción se cumplió. Le nació un hijo; pero mientras era aún pequeño, murió. En su pesar, la madre se apresuró a ir al monte Carmelo, donde estaba Eliseo y le rogó que volviera y que devolviera la vida a su hijo. "Y venido Eliseo a la casa, he aquí que el niño estaba muerto tendido sobre su cama". Mientras oraba porque el niño resucitara, Eliseo puso su boca sobre la boca del niño, sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre las manos, y sopló en él. Cuando se le dijo a la madre que su hijo había vuelto a la vida, entró y cayó a los pies de Eliseo, "y se inclinó a tierra; y después tomó a su hijo, y salió" (vers. 18-37).

Esta admirable manifestación del poder del Dios de Israel fue una revelación de su amor para su pueblo, y su gran deseo de salvarlo hasta lo sumo.

En una ocasión, mientras visitaba la escuela de Gilgal, se escogieron por equivocación calabazas venenosas para la comida de los estudiantes. Se cree que esa calabaza silvestre era la coloquintida, que crece en abundancia cerca del Mar Muerto. Contiene una "pulpa intensamente amarga y aun en pequeñas cantidades, es extremadamente venenosa". Cuando se descubrió que habían

cocinado esas calabazas venenosas los estudiantes clamaron: "¡Varón de Dios, hay muerte en esa olla!" (vers. 40). Eliseo echó inmediatamente un poco de harina en la olla, y no hubo más peligro en el alimento.

Durante la misma visita un hombre trajo a la escuela veinte panes de cebada y espigas de cereal. Pero esto no bastaba para los cien hombres. Sin embargo, en las manos de Eliseo, el alimento se multiplicó. Eliseo dijo: "Da a la gente para que coma, porque así ha dicho Jehová: Comerán, y sobrarán. Entonces lo puso delante de ellos, y comieron, y les sobró, conforme a la palabra de Jehová" (vers. 42-44).

La curación de Naamán

La curación de Naamán, el leproso sirio, fue uno de los milagros más notables e impresionantes que realizó Eliseo. Cuando Naamán acató finalmente el orden del Señor, fue curado. "Su carne se volvió como la carne de un niño, y fue limpio". Y volvió a su hogar de Siria, "con el cuerpo curado y el espíritu convertido" (*Profetas y Reyes*, pág. 189).

Menken, un piadoso escritor, dice: "La historia de Naamán forma dignamente parte de aquellas revelaciones y manifestaciones del Dios vivo que, presentándose continuamente durante muchos siglos, y por su tendencia hacia un blanco y propósito, estaban destinadas a implantar en la tierra el conocimiento y el culto del verdadero Dios. Pero ofrece además a nuestra consideración, un rico caudal de reflexiones, en las que ni el corazón ni el entendimiento pueden negar su participación voluntaria" (*The Pulpit Commentary*, sobre 2 Reyes, pág. 99).

Eliseo sucedió a Elías como cabeza de las escuelas. Las visitaba, instruía a los dirigentes y estudiantes, se unía a ellos en el trabajo manual, y realizaba milagros para su beneficio en sus necesidades apremiantes y graves dificultades.

La misión de Elías completada por Eliseo

Además de todo ese servicio muy placentero y provechoso, se le dio a Eliseo un cargo serio y penoso. Parece que el encargo hecho a Elías de ungir a Hazael rey de Siria, y a "Jehú hijo de Josafat hijo de Nimsi" como rey de Israel, había sido transmitido a Eliseo para que lo ejecutase.

La carrera de Hazael, según se registra en las Escrituras, empieza en 2 Rey. 8: 7. Hazael fue enviado a Eliseo por Ben-adad, rey de Siria, que estaba gravemente enfermo, para preguntar al profeta si se restablecería de su enfermedad. Cuando Eliseo vio a Hazael, el profeta lloró por causa del mal que sabía que Hazael haría a los hijos de Israel. (Véase 2 Rey. 8: 7-13.) Por una cruel conspiración, Hazael mató a su rey Ben-adad, en su lecho de enfermedad y usurpó el trono de Siria. Luego emprendió una guerra despiadada y destructora contra el reino de Israel. "En aquellos días comenzó Jehová a cercenar el territorio de Israel; y los derrotó Hazael por todas las fronteras" (2 Rey. 10: 32). Acerca de esto se había dado la debida advertencia a los reyes y al pueblo, y se les había presentado claramente la manera de escapar por el arrepentimiento y la reforma. Pero habían rechazado los mensajes.

En 2 Reyes 9 y 10 encontramos el relato del castigo infligido a la casa de Acab y a los profetas de Baal por parte de Jehú. Jehú fue ungido como rey por uno de los hijos de los profetas enviado por Eliseo. Empezó entonces la ejecución de las sentencias de Jehová sobre la casa de Acab. Mató al rey de Israel, y usurpó el trono. Se dirigió luego apresuradamente a Jezreel, donde vivía la pagana consorte de Acab. Por orden de Jehú, Jezabel fue arrojada desde una ventana alta y se nos dice que poco después se cumplió literalmente la predicción hecha por Elías: "En la heredad de Jezreel comerán los perros las carnes de Jezabel, y el cuerpo de Jezabel será como estiércol sobre la faz de la tierra en

la heredad de Jezreel, de manera que nadie pueda decir: Esta es Jezabel" (2 Rey. 9: 36, 37).

El relato de la ejecución de Jezabel es triste y duro; pero refleja en cierto grado el gran mal que Acab y Jezabel habían precipitado sobre la nación de Israel. Ninguna advertencia de Dios, ningún juicio que él les infligió, lograron cambiar su propósito de desviar a Israel de Jehová a Baal.

Jehú, además de ejecutar esta terrible sentencia contra Jezabel, mató "a todos los que habían quedado de la casa de Acab en Jezreel, a todos sus príncipes, a todos sus familiares, y a sus sacerdotes, hasta que no quedó ninguno" (cap. 10: 11).

También fueron eliminados todos los profetas y sacerdotes de Baal. "Y sacaron las estatuas del templo de Baal, y las quemaron. Y quebraron la estatua de Baal, y derribaron el templo de Baal, y lo convirtieron en letrinas hasta hoy. Así exterminó Jehú a Baal de Israel" (vers. 26-28).

Cambia la actitud hacia el profeta

Tal fue el juicio terrible que cayó sobre la casa de Acab y Jezabel por su desafío y resolución de establecer el paganismo en el corazón del pueblo escogido de Dios.

"No se ha de suponer que el inexorable y salvaje Jehú era movido únicamente por un celo de Jehová en estas matanzas que nos sublevan. Era un rebelde ambicioso que había tenido éxito; pero como todas las fuerzas notables, puede ser considerado como un instrumento de la Providencia, cuyos caminos son 'misteriosos' porque los hombres no son bastante grandes y sabios para seguir los efectos hasta sus causas bajo las leyes inmutables de Dios. Jehú fue una consecuencia necesaria de Acab y Jezabel" (Juan Lord, *Beacon Lights of History, First Series, Jewish Heroes and Prophets*, pág. 314. Nueva York, 1888).

Cuando Jehú terminó de ejecutar la parte lamentable para la cual había sido escogido, la gran tarea

que había sido confiada a Elías quedó final y plenamente cumplida. La obra que había empezado cuando compareció por primera vez ante Acab en el nombre de "Jehová el Dios de Israel" fue terminada durante el ministerio de Eliseo.

"Estaba Eliseo enfermo de la enfermedad de que murió. Y descendió a él Joás rey de Israel, y llorando delante de él, dijo: ¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo!" (cap. 13: 14).

¡Cuán grande era el cambio que se había producido! Acab recorrió tierra y mar para acabar con la vida de Elías, predecesor de Eliseo. En cambio, Joás mira el rostro del profeta moribundo, y comprende la pérdida que su muerte representará para la nación, llora sobre el profeta, y lo llama cariñosamente: "Padre mío".

El rey estaba muy afligido. Ben-adad, rey de Siria, estaba guerreando contra Israel. Su padre ya había invadido la tierra y exigido un pesado tributo. El rey Joás necesitaba y deseaba sinceramente el consejo del profeta. Eliseo, aunque estaba por morir, le dio pronta y claramente ese consejo: "Pero ahora sólo tres veces derrotarás a Siria". El cumplimiento de esa predicción fue así: "Tres veces lo derrotó Joás, y restituyó las ciudades a Israel" (vers. 19, 25).

Con el consejo que dio a Joás, se clausuró el ministerio de aquel gran hombre. "Y murió Eliseo y lo sepultaron" (vers. 20). "Cuán apacible fue el lecho de muerte de Eliseo. Hacía mucho que había hecho su elección. Había vivido no para ese tiempo, sino bajo el temor de Dios; no por el favor de los reyes o su recompensa, sino para obtener la aprobación de su conciencia y de su Creador" (C. H. Irwin, *The Pulpit Commentary*, sobre 2 Reyes, pág. 270).

Sesenta y cinco años de servicio como profeta

Se concedió a Eliseo una vida larga y llena de triunfos. Llegó a la avanzada edad de noventa años. Sesen-

ta y cinco años de ese tiempo fueron dedicados completamente a la causa de Dios. Estuvo asociado con Elías durante los últimos años del reinado de Acab, y también durante los dos años del reinado de Ocozías, hijo de Acab. Durante los primeros años del reinado de Joram, rey de Israel, fue trasladado Elías, y Eliseo inició solo su trabajo. Su ministerio continuó durante los reinados de Joram, Jehú, Joacaz y los primeros años de Joás. Hasta donde sepamos, Eliseo estuvo asociado con Elías durante seis años antes de su traslación, y desde aquel acontecimiento desempeñó el cargo de profeta durante un periodo de cincuenta y nueve años. ¡Cuán impresionante es la historia de la vida, el servicio y la influencia de este profeta y lo que se refiere acerca de los reyes a quienes aconsejó durante tantos años!

"El único objeto de Eliseo es completar la reforma iniciada por Elías, restablecer la antigua verdad y repeler la superstición pagana. Es estadista tanto como profeta. Entre todos los profetas ninguno ha intervenido en los más altos asuntos nacionales con más audacia que Eliseo, ni con tanto éxito. Durante muchos años, vigila atentamente todo el desarrollo de los acontecimientos. Cuando la nación está madura para la revolución, llama en el momento oportuno al hombre destinado, acaba con la dominación de Siria y extirpa la vil superstición tiria. Después de la caída de la dinastía omrita, es el amigo de confianza y el consejero sagaz de la casa de Jehú, y la fortaleza e inspiración de Israel en todas sus pruebas" (James Hastings, *Dictionary of the Bible*, art. *Elisha*, pág. 694, 1908).

La siguiente comparación de los servicios prestados a la nación por estos profetas de Dios debiera ayudar a aquellos que son llamados a seguir la obra después de predecesores talentosos:

"Eliseo era mayor y sin embargo menor, era menor y sin embargo mayor que Elías. Es menor. No podemos hacer a un lado un pasado de poder aun cuando

lo hayamos superado por mucho. Los que siguen no pueden ser como los que fueron. Un profeta como Elías viene y no vuelve. Eliseo, tanto para sus compatriotas como para nosotros es tan sólo el sucesor, el débil reflejo de su predecesor. Es menor y sin embargo mayor; porque la obra de los grandes de esta tierra es proseguida por instrumentos muy inferiores, pero en una escala mucho más amplia, y tal vez con un espíritu muy superior.

"La vida de un Elías no transcurre nunca en vano. . . Lucha, parecería que solo, y sin efecto, y en la misma crisis de la historia de la nación es repentina y misteriosamente eliminado. Pero su obra continúa; su manto cae; sus enseñanzas se difunden; sus enemigos perecen. El profeta predica, enseña y desaparece; pero otros hombres entran en sus labores. Lo que fue iniciado en el fuego y la tempestad, en la soledad y con terribles visiones, debe proseguir mediante artes conquistadoras y sanadoras, amables palabras de trato apacible y social; no en el desierto de Horeb, o en la cumbre del Carmelo, sino en las atestadas calles de Samaria, en los jardines de Damasco, a orillas de las aguas impetuosas del Jordán" (*The Popular and Critical Bible Encyclopedia*, tomo 1, págs. 590, 591).

CAPITULO 11

LOS ULTIMOS PROFETAS DE ISRAEL

MEDIANTE los esfuerzos leales y prolongados de Elías, Eliseo y otros profetas contemporáneos, el Señor impidió que Acab y Jezabel establecieran plena y permanentemente la idolatría tiria en Israel. Los severos mensajes dados por Elías, los juicios de Dios que cayeron sobre la casa de Acab, los mensajes alentadores y los milagros benéficos de Eliseo, hicieron una profunda impresión sobre la nación. Muchísimos fueron despertados y salvados de la idolatría y la ruina eterna.

Reyes, príncipes, altos funcionarios, sacerdotes y el pueblo, dieron a los profetas más respetuosa consideración de la que habían recibido durante dos siglos. Eliseo viajaba por todo el reino con la mayor libertad. Los príncipes conferenciaban con él acerca de sus problemas graves. El pueblo le daba la bienvenida por dondequiera que viajara. Muchos escuchaban sus instrucciones. La estima general en la cual se lo tenía, nos la revela el rey Joás cuando oyó que Eliseo estaba "enfermo de la enfermedad de que murió" (2 Rey. 13: 14). El rey se apresuró a ir al lado del lecho del profeta moribundo, y cuando llegó a su presencia, "llorando delante de él, dijo: ¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo!" (vers. 14).

La alta consideración manifestada por el rey Joás al profeta moribundo, tan diferente de la anterior y violenta oposición de Acab y Jezabel para con Elías, demuestra que había sido preparado el terreno para una gran reforma, la completa restauración de Israel al camino de

su verdadero Soberano y amante Señor. La vida de sacrificio de Elías no había transcurrido en vano. Había detenido la apostasía, y había encauzado bien a la nación.

Pero la respuesta no fue completa. La decisión en favor de la reforma no era firme ni absoluta. El rey Joás, que había expresado tan claramente su pesar por la gran pérdida que la muerte de Eliseo representaba para la nación, no realizó en su propia vida la reforma que pedían los mensajes de Eliseo. Por lo tanto, no podía conducir al pueblo como el buen rey Ezequías de Judá, a la gloriosa reforma para la cual se habían hecho todos los preparativos.

El rey Joás sobrevivió a la muerte de Eliseo unos diez o doce años. Durante ese tiempo obtuvo las tres victorias que Eliseo le había dicho que ganaría en sus conflictos con Ben-adad, rey de Siria. (Véase 2 Rey. 13: 19, 25.) Acerca de ese reinado leemos: "No se apartó de todos los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel; en ellos anduvo" (vers. 11).

Tres profetas y su deber

Jeroboam II sucedió como rey a su padre Joás; y Jonás, Amós y Oseas sucedieron a Eliseo como profetas. Así continuó Dios, por el don de profecía, dando consejo y dirección divinos para Israel, y la victoria sobre los invasores de su tierra. Acerca de Jeroboam II leemos: "El restauró los límites de Israel desde la entrada de Hamat hasta el mar del Arabá, conforme a la palabra de Jehová Dios de Israel, la cual él había hablado por su siervo Jonás hijo de Amitai, profeta que fue de Gat-hefer. Porque Jehová miró la muy amarga aflicción de Israel. . . por tanto, los salvó por mano de Jeroboam hijo de Joás" (cap. 14: 25-27).

El camino a la reforma emprendido por Elías y Eliseo estaba todavía abierto de par en par. Aquellos profetas cumplían su deber. Jeroboam, el rey, actuó prontamente de acuerdo con la predicción del profeta Jonás, de que

se le devolvería la costa de Israel que se le había quitado. ¡Qué maravillosa oportunidad tuvo Jeroboam para conducir a la nación de vuelta al Señor, que había inducido al primer Jeroboam a establecer el reino!

Pero Jeroboam fracasó, y a muy poca distancia de la meta. Este fracaso fue mucho más que un simple fracaso; se convirtió en un completo desprecio de los requerimientos de Dios. Jeroboam se alzó contra el Soberano del universo. Fue una ofensa muy grave a la vista de Dios. Eliseo había sido consejero del padre y del abuelo de Jeroboam, e indudablemente había instruido a Jeroboam en el camino del Señor desde su juventud. Pero todo esto tuvo poco peso sobre el rey y sus consejeros. Estos demostraron claramente que no querían seguir el camino del Señor en los asuntos del reino. Habían transcurrido ya doscientos años desde el establecimiento del reino de Israel, tiempo durante el cual el Señor había mantenido a sus profetas cerca de los gobernantes. Jeroboam II era el decimotercer rey que había llegado al trono, y cada uno de los soberanos había sido amonestado y aconsejado. La ingratitud y el desafío de Jeroboam y de la nación alcanzaron al límite de la tolerancia y protección de Dios. Al profeta Oseas, que era entonces el mensajero de Dios para Israel, se le ordenó escribir: "Palabra de Jehová que vino a Oseas, hijo de Beerí, en días de . . . Jeroboam, hijo de Joás. . . porque la tierra fornicia apartándose de Jehová . . . porque de aquí a poco yo castigaré a la casa de Jehú por causa de la sangre de Jezreel, y haré cesar el reino de la casa de Israel . . . Porque no me compadeceré más de la casa de Israel, sino que la quitaré del todo" (Ose. 1: 1-6).

El sorprendente mensaje de condenación comunicado por Oseas fue apoyado por un mensaje parecido del profeta Amós: "Las palabras de Amós . . . que profetizó acerca de Israel en días de . . . Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel" (Amós 1: 1). La amonestación de Amós era muy seria: "Los lugares altos de Isaac serán des-

truidos, y los santuarios de Israel serán assolados, y me levantaré con espada sobre la casa de Jeroboam" (cap. 7: 9).

Israel es condenado por desafiar a los profetas

Estos mensajes no eran agradables para los caudillos de la nación, y su desagrado se expresó como sigue: "Entonces el sacerdote Amasías de Bet-el envió a decir a Jeroboam rey de Israel: Amós se ha levantado contra ti en medio de la casa de Israel; la tierra no puede sufrir todas sus palabras. Porque así ha dicho Amós: Jeroboam morirá a espada, e Israel será llevado de su tierra en cautiverio. Y Amasías dijo a Amós: Vidente, vete, huye a tierra de Judá, y come allá tu pan, y profetiza allá; y no profetices más en Bet-el, porque es santuario del rey, y capital del reino" (vers. 10-13).

¡Qué triste condición se revela aquí! Aunque en el magnífico templo de Betel habían sido elegidos sacerdotes que no eran levitas, aunque un becerro sagrado era el símbolo visible de la adoración, el culto de Jehová seguía siendo la religión nominal del estado. Por lo tanto, en su cargo de sacerdote, Amasías se daba por representante de Dios. Como tal, el pueblo esperaba que le diese mensajes de los profetas.

Pero Amasías se unió al rey en su rechazo del mensaje de amonestación enviado por el Señor mediante sus profetas. Se le ordenó al profeta que abandonara el reino, y que no profetizara más contra la nación. Pero esta actitud de desafío no acalló al profeta, quien estaba obligado por su deber y su conciencia a desempeñar la responsabilidad que se le había impuesto. "Entonces respondió Amós, y dijo a Amasías: No soy profeta, ni soy hijo de profeta, sino que soy boyero, y recojo higos silvestres. Y Jehová me tomó de detrás del ganado, y me dijo: Ve y profetiza a mi pueblo Israel. Ahora, pues, oye palabra de Jehová. Tú dices: No profetices contra Israel, ni hables contra la casa de Isaac. Por tanto, así ha

dicho Jehová. . . tú morirás en tierra inmunda, e Israel será llevado cautivo lejos de su tierra" (vers. 14-17).

Los mensajes de Dios subsisten. No pueden ser desechados sin peligro por el hombre finito. Tal es la historia y la caída de la iglesia en su relación con los mensajes de los profetas: La obediencia significa vida; la desobediencia, muerte.

Desde ese tiempo quedó sellada la suerte de Israel. Ya no se registran triunfos en el reinado de Jeroboam. Aunque duró más de cuarenta años, los anales de este largo reinado se reducen a un párrafo de menos de cien palabras, una tercera parte de las cuales dice: "E hizo lo malo ante los ojos de Jehová, y no se apartó de todos los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel" (2 Rey. 14: 24).

La muerte de Jeroboam ocurrió en 793 AC. Desde ese tiempo en adelante, un desastre tras otro sobrevinieron al reino de Israel. Zacarías, hijo de Jeroboam y sucesor de él en el trono, fue asesinado antes que hubiesen transcurrido seis meses después de empezar a reinar. Su asesino, Salum, usurpó el trono, pero a los treinta días fue a su vez asesinado por Menahén, quien subió al trono y reinó diez años. Su hijo Pecaya le sucedió, pero a los dos meses fue asesinado por Peca, quien a su vez fue muerto por Oseas. (Véase 2 Rey. 15: 8-30; 17: 1-6.)

Este asesino, Oseas, que usurpó el trono, fue el último rey de Israel. "Contra éste subió Salmanasar rey de los asirios; y Oseas fue hecho su siervo, y le pagaba tributo" (cap. 17: 3). Pero después que el rey de Asiria volvió a su reino, Oseas violó el pacto con él, tramó una conspiración con So, rey de Egipto, y cesó de pagar tributo a Asiria. "Y el rey de Asiria invadió todo el país, y sitió a Samaria, y estuvo sobre ella tres años. En el año nueve de Oseas, el rey de Asiria tomó Samaria, y llevó a Israel cautivo a Asiria, y los puso en Halah, en Habor junto al río Gozán, y en las ciudades de los medos" (vers. 5, 6).

El ministerio abundante de los profetas

Así acabó el reino de Israel, fundado por el primer Jeroboam en el 990 AC. Acabó en el 720 AC, después de una historia de 270 años, llena de mal y de tempestades. De cada uno de sus diecinueve reyes, se escribió: "E hizo lo malo en los ojos de Jehová". Pero mientras esos reyes reinaban y cometían sus malas acciones, *el Señor suscitó catorce profetas para aconsejarlos, ayudarlos, amonestarlos y reformatarlos, según las circunstancias lo requiriesen*. Además de los catorce profetas enviados especialmente como mensajeros a esos gobernantes, hubo escuelas de profetas y grupos de profetas. Abdías ocultó en cuevas a un centenar en grupos de cincuenta, para salvarlos de la muerte que Jezabel quería darles. (Véase 1 Rey. 18: 3, 4.)

Cada uno de los reyes de Israel recibió instrucción divina por medio de los mensajeros de Dios. (Véase 2 Rey. 17: 13.) No había, por lo tanto, justificación para errar el buen camino. Cada rey podría haber tenido un reinado próspero, y haber dejado anales favorables; juntos podrían haber llevado al reino de Israel a una gloriosa consumación. En vez de eso, hicieron lo malo. Extraviaron al pueblo de Dios, y trajeron un desastre tras otro sobre el reino, hasta que finalmente pereció éste juntamente con el trono de un asesino.

El trágico fin de Israel

Una reseña verdaderamente triste de lo experimentado por Israel desde el establecimiento del reino hasta su fin trágico se nos da en el segundo libro de Reyes: "Porque los hijos de Israel pecaron contra Jehová su Dios, que los sacó de la tierra de Egipto, de bajo la mano de Faraón rey de Egipto, y temieron a dioses ajenos. . .

"Y los hijos de Israel hicieron secretamente cosas no rectas contra Jehová su Dios. . .

"Y levantaron estatuas e imágenes de Asera en todo collado alto, y debajo de todo árbol frondoso . . . Y servían a los ídolos, de los cuales Jehová les había dicho: Vosotros no habéis de hacer esto. . .

"Mas ellos no obedecieron, antes endurecieron su cerviz, como la cerviz de sus padres, los cuales no creyeron en Jehová su Dios.

"Y desecharon sus estatutos, y el pacto que él había hecho con sus padres, y los testimonios que él había prescrito a ellos; y siguieron la vanidad, y se hicieron vanos, y fueron en pos de las naciones que estaban alrededor de ellos, de las cuales Jehová les había mandado que no hiciesen a la manera de ellas.

"E hicieron pasar a sus hijos y a sus hijas por fuego; y se dieron a adivinaciones y agüeros, y se entregaron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová, provocándole a ira" (cap. 17: 7-17).

Ministraron los profetas hasta el fin

Tales son los terribles anales de ingratitud y desprecio para con Dios, quien estaba durante todo ese tiempo derramando sus bendiciones sobre ellos. Pero el Señor los trató con gran amor, misericordia y tolerancia. Durante doscientos setenta años hizo todo lo que la sabiduría infinita, el amor y el poder le permitían hacer para salvarlos. Pero al fin tuvo que abandonarlos. "Y desechó Jehová a toda la descendencia de Israel, y los afligió, y los entregó en manos de saqueadores, hasta echarlos de su presencia. . . e Israel fue llevado cautivo de su tierra a Asiria, hasta hoy" (vers. 20-23).

El maravilloso ministerio de Eliseo en aquel reino fue la hora suprema para la plena reforma y restauración de Israel. Pero Israel fracasó, y desde aquella hora se fue apartando de Dios cada vez más profunda y rápidamente.

Transcurrieron ciento veinticinco años desde la muerte de Eliseo hasta el derrocamiento del reino de Israel. Durante ese tiempo, otros reyes ocuparon el trono. Pero

mientras que el reino se estaba desintegrando en las manos de esos reyes, hubo en Israel tres profetas que dieron mensajes de dirección de parte del Señor. Fueron Jonás, Amós y Oseas. Hubo también profetas contemporáneos en Judá, como Isaías y Miqueas, que enviaron mensajes al reino del norte. De manera que hasta la fecha de su completa ruina, el Señor no dejó a su pueblo sin mensajeros inspirados.

Acerca de su triste fin el Señor exclama: "Te perdiste, oh Israel, mas en mí está tu ayuda" (Ose. 13: 9).

El reino de Israel nunca fue restaurado

La destrucción del reino de Israel fue un acontecimiento trágico en la historia del pueblo escogido de Dios. En primer lugar, muchos fueron llevados cautivos a tierras paganas. Fueron separados en grupos y colocados en diferentes ciudades. Allí permanecieron hasta su muerte. El reino no fue nunca restaurado. En segundo lugar, los gobernantes asirios llevaron a la tierra de Israel habitantes de los mismos países paganos en los cuales Israel había sido llevado. "Y trajo el rey de Asiria gente de Babilonia, de Cuta, de Ava, de Hamat y de Sefarvaim, y los puso en las ciudades de Samaria, en lugar de los hijos de Israel; y poseyeron a Samaria, y habitaron en sus ciudades" (2 Rey. 17: 24).

Desde ese tiempo, los habitantes del territorio septentrional fueron llamados samaritanos. (Véase 2 Rey. 17: 29.) Nunca fueron devueltos a sus países natales. Aunque sufrieron grandes crueldades de parte de gobernantes despóticos que se posesionaron de Palestina, permanecieron en esa tierra. Sus descendientes eran conocidos como samaritanos durante el ministerio de Cristo y los apóstoles. El desprecio en el cual los tenían los judíos queda revelado por la acusación que los judíos hicieron contra Jesús: "¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano, y que tienes demonio?" (Juan 8: 48). Este antagonismo se revela también por lo que dijo la mujer samaritana al lado del pozo de Jacob en Samaria:

“¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?” (Juan 4:9).

Pero el Maestro no participó nunca de ese desprecio contra los samaritanos ni lo aprobó. Anduvo entre ellos, les expresó su amor, les enseñó el Evangelio de la salvación, y los recibió en su redil. Después de su ascensión, cuando por la persecución los miembros de la iglesia de Jerusalén fueron esparcidos, algunos fueron a Samaria. Allí predicó Felipe a Cristo. “Y la gente, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía. . . Así que había gran gozo en aquella ciudad” (Hech. 8:6-8). Se realizó entonces una gran obra de salvación, y el pueblo samaritano recibió bendiciones de valor infinito.

CAPITULO 12

LOS PROFETAS DE JUDA

HABIENDO rastreado la triste historia de Israel hasta el tiempo de su cautiverio, el cual fue un juicio del Cielo debido a su persistente rechazo de los mensajes de los profetas, nos dedicaremos a la del reino meridional, cuyo linaje real descendió sin interrupción de los grandes reyes David y Salomón. Allí hallaremos que el tierno corazón de Dios sentía anhelos por su pueblo, cuyos gobernantes se sentaban en el palacio de Jerusalén, la ciudad que “escogió Jehová de todas las tribus de Israel para poner en ella su nombre” (2 Crón. 12: 13).

De manera osada e intrépida, los profetas divinamente designados presentaron los mensajes de severa reprensión, y advirtieron de los juicios inminentes en tiempos de apostasía. Con fidelidad y ternura estimularon y apoyaron los esfuerzos de algunos de los nobles reyes de Judá que procuraron hacer volver al pueblo al culto de Dios. Estos reformadores reales, al resistir a la fuerte corriente de la apostasía, prolongaron la vida y la independencia del reino de Judá, el cual superó en unos ciento treinta y cinco años a la existencia del reino septentrional.

Se le enviaron mensajes proféticos a Roboam de Judá, como a Jeroboam de Israel. Pero en notable contraste con la ira manifestada por Jeroboam contra el profeta que dio su testimonio en Betel, se pudo ver la obediente sumisión de Roboam al principio de su reinado.

Dotado de una herencia natural de valor y habilidad marciales, y contando con las promesas divinas que aseguraban la continuación ininterrumpida de la dinastía de su abuelo David, no es extraño que Roboam esperara confiadamente que él podría, por la fuerza de las armas, reducir a la sumisión a las diez tribus rebeldes. Por lo tanto, su primer acto consistió en convocar un ejército de ciento ochenta mil hombres de guerra. Estaba por conducirlo contra las diez tribus, cuando vino a él "Semeías varón de Dios", quien le dirigió a él y al ejército congregado las siguientes palabras: "Así ha dicho Jehová: No subáis, ni peleéis contra vuestros hermanos; vuélvase cada uno a su casa, porque yo he hecho esto" (cap. 11: 4).

Tan plenamente aceptaron el rey y sus seguidores esto como consejo de Dios que, sin demora ni vacilación, "volvieron y se fueron, conforme a la palabra de Jehová" (1 Rey. 12: 24).

Sin embargo, Roboam no conservó siempre esta actitud de lealtad a Dios. Se dejó engreír por el éxito. A pesar de las guerras iniciadas contra él por Jeroboam, logró establecerse y fortalecerse. Pero luego cayó bajo la sutil tentación del orgullo y el ensalzamiento propio, y "dejó la ley de Jehová, y todo Israel con él" (2 Crón. 12: 1).

Por fin, un gran ejército egipcio, comandado por Sisac, apareció delante de las murallas de Jerusalén. Halagado por su éxito de haber capturado varias ciudades de Judá, esperaba confiadamente tomar también la capital.

Un juicio y una amonestación solemnes

En esa hora de peligro y ansiedad, Semeías volvió a presentarse delante de Roboam y sus príncipes, para comunicarles la "palabra de Jehová". Les dijo claramente que esas calamidades les habían acaecido porque el Señor, a quien habían abandonado, había retraído su

protección. Este mensaje los indujo a humillar su corazón delante de Dios, y reconocieron sinceramente su justicia al traer esa aflicción sobre ellos. Luego vino otro mensaje que les aseguraba que Dios era misericordioso, y que había cambiado su propósito de derramar su ira sobre Jerusalén por la mano de Sisac. No "los acabaré", dijo, sino que "les daré un poquito de socorro" o respiro (2 Crón. 12: 7, VTA).

El ejército invasor entró en Jerusalén, pero habiendo sacado los tesoros del templo y de la casa del rey, destronado a Roboam y tomado cautivos, Sisac partió sin destruir la ciudad.

Este episodio fue una solemne lección objetiva para ilustrar la relación de Dios con su pueblo, en los comienzos de la historia de Judá. Sirvió como recuerdo de que el éxito y la prosperidad nacionales provenían del favor de Jehová. Al anunciar la liberación parcial del rey de Egipto, el profeta indicó el propósito que tenía el Señor al permitir el episodio: "Para que sepan lo que es servirme a mí, y qué es servir a los reinos de las naciones" (vers. 8). Si negaban su obediencia y lealtad a Dios, no les quedaba otra alternativa que la sujeción a las naciones que los rodeaban, que estaban adquiriendo cada vez más poder.

Esta lección no fue olvidada por Roboam. Durante el resto de su reinado, dice el relato que "en Judá las cosas fueron bien" y "fortalecido, pues, Roboam, reinó en Jerusalén" (vers. 12, 13).

Asa escucha el mensaje de los profetas

El favor de Dios y su mano prosperadora descansaron sobre Judá durante el reinado de Abías, hijo de Roboam, y durante la mayor parte del reinado de Asa, quien durante un tiempo hizo "lo bueno y lo recto ante los ojos de Jehová su Dios" (cap. 14: 2). A Asa se le envió ayuda divina en respuesta a su ferviente petición cuando afrontó la invasión de un poderoso ejército

de Etiopía. Se le concendió una victoria señalada sobre sus enemigos; y a su regreso de la campaña, el Señor le mandó un mensaje destinado a preservarlo del engreimiento.

“Vino el Espíritu de Dios sobre Azarías hijo de Obed, y salió al encuentro de Asa, y le dijo: Oídme, Asa y todo Judá y Benjamín: Jehová estará con vosotros, si vosotros estuviereis con él; y si le buscareis, será hallado de vosotros; mas si le dejareis, él también os dejará” (cap. 15: 1, 2).

Tan profundamente impresionado quedó Asa por este mensaje, que congregó al pueblo de Judá y lo dirigió en un gran culto de consagración a Dios. Destruyó muchos ídolos, y hasta depuso a su propia reina madre, porque persistía en la idolatría.

Siguió un largo período de paz, hasta que hubo un movimiento hostil de parte de Baasa, rey de Israel, quien inició la construcción de una poderosa fortaleza en la frontera, con la intención de detener a todos los que entraran en el reino o salieran de él. En esa oportunidad, en vez de buscar al Señor, que lo había librado tan poderosamente de los etíopes, Asa envió costosos presentes de oro y plata, sacados de su propia casa y del templo, a Ben-adad, rey de Siria, al mismo tiempo que le pedía que invadiese con sus ejércitos el reino del norte.

El plan tuvo éxito. Los sirios capturaron unas cuantas ciudades. Baasa cesó el trabajo de fortificación, y Asa, con un grupo de obreros, se llevó de allí el material que se había juntado para su construcción. Pero el placer que sintió por su diplomacia duró poco. Hanani, otro profeta, entró aquí en escena con un mensaje del Señor por haber confiado en un rey pagano para obtener la liberación, en vez de buscar la dirección y ayuda del Señor. El deseo del Señor de librar a todos los que confían en él fue hermosamente presentado en estas palabras:

“Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él” (cap. 16: 9).

A causa de su insensatez, fue sentenciado no sólo a ser privado del honor de vencer a los sirios, sino a ser afligido por constantes guerras durante el resto de su reinado. Pagó muy caro su acto de haber dependido de un rey pagano en vez de Jehová.

Airado por este mensaje, el rey Asa manifestó sorprendente desprecio por la autoridad de Dios y su mensajero. Ordenó que se arrojara al profeta a la cárcel. Más tarde, su defección fue aún más abierta cuando, al ser afligido por la enfermedad, consultó a los magos en vez de inquirir de Jehová por medio de uno de sus profetas.

En los días de Josafat

Josafat, el siguiente rey de Judá, fue uno de sus mejores gobernantes. Continuó la reforma que se había detenido durante la última parte del reinado de Asa, pero entró en una desgraciada alianza con Acab, el perverso rey de Israel, para realizar una campaña contra Siria. El relato de esto, junto con el mensaje del profeta Micaías, se ha presentado ya en el capítulo nueve, en relación con la vida de Acab.

Al regresar a Jerusalén después de esa guerra, en la cual Acab fue muerto, y él mismo se salvó tan sólo por la intervención divina, le salió al encuentro el profeta Jehú, hijo de Hanani, el vidente, con palabras de reprensión por su alianza con Acab, aunque lo elogió por su piedad. Dijo:

“¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová? Pues ha salido de la presencia de Jehová ira contra ti por esto. Pero se han hallado en ti buenas cosas, por cuanto has quitado de la tierra las imágenes de Asera, y has dispuesto tu corazón para buscar a Dios” (cap. 19: 2, 3).

El rey aceptó esta reprensión, y continuó dirigiendo a su pueblo en el camino del Señor.

Josafat cree a los profetas

Uno de los incidentes más notables de la intervención y liberación divinas ante un peligro abrumador, ocurrió un poco más tarde durante el reinado de Josafat. Estaba invadiendo la tierra de Judá un gran ejército de tres naciones, los moabitas, los amonitas y los habitantes del monte de Seir. En su gran angustia y ansiedad, Josafat proclamó ayuno en todo el país. Delante de una gran congregación reunida en los atrios del templo, clamó en alta voz a Dios pidiendo liberación. En seguida recibió una respuesta consoladora del cielo mediante el método establecido por el Señor para comunicarse con su pueblo:

"Y estaba allí Jahaziel. . . sobre el cual vino el Espíritu de Jehová en medio de la reunión; y dijo: Oíd, Judá todo, y vosotros moradores de Jerusalén, y tú, rey Josafat. Jehová os dice así: No temáis ni os amedrentéis delante de esta multitud tan grande, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios. . . No temáis ni desmayéis; salid mañana contra ellos, porque Jehová estará con vosotros" (cap. 20: 14-17).

Este mensaje fue aceptado por el rey y todo el pueblo como mensaje del Señor. Mientras cumplían las instrucciones del profeta, el rey les declaró esta verdad fundamental: "Oídme, Judá y moradores de Jerusalén. Creed en Jehová vuestro Dios, y estaréis seguros; *creed a sus profetas, y seréis prosperados*" (vers. 20).

Mientras demostraban su creencia en que Dios había hablado por el profeta sobre quien el espíritu del Señor había descendido, Dios les dio una victoria maravillosa en su favor en el campo de batalla. Sus enemigos, sumidos en la confusión, se destruyeron unos a otros. Cuando el ejército de Israel llegó a la vista del campo de batalla, "miraron hacia la multitud, y

he aquí yacían ellos en tierra muertos, pues ninguno había escapado" (vers. 24).

Este episodio causó una profunda impresión sobre el ejército triunfante de Josafat, y sobre todo Israel que presenció su regreso. Así que leemos:

"Y todo Judá y los de Jerusalén, y Josafat a la cabeza de ellos, volvieron para regresar a Jerusalén gozosos, porque Jehová les había dado gozo librándolos de sus enemigos. . . Y el pavor de Dios cayó sobre todos los reinos de aquella tierra, cuando oyeron que Jehová había peleado contra los enemigos de Israel. Y el reino de Josafat tuvo paz, porque su Dios le dio paz por todas partes" (vers. 27-30).

Más tarde, el rey Josafat se atrajo otro reproche de un profeta de Dios. Se alió con Ocozías, "rey de Israel, el cual era dado a la impiedad" y juntos intentaron hacer revivir el tráfico marítimo del tiempo de Salomón. Construyeron una gran flota de barcos mercantes en el extremo septentrional del mar Rojo.

"Entonces Eliezer, hijo de Dodava, de Maresa, profetizó contra Josafat, diciendo: Por cuanto has hecho compañía con Ocozías, Jehová destruirá tus obras. Y las naves se rompieron, y no pudieron ir a Tarsis" (vers. 37).

El desoír a los profetas trae cautiverio

Otro ejemplo de comunicación profética de gran importancia para la nación ocurrió en los años finales del reino. La apostasía de Judá había progresado tanto que la retribución parecía inminente. El rey Manasés había dado muerte a muchos del pueblo de Dios, y había intentado establecer firmemente la idolatría en la tierra. Hizo pasar a su propio hijo por el fuego, e indujo al pueblo "a que hiciera más mal que las naciones que Jehová destruyó delante de los hijos de Israel" (2 Rey. 21: 9).

"Habló, pues, Jehová por medio de sus siervos los profetas, diciendo: Por cuanto Manasés rey de Judá

ha hecho estas abominaciones, y ha hecho más mal que todo lo que hicieron los amorreos que fueron antes de él, y también ha hecho pecar a Judá con sus ídolos. . . limpiaré a Jerusalén como se limpia un plato, que se friega y se vuelve boca abajo. Y desampararé el resto de mi heredad, y los entregaré en manos de sus enemigos" (vers. 10-14).

La relación directa del cautiverio con el rechazo de los mensajes de Dios dados por sus profetas, se establece claramente en la siguiente declaración:

"Y habló Jehová a Manasés y a su pueblo, mas ellos no escucharon; por lo cual Jehová trajo contra ellos los generales del ejército del rey de los asirios, los cuales aprisionaron con grillos a Manasés, y atado con cadenas lo llevaron a Babilonia" (2 Crón. 33: 10, 11).

Como ha sucedido a muchos otros, la aflicción lo indujo a buscar a Jehová. Mientras estaba cautivo en Babilonia, "oró a Jehová su Dios, humillado grandemente en la presencia del Dios de sus padres" (vers. 12, 13).

El Señor oyó su oración, y le hizo volver a su país y a su reino. Manasés procuró, aunque en vano, detener la corriente del mal que había iniciado en la primera parte de su reinado.

Después que murió Manasés, su hijo Amón reinó perversamente durante dos años, y fue seguido por el joven Josías. Josías había sido criado por una madre piarosa, que temía a Dios. En el décimooctavo año de su reinado designó obreros para que reparasen y limpiasen el templo que estaba en decadencia, porque no se lo usaba. Allí encontró Helcías, el sacerdote, un pergamino polvoriento y antiguo, que resultó ser el rollo del libro de la ley, tal como fue dado por Moisés, y que había estado en desuso por mucho tiempo.

La profetisa Hulda

Aquel descubrimiento fue trascendental. Se dio parte del hallazgo al rey; y él pidió que se le leyese

el libro. Al oír las bendiciones prometidas a Israel si era obediente a la ley de Dios, y las maldiciones que acarrearía la desobediencia, sintió grande angustia y ansiedad. Llamando al sacerdote y otros personajes les dijo: "Andad, consultad a Jehová por mí y por el remanente de Israel y de Judá acerca de las palabras del libro que se ha hallado; porque grande es la ira de Jehová que ha caído sobre nosotros, por cuanto nuestros padres no guardaron la palabra de Jehová, para hacer conforme a todo lo que está escrito en este libro" (cap. 34: 21).

Tan bien comprendía el pueblo el don de profecía que cuando Josías dijo, "consultad a Jehová", los encargados fueron inmediatamente a una profetisa llamada Hulda, que vivía, probablemente como instructora, en Jerusalén. Por su intermedio, Dios contestó.

"Y ella respondió: Jehová Dios de Israel ha dicho así: Decid al varón que os ha enviado a mí, que así ha dicho Jehová: He aquí yo traigo mal sobre este lugar, y sobre los moradores de él, todas las maldiciones que están escritas en el libro que leyeron delante del rey de Judá".

Y añadió este mensaje para el rey:

"Y tu corazón se conmovió, y te humillaste delante de Dios al oír sus palabras sobre este lugar y sobre sus moradores, y te humillaste delante de mí, y rasgaste tus vestidos y lloraste en mi presencia, yo también te he oído, dice Jehová. He aquí que yo te recogeré con tus padres, y serás recogido en tu sepulcro en paz, y tus ojos no verán todo el mal que yo traigo sobre este lugar y sobre los moradores de él" (vers. 23-28).

La relación del profeta con el rey

Se nos relatan aquí casos típicos, que indican, claramente la importante relación que existía entre el profeta y el rey. Aunque Israel había pedido un caudillo visible, real, cuya sucesión pasase del uno al otro, a fin de ser como las naciones que lo rodeaban, Dios no

permitió que la nueva forma de gobierno suplantara completamente a la teocracia. Aunque no era ya el gobernante nominal, la actitud del profeta, como portavoz de Jehová, era la de consejero y director del rey. Nótese esta relación importantísima:

Podía refrenar al rey para que no ejecutase un plan imprudente ya decidido, como cuando el profeta pidió al rey Roboam que desistiera de atacar a las diez tribus.

Tenía autoridad para presentar al rey los principios por los cuales podía asegurar el favor divino, según se bosquejó claramente en el mensaje de Azarías a Asa.

Podía reprender los errores que el rey hubiera cometido y especificar el castigo que de ellos iba a resultar.

Podía dar instrucciones detalladas al rey en tiempos de crisis, como cuando Jahaziel indicó a Josafat que mandara a un grupo de cantores delante del ejército, frente a enemigos aparentemente invencibles.

Cuando estaba en perplejidad, el rey, inquiriendo del profeta, podía recibir una respuesta que le revelara la voluntad de Dios.

Mientras que en Israel hubo, sin excepción alguna, dinastías de reyes cuya apostasía y perversidad los hizo siempre hostiles a los mensajeros proféticos, en Judá hubo unos cuantos reyes que respondieron a los mensajes que Dios enviaba por sus profetas, y quienes con mayor o menor éxito convertían al pueblo al culto al Dios verdadero.

Sin embargo, hubo tiempo en que el ejercicio del don de profecía iba acompañado de un peligro tan real en Judá como en Israel. Algunos de los profetas fueron encarcelados. Por "mandato del rey" de Judá, Zacarías, hijo del sumo sacerdote, que protestó contra los pecados del pueblo, fue apedreado aun en las sagradas dependencias del atrio del templo (2 Crón. 24: 21). Jeremías dio su testimonio en el valle de la sombra. Se cree que Isaías fue aserrado en un tronco hueco, y se contó entre los que perecieron durante la gran persecución realizada por Manasés.

CAPITULO 13

SIETE ESCRITORES PROFETAS

LOS mensajeros de Dios mencionados en el capítulo anterior eran profetas cuyos nombres y acciones se registran incidentalmente en relación con el bosquejo histórico muy condensado de los tres siglos y medio de independencia judaica. Además, pertenecen a este período siete profetas, una parte de cuyos escritos está conservada en las Sagradas Escrituras. Fueron Joel, Isaías, Miqueas, Nahum, Sofonías, Jeremías y Habacuc. Una reseña del don de profecía sería incompleta si no se mencionara, aunque brevemente, a cada uno de ellos, porque no sólo dieron un mensaje para su propia época, sino que transmitieron, para beneficio de generaciones futuras, contribuciones que iluminan las promesas mesiánicas, y principios de aplicación universal. Algunos de ellos miraron aun más lejos, hacia el día futuro de la completa restauración de todas las cosas del poder del pecado y sus efectos. Y en nuestros días aún somos iluminados por esta perspectiva profética.

Joel y "el día de Jehová"

Se ha especulado mucho acerca de la fecha en que fue escrito el libro de Joel. Muchos comentaristas creen que la evidencia interna indica que el país había sido devastado sucesivamente por langostas, sequía y fuego. El profeta, que vivía en Jerusalén, describe

gráficamente el sufrimiento de hombres y bestias e invita a los habitantes a ayunar y orar para que Dios les mande alivio. En respuesta a su arrepentimiento y a sus oraciones, Dios volvió a bendecir al país, mandándole la lluvia temprana y tardía a su sazón, y concediéndole abundantes cosechas de frutas y cereales.

Pero el libro tenía un mensaje más profundo para las generaciones futuras. Al describir el reavivamiento y refrigerio de su propio tiempo, empleó un lenguaje que predice claramente el derramamiento del Espíritu Santo de Dios sobre toda carne, que sería para la iglesia de Cristo la lluvia temprana y la lluvia tardía. Estas palabras fueron citadas por Pedro como cumplidas parcialmente en ocasión del Pentecostés (Hech. 2: 16-21).

"El día de Jehová" es una expresión usada por Joel para designar el tiempo de la retribución divina, inminente y presente en su propia época. Pero su ojo profético vio también aquel gran "día de Jehová" en el cual las naciones de la tierra se han de juntar en el "valle de la decisión", y ahí serán destruidas por los "fuertes" de Dios. Para estos tiempos terribles se hace la promesa de que "Jehová será la esperanza de su pueblo" (Joel 3: 16).

Esta profecía se clausura con un cuadro de las escenas apacibles de la nueva tierra, en la cual el pueblo de Dios, purificado y limpiado, morará "para siempre. . . por generación y generación".

Isaías y las profecías mesiánicas

Isaías es considerado como el mayor profeta del Antiguo Testamento. Debido a sus profecías mesiánicas, se lo llama con frecuencia el "profeta evangélico".

Recibió su llamamiento por una visión de la gloria de Dios que lo indujo a lamentar su propia pecaminosidad. Luego, habiéndosele asegurado el perdón divino, se sintió inducido a responder al llamamiento de Dios que pedía un mensajero que hablara por él.

Se le ofrecía una perspectiva desalentadora. Sus enseñanzas iban a caer en oídos sordos. Iba a encontrar ojos voluntariamente ciegos, y una negativa a convertirse o a comprender el mensaje misericordioso de Dios.

Ansiosamente preguntó: "¿Hasta cuándo, Señor?" He aquí la respuesta que se le dio: "Hasta que las ciudades estén assoladas y sin morador, y no haya hombre en las casas, y la tierra esté hecha un desierto". Luego se ve un rayo de esperanza. Su obra no había de quedar sin fruto. Un residuo, una "décima parte" volvería. Quedaría una "siente santa" (Isa. 6: 10-13).

Esta visión le fue dada a Isaías en "el año que murió el rey Uzías". El primer mensaje del libro, dirigido a un pueblo espiritualmente cegado por la prosperidad exterior, reprende a Judá no solamente como rebelde contra su Soberano divino, sino como a hijos ingratos. Espiritualmente estaban enfermos, cubiertos desde la cabeza hasta la planta de los pies de "herida, hinchazón y podrida llaga". Con palabras patéticas y suplicantes, Isaías insta a los judíos a desechar el mal de sus acciones, a venir y a razonar con Jehová, quien promete: "Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana" (cap. 1: 18).

Durante los reinados sucesivos de Joatam, Acáz y Ezequías, el profeta procuró que el pueblo fuera leal a Dios, y así se salvara de la destrucción inminente. Pero fueron sordos a sus consejos y súplicas.

Acáz fue uno de los más perversos reyes de Judá. Sin embargo, se le ordenó a Isaías que le llevara un mensaje de seguridad de que fracasarían las fuerzas combinadas de Siria e Israel contra Jerusalén. También se le predijo definitivamente el derrocamiento de estos reinos por los asirios.

En relación con este mensaje, se presentan dos pasajes que ilustran la doble aplicación de muchas de

las profecías. Como Acáz se negara a pedir una señal del cumplimiento de esta promesa, el profeta dijo:

"Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emmanuel" (cap. 7: 14).

En otro lugar, hablando de un príncipe que se levantaría para librar al pueblo de Israel de sus enemigos, empleó el siguiente lenguaje, redactado en palabras hiperbólicas comunes en el lenguaje judaico y, sin embargo, nada extravagante cuando se aplican a Cristo:

"Porque un niño nos es nacido, Hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite" (cap. 9: 6, 7).

Consejero de Ezequías

El rey Ezequías, sucesor de Acáz, prestó atención a los consejos enviados por Isaías. En el primer año de su reinado, él y su pueblo presenciaron el comienzo del sitio de la ciudad de Samaria por el ejército de Asiria. Durante tres años, oyeron hablar de los horrores, sufrimientos y muerte infligidos a los sitiados habitantes, y finalmente su captura. Vieron a sus hermanos del norte llevados cautivos a una tierra pagana. Su suerte trágica debe haber inducido a la seriedad a los habitantes de Judá; porque en ella vieron el cumplimiento de las amonestaciones proféticas. La certidumbre de que caería un juicio similar sobre su propia nación si persistían en sus malos caminos, había sido claramente predicha por los profetas. Naturalmente el rey y el pueblo respondieron mejor a las palabras de Isaías. Acerca de Ezequías se dice:

"En Jehová Dios de Israel puso su esperanza; ni después ni antes de él hubo otro como él entre todos los reyes de Judá. . . Y Jehová estaba con él; y adondequiera que salía, prosperaba" (2 Rey. 18: 5, 7).

El mensaje de Isaías a Ezequías

En el año catorce de su reinado, el rey de Asiria subió contra el reino de Judá. Había tomado "todas las ciudades fuertes", y amenazaba a Jerusalén. Ezequías ofreció someterse al tributo, y vació la tesorería para pagar lo que exigía el invasor. Pero esto no sirvió de nada. El rey exigió la entrega de la ciudad, enumerando jactanciosamente sus campañas y sus éxitos, desafiando al Dios de Israel a que la librara de sus manos. Ezequías extendió la carta del rey delante de Dios y oró fervientemente que lo librara. Dios le contestó por medio del profeta Isaías:

"No entrará en esta ciudad, ni echará saeta en ella; ni vendrá delante de ella con escudo, ni levantará contra ella baluarte. Por el mismo camino que vino, volverá, y no entrará en esta ciudad, dice Jehová. Porque yo ampararé esta ciudad para salvarla, por amor a mí mismo, y por amor a David mi siervo" (cap. 19: 32-34).

La misma noche que siguió a la entrega de este mensaje a Ezequías, millares de las huestes de Asiria perecieron misteriosamente. Su rey, Senaquerib, y el resto del ejército, volvieron a Nínive. El mismo Dios que había dado la profecía de Isaías, realizó la liberación que había prometido.

Sin embargo, Ezequías no estuvo libre de equivocaciones. Cuando erró, el profeta fue el mensajero reprensor. Habían venido embajadores de Babilonia para felicitar al rey por su restablecimiento de una grave enfermedad que estuvo relacionada con una señal notable en los cielos, y Ezequías mostró todos los tesoros de su casa a esos representantes de un país lejano, en vez de dirigir su atención al poder del Dios que había obrado tan poderosamente en su favor. Manifestó verdadero orgullo por sus regias posesiones.

Pronto apareció el profeta con un mensaje de reprensión por esta vana ostentación de riqueza, en el

que por primera vez se nombra el reino de Babilonia como futuro opresor de Judá. Algunos descendientes de Ezequías iban a ser "eunucos en el palacio del rey de Babilonia" (2 Rey. 20: 18).

La historia de Isaías y sus profecías es por sí misma digna de un libro completo. Al concluir este breve repaso de su obra, nos referiremos solamente al bien conocido hecho de que vio en el futuro lejano el advenimiento y la obra salvadora de Aquel que había de ser herido "por nuestras rebeliones" y "molido por nuestros pecados". Y aún mucho más allá de este advenimiento, el profeta contempló también su eterno reinado de paz, entre las glorias de la tierra renovada.

Miqueas y el lugar donde habría de nacer el Mesías

Mientras Isaías declaraba en Jerusalén la palabra de Jehová al rey y los príncipes del pueblo, vivía en las llanuras junto al mar de Fenicia un humilde campesino llamado Miqueas, que estaba destinado a dar su testimonio al pueblo común. Como el profeta Isaías, predijo la cautividad tanto de Israel como de Judá; y en el caso del primero, vio su cumplimiento.

A él se debió la reforma del rey Ezequías y la postergación del castigo de Judá. (Jer. 26: 18, 19.) Con más amplio campo de visión profética, contempló la restauración del "señorío primero" (Miq. 4: 7, 8), y especificó el lugar en que había de nacer el Mesías prometido (cap. 5: 2). Su libro se cierra con una referencia al Dios que "perdona la maldad", y que ha de cumplir las promesas hechas a Abrahán y "a nuestros padres desde tiempos antiguos".

Nahum y su mensaje de condenación

Más o menos dos siglos después que Jonás diera su mensaje de condenación de Ninive, que produjo una reforma temporal y una postergación del divino anuncio de destrucción, el profeta Nahum escribió y pro-

nunció una sentencia de destrucción final sobre la ciudad por sus pecados acumulados. En el tiempo en que escribió su rollo profético, el imperio asirio parecía estar en su apogeo. Aunque Asiria era en la mano de Dios un azote para castigar a su pueblo, se acercaba el día en que serían ajustadas sus propias cuentas.

"Heme aquí contra tí, dice Jehová de los ejércitos. Encenderé y reduciré a humo tus carros, y espada devorará tus leoncillos; y cortaré de la tierra tu robo, y nunca más se oirá la voz de tus mensajeros" (Nah. 2: 13).

Así se recalcó la verdad de que el Altísimo reina sobre los reinos de los hombres. Podía usar otras naciones, aun potencias paganas, para afligir a su propio pueblo apóstata; pero a su vez estas naciones no escaparían a su juicio cuando hubiesen llenado la copa de su iniquidad.

Sofonías y "el día de Jehová"

"Destruiré por completo todas las cosas de sobre la faz de la tierra, dice Jehová. Destruiré los hombres y las bestias. . . Extenderé mi mano sobre Judá, y sobre todos los habitantes de Jerusalén, y exterminaré de este lugar los restos de Baal, y el nombre de los ministros idólatras con sus sacerdotes" (Sof. 1: 2-4).

Con estas sorprendentes palabras, el profeta Sofonías, que vivía en los días de Josías, añadió su testimonio acerca de los juicios que iban a caer sobre un pueblo impenitente. Catorce veces, en esta breve profecía, se halla la expresión "el día de Jehová". Es por tanto digno del estudio más cuidadoso de los que viven ahora, para quienes está cerca el "día grande de Jehová. . . y muy próximo", representado por aquel día simbólico. (Vers. 14.)

"Sus profecías de los juicios a punto de caer sobre Judá se aplican con igual fuerza a los juicios que han de caer sobre un mundo impenitente en ocasión del se-

gundo advenimiento de Cristo" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 287).

Pero mezcladas con la descripción de los terrores de la ira de Dios se hallan muchas expresiones de su ternura y amor. Bien podemos hoy escuchar el consejo dado por Sofonías a los de su tiempo:

"Buscad a Jehová todos los humildes de la tierra, los que pusisteis por obra su juicio; buscad justicia, buscad mansedumbre; quizás seréis guardados en el día del enojo de Jehová" (Sof. 2: 3).

Jeremías y la desolación milenaria

Jeremías fue llamado por Dios al cargo de profeta en edad temprana. Profetizó durante los reinados de por lo menos cinco reyes de Judá. En vano esperó que la reforma iniciada bajo Josías fuera permanente. Durante cuarenta años se destacó como vivo ejemplo de verdad y justicia. Compartió los peligros y las penurias inherentes al sitio de Jerusalén, pero el consejo que dio al rey de Judá de someterse a Nabucodonosor sirvió de base a una acusación de traición.

Fue encarcelado por orden del rey, y a menudo fue amenazado de muerte por sus compatriotas. Cuando hacia el año 586 AC la ciudad fue finalmente tomada por los babilonios, y la mayoría de los habitantes del país fueron llevados cautivos, Jeremías fue tratado bondadosamente por los vencedores. Al permitírsele elegir entre permanecer en la tierra o ser tratado con honores en Babilonia, prefirió permanecer con el grupo de habitantes dejados en Judea.

Cuando sus compatriotas insistieron en ir a Egipto, contrariamente al consejo divino, fue con ellos.

Su profecía se destaca por lo patética que es, aunque declara fielmente el propósito de Dios de afligir a su pueblo. Su predicación de que se le permitiría volver a su país después de expirar los setenta años, impartió consuelo y esperanza a los desterrados en Babilonia.

"Jehová se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia. Aún te edificaré, y serás edificada, oh virgen de Israel. . . Aún plantarás viñas en los montes de Samaria; plantarán los que plantan, y disfrutarán de ella" (Jer. 31: 3-5).

Jeremías lloró angustiado cuando presencié las terribles guerras de los últimos días, mientras vio "los muertos de Jehová" desde "un extremo de la tierra hasta el otro" (cap. 25: 33). Vio también la tierra desolada como aparecerá después de la venida de Cristo, cuando los impíos serán destruidos por la gloria de Dios y los justos reinarán mil años en el cielo. Dice:

"Miré a la tierra, y he aquí que estaba asolada y vacía; y a los cielos, y no había en ellos luz . . . Miré, y no había hombre, y todas las aves del cielo se habían ido. Miré, y he aquí el campo fértil era un desierto, y todas sus ciudades eran asoladas delante de Jehová, delante del ardor de su ira" (cap. 4: 23-26).

Pero se le permitió mirar aún más lejos, a lo largo del curso del tiempo hasta la restauración final, cuando Cristo, el Rey del Israel espiritual, reinará para siempre.

"En aquellos días y en aquel tiempo haré brotar a David un Renuevo de justicia, y hará juicio y justicia en la tierra. En aquellos días Judá será salvo, y Jerusalén habitará segura, y se le llamará: Jehová, justicia nuestra" (cap. 33: 15, 16).

Habacuc y el triunfo de la justicia

Escrito en el más hermoso lenguaje hebreo, el libro de Habacuc tiene solamente tres capítulos, pero merece verdaderamente su lugar en el canon de la Escritura. El autor, el profeta judío Habacuc, no podía comprender por qué no eran corregidos los males que veía en la tierra y por los cuales lloraba. El Señor, en visión, respondió a la pregunta que se hacía, y declaró que el mal

no quedaría impune. Los caldeos, "gente amarga y pre-surosa", habían de venir pronto como azote contra Judá.

Pero esta respuesta levantaba otra pregunta: ¿Por qué se iba a permitir que una nación aún más perversa que Judá triunfara sobre ellos? En respuesta a esta perplejidad, el Señor no sólo presenta el principio de que el castigo vendrá sobre el transgresor, sino también proclama la gran verdad central del Evangelio, de que "el justo por su fe vivirá" (Hab. 2: 4).

En la oración con que termina este libro, se halla una descripción de la venida de Cristo. El profeta tembló al contemplar "el día de la angustia", pero termina con un canto de triunfante fe y confianza, que bien puede sostener al pueblo de Dios hoy día:

"Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación" (cap. 3: 17, 18).

La consumación

"En el año tercero del reinado de Joacim rey de Judá, vino Nabucodonosor rey de Babilonia a Jerusalén, y la sitió. Y el Señor entregó en sus manos a Joacim rey de Judá" (Dan. 1: 1, 2).

La ciudad no había sido destruida aún. Las vasos de la casa de Jehová fueron llevados a los templos de Babilonia. Se cumplió la predicción hecha a Ezequías por Isaías. Algunos descendientes de la casa real fueron llevados a Babilonia como eunuco del palacio del rey. Desde ese tiempo se cuentan los setenta años del cautiverio judaico, aunque transcurrieron todavía veintidós años antes que la insensatez manifestada por los reyes de Judá al resistir al reino de Babilonia provocara el derrocamiento final de la nación, la destrucción de Je-

rusalén, y el cautiverio en gran escala del pueblo de su tierra.

El profeta Jeremías permaneció en Judá, y continuó testificando por Dios a los que quedaron. También escribió cartas de estímulo a los cautivos de Babilonia, recordándoles las promesas de Dios en cuanto a su restauración. Los amonestaba contra la sedición, y les daba el siguiente sabio consejo:

"Edificad casas, y habitadlas; y plantad huertos, y comed del fruto de ellos. Casaos, y engendrad hijos e hijas . . . multiplaos ahí, y no os disminuyáis. Y procurad la paz de la ciudad a la cual os hice transportar, y rogad por ella a Jehová; porque en su paz, tendréis vosotros paz" (Jer. 29: 5-7).

CAPITULO 14

LOS PROFETAS DEL CAUTIVERIO

NO TODOS los que fueron llevados al cautiverio babilónico por el gran rey Nabucodonosor habían sido condenados y rechazados por Jehová. No se sabe cuántos inocentes y fieles había entre los cautivos. Pero acerca de la devoción y lealtad de algunos, tenemos este hermoso testimonio:

"Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos, y aun llorábamos, acordándonos de Sion. Sobre los sauces en medio de ella colgamos nuestras arpas. Y los que nos habían llevado cautivos nos pedían que cantásemos, y los que nos habían desolado nos pedían alegría, diciendo: Cantadnos algunos de los cánticos de Sion. ¿Cómo cantaremos cántico de Jehová en tierra de extraños?" (Sal. 137: 1-4).

Aunque cautivos en un reino pagano, con poca perspectiva de volver a su amada tierra, con su ciudad y santuario sagrados, declararon su eterna lealtad a su Señor:

"Si me olvidare de tí, oh Jerusalén, pierda mi diestra su destreza. Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti no me acordare; si no enalteciera a Jerusalén como preferente asunto de mi alegría" (vers. 5, 6).

¿Cómo podrían expresarse más ardientemente el amor y la lealtad?

Hasta aquí nos hemos ocupado del propósito punitivo del cautiverio, el que fue traído sobre el pueblo de Dios como castigo de sus pecados. Estaba destinado a inducirlo al arrepentimiento. Pero ésta no fue la única razón por la cual Dios lo permitió y ordenó.

Había sido su designio que Israel, con conocimiento experimental del verdadero Dios, fuese una luz para el mundo. Lo había colocado en una encrucijada internacional, para que los adoradores de otros dioses pudiesen contemplar la grandeza y la piedad de la nación escogida. Pero cuando Israel no cumplió su parte como testigo de Jehová, sino que ambicionó ser como las demás naciones, entonces Dios tuvo que elegir alguna otra manera de comunicar el conocimiento de su soberana majestad.

Daniel en Babilonia

Hubo entre los cautivos hombres y mujeres leales que dieron un fiel testimonio durante el tiempo de su cautiverio. Mientras la luz era así difundida por los cautivos, Dios colocó a algunos como sus representantes en la metrópoli nacional, en la misma corte del rey de Babilonia.

Entre éstos, la historia da los nombres de cuatro: Daniel, Ananías, Misael y Azarías. (Dan. 1: 6.) La firme lealtad de estos hombres de Dios fue probada hasta lo sumo, y salieron triunfantes. Leemos acerca de ellos:

"A estos cuatro muchachos Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias; y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños" (vers. 17).

Así demostraron estos testigos de Jehová que él es el Dios que puede impartir sabiduría. Los que le servían eran manifiestamente más sabios que los hombres más sabios y preparados de Babilonia.

Como el rey de Egipto en los siglos anteriores, Nabucodonosor soñó algo impresionante. Así como el cautivo José fue llamado ante Faraón para explicar el sueño, Daniel fue llevado con una cadena de circunstancias a relatar a Nabucodonosor no sólo la interpretación, sino el mismo sueño. Mientras estaba delante del monarca y bosquejaba los sucesivos reinos de la tierra, simbolizados por las diversas partes de la imagen metálica,

poco se imaginaba Daniel el vasto alcance e influencia de este episodio. ¿Quién puede contar los incalculables millares que han sido convencidos del carácter fidedigno de la palabra profética, al notar la exacta correspondencia de la historia con la maravillosa predicción del profeta Daniel cuando interpretó el sueño del rey?

El fracaso de los sabios de Babilonia, a quienes Nabucodonosor llamó primero, se debía al hecho, según lo reconocieron, de que nadie podía conocer los sueños sino los dioses, "cuya morada no es con la carne". En contraste con estos dioses vanos de Babilonia, Nabucodonosor se vio obligado a admitir:

"Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, y Señor de los reyes, y el que revela los misterios, pues pudiste revelar este misterio" (cap. 2: 47).

Como resultado de este episodio, Daniel y sus compañeros fueron nombrados para ocupar altos cargos del reino. Daniel "estaba a la puerta del rey". Dios le dio sabiduría como estadista y consejero de Nabucodonosor.

El testimonio de los tres hebreos

Todavía le tocaba a Nabucodonosor aprender lecciones acerca del gran Dios. Con ira hizo comparecer delante de sí a tres hebreos fieles que habían desobedecido su orden de adorar una imagen inanimada en las llanuras de Dura, y preguntó desafiante: "¿Y qué dios será aquel que os libre de mis manos?". A lo cual estos heroicos testigos contestaron:

"No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librnarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará" (cap. 3: 16, 17).

Dios vindicó su fe en él. Salieron ilesos de la prueba del fuego, y por pregón real el rey rindió homenaje al Dios de los hebreos, declarando: "No hay dios que pueda librar como éste".

Dios tenía todavía una lección para el orgulloso rey de Babilonia, lección que no sólo debía aprender para sí, sino dar a conocer por un decreto. El don de profecía desempeñó una parte importante en la enseñanza de esta lección.

Mediante otro sueño y su interpretación por el profeta Daniel, se advirtió a Nabucodonosor contra el peligro de enaltecerse por encima del Dios del cielo. Cuando más tarde su orgullo lo indujo a glorificarse, cayó sobre él el juicio acerca del cual había sido advertido. Después de siete años de humillación, durante los cuales su mente estuvo desequilibrada, fue sanado y dio gloria al Dios del cielo. En un franco relato de todo el episodio, concluyó así:

"Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia" (cap. 4: 37).

Un gran profeta y estadista

La magnitud de la obra de Daniel no puede medirse por los pocos relatos referentes a su larga vida, por notables que sean. Mucho de lo que no se ha registrado queda implicado en el testimonio dado por la reina madre que dijo lo siguiente acerca de él a Belsasar:

"En tu reino hay un varón en el cual mora el espíritu de los dioses santos, y en los días de tu padre se halló en él luz e inteligencia y sabiduría, como sabiduría de los dioses. . . por cuanto fue hallado en él mayor espíritu y ciencia y entendimiento, para interpretar sueños y descifrar enigmas y resolver dudas; esto es, en Daniel" (cap. 5: 11, 12).

Daniel fue llamado a ser profeta poco después de haber sido desterrado a Babilonia, después del primer sitio y captura de Jerusalén por Nabucodonosor. Durante los setenta años de cautiverio, testificó por su Dios, e influyó en los asuntos del imperio babilónico,

"y continuó Daniel hasta el año primero del rey Ciro" (cap. 1: 21). Acerca de su vida ulterior, se volverá a hablar en el capítulo siguiente, que trata de los tiempos de la restauración.

Tan sólo podemos mencionar las bien conocidas profecías de este notable profeta, a quien el ángel Gabriel trajo el mensaje siguiente de los atrios de gloria: "Eres muy amado" (cap. 9: 23). Su interpretación o exposición no incumbe hacerla en este libro, pero arrojan luz sobre los días en que vivimos, "el tiempo del fin"; y apuntan al momento feliz en que el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo" (cap. 7: 27).

Ezequiel, el profeta de las cosas extrañas

Unos nueve años después que Daniel y sus compañeros hubieron sido llevados a Babilonia, Ezequiel, sacerdote de Judá, fue llevado a la tierra de Caldea. Fue llamado al cargo de profeta a los treinta años de edad. Como Isaías, se le dio una visión de la gloria de Dios, y se lo invitó a dar testimonio contra la casa "rebelde" de Israel. Con palabras solemnísimas le fueron presentadas las terribles responsabilidades de la vocación del profeta:

"Hijo del hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel; oírás, pues, tú la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte. Cuando yo dijere al impío: De cierto morirás; y tú no le amonestares ni le hablases, para que el impío sea apercibido de su mal camino a fin de que viva, el impío morirá por su maldad, pero su sangre demandaré de tu mano" (Eze. 3: 17, 18).

A Ezequiel no sólo se le ordenó dar testimonio a los que estaban cautivos en Caldea, sino enviar mensajes a su compatriotas de Judá. En visión, le pareció estar en la ciudad de Jerusalén, contemplando las iniquida-

des de los habitantes, particularmente de los sacerdotes y príncipes. Algunos de éstos son llamados por nombre. (Cap. 11: 1.)

Acerca del príncipe Sedequías, declaró que sería llevado a Babilonia, aunque no contemplaría la ciudad. (Cap. 12: 13.) Esto se cumplió más tarde; porque el rey Nabucodonosor le hizo sacar los ojos antes que saliese de su país natal.

Se mandaron mensajes a los profetas que estaban predicando falsamente la paz, también a los que estaban diciendo: "Se van prolongando los días y va a desaparecer toda visión" (vers. 22). Aseguró que los juicios anunciados por los profetas eran inminentes.

"No se tardará más, sino que en vuestros días, oh casa rebelde, hablaré palabra y la cumpliré, dice Jehová el Señor" (cap. 12: 25).

En el libro de Ezequiel se hallan muchos pasajes sorprendentes. Allí se dirige un mensaje al príncipe de Tiro; pero está redactado en tal lenguaje que da una descripción gráfica de la gloria de Lucifer en los atrios celestiales, de su caída por el orgullo, y de su destrucción final.

El profeta, nombrando siete naciones de su época, describe los juicios futuros que las visitarían, no en términos generales o ambiguos, sino definidos y detallados. Estas predicciones, comparadas con la suerte ulterior de la ciudad o del país descrito, constituyen notables ejemplos de la exactitud de la profecía divina. Muchas de las profecías se cumplieron en aquellos días, pero el cumplimiento de otras no se realizó sino siglos más tarde.

Hay también misterios relacionados con los últimos capítulos de la notable profecía de Ezequiel. Puede entenderse que, en armonía con los principios de la profecía condicional (véase Jer. 18: 7-10), se le ordenó al profeta que escribiera una descripción de la historia futura de los israelitas cómo podría haber sido, si hubieran aceptado de todo corazón la oportunidad que se les

concedía de volver a su tierra y restablecer su reino y culto, y si hubieran continuado sirviendo fielmente al Señor.

Los capítulos finales, que hablan del río ancho, del gran templo y de la ciudad con sus murallas y sus doce puertas, se cumplirá, según la profecía de Juan en Apocalipsis 21, 22, en la nueva tierra, con su capital, la nueva Jerusalén que bajará del cielo para reemplazar a la antigua ciudad que fue destruida.

CAPITULO 15

PROFETAS ULTERIORES AL CAUTIVERIO

EL PROMETIDO tiempo de liberación del cautiverio se estaba acercando. El cumplimiento de la profecía de Jeremías acerca de la restauración requería un acontecimiento insólito en la historia de las naciones. No sólo debía haber permiso real para que los cautivos de Judá volvieran a su tierra, sino que debían ser atendidas las necesidades materiales del viaje y de la reedificación de sus ciudades y hogares arruinados.

En el año 538 AC, dos antes de la terminación del cautiverio, el anciano profeta Daniel estudió y miró "atentamente en los libros el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años" (Dan. 9: 2). Con oración y ruego, con ayuno, cilicio y cenizas, Daniel suplicó a Dios que recordara y cumpliera su promesa. La oración registrada en el capítulo nueve de Daniel, es un modelo de elocuencia, aunque de sencillez y fervor. Al concluir su petición, dijo:

"Inclina, oh Dios mío, tu oído, y oye; abre tus ojos, y mira nuestras desolaciones, y la ciudad sobre la cual es invocado tu nombre; porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias. Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo" (vers. 18, 19).

Si los sucesores de Nabucodonosor hubieran seguido la luz que recibieron mediante Daniel y sus fieles asociados, ellos, como reyes del imperio babilónico, podrían haber sido los instrumentos encargados de cumplir la palabra de Dios. Pero se hundieron cada vez más profundamente en el vicio y la degradación, hasta que la corrupción de su corazón y su desprecio por Dios resaltaron en el festín impío de Belsasar. No conformándose con una desenfrenada orgía y borrachera, el rey mandó buscar los vasos de la casa de Dios, a fin de beber vino mientras alababan a los dioses inanimados de Babilonia. "La misma noche fue muerto Belsasar rey de los caldeos. Y Darío de Media tomó el reino" (Dan. 5: 30, 31).

Daniel recibió un cargo eminente en el nuevo gobierno de Babilonia, después de su conquista por Ciro. Allí tuvo oportunidad de llamar la atención de los gobernantes de Media y Persia a los rollos proféticos de Isaías y Jeremías, y de grabar en su mente el hecho notable de que la obra de Ciro había sido predicha más de un siglo antes de su nacimiento.

Ciro nombrado con anticipación en la profecía

Refiriéndose a Ciro, el Señor había declarado por medio del profeta Isaías: "Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero, al decir a Jerusalén: Serás edificada; y al templo: Serás fundado" (Isa. 44: 28).

"Yo lo despertaré en justicia, y enderezaré todos sus caminos; él edificará mi ciudad, y soltará mis cautivos, no por precio ni por dones, dice Jehová de los ejércitos" (cap. 45: 13).

En unas palabras dirigidas a "su ungido, a Ciro", el Señor atribuye el éxito de sus campañas a la dirección y el propósito divinos:

"Por amor de mi siervo Jacob, y de Israel mi acogido, te llamé por tu nombre; te puse sobrenombre, aunque no me conociste. Yo soy Jehová, y ninguno más

hay; no hay Dios fuera de mí. Yo te ceñiré, aunque tú no me conociste" (vers. 4, 5).

Esta es ciertamente una descripción notable. Escribiendo mucho antes del cautiverio mismo, el profeta recibe un mensaje de la restauración, en el cual nombra al gobernante persa, y le asigna su obra. Luego, dos siglos más tarde, el Señor emplea otro profeta, elevándolo por una serie de providencias al lado del rey nombrado en la profecía para que pueda darle a conocer la expresa voluntad de Dios.

No menos notable es el hecho de que este orgulloso rey pagano debía, en el cenit de su poder, postrarse en humilde reconocimiento delante del Dios de una raza despreciada y cautiva.

Dos años después de la captura de Babilonia, murió el nuevo gobernante, Darío el medo, y le sucedió Ciro el gran general y rey persa. Uno de sus primeros actos fue el siguiente:

"En el primer año de Ciro rey de Persia, para que se cumpliera la palabra de Jehová por boca de Jeremías, despertó Jehová el espíritu de Ciro rey de Persia, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito por todo su reino, diciendo:

"Así ha dicho Ciro rey de Persia: Jehová el Dios de los cielos me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, que está en Judá. Quien haya entre vosotros de su pueblo, sea Dios con él, y suba a Jerusalén que está en Judá, y edifique la casa a Jehová Dios de Israel (él es el Dios), la cual está en Jerusalén" (Esd. 1: 1-3).

Los desterrados vuelven a Jerusalén

Como esta proclama real fue promulgada en todas las provincias del imperio persa, infundió gran gozo al corazón de muchos que, como Daniel, habían estado orando a Dios que recordase su promesa de restaurar a su pueblo. Es cierto que hubo muchos que prefirieron

ron las comodidades de las casas que habían adquirido en la tierra de su dispersión antes que realizar el penoso viaje a través del desierto hasta una tierra desolada y en ruinas. Sin embargo, volvió ese "residuo" del cual los profetas habían hablado: "los jefes de las casas paternas de Judá y de Benjamín, y los sacerdotes y levitas, todos aquellos cuyo espíritu despertó Dios" (vers. 5).

Zorobabel, descendiente de David, fue nombrado por Ciro gobernador de los desterrados que regresaban, y el sumo sacerdote Josué, estaba asociado con él en la dirección. La compañía de unos cincuenta mil que siguieron a estos caudillos de regreso a su patria no volvió con las manos vacías.

"Y todos los que estaban en sus alrededores les ayudaron con plata y oro, con bienes y ganado, y con cosas preciosas, además de todo lo que se ofreció voluntariamente" (vers. 6).

También llevaron consigo más de cinco mil de los vasos del templo que habían sido sacados por el rey de Babilonia setenta años antes.

Reconociendo que el culto de Dios era de primordial importancia, inmediatamente después de llegar a Jerusalén levantaron el altar de los holocaustos, observaron la fiesta de las cabañas en su tiempo y pronto se inició el trabajo de restaurar el templo.

Pero no se los dejó trabajar mucho tiempo sin estorbo. Airados porque no se les permitió participar en la obra de levantar el templo, los samaritanos resolvieron detener la empresa. Hicieron cuanto estaba a su alcance para debilitar las manos de los edificadores; y no se conformaron con esto. Intentando inducir al rey de Persia a arrepentirse de lo que ellos alegaban que era un favor imprudente para con los judíos, "sobornaron además contra ellos a los consejeros para frustrar sus propósitos, todo el tiempo de Ciro rey de Persia y hasta el reinado de Darío rey de Persia" (cap. 4: 5).

La presencia de esas embajadas hostiles provenientes de la tierra de Israel causaba grave preocupación al anciano profeta Daniel. La controversia era de mucho mayor alcance que lo percibido entre los agentes humanos visibles. Durante tres semanas, mientras Daniel se dedicaba a ferviente oración, el poderoso ángel Gabriel luchó con las fuerzas de las tinieblas que estaban procurando influir en la mente de Ciro para que detuviera la obra de la restauración de Jerusalén y la reedificación del templo.

Al fin de ese período, Cristo mismo vino en ayuda de Gabriel, y el ángel apareció a Daniel en visión para calmar su ansiedad. Entonces fue dada la última profecía registrada en el libro de Daniel que presenta, no en símbolos sino en forma narrativa literal, una cadena de acontecimientos que llegan hasta el fin del tiempo.

La reedificación del templo estorbada

Pero aunque actuó la restricción divina sobre los enemigos de Israel en la corte de Babilonia, de tal manera que no pudieron lograr su siniestro propósito, los edificadores que trabajaban en Jerusalén fueron desalentados por la magnitud de la tarea. Cedieron a las insinuaciones de duda en cuanto a si era tiempo oportuno para reedificar el templo. Muchos dejaron el trabajo, y se dedicaron a edificar cómodas casas para sí mismos.

Así languideció el trabajo del templo durante largos años. Al fin, un usurpador, el falso Esmerdis, llamado Artajerjes en Esdras 4: 7, se apoderó del trono de Persia, y los samaritanos consiguieron su propósito. Obtuvieron un decreto real que prohibía a los judíos terminar la obra de la ciudad. Entonces durante más de un año no se oyó el sonido de una herramienta en el sitio del templo. Sus murallas inconclusas se levantaban como un escarnio de sus ambiciones decadentes.

Por otro lado, el pueblo, habiéndose edificado hermosas casas, procuraba ávidamente alcanzar prosperidad temporal. Pero por mucho que lo procurasen, no podían tener éxito. Sus cosechas eran arruinadas por la sequía, y les amenazaba la muerte por inanición.

Hageo convoca al pueblo a su tarea

En esa crisis, después de un largo período de silencio, Dios volvió a hablar a su pueblo por el don de profecía. Era, como se nos dice con notable exactitud, "en el año segundo del rey Darío, en el mes sexto, en el primer día del mes, cuando vino palabra de Jehová por medio del profeta Hageo a Zorobabel. . . y a Josué" (Hag. 1: 1).

En ese mensaje, Dios indicó la razón de la adversidad y calamidad que les habían sobrevenido. Habían abandonado su trabajo en la casa de Dios, y estaban procurando enriquecerse egoístamente. La sequía era la respuesta de Dios a su negligencia en el servicio que debiera haber ocupado el primer lugar en su corazón.

Este mensaje profético obtuvo una respuesta cordial. El pueblo se reanimó para cumplir su tarea suspendida, y el profeta les trajo la promesa: "Yo estoy con vosotros, dice Jehová" (vers. 13).

El día veinticuatro del mes, tres semanas después de la visión de Hageo, todas las manos estaban trabajando enérgicamente para completar la casa de Dios.

Más o menos un mes más tarde, un segundo mensaje profético fue dado por Hageo, asegurando a los pobladores, algunos de los cuales habían llorado al recordar las glorias del templo de Salomón, que "la gloria postrera de esta casa será mayor que la primera". No se refería a la gloria material, sino al hecho de que los atrios de ese templo serían hollados por los pies del Mesías prometido mucho tiempo antes, "el Deseado de todas las naciones" (cap. 2: 9, 7).

Así estimulado, el pueblo prosiguió su tarea animosamente. Pronto el profeta les dio otro mensaje del cielo, asegurándoles la bendición de Dios "desde este día en adelante" (vers. 15). Su desagrado, manifestado durante mucho tiempo por años de adversidad, se había trastocado en abundantes cosechas. Una promesa personal y especial del favor de Dios iba dirigida a Zorobabel. Así vemos la influencia profunda y determinante que ejercieron sobre el antiguo pueblo de Dios los profetas de su elección.

Las visiones de Zacarías respecto de los últimos días

Zacarías era un hombre de linaje sacerdotal, llamado por Dios a ayudar al profeta Hageo en su obra de despertar al pueblo para edificar el templo. Su primer mensaje fue dado poco después del segundo pronunciamiento de Hageo. Brevemente, pero con mucho vigor, recalca la necesidad de volverse de todo corazón al Señor, recordando al pueblo los espantosos resultados que había tenido la negativa de sus padres de escuchar los llamamientos de los profetas anteriores.

Debido a su simbolismo, el libro de Zacarías ha sido llamado el Apocalipsis del Antiguo Testamento. La primera serie de visiones trata primordialmente de los incidentes relacionados con la reedificación del templo, y se hace en ellas referencia a los caudillos Zorobabel y Josué. Se promete al primero que así como sus manos habían echado los fundamentos del templo, también lo terminarían. (Zac. 4: 9.)

En una visión del sumo sacerdote Josué, de pie delante del ángel de Jehová, se ilustra gráficamente el misericordioso perdón del pecador. Josué está vestido de "trapo de inmundicia" (Isa. 64: 6), y el adversario, Satanás, está a su diestra para resistir la obra de la gracia que Dios quiere cumplir en favor del pecador penitente. Pero Satanás es reprendido por "Jehová que

ha escogido a Jerusalén", y se da la orden divina "quitate esas vestiduras viles".

Luego se dirigen a Josué las dulces palabras: "Mira que he quitado de ti tu pecado, y te he hecho vestir de ropas de gala" (véase Zac. 3: 2-4).

La última parte de la profecía de Zacarías describe acontecimientos relacionados con la venida de Cristo y el establecimiento de su reino eterno. Se sugiere en ella el descenso de Cristo al fin del milenio y la partición del monte de las Olivas a fin de dejar lugar a la eterna ciudad de Dios que baja del cielo. Luego se describe la congregación de todas las naciones delante de Jerusalén y su destrucción, después de lo cual "Jehová será rey sobre toda la tierra" (cap. 14: 9).

La terminación de la reedificación y la restauración

La orden que da el profeta de levantarse y edificar, recordaría naturalmente el decreto real del rey de Persia, y el castigo que iba a resultar si desobedecían. Pero en respuesta a este temor, fueron dirigidas al gobernador las siguientes palabras:

"Esta es palabra de Jehová a Zorobabel, que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos. ¿Quién eres tú, oh gran monte? Delante de Zorobabel serás reducido a llanura; él sacará la primera piedra con aclamaciones de: Gracia, gracia a ella" (cap. 4: 6, 7).

Apenas reanudado el trabajo del templo, los samaritanos aparecieron y protestaron. Exigieron los nombres de los hombres responsables del claro acto de rebelión contra el rey de Persia:

"Mas los ojos de Dios estaban sobre los ancianos de los judíos, y no les hicieron cesar hasta que el asunto fuese llevado a Darío; y entonces respondieron por carta sobre esto" (Esd. 5: 5).

En respuesta a esa carta de queja enviada por los samaritanos, Darío dio orden de que se escudriñasen los

anales de los decretos reales. Cuando le fue mostrada la proclama de Ciro, a su vez promulgó otra en confirmación de ella. A los que se quejaban dijo:

"Dejad que se haga la obra de esa casa de Dios; que el gobernador de los judíos y sus ancianos reedifiquen esa casa de Dios en su lugar" (Esd. 6: 7).

De esta manera, en esa crisis, cuando las dificultades que había delante de ellos no parecían tener solución humana, cuando el pueblo se había descorazonado y había abandonado la obra de Dios, él les envió mensajes de aliento por intermedio de sus profetas. Mandó promesas proféticas que calmasen sus temores. El que vuelve el corazón de los reyes, obró por ellos a medida que avanzaban en fiel obediencia a su palabra. Al registrar este suceso en la historia, se declara así la terminación de esta obra:

"Y los ancianos de los judíos edificaban y prosperaban, conforme a la profecía del profeta Hageo y de Zacarías hijo de Iddo. Edificaron, pues, y terminaron, por orden del Dios de Israel, y por mandato de Ciro, de Darío, y de Artajerjes rey de Persia" (vers. 14).

Así quedaron eliminadas las montañas de dificultades. Una vez más quedaron demostrados el poder de Dios al hacer cumplir sus órdenes, y la importancia de la obra de sus profetas como medio de comunicación con su pueblo.

Malaquías, el último profeta nacional

El templo fue terminado bajo la dirección de Esdras y Nehemías, quienes más tarde condujeron más grupos de desterrados judíos de vuelta a su patria. Jerusalén se edificó en tiempos angustiosos. Se estableció el gobierno civil, y se mantuvo el orden. Israel había aprendido para siempre una lección: Nunca más sustituyeron con el culto a los ídolos el culto que debían al Dios que había obrado tan maravillosamente al hacerlos volver del cautiverio.

Sin embargo, había otros males que corregir. Había matrimonios mixtos, que podían arrastrar a algunos al culto idolátrico de sus compañeras incrédulas. Había abusos de algunos que ejercían autoridad. Otros eran negligentes en sostener la casa de Dios y el culto, pues retenían sus ofrendas y diezmos. Algunos ponían en duda que valiera la pena servir a Dios. Había grave peligro de que su culto se volviera formalista y orgulloso.

Para hacer frente a estos peligros y males, era necesario otro mensaje del cielo. Por consiguiente, el último profeta nacional, como fulgor postrero de la puesta del sol de la profecía hebrea, antes que amaneciese la era cristiana cerca de cuatrocientos años más tarde, apareció en la persona de Malaquías.

Malaquías fue ayudante de Esdras y Nehemías en la obra de reforma. Los capítulos nueve y diez de Esdras y el capítulo trece de Nehemías constituyen el marco de su profecía.

En ese tiempo, cuando se había desvanecido el primer entusiasmo, cuando la fe se estaba hundiendo en el lodo del empecinamiento y el escepticismo, cuando los sacerdotes toleraban la tibieza del pueblo, el profeta Malaquías fue suscitado para hacer revivir el espíritu nacional. Denunció los males sociales del tiempo. Predijo la venida repentina del Mensajero de Dios al templo y su obra de juicio. A los que ponían en duda el beneficio de servir a Dios, señaló proféticamente el tiempo en que se haría clara distinción entre los que servían a Dios y los que no le servían. Dirigió su mente hacia el día futuro "ardiente como un horno", en que los orgullosos e impíos serían como estopa, y el Sol de Justicia se levantaría sobre los que temen su nombre.

Con una recomendación final, "acordaos de la ley de Moisés", y la predicción de la venida de Elías "antes que venga el día de Jehová grande y terrible", este profeta clausura el canon del Antiguo Testamento. (Véase Mal. 4.)

Hombres Inspirados después de Malaquías

Hasta el advenimiento de Juan el Bautista, no se mencionan grandes profetas en el más alto sentido del término. Sin embargo, es seguro que hubo hombres y mujeres dotados del don de profecía, que mantuvieron viva la obra de enseñar, durante ese tiempo, la voluntad de Dios. Al faltar los profetas nacionales, se dedicó más atención a la multiplicación de los escritos de los profetas anteriores, y se establecieron sinagogas en las cuales se leían de sábado en sábado las palabras inspiradas que habían sido preservadas a través de los siglos. Se les habían dado amplias instrucciones en los escritos de los profetas del Antiguo Testamento, hasta que se produjera otra crisis, cuando Dios los volvería a visitar con notables manifestaciones del don de profecía.

Antes que dejemos esta división del Antiguo Testamento, y pasemos por la árida brecha que media entre Malaquías y Juan el Bautista, notemos estas admirables palabras registradas para nuestra enseñanza y admonición:

"Al apartarse los judíos de Dios, la fe se había empañado y la esperanza casi había dejado de iluminar lo futuro. Las palabras de los profetas no eran comprendidas. Para las muchedumbres, la muerte era un horrendo misterio; más allá todo era incertidumbre y lobreguez. . . Los hombres moraban sin consuelo en 'región y sombra de muerte'. Con ansia en los ojos, esperaban la llegada del Libertador, cuando se disparían las tinieblas, y se aclararía el misterio de lo futuro.

"Hubo fuera de la nación judía, hombres que predijeron el apareamiento de un instructor divino. Eran hombres que buscaban la verdad, y a quienes se les había impartido el Espíritu de la inspiración. Tales maestros se habían levantado uno tras otro, como estrellas en un firmamento oscuro, y sus palabras proféticas habían encendido esperanzas en el corazón de millares de gentiles.

“Desde hacía varios siglos, las Escrituras estaban traducidas al griego, idioma extensamente difundido por todo el imperio romano. . . Entre aquellos a quienes los judíos llamaban gentiles, había hombres que entendían mejor que los maestros de Israel las profecías bíblicas concernientes a la venida del Mesías. Algunos le esperaban como libertador del pecado. Los filósofos se esforzaban por estudiar el misterio de la economía hebraica. . . Debía venir el verdadero intérprete” (El uso de la cursiva no figura en el libro original) (*El Deseado de Todas las Gentes*, págs. 24, 25).

“Es cierto que en toda generación Dios había tenido sus agentes. Aun entre los paganos, había hombres por medio de quienes Cristo estaba obrando para elevar al pueblo de su pecado y degradación. Pero eran despreciados y odiados. A muchos se les había dado muerte” (El uso de la cursiva no figura en el libro original) (*Id.*, pág. 26).

¡Palabras verdaderamente significativas son éstas! Apoyan la premisa que se sostiene en toda esta obra, a saber, que el don de profecía concedido a la familia humana después de la caída del hombre no fue retraído permanentemente. Este don permanente no se limitó a los profetas hebreos indicados, y no cesó con Malaquías. Grábense estas palabras como con pluma de acero sobre las tablillas de la mente, para no olvidarlas nunca:

Hubo “fuera de la nación judía”, hombres que “predijeron” la venida de Cristo, a los cuales “les fue impartido [nótese esto] el Espíritu de la inspiración”. Estos fueron denominados “maestros”, de quienes se declara sencillamente: “Sus palabras proféticas [nótese nuevamente] habían encendido esperanzas en el corazón de millares de gentiles”.

Sin duda, los magos del Oriente, cuya visita al Niño del pesebre está registrada en las Escrituras, provenían de esta clase de maestros del mundo gentil, a quienes “fue impartido el Espíritu de la inspiración”. Conocían

el tiempo del nacimiento de Jesús. Fueron guiados a Belén por una estrella celestial. En un sueño fueron amonestados a volver a su patria por otro camino distinto del de Jerusalén, a fin de eludir al perverso Herodes.

De esta clase de hombres se dice que “tenían mejor comprensión de las profecías de las Escrituras acerca del Mesías que los maestros de Israel”. ¡Cuán trágico era este hecho! Y, sin embargo, ¡cuán milagroso, y cuán misericordioso de parte del Señor!

Aquí se enuncia una verdad profunda y un principio grande y abarcante: Cada generación ha tenido sus testigos inspirados. ¡Si tan sólo pudiéramos hallarlos, y pudiésemos leer los registros como los lee nuestro Padre celestial! Debemos recordar esta gran verdad y aplicarla mientras pasamos a la era cristiana y la recorremos, en la que los apóstoles-profetas llamados por Cristo mismo cesan con Juan. Pero los dones espirituales que Dios dio a los hombres en el sentido más pleno, más alto y más nuevo, no desaparecieron del mundo, sino que en verdad aparecen durante el transcurso de los siglos para guiar e instruir, para amonestar y consolar al pueblo de Dios en tiempos de peligro espiritual y apostasía sin parangón. Y se los podrá encontrar si se los busca diligentemente.

III. El Período Apostólico

CAPITULO 16

EL DON EN LOS DIAS DE LOS APOSTOLES

HASTA aquí hemos seguido la historia y las manifestaciones del don de profecía a través de las dispensaciones patriarcal y mosaica, durante un período de unos cuatro mil años. Ahora entramos en la dispensación cristiana. Se inicia con la más notable manifestación del don de profecía que se registre en las Escrituras. Este don fue revelado en su significado más claro y en su mayor grado de eficiencia durante el primer siglo de esta nueva era: Jesús, la fuente de este don apareció entonces entre los hombres en la plenitud de la sabiduría y el poder divinos, y poseyendo todos los dones espirituales.

Es digno de notar que las palabras finales de Malaquías, el último profeta del Antiguo Testamento, predicen la aparición del primer profeta del Nuevo Testamento. Después de Malaquías viene Juan el Bautista. No hay referencia a ningún profeta entre ellos. Estas son las últimas palabras del profeta Malaquías:

"He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. El hará volver el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición" (Mal. 4: 5, 6).

(182)

He aquí la aparición del primer profeta de la dispensación cristiana:

"En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mat. 3: 1, 2). Tal fue la declaración inicial del primer sermón pronunciado en la nueva dispensación. Que este predicador, Juan, fue profeta lo sabemos, porque acerca de él dijo Jesús:

"Pero ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Si os digo, y más que profeta". "Y si queréis recibirlo, él es aquel Elías que había de venir" (cap. 11: 9, 14).

Juan el Bautista fue traído al mundo por providencia especial de Dios, y el ángel Gabriel indica claramente su obra en las mismas palabras de Malaquías.

Mientras que "un sacerdote llamado Zacarías" estaba sirviendo en el templo de Dios, "se le apareció el ángel del Señor", que le dijo: "Zacarías, no temas; porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elizabet te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan. . . Será grande delante de Dios . . . y será lleno del Espíritu Santo. Y hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos. E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos" (Luc. 1: 5-17).

El único profeta infalible

Juan el Bautista fue el precursor de Jesús. Unos seis meses después que iniciara su ministerio público, Jesús vino a él, y recibió el bautismo de sus manos. Con el descenso del Espíritu Santo y la voz del cielo, se le aseguró a Juan que ése era, de veras, el Mesías prometido. Después que Jesús volvió de sus cuarenta días de tentación en el desierto, Juan lo señaló a la muchedumbre congregada, y dijo: "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Juan 1: 29). Un poco más tarde, fue inducido a decir acerca de Jesús: "Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe" (cap.

3: 30). Juan estaba cumpliendo fielmente la parte final y supremamente sagrada de la obra de su vida, cuando Jesús, a quien había presentado a la familia humana, iniciaba su gloriosa misión.

"En Jesucristo mismo el cargo de profeta alcanzó su grado más elevado, porque estuvo en más íntima relación que cualquier otro ser con su Padre celestial y pronunció su palabra íntegramente y en todo tiempo. En la congregación cristiana se vuelve a hallar el cargo de la profecía distinto de la proclamación del Evangelio de los apóstoles, evangelistas y doctores" (*The International Standard Bible Encyclopedia*, tomo 4, art. *Prophets*, pág. 2464).

Cristo fue aquel gran profeta acerca del cual Moisés, por el don de profecía dijo: "Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis" (Deut. 18: 15).

Jesús fue reconocido durante su ministerio público como un "gran profeta". Nótese la clara evidencia: "Y la gente decía: Este es Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea" (Mat. 21: 11). "Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y Dios ha visitado a su pueblo" (Luc. 7: 16). Así fue como sus discípulos lo describieron: "Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo" (cap. 24: 19). Refiriéndose a sí mismo, Jesús les dijo: "No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa" (Mat. 13: 57).

En relación con esto, el Prof. Stanley en su *History of the Jewish Church* (Historia de la Iglesia Judía), tomo 1, págs. 378, 379, da este claro testimonio:

"Fue 'en los días de Herodes el rey'" cuando la voz de un profeta se volvió a oír. Nunca comprenderemos la verdadera aparición del Bautista, o de aquel cuyo precursor era, ni la continuidad del Antiguo y del Nuevo Testamento, a menos que tengamos presente que el período de la era cristiana era el punto culminante de las eras proféticas de la iglesia judía. 'Vino palabra del

Señor sobre Juan, hijo de Zacarías', como había venido antes a Isaías el hijo de Amós. 'Le tenían como a profeta'. 'También yo os digo, y más que profeta'. En apariencia, en lenguaje, en carácter, era lo que Elías había sido en el reinado de Acab. Sin embargo, era solamente el mensajero de un Profeta mayor que él mismo.

"Todo el ministerio público de nuestro Señor fue el de un profeta. Fue mucho más que eso. Pero obró y habló como profeta. Así se explica su dominio sobre la nación. Entró, al parecer naturalmente, en un cargo vacante pero ya existente. Sus discursos eran todos, en el más alto sentido de la palabra, 'profecías'".

Los dones espirituales renovados y establecidos

Fue el único profeta divino e infalible. Ejerció toda manifestación posible del don de profecía. Reveló lo pasado, desde la eternidad, con facilidad perfecta. Demostró una sabiduría infinita en todos los detalles de su enseñanza. El futuro le estaba claramente abierto. En verdad, era, y es todavía, la fuente del don de profecía por el cual se ha comunicado con la familia humana desde el día en que Adán fue expulsado de su hogar edénico.

Cuando el Salvador hubo realizado todo aquello que había venido a hacer en nuestro mundo, volvió al glorioso reino del cual había descendido. Pero antes de abandonar a sus discípulos y a su iglesia, les concedió los dones del Espíritu que consideraba necesarios para el buen éxito de la obra que les estaba confiando. Esa obra no era nueva ni desconocida para la iglesia. Ni tampoco eran nuevos ni desconocidos los dones sobrenaturales para sus mensajeros de tiempos anteriores. Era el mismo Evangelio eterno lo que había de proclamarse. Los dones eran los mismos que habían sido concedidos a los escogidos profetas, sacerdotes y gentes a través de los siglos. El mensaje había sido puesto en un nuevo marco. Los dones habían de ser concedidos

tal vez más profusamente a la iglesia. Todo esto era renovado y restablecido, y todo estaba destinado a permanecer con la iglesia hasta el fin del tiempo. Estos dones son muy definida y específicamente presentados en el Nuevo Testamento.

Habían de continuar hasta el fin del tiempo

En su epístola "a los santos y fieles en Cristo que están en Efeso", Pablo habla de la concesión de los dones espirituales a la iglesia; o más exactamente de su renovación en la iglesia del Nuevo Testamento. Dice:

"Subiendo [Cristo] a lo alto . . . dio dones a los hombres". "Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros" (Efe. 4: 8, 11).

Estos fueron los dones reimpartidos y permanentemente establecidos en la iglesia apostólica. ¿Con qué propósito o para qué servicio fueron dados? "A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo" (vers. 12).

Tal es el grande y abarcante servicio que han de prestar estos dones. Ahora surge la pregunta importante: ¿Por cuánto tiempo, hasta cuándo habían de continuar en la iglesia para el servicio tan necesario que debían prestar? La respuesta es clara y final: "Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo" (vers. 13).

No debe haber equivocación al respecto. La iglesia de Cristo está todavía aquí en el mundo. Su Señor está todavía congregando en su redil a hombres y mujeres deficientes e imperfectos. Necesitan todavía el ministerio eficaz de los dones espirituales para llevarlos a la unidad de la fe en Cristo. Continuarán necesiéndolo hasta que alcancen el pleno conocimiento de Cristo, hasta que alcancen aquella plena medida del desarrollo hallada en su divino Señor. No hay la menor indicación de que estos dones fueran para la iglesia de los días

apostólicos solamente, o que iban a cesar al morir el último apóstol, o que hubiesen de ser completamente retirados en cualquier momento antes del fin de la dispensación evangélica.

Debe observarse particularmente que uno de estos dones es el don de profecía. Este don fue concedido por el mismo Señor, con el mismo fin, y para el mismo tiempo que todos los demás dones espirituales, vale decir, hasta que la obra del Evangelio termine y que la iglesia militante llegue a ser la iglesia triunfante.

Habían de caracterizar a la iglesia remanente

Esta misma verdad de la concesión de los dones espirituales se registra en 1 Corintios 12: 4-31, donde se la presenta con muchos detalles y gran claridad. Uno de los dones mencionados en esta lista, es el *don de profecía*(*) (vers. 10). Después de enumerar los dones, y explicar claramente su propósito, el apóstol amonesta a la iglesia: "Procurad, pues, los dones mejores", "procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticeis" (vers. 31, cap. 14: 1).

Pablo había escrito ya en su epístola anterior a los Tesalonicenses: "No apaguéis el Espíritu". "No menospreciéis las profecías" (1 Tes. 5: 19, 20). Estas dos expresiones están en una lista de exhortaciones permanentes para la iglesia. Tan ciertamente como hemos de estar "siempre gozosos" y orar "sin cesar", no debemos apagar el Espíritu, ni menospreciar las profecías.

Es muy clara la enseñanza de que la iglesia ha recibido la promesa de los dones espirituales, que son

(*) **Profecía.** Profeta en el N. T. lleva la idea de vocero o intérprete, pero siempre como divinamente dotado o inspirado. La palabra empleada en algunos casos puede interpretarse como persona capacitada (en forma sobrenatural) para la exposición de la verdad divina. Hay también una cantidad de pasajes que tienen que ver con la idea de anunciar el futuro. También hay algunos pasajes en que aparece la idea de una facultad especial de expresar la verdad o de destacar verdades previamente reveladas. Pero siempre como un don.

muy necesarios, y que han de permanecer mientras la iglesia esté en el mundo. Además, el don de profecía está específicamente mencionado como el don que ha de ser deseado y apreciado más que todos los demás.

El libro del Apocalipsis contiene varias cadenas proféticas. Algunas trazan un breve bosquejo de la historia política del mundo desde el primer advenimiento de Cristo hasta el fin del tiempo, mientras que otras tratan la historia de la iglesia durante el mismo período. La profecía del capítulo 12 del libro de Apocalipsis empieza con la historia apostólica, y termina con la iglesia "remanente". Acerca de esta última se declara:

"Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo" (Apoc. 12: 17).

El "dragón" representa a Satanás. La "mujer" representa a la iglesia. "El resto" representa al último período de la historia de la iglesia. Los "mandamientos de Dios" son, por supuesto, los diez preceptos morales del Decálogo. "El testimonio de Jesucristo", según lo interpreta infaliblemente el ángel a Juan, es "el espíritu de la profecía", cuando dice: "El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía" (cap. 19: 10).

El don de profecía es un conducto

Según este pasaje, en la última generación, la iglesia de Cristo será reconocida por estas dos características distintivas: la lealtad a la ley de Dios y la posesión del don de profecía. A estas cosas añade el apóstol en una profecía subsiguiente, "la fe de Jesús" (cap. 14: 12). De esto se desprende que la iglesia remanente recalcará especialmente estas tres doctrinas fundamentales del Evangelio: la ley de Dios, la fe de Jesús y el espíritu de profecía. La ley de Dios es la norma inmutable de justicia que él requiere de todos los seres responsables. La fe de Jesús es el medio por el cual el hombre puede recibir poder para guardar esa ley. El

espíritu de profecía es el conducto por el cual el Señor dará instrucciones, amonestaciones y dirección a la iglesia remanente para la obra que le fue asignada, y para la preparación requerida para la segunda venida del Señor y Salvador Jesucristo.

El pentecostés era tan sólo el comienzo

A esta evidencia del plan divino de continuar con el don de profecía hasta el fin de la dispensación cristiana debe añadirse la notable profecía de Joel que dice:

"Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová. Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado" (Joel 2: 28-32).

La expresión: "Y después de esto", demuestra que el suceso era futuro. La palabra "después" implica que el cumplimiento había de seguir a algún punto definido del tiempo o a algún episodio definido.

Esta profecía fue interpretada por el apóstol Pedro en el día de Pentecostés. Declaró que el derramamiento del Espíritu Santo en ese día era cumplimiento de la profecía de Joel. Este había dicho: "Y después de esto". Pedro dijo: "Mas esto es lo dicho por el profeta Joel" (Hech. 2: 16). Este es el suceso que señala claramente el comienzo del cumplimiento de la profecía de Joel.

El apóstol amplía la idea contenida en la palabra "después" usada por Joel. Pedro dice: "Y en los *postremos días*". El apóstol interpreta el derramamiento pēnte-

costal del Espíritu en los postreros días, pues dice hacia el final de su sermón, "para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare" (vers. 39). Tanto Joel como Pedro relacionan el derramamiento del Espíritu con las señales del fin y el "día grande y espantoso de Jehová", demostrando que ese día señala el acontecimiento final del período abarcado por la profecía. Debemos concluir, por lo tanto, que el don de la profecía, que es tema de la profecía, ha de acompañar a la iglesia desde el Pentecostés hasta el regreso de Cristo en busca de su pueblo.

Ahora bien, ¿qué había de suceder después, qué había de seguir a la abundante concesión del Espíritu Santo en Pentecostés? Era esto: "Derramaré mi Espíritu sobre toda carne", o "toda la humanidad", como lo dicen algunas traducciones. Antes del Pentecostés, el don de profecía se limitaba a la nación hebrea, desde los tiempos de Abrahán. De Pentecostés en adelante no se había de limitar a ninguna nación en particular. Había de impartirse a los verdaderos seguidores de Cristo en todas las naciones, a quienquiera que la sabiduría, el propósito y el beneplácito de Dios eligiese.

Enumeración de los dones de los últimos días

Las manifestaciones del don habían de ser como sigue:

"Profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas". Es cierto que los consagrados y leales miembros de la iglesia, el cuerpo de Cristo, ejercerán este don misericordioso.

"Vuestros ancianos soñarán sueños". Los valientes soldados de la cruz, veteranos en el gran conflicto con las fuerzas del mal, recibirán información especial y aliento muy necesarios en tiempos de perplejidad y peligro.

"Vuestros jóvenes verán visiones". A algunos de los que gozan de plena virilidad y son llamados a grandes

tareas, se les revelarán amplias y abarcales visiones de los propósitos y planes de Dios para la realización de su obra en la tierra.

"Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días". Dios no pasará por alto ni aun a los más humildes en la concesión de sus dones.

¡Será verdaderamente una iglesia llena del Espíritu!

El Pentecostés había de ser el comienzo del cumplimiento de esta profecía. Señalaba el inicio de un gran movimiento espiritual en la iglesia y en todo el mundo.

"El testimonio de la primera iglesia cristiana es completamente de carácter profético. El primer efecto del espíritu pentecostal es que profetizaban los creyentes que habían sido tan repentina y milagrosamente llenados de su poder (Hech. 2: 4); su palabra era seguida de señales y prodigios (cap. 3: 6; 4: 30; 5: 12, 15, 16; 9: 34, 40). Su poder punitivo se revela en la historia de Ananías y Safira (cap. 5: 1-11). La iglesia como tal, en su apariencia y condición, como también en su actividad, se destaca como profeta de Dios en medio del pueblo; y en la conciencia de este cargo, abandona toda vocación mundanal. Tiene un cargo confiado a ella por el Señor; por ella Dios dará 'a Israel arrepentimiento y perdón de pecados' (vers. 31); es la Sión que trae buenas nuevas, y que dice a las ciudades de Judá: '¡Ved aquí al Dios vuestro!' (Isa. 40: 9).

"De esta iglesia proceden los diferentes profetas, como Esteban, que experimentó lo que el Señor profetizó (Mat. 23: 34). A su muerte, la iglesia pentecostal entra por primera vez en conflicto con el Israel de ánimo carnal: su testimonio es resistido con sangre, pero ella no cesa. Los que eran dispersados (Hech. 8: 4) fundaron la diáspora, a la cual Santiago dirige su epístola: son los profetas (Sant. 5: 10) que fueron por Judea, Samaria, Galilea, y predicaron la palabra de Dios a los judíos" (*Schaff-Herzog Encyclopedia of Religious Knowledge*, edición en tres tomos, 1889, tomo 3, pág. 1940).

¡Qué notable cuerpo de hombres y mujeres! Era la iglesia apostólica. Era la iglesia que Cristo fundó. Era la iglesia que Pablo llamó cuerpo de Cristo. Era la clase de iglesia que Cristo deseaba que continuara a través de los siglos hasta su regreso. Esta iglesia fue representada así en el libro del Apocalipsis:

“Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer” (Apoc. 6:2). O, siguiendo la traducción de Goodspeed: “Le fue dada una corona y salió vencedor para vencer”. El poder y los triunfos de aquella iglesia provinieron de los dones dispensados por el Espíritu Santo, derramados en ocasión de Pentecostés, en cumplimiento de la profecía de Joel y la promesa del Padre.

Abarca los últimos días del tiempo

Pero la profecía de Joel llega hasta los últimos días del tiempo, hasta “el remanente al cual él habrá llamado” (Joel 2:32). Incluye “el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo”, y este “testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía” (Apoc. 12:17; 19:10).

Es, pues, claro que las manifestaciones de este don de profecía no habían de limitarse a la época apostólica ni a un solo siglo. La profecía se extiende hasta las señales especiales de la venida de Cristo, hasta el resto de su pueblo, y hasta el día grande y terrible de Jehová. Un remanente o residuo es incontrovertiblemente lo último. La iglesia remanente es, por lo tanto, el último período de la iglesia de Cristo que vivirá en esta tierra, el pueblo de Dios que estará viviendo y aguardando la traslación cuando él venga.

Si es correcto entender así la profecía, es razonable esperar que se haya de ver el don de profecía manifestado aquí y allá entre los seguidores de Cristo desde Pentecostés hasta el fin del tiempo.

IV. La Era Cristiana

CAPITULO 17

EL TESTIMONIO DEL SIGLO SEGUNDO

HASTA aquí hemos seguido el estudio del don de profecía tal como lo revelan los registros de las Sagradas Escrituras. Hemos rastreado sus manifestaciones mediante hombres y mujeres elegidos por Dios desde el tiempo en que Adán fue desterrado del Edén hasta la muerte de Juan, el profeta-apóstol que escribió el libro de Apocalipsis, el último libro del registro sagrado.

Desde el fin del período apostólico en adelante, la información respecto de la manifestación de este don en la iglesia debe buscarse en las páginas de la historia, particularmente de la historia eclesiástica. Sin embargo, al entrar en este campo, descubrimos una clara diferencia de opiniones acerca de si el don de profecía continuó o no después de la muerte de los primeros apóstoles y la clausura del canon del Nuevo Testamento. Una opinión, sostenida y defendida por ciertos eruditos y escritores cristianos, es que la manifestación del don de profecía cesó al fin del primer siglo. Acerca de esta opinión, el Dr. A. J. Gordon, en su excelente obra *The Ministry of Healing (El Ministerio de Curación)*, publicado en 1883, dice:

“Un llamamiento publicado recientemente en uno de nuestros periódicos religiosos, para averiguar la opinión de ministros, maestros y profesores de teología sobre este punto ha recibido numerosas respuestas; y los que han contestado casi han coincidido plenamente en afir-

mar que la era de los milagros terminó con el período apostólico. . . Hubo tan sólo una o dos respuestas que sostenían la opinión de que *los milagros son posibles en todas las épocas y han aparecido en mayor o menor número durante todo el período de la historia de la iglesia*" (págs. 1, 2. Boston, 1883).

No obstante el hecho de que en los círculos teológicos se ha manifestado incertidumbre e incredulidad generales acerca de la continuación de los dones proféticos concedidos por nuestro Señor y altamente apreciados por sus discípulos, a través de los siglos han existido personas que no sólo creían en estos dones, sino que recibieron agradecidas sus beneficios. La evidencia que prueba esta opinión parece satisfactoria. He aquí dos sólidas declaraciones referentes a la continuidad de los dones espirituales:

"Testimonios insospechables no dejan lugar a dudas de que las facultades milagrosas de la era apostólica continuaron funcionando por lo menos hasta entrado el siglo tercero" (Dr. Gerhard Uhorn, *The Conflict of Christianity with Heathenism*, pág. 169. Nueva York, 1889).

La Iglesia necesita los dones

Comentando estas declaraciones el Dr. Gordon arguye así:

"Esta confesión es muy importante en su relación con todo el asunto. Pruébese que se realizaron milagros, por ejemplo en el siglo segundo después de Cristo, y no podrá presentarse más tarde razón alguna por la cual no pudieran realizarse en el siglo diecinueve" (*The Ministry of Healing*, pág. 58).

El pastor Guillermo Eddy, de la Iglesia Metodista declara enfáticamente acerca de la necesidad imperativa de la continuación en la iglesia de todos los dones espirituales concedidos por nuestro Señor en ocasión de su ascenso.

"De nada valdrá decir que estos dones fueron restringidos a los apóstoles y cristianos primitivos. Todos concederán que lo que Pablo dice acerca de la caridad o amor, el 'camino más excelente', en 1 Corintios 13, se aplica a los cristianos de todo tiempo sub-siguiente. Sin embargo, él los amonesta inmediatamente a desear 'ardientemente los mejores dones'. La verdad es que la iglesia necesita, en este tiempo, esos dones para combatir el error en sus diversas formas. Los necesita para preservar en su propia mente la idea de lo *espiritual*, lo *sobrenatural*. Los necesita como adornos que reemplacen a sus joyas. 'Desead ardientemente' estos dones, y entonces habrá menos codicia de la ostentación mundanal. . . Debemos codiciar el don de profecía. Es un don del Nuevo Testamento" (*Northwestern Christian Advocate*, 1855).

Esta declaración está en plena armonía con la exhortación de Pablo en 1 Corintios 14: 39: "Procurad profetizar". Todo el contexto de los capítulos 12 y 14 presenta en forma inequívocamente clara el hecho de que el don de profecía ha de permanecer en la iglesia hasta el fin de la dispensación evangélica tan ciertamente como permanecen "la fe, la esperanza y la caridad". De hecho, el versículo 1 del capítulo 14 insta a la iglesia: "Seguid el amor; y procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis". El deber de cultivar el amor y el de desear los dones espirituales, han de continuar juntos en la iglesia, sin límite de tiempo para ninguno de ellos. De entre los dones, el de profecía ha de ser el más deseado, y por lo tanto esperado con más confianza.

Testimonios fidedignos de la historia, apoyados por la opinión de eruditos teólogos, certifican que el don de profecía, tanto como los otros dones con los cuales va asociado, continuó de veras en la iglesia después que los apóstoles hubieron descendido a la tumba. Consideremos algunos testimonios:

En un extenso estudio de este asunto, un escritor de la *Enciclopedia Británica*, dice:

"Los hechos más importantes conocidos actualmente acerca de la manera de vivir, la influencia y la historia de los primeros profetas cristianos son los siguientes: Hasta bien entrado el siglo segundo los profetas (o profetisas) fueron considerados como elementos esenciales de una iglesia que poseía el Espíritu Santo. Se creía en su existencia, y *en realidad existían*. . . Conocemos no pocos profetas cristianos por nombre: como Agabo, Judas y Silas, en Jerusalén; Bernabé, Simón Niger, etc., en Antioquía; en Asia Menor, las hijas de Felipe, Cuadrato, Ammia, Policarpo, Melitón" (Tomo 22, art. *Prophet*, pág. 448, 11ª edición).

El testimonio de Gibbon

Todos los que están familiarizados con las opiniones religiosas de Eduardo Gibbon, autor de la monumental *Historia de la Decadencia y la Caída del Imperio Romano*, deben admitir que lo que escribió de la iglesia primitiva lo escribió sin ánimo de favorecerla. Acerca de la iglesia cristiana durante el siglo segundo, Gibbon, escribiendo en el siglo dieciocho, da este testimonio muy claro e imparcial:

"La iglesia cristiana, desde el tiempo de los apóstoles y de sus primeros discípulos, ha sostenido una sucesión ininterrumpida de facultades milagrosas, el don de lenguas, el de la *visión y de la profecía*; el poder de expulsar demonios, de sanar a los enfermos, y resucitar a los muertos. . .

"La inspiración divina, fuera transmitida en forma de visión durante la vigilia o en el sueño, se describe como un factor muy liberalmente concedido a toda clase de fieles, a las mujeres y a los ancianos, a los jóvenes como a los obispos. Cuando sus mentes devotas estaban suficientemente preparadas por un período de oración, ayuno y vigilia, para recibir el impulso extraordinario, eran arrebatados fuera de sus sentidos y

lo inspirado les era comunicado en éxtasis, siendo ellos simples *órganos del Espíritu Santo*, así como resulta una flauta para aquel que sopla en ella. Podemos añadir, que el designio de estas *visiones* era, en la mayoría de los casos, o revelar la *historia futura*, o guiar la *administración presente de la iglesia*" (Milman, en Gibbon's Rome, cap. 15, *The Progress of the Christian Religion, and the Sentiments. . . and Condition of the Primitive Christians*, tomo 1, sec. 3, págs. 539, 540. párr. 26).

Tales son las francas declaraciones de este gran historiador acerca de una fase de la historia que, por supuesto, no le era simpática. Aunque presenta la posesión de los dones espirituales por la iglesia como una pretensión, no refuta esa pretensión, y relata el ejercicio y los fines de los dones con mayor claridad e imparcialidad que algunos teólogos. Sus declaraciones son definidas y positivas, y de mucho valor en nuestro estudio actual. Están bien apoyadas por otros escritores acreditados.

La iglesia cristiana, dice Gibbon, de los apóstoles en adelante, pretendió tener una sucesión de poderes milagrosos como el don de lenguas, el don de profecía y de curación de los enfermos. También declara que el objeto de las visiones —el don de profecía— era "o revelar la historia futura o guiar la administración presente de la iglesia" (*Id.*, pág. 107). Tal es precisamente el propósito con que el don profético fue concedido siempre. La palabra del historiador armoniza, pues, con las especificaciones bíblicas acerca de la manifestación de este don, y constituye realmente un comentario adecuado de la definición que hace Pablo de su propósito, "para edificación del cuerpo de Cristo".

El testimonio de Mosheim

El significativo testimonio escrito por Gibbon queda plenamente apoyado por Mosheim, historiador eclesiástico de gran reputación, que escribió con sinceridad

y certidumbre acerca de la manifestación de los dones espirituales en la iglesia primitiva durante los siglos segundo y tercero:

"Los llamados dones milagrosos del *Espíritu Santo* fueron conferidos liberalmente, no solamente en este siglo, sino también en el siguiente, especialmente a aquellos que se dedicaron a propagar el Evangelio; todos los que son llamados cristianos, creen esto por el testimonio unánime y concordante de los antiguos escritores. Y en mi opinión, no merecemos por ello ninguna acusación justa de apartarnos de la sana razón. Porque, como estos testigos son todos hombres serios, justos y honrados, algunos de ellos filósofos, hombres que vivieron en diferentes países, y relatan no lo que oyeron, sino lo que vieron, invocando a Dios para que testifique de la verdad de sus declaraciones (véase Orígenes, *Contra Celso*, 1, i., pág. 35, ed. Spencer), y no se atribuyen a sí mismos sino a otros estos poderes milagrosos, ¿qué razón puede haber para negarse a creerlos?" (Juan Lawrence von Mosheim, *Institutes of Ecclesiastical History*, libro 1, cent. 2, parte 1, cap. 1. Notas sobre párr. 8. Nueva York).

"Es más fácil concebir que expresar cuánto contribuyeron a extender los límites de la iglesia los poderes milagrosos y los extraordinarios dones divinos que los cristianos ejercieron en varias ocasiones. El don de lenguas extrañas parece haber cesado gradualmente tan pronto como las muchas naciones fueron iluminadas por la verdad y numerosas iglesias de cristianos fueron establecidas por doquiera; porque venía a ser menos necesario que al principio. Pero los otros dones con que Dios favoreció a la naciente iglesia de Cristo, fueron, según aprendemos de los numerosos testimonios de los antiguos, conferidos todavía a *personas particulares* aquí y allá" (*Id.*, párr. 8).

A la presencia de estos dones en la iglesia atribuye Mosheim el poder maravilloso que acompañó a la proclamación del Evangelio en tierras paganas.

Pero algo más que la manifestación de ese poder acompañó a estos dones. El progreso rápido del Evangelio entre las naciones, y la estabilidad de esta obra, son atribuidos por Mosheim a "los extraordinarios dones divinos que ejercitaron los cristianos". Su aseveración es muy clara.

Debe notarse que las declaraciones de Mosheim se basan en el "testimonio unánime y concordante de los antiguos escritores", quienes, según se afirma, eran "hombres serios, justos y honrados, algunos de ellos filósofos, hombres que vivieron en diferentes países, y relataron no lo que oyeron, sino lo que vieron". Por cierto que el testimonio de estos testigos oculares nos proporciona información fidedigna.

El testimonio de Eusebio

Una de las mejores fuentes de la auténtica historia de la iglesia cristiana durante el siglo segundo es una obra titulada *Historia Eclesiástica*, escrita por Eusebio, obispo de la iglesia cristiana de Cesarea, Palestina. Eusebio fue uno de los hombres más sabios de su época. La *Enciclopedia Británica* (14ª edición artículo *Eusebius*) declara que él registró la historia de la iglesia durante el segundo siglo, "en la creencia de que estaba desapareciendo el antiguo orden de cosas". Su historia abarca los siglos primero y segundo de la era cristiana, y fue terminada alrededor del año 324 ó 325. Su valor estriba en "la riqueza de los materiales que proporciona para conocer la iglesia primitiva".

Acerca de esta *Historia Eclesiástica* escrita por Eusebio, Felipe Schaff, un notable historiador moderno, dice:

"Eusebio, obispo de Cesarea, en Palestina, y contemporáneo de Constantino el Grande, compuso una historia de la iglesia en diez libros (*Ekklesiastiké Historia*, desde la encarnación del Logos hasta el año 324), por lo cual conquistó el título de padre de la historia ecle-

siástica, o el Herodoto cristiano. Aunque no revela un sentido muy crítico y discernidor, y en cuanto a talento literario y ejecución es muy inferior a las obras de los grandes historiadores clásicos, esta Historia Eclesiástica anterior al concilio de Nicea, es *inestimable por su saber, moderación y amor a la verdad*; por el uso que hace de fuentes que desde entonces han desaparecido total o parcialmente; y por su posición interesante de observador personal entre las últimas persecuciones de la iglesia y su establecimiento en el Imperio Bizantino" (*History of the Christian Church*, tomo 1, *Apostolic Christianity*, pág. 28. Nueva York).

Una nota de los editores acerca de Eusebio en la *Biblioteca Eclesiástica de Bonn*, dice en cuanto a esta historia:

"La *Historia Eclesiástica de Eusebio*, que sucede inmediatamente a los Hechos de los Apóstoles, y es durante un período considerable la única obra de esa clase, posee para las épocas subsiguientes un valor que no tiene ningún otro documento que no haya sido inspirado" (Londres, 1872).

En su *Historia Eclesiástica*, Eusebio registra una breve información y los nombres de varios mensajeros destacados de la iglesia del siglo segundo que, dice él, fueron dotados de dones espirituales, inclusive el don de profecía. Uno de ellos fue Cuadrato de Atenas, de quien Eusebio escribió:

"De los que florecieron en aquellos tiempos, se dice que Cuadrato *se distinguió por sus dones proféticos. Hubo también muchos otros, célebres en esos tiempos, que ocuparon la primera fila en la sucesión apostólica. Estos, y los santos discípulos de tales hombres, edificaron también las iglesias donde anteriormente habían establecido fundamentos los apóstoles. Aumentaron los medios de promulgar el Evangelio cada vez más, y difundieron la semilla de la salvación y el reino celestial por todo el amplio mundo. . . El Espíritu Santo, también, realizó muchos prodigios por su medio, de*

manera que tan pronto como el Evangelio era oído, los hombres voluntaria y ávidamente aceptaban en grandes muchedumbres la verdadera fe" (*The Ecclesiastical History of Eusebius Pamphilus*, traducida del griego por C. F. Crusé, libro 3, cap. 38, págs. 111, 112. Londres).

Verdadero y falso

Reconociendo que juntamente con lo verdadero se presentaba lo falso para confundir a la iglesia, el mismo autor añade:

"Después de declarar otros asuntos, él [Milciades, el historiador] enumera los que habían profetizado en el Nuevo Testamento. Entre éstos menciona a Ammia y Cuadrato. 'Pero el falso profeta', dice, 'es arrastrado por vehemente éxtasis, acompañado por una falta de toda vergüenza y temor. A la verdad, empezando con una ignorancia voluntaria. Nunca podrán demostrar que cualesquiera de los del Antiguo o del Nuevo Testamento fueron así violentamente agitados y arrebatados en espíritu. Ni tampoco podrán jactarse de que Agabo, o Judas, o Silas, o las hijas de Felipe, o Ammia de Filadelfia, o Cuadrato y otros que no les pertenecen, hayan actuado jamás de esta manera. . . Porque el apóstol demuestra que el don de *profecía debe estar en toda la iglesia hasta la venida del Señor*" (*Id.*, libro 5, cap. 17, pág. 187).

Cuadrato era un hombre de considerable influencia. Dirigió al emperador Adriano una apología y una defensa en favor de los cristianos. Esta parece haber existido aún en el siglo séptimo (Photius: Código 162). Acerca de Cuadrato, el Dr. Farrar escribe:

"Nada se sabe en realidad del autor de la apología, de la cual preservó Eusebio un fragmento interesante, en el cual el autor dice que todavía vivían en su tiempo algunos de aquellos en quienes Cristo había realizado milagros de curación" (*Lives of the Fathers*, cap. 4, pág. 129. Londres, 1907).

Eusebio dice de esta apología, existente en el siglo cuarto:

“La obra está todavía en las manos de algunos de los hermanos, como también en las nuestras, y de ella cualquiera puede ver prueba evidente, tanto del entendimiento del hombre como de su fe apostólica.

“Este escritor muestra la antigüedad de la época en la cual vivió, en estos pasajes: ‘Los actos de nuestro Salvador —dice él— estuvieron siempre delante de ti [del emperador] que fueron verdaderos milagros; los que fueron sanados, los que fueron resucitados de los muertos, fueron vistos, no sólo cuando los sanó y los resucitó, sino que estuvieron siempre presentes. Permanecieron vivos largo tiempo, no sólo mientras nuestro Señor estaba en la tierra, sino igualmente cuando dejó la tierra. Hasta el punto de que algunos de ellos han vivido también hasta nuestros propios tiempos’. Tal era Cuadrato” (*The Ecclesiastical History of Eusebius Pamphilus*, libro 4, cap. 3, pág. 118).

Este es un testimonio instructivo y valioso. Nos remonta casi hasta los apóstoles. Expresa confianza en la posesión y la obra de los dones espirituales en aquel período. Nos habla del gran poder que acompañó a los obreros cristianos, y de los resultados maravillosos que le siguieron. Debe observarse que “Cuadrato se distinguió por sus dones proféticos”. Esto sucedió en la primera parte del segundo siglo después que los apóstoles habían descendido al descanso.

El testimonio de Justino

Después de dejar a los escritores inspirados del Nuevo Testamento, informémonos acerca de la iglesia en los siglos segundo, tercero y cuarto, de los primeros historiadores eclesiásticos y de otros más modernos. Recurriendo a estas fuentes, nos dirigimos primero al testimonio de Justino Mártir, quien se contó entre los primeros conversos del paganismo en el si-

glo segundo. Nacido de padres paganos en Flavia Neápolis, Samaria, hacia 114 de nuestra era, recibió una buena educación, y se dice de él que amó verdaderamente la “sana filosofía”, buscando siempre conocimiento que satisficiera los anhelos de su alma. Al fin, el relato de la vida y muerte de Cristo hicieron una profunda impresión en su mente, y aunque era un filósofo pagano, Justino se vio constreñido a aceptar al Salvador como su Señor y Maestro, y se unió con los aborrecidos y perseguidos cristianos, cuya extraordinaria intrepidez frente a la muerte lo había impresionado grandemente. No tardó en llegar a ser uno de los defensores más influyentes del Evangelio y de la iglesia.

Sus escritos se cuentan entre los más importantes que conservamos del siglo segundo. Escribió contestaciones muy capaces a los críticos y oponentes de todas clases. También escribió defensas y súplicas a los emperadores en favor del Evangelio y los cristianos perseguidos. Cierta escritor declara que Justino Mártir fue una autoridad valiosa acerca de la vida de la iglesia cristiana a mediados del siglo segundo.

Acerca de los dones espirituales

Uno de los libros escritos por Justino es conocido como su *Diálogo con Trifón, el Judío*, en el cual se halla una valiosa declaración acerca de la manifestación de los dones espirituales en la iglesia en aquel tiempo, en estas palabras:

“Diariamente algunos (de vosotros) se hacen discípulos en el nombre de Cristo, y dejando la senda del error, *reciben también los dones*, cada uno según es digno, iluminados por el nombre de este Cristo. Porque uno recibe el espíritu de comprensión, otro de consejo, otro de fortaleza, otro de sanidad, *otro de presciencia*, otro de enseñanza y otro del temor de Dios.

“A esto Trifón me dijo: ‘Quisiera que supieras que estás fuera de ti mismo, expresando estos sentimientos’.

“Y le dijo: ‘Escucha, oh amigo, porque no estoy loco ni fuera de mí mismo; pero fue profetizado que, después de la ascensión de Cristo al cielo, nos libraría del *error y nos daría dones*. Las palabras son éstas: ‘Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres’. De acuerdo con esto, hemos *recibido dones de Cristo*, quien ascendió a lo alto; probamos por las palabras de la profecía que vosotros ‘los sabios en vosotros mismos y los hombres de entendimiento en vuestros propios ojos’, sois locos, y honráis a Dios y a su Cristo de labios solamente. Pero nosotros, los que somos instruidos en toda la verdad, los honramos tanto por nuestros actos como en nuestro conocimiento y en nuestro corazón, aun hasta la muerte” (Justino Mártir, en su *Diálogo con Trifón*, reproducido en *The Ante-Nicene Fathers*, tomo 1, cap. 39, pág. 214. Buffalo, 1885).

Dice además en el mismo diálogo:

“‘Porque los dones proféticos permanecen con nosotros, hasta el tiempo actual’. De ahí que debierais comprender que [los dones] antes estaban en vuestra nación [los judíos] y han sido transferidos a nosotros. Y así como hubo falsos profetas contemporáneos de vuestros santos profetas, también hay ahora entre nosotros muchos falsos maestros, acerca de los cuales nuestro Señor, nos advirtió que nos precaviésemos; de manera que en ningún respecto somos deficientes; puesto que sabemos que él supo de antemano todo lo que nos iba a acontecer después de su resurrección de los muertos y de su ascensión al cielo. Porque dijo que se nos daría muerte, y se nos aborrecería por causa de su nombre; que muchos falsos profetas y cristos aparecerían en su nombre y engañarían a muchos; y así ha sucedido’” (*Id.*, cap. 82, pág. 240).

Transferido de los judíos a los cristianos

Para que el lector pueda percibir la actitud precisa de Justino acerca de estos asuntos, citamos a continuación las siguientes palabras suyas:

“Porque después de él [Cristo] ningún profeta se ha levantado entre vosotros [la nación judía]. Ahora, a fin de que podáis saber que vuestros profetas, recibiendo cada uno a veces una, a veces dos facultades de Dios, hicieron y dijeron las cosas que hemos aprendido en las Escrituras, atendid las siguientes observaciones mías. Salomón poseyó el espíritu de sabiduría, Daniel el de entendimiento y consejo, Moisés el de poder y piedad, Elías el de temor, e Isaías el del conocimiento; y así sucesivamente con los otros: cada uno poseyó una facultad, o una unida alternativamente con otra; también Jeremías, y los doce (profetas), y David, y, en fin, el resto que existió entre vosotros. Por consiguiente, él (es decir, el Espíritu) descansó, es decir, cesó, cuando él [Cristo] vino; después del cual, en los tiempos de esta dispensación, en la que obró por él entre los hombres, fue necesario que tales dones cesaran de vosotros los judíos; y habiendo recibido su reposo en él, volviesen otra vez, como se había predicho; dones que, por la gracia del poder de su Espíritu él imparte a los que creen en él, según considera digno de ello a cada hombre. Ya he dicho, y vuelvo a decir, que había sido profetizado que esto sería hecho por él después de su ascensión al cielo. Se ha dicho: ‘subiendo a lo alto llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres’. Y luego, en otra profecía se ha dicho: ‘Y será que después de esto, derramaré mi Espíritu sobre toda carne’. ‘Sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán’”.

“Ahora, es posible ver entre nosotros mujeres y hombres que poseen dones del Espíritu de Dios” (*Id.*, caps. 87 y 78, pág. 243).

Este es el testimonio de un testigo que estuvo con los primeros creyentes cristianos en las grandes actividades del Evangelio. Justino no pretende haber sido él mismo dotado de ninguno de estos dones. Declara que “el don profético, permanece con nosotros hasta el tiem-

po actual", y que algunos están "iluminados por el nombre de Cristo". Porque uno recibe el espíritu de comprensión, otro de consejo, otro de fortaleza, otro de sanidad, otro de presciencia (don de profecía), otro de enseñanza. Esto concuerda plenamente con la declaración de Pablo respecto de la operación de los dones espirituales. Los apóstoles estaban ya todos muertos. Una nueva generación estaba llevando adelante la obra desde hacía casi un siglo después que Pablo escribió su epístola a la iglesia de Corinto. Pero en el cielo Cristo estaba vivo, y de acuerdo con su testimonio seguía dispensando sus dones a los miembros de su cuerpo, la iglesia.

El testimonio de Ireneo

Ireneo, obispo de Lyon, Francia, que actuó en la zona más occidental de la iglesia, dio también un valioso testimonio acerca de la presencia de los dones espirituales en la iglesia durante el segundo siglo. En ninguno de los antiguos documentos se conservan las fechas del nacimiento y la muerte de Ireneo. Se cree, sin embargo, que nació en Esmirna, o Siria, hacia el año 120 de nuestra era, y que pereció con otros mártires a fines del siglo segundo.

Parece que mientras era joven, Ireneo fue alumno de aquel hombre piadoso llamado Policarpo de Esmirna. En una epístola escrita más tarde a Florino, Ireneo dice:

"Te vi cuando eras todavía niño en Asia Menor con Policarpo. . . Recuerdo los acontecimientos de aquellos tiempos mucho mejor que los que han ocurrido más recientemente. . . Puedo decir también el lugar exacto en que el bienaventurado Policarpo solía sentarse y discurrir; también sus entradas, sus caminatas, el carácter de su vida, y la forma de su cuerpo, sus conversaciones con el pueblo, y su trato familiar con Juan el apóstol, según solía relatarlo, como también su familiaridad con aquellos que habían visto al Señor" (*The Ecclesiastical History of Eusebius Pamphilus*, libro 5, cap. 20, pág. 192).

Esta crónica, declara un perspicaz escritor, establece una cadena de testimonio (Juan-Policarpo-Ireneo) que es "sin paralelo en la historia de la iglesia primitiva". El Dr. Farrar dice que Ireneo fue "el primer autor de la iglesia que cita de casi todo libro del Nuevo Testamento" (*Lives of the Fathers*, tomo 1, cap. 3, sec. 2, pág. 100).

Acerca del valor de estos escritos leemos:

"Los escritos de Ireneo son inestimables para nosotros como índice de las opiniones que la iglesia primitiva de Cristo sostenía acerca de muchos puntos muy importantes que han llegado a ser asuntos de controversia entre las diferentes ramas de la iglesia cristiana hasta nuestra época" (McClintock and Strong, *Cyclopaedia of Biblical, Theological, and Ecclesiastical Literature*, tomo 4, art. *Ireneus*, pág. 649).

Ireneo escribió extensas obras contra las prácticas licenciosas y doctrinas insensatas que procuraban penetrar en la iglesia. Su gran tarea consistió en desenmascarar el verdadero carácter de las muchas formas del gnosticismo, y demostrar su esencial unidad con la antigua mitología y filosofía paganas. Farrar declara que "se refiere frecuentemente a ancianos que eran discípulos de los apóstoles".

Tal es el hombre que, como testigo ocular, da testimonio positivo acerca de la presencia y operación de los dones espirituales en la iglesia durante la última mitad del segundo siglo. Dice:

"Por lo tanto, también, los que son en verdad sus discípulos, recibiendo gracia de él, realizan en su nombre (milagros), para promover el bienestar de otros hombres, de acuerdo con el don que cada uno ha recibido de él. Porque algunos echan cierta y verdaderamente los demonios, de manera que los que han sido así limpiados de los malos espíritus frecuentemente creen (en Cristo), y se unen a la iglesia. Otros tienen presciencia de cosas venideras: ven visiones, y pronuncian expresiones proféticas. Otros aún, sanan a los enfermos im-

poniéndoles las manos, y quedan sanos. Sí, además, como he dicho, hasta han resucitado muertos, que han permanecido entre nosotros durante muchos años. Y, ¿qué más diré? No es posible enumerar los dones que la iglesia (esparcida) por todo el mundo, ha recibido de Dios en el nombre de Jesucristo, que fue crucificado bajo Poncio Pilato, y que ella ejerce día tras día para el beneficio de los gentiles, sin practicar engaño con ninguno, ni recibiendo ninguna recompensa de ello (por tales intervenciones milagrosas). Porque así como recibió gratuitamente de Dios, ministra también gratuitamente (a los demás).

“Ni tampoco realizan nada por medio de invocaciones angélicas o por encantamiento, o por ninguna otra arte curiosa y perversa, sino que, dirigiendo sus oraciones al Señor, que hizo todas las cosas, con espíritu puro, sincero y recto e invocando el nombre de nuestro Señor Jesucristo, ha estado acostumbrada a realizar milagros para ventaja de la humanidad y no para inducirla al error” (*Ante-Nicene Christian Library*, tomo 5, *Ireneus Against Heresies*, libro a, cap. 32, págs. 245, 246. Edimburgo, 1868).

Después de citar el mismo pasaje de Ireneo, Eusebio dice:

Oímos a *muchos* de los hermanos de la iglesia que tienen dones proféticos y que hablan en todas lenguas por el Espíritu, y que también sacan a luz las cosas secretas de los hombres para su beneficio, y que exponen los misterios de Dios” (*The Ecclesiastical History of Eusebius Pamphilus*, libro 5, cap. 7, pág. 175).

Lo falso aparece con lo verdadero

Estas declaraciones serenas y francas admiten el examen de cualquiera de los oponentes contemporáneos del cristianismo, para que muestren si no son veraces. Los verdaderos discípulos de Cristo son presentados como poseedores de dones especiales de sanidad, de echar malos espíritus, de conducir a los hombres y mujeres

del paganismo a la aceptación de Cristo, el Salvador de los hombres.

Debe observarse que Ireneo menciona especialmente las visiones y las comunicaciones proféticas. Este relato de la manifestación de los dones del Espíritu Santo está plenamente de acuerdo con el que ha dejado Justino Mártir. Además, en su obra *Contra las Herejías*, Ireneo, como Justino, reconoce que existían falsos profetas en su tiempo, al par que declara la presencia de los verdaderos. Puede observarse apropiadamente aquí que siempre que se presente el don genuino, lo espurio aparecerá cerca para falsificar y desacreditar lo verdadero. Un ejemplo de las obras y el carácter de un falso profeta de aquellos días se nos da en el capítulo XIII de la obra de Ireneo, titulada *Las Artes Engañosas y las Prácticas Nefandas de Marcos*. Después de describir el método de Marcos de tratar con una mujer víctima suya, y hablando de la vida impura que acompaña a todo fraude, Ireneo añade estas palabras acerca de la actitud de los “muy fieles”:

“Pero ya algunas de las mujeres más fieles, poseídas del temor de Dios, no siendo engañadas (a quienes, sin embargo, hizo todo lo posible para seducir como al resto ordenándoles que profetizaran), aborreciéndolo y ex-crándolo, se han retirado de tan vil compañía de libertinos. Esto lo han hecho, por comprender que el *don de profecía* no es conferido a los hombres por Marcos, el mago, sino que *únicamente aquellas a quienes Dios envía su gracia* de lo alto poseen el divinamente otorgado poder de profetizar; y luego hablan donde y cuando a Dios le place, y no cuando Marcos les ordena que lo hagan” (*Ante-Nicene Christian Library*, tomo 5, *Irenoeus Against Heresies*, libro 1, cap. 13, pág. 53).

Las declaraciones reproducidas en este capítulo dan una evidencia impresionante de que la iglesia cristiana del segundo siglo estaba todavía dotada de dones espirituales como los que habían sido otorgados a los apóstoles y sus conversos en el primer siglo.

CAPITULO 18

EVIDENCIAS
EN LOS SIGLOS TERCERO Y CUARTO

SE ADMITIRA fácilmente que la presencia y la operación de los dones celestiales eran necesarios para afrontar las poderosas fuerzas del mal que se levantaban contra la causa de Dios después de la ascensión de nuestro Señor. En los primeros siglos de la era cristiana, tanto los judíos como los paganos se proponían el aniquilamiento completo de la iglesia cristiana. Para hacer frente con éxito a esta poderosa oposición, los discípulos necesitaban sabiduría, gracia y poder subreptivos impartidos a los mensajeros de la cruz por el Señor que los había enviado. Los hechos portentosos realizados por estos dones mediante los apóstoles, y luego por los hombres piadosos del siglo segundo, como lo hemos dicho, habían de continuar hasta cierto punto en el siglo tercero. Esto queda atestiguado por los historiadores eclesiásticos modernos que han investigado cabalmente el asunto, y por el testimonio de hombres piadosos que fueron testigos oculares de lo que ocurrió en aquellos tiempos antiguos.

Después de reseñar las evidencias escritas por autores de este período, el historiador Roberto Miller dice:

“De todos estos testimonios se destaca claramente que los poderes milagrosos concedidos a la iglesia, y como resto del espíritu apostólico, continuaron hasta fines del siglo tercero, lo cual tendió muchísimo a derribar la idolatría pagana, y a fomentar el éxito del Evan-

gelio, a pesar de toda oposición” (*History of the Propagation of Christianity and the Overthrow of Paganism*, tomo 1, Cent. III, págs. 318, 319).

Este testimonio concuerda con la opinión de Ulhorn, de que “testigos insospechables no dejan lugar a dudas de que los poderes milagrosos de la era apostólica continuaron operando por lo menos hasta el siglo tercero”.

Ninguna búsqueda de los dones entre los siglos segundo y cuarto sería completa si dejase de incluir una mención de las pretensiones de los montanistas de poseer el don de profecía. Desgraciadamente, los pocos registros de que disponemos han sido conservados principalmente por los que se oponían a los dones. Estos dones, a su vez, han sido mal comprendidos y vilipendiados por los que se oponían a la misericordiosa dádiva de Dios; por lo tanto no se puede confiar demasiado en el testimonio de aquellos que lo rechazan.

Las pretensiones de los montanistas

Son muchos los que están persuadidos de que los montanistas son un linaje de verdaderos testigos de Dios, paralelo a la apostasía creciente que más tarde llegó a ser el “hombre de pecado” que dominó durante la Edad Media. Otros, impresionados por evidencias de fanatismo, en ciertos tiempos y lugares, han puesto en duda todas las pretensiones de los montanistas acerca de los dones espirituales, y los han colocado entre las sectas heréticas.

Sin intentar decidir la cuestión, nos basta indicar que la evidencia histórica muestra que este grupo aseveró tener la manifestación de los dones —especialmente el de profecía—, y que esto no fue considerado como algo inconsecuente ni impío por los que procuraron seriamente determinar su carácter genuino.

Los primeros sínodos eclesiásticos fueron convocados para discutir el movimiento montanista. Los dirigentes de la iglesia no tardaron en notar las graves consecuen-

cias de reconocer la autoridad sin control de los profetas que podrían levantarse entre los miembros laicos de la iglesia. Hombres eminentes de la iglesia se opusieron al montanismo, nos dicen las crónicas. Una secta, más tarde conocida como la de los alogos, al oponerse a la pretensión de profetizar, llegó hasta rechazar el libro del Apocalipsis, y aun el Evangelio de Juan, debido a su promesa del Paracleto.

Cualquiera que sea la conclusión a la cual se llegue acerca del carácter genuino de las pretensiones del montanismo respecto al cargo de profeta, los historiadores comprueban que la controversia movió a los dignatarios eclesiásticos a rechazar en lo futuro todo este tipo de pretensiones. El pleno significado de esta acción debe impresionarnos, pues tiene mucha importancia para el curso futuro de la iglesia:

"El resultado más inmediato y sorprendente del montanismo fue su efecto sobre la formación final del canon del Nuevo Testamento. La iglesia hizo frente a la *proclamación de una nueva era de profecía con la declaración autoritaria de que la revelación estaba clausurada y había terminado la profecía. . . El medio de comunicación de la verdad* no ha de ser el individuo solitario en comunión con Dios, sino la sobrenaturalmente ordenada jerarquía de la iglesia" (Rufus M. Jones, *The Church's Debt to Heretics*, pág. 143. Nueva York y Londres).

Acerca de la cesación de la profecía, H. B. Swete dice:

"La iglesia misma no se resignó en seguida a la pérdida de la profecía. Pero las exigencias de la controversia, añadidas al creciente oficialismo de la iglesia, lograron acallar esta convicción, y *la iglesia cesó de profetizar, dejando al montanismo en posesión de una pretensión que pertenecía legítimamente a la iglesia*" (*Biblical World*, septiembre de 1905).

Pronunciamento contra la profecía

Notemos claramente el peligro sutil que implicaba para la iglesia este pronunciamento oficial contra la profecía. La "sobrenaturalmente ordenada jerarquía" podía, y en realidad lo hizo, apartarse ulteriormente tanto de Dios y pretender hablar por él. Declaró que la comunicación del cielo debía ser hecha por hombres y mujeres designados por la jerarquía eclesiástica. Pero sabemos que la idoneidad para una misión tal no se rige por la posición oficial. Además, el aceptar el dogma de que había terminado el don de la profecía, tal como se manifestaba en las visiones o sueños, haría imposible en lo futuro cualquier comunicación directa del Cielo en la manera que se había hecho desde los días de Adán. Se realizaba así una tentativa de hacer de la "jerarquía" el intérprete infalible de las Escrituras y la única fuente por la cual la iglesia podía recibir luz adicional. *Esta misma actitud basta para explicar la hostilidad futura de los dirigentes de la iglesia hacia cualquier manifestación del don de profecía, y la poca frecuencia aparente de sus manifestaciones en la iglesia durante los siglos que siguieron.*

En nuestro estudio de la doctrina y la historia del don de profecía, hemos llegado al siglo cuarto. Tanto en la iglesia como en el gobierno romano se habían producido cambios portentosos durante los tres siglos precedentes. Los pocos centenares de creyentes que había en el momento de la ascensión de nuestro Señor llegaron a ser millones, y eso frente a la oposición más resuelta.

Sucesos del cuarto siglo

En tres siglos de esfuerzo desesperado por parte del gobierno romano de borrar a la iglesia de Cristo de la faz de la tierra, éste ha descubierto que se halla en guerra con una fuerza omnipotente, algo muy superior a un simple poder terrenal. Ha llegado a comprender su

impotencia en esta guerra directa. Ha visto difundirse el Evangelio por todas partes de su vasto dominio. Por doquiera ha presenciado el nacimiento de iglesias palizadas de ciudadanos romanos, ganados de los dioses del estado a Cristo, el Hijo de Dios y Salvador de los hombres.

Pero durante estos tres siglos, se han producido otros cambios de un carácter muy serio. La iglesia misma ha sufrido un notable deterioro. Ha perdido en gran medida lo que Cristo llamó su primer amor, o, según traduce apropiadamente Weymouth, "ya no me amas como al principio" (Apoc. 2: 4). El amor al Maestro no se ha extinguido, pero ha perdido cierta medida de su fervor y brillo. Esa pérdida abrió la puerta para que penetraran graves males en la iglesia: herejías doctrinales y celos, disensiones y degeneraciones. Estos males, mirando desde adentro, lograron lo que toda la oposición y persecución exteriores no habían efectuado. Produjeron el debilitamiento del gran esfuerzo evangélico de los creyentes, y el deterioro general y la mundanalidad en todas sus filas. En verdad, leemos estas solemnes palabras:

"La cristiandad quedó moral e intelectualmente paralizada" (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 65).

Otro grave peligro que asedió a la iglesia al final del siglo tercero fue la aparente entrega del estado pagano a la iglesia cristiana. En la primera parte del siglo IV, Constantino, el emperador romano, profesó haber abandonado los dioses paganos del imperio y haber aceptado el cristianismo. Derogó los crueles edictos que ordenaban la persecución de los cristianos, y promulgó otros en su favor.

"La conversión nominal de Constantino, a principios del siglo IV, causó gran regocijo; y el mundo, disfrazado con capa de rectitud, se introdujo en la iglesia. Desde entonces la obra de corrupción progresó rápidamente. El paganismo que parecía haber sido vencido, se convirtió en el vencedor. Su espíritu dominó a la iglesia.

Sus doctrinas, ceremonias y supersticiones se incorporaron a la fe y a la adoración de los que profesaban ser discípulos de Cristo" (*Id.*, págs. 53, 54).

Pero Constantino fue mucho más lejos. El historiador dice:

"Prohibió por la ley la adoración de los ídolos en ciudades y campos, ordenó que no se levantasen estatuas de los dioses, ni se ofreciesen sacrificios sobre sus altares, y envió a todas las provincias, presidentes cristianos, prohibiendo a los sacerdotes paganos que ofreciesen sacrificios, y asegurando a los primeros (los presidentes cristianos) los honores debidos a su carácter y puesto" (William Jones, *The History of the Christian Church*, edición en dos tomos, cap. 3, sec. 1, pág. 168. Louisville, 1831).

El establecimiento del papado

Esto fue por cierto un cambio asombroso. Apparentemente el imperio pagano se había entregado a la iglesia cristiana.

"La caída del paganismo, que puede considerarse que se inició en el reinado de Constantino, y que quedó casi consumada en el de Teodosio, es probablemente una de las más extraordinarias revoluciones que hayan sucedido en el teatro de este mundo. Sus propios autores la han descrito como 'un espantoso y asombroso prodigio, que cubrió la tierra de tinieblas, y restauró el antiguo dominio del caos y de la noche'" (*Id.*, pág. 193).

Pero no fue la caída del paganismo la que originó este gran cambio calamitoso, que "cubrió la tierra de tinieblas, y restauró el antiguo dominio del caos y de la noche". Fue lo que brotó de ella, a saber, *la iglesia oficial*. Fue esto lo que por cierto "cubrió la tierra de tinieblas", y trajo "el caos de la noche".

La mano secreta que trajo este gran desastre queda claramente desenmascarada en estas autorizadas palabras:

"Satanás se propuso oponerse con más éxito al gobierno de Dios plantando su bandera en la iglesia cristiana. . .

"El gran adversario se esforzó entonces por obtener con artificios lo que no consiguió por la violencia.

"Cesó la persecución y la reemplazaron las peligrosas seducciones de la prosperidad temporal y del honor mundano. Los idólatras fueron inducidos a aceptar parte de la fe cristiana, al par que rechazaban otras verdades esenciales. Profesaban aceptar a Jesús como Hijo de Dios y creer en su muerte y en su resurrección, pero no eran convencidos de pecado ni sentían necesidad de arrepentirse o de cambiar su corazón. Habiendo hecho algunas concesiones, propusieron que los cristianos hicieran las suyas para que todos pudiesen unirse en el terreno común de la fe en Cristo.

"La iglesia se vio entonces en gravísimo peligro, y en comparación con él, la cárcel, las torturas, el fuego y la espada, eran bendiciones. Algunos cristianos permanecieron firmes, declarando que no podían transigir. Otros se declararon dispuestos a ceder o a modificar en algunos puntos su confesión de fe y a unirse con los que habían aceptado parte del cristianismo, insistiendo en que ello podría llevarlos a una conversión completa. Fue un tiempo de profunda angustia para los verdaderos discípulos de Cristo" (*El Conflicto de los Siglos*, págs. 46, 47).

Predicción y revelación de cambios peligrosos

Sin embargo, da a los creyentes cristianos una confianza permanente en el Dios de toda sabiduría y amor, el saber que el Señor conocía todos estos cambios peligrosos antes que sucedieran, y que fueron revelados a los profetas y los apóstoles mucho antes que se produjesen, y también la gloriosa verdad de que al fin triunfaría la iglesia implantada por Dios. En su entrevista de despedida con los ancianos de la iglesia de Efeso, Pablo les dijo:

"Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos" (Hech. 20: 29, 30).

Debe haber apesadumbrado al gran apóstol prever los graves males que vendrían sobre la iglesia, por cuya edificación tanto había trabajado. Pero se cumplieron sus predicciones dadas por la inspiración divina. Lobos rapaces entraron entre las ovejas inocentes, ocasionando la ruina espiritual de multitudes. Además, desde el interior de la iglesia se levantaron hombres que provocaron herejías y hablaron cosas perversas, y apartaron a muchos discípulos de la verdad del Evangelio. Gradual y casi imperceptiblemente se produjo esto durante los primeros dos o tres siglos después de Cristo. En el siglo IV, la marea era ya irresistible.

La misma deplorable apostasía fue predicha por Pedro:

"Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado, y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme" (2 Ped. 2: 1-3).

Se introdujeron corrupciones

Al lado de estas claras predicciones proféticas se puede poner la declaración de Mosheim acerca de las corrupciones introducidas en la iglesia durante el siglo IV:

“Un enorme séquito de diferentes supersticiones fueron ocupando gradualmente el lugar de la verdadera religión y la piedad genuina. Esta odiosa revolución se debió a una variedad de causas. Una precipitación ridícula en recibir nuevas opiniones, un desordenado deseo de imitar los ritos paganos y fusionarlos con el culto cristiano.

“De estos hechos, que son tan sólo pequeños especímenes del estado del cristianismo en ese tiempo, el lector agudo percibirá fácilmente el detrimento que la iglesia recibió de la paz y prosperidad proporcionadas por Constantino, y de los métodos imprudentes empleados para inducir a las diferentes naciones a abrazar el Evangelio” (*An Ecclesiastical History*, tomo 1, siglo IV, págs. 355, 356. Charlestown, 1810).

Todo esto lo deploraron mucho aquellos que establecieron la iglesia apostólica pura y triunfante. Cierta autor dice:

“El culto, y esa ociosa propensión, que la generalidad de la humanidad tiene hacia la religión de pompa y ostentación, fueron todas cosas que contribuyeron a establecer el reinado de la superstición sobre las ruinas del cristianismo. . .

“Habiendo dado una vez rienda suelta a la superstición, que no conoce límites, las nociones absurdas y las ceremonias ociosas se multiplicaron cada día. . . Las virtudes que se habían atribuido anteriormente a los templos paganos, a sus lustraciones, a las estatuas de sus dioses y héroes, fueron ahora atribuidas a las iglesias cristianas, al agua consagrada por ciertas fórmulas de oración, y a las imágenes de los santos”.

La consumación de la apostasía

Pero la más alarmante de las predicciones respecto del cambio destinado a suceder en la iglesia, es la que registra Pablo en su segunda carta a los Tesalonicenses:

“Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. ¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros, os decía esto? Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos” (2 Tes. 2: 3-10).

Entendemos que esto predice un rechazamiento aparente de los dioses paganos y la religión de Roma, y el establecimiento de la iglesia popular en su lugar, con los principios y prácticas de ese mismo paganismo apenas disfrazados. Esto se realizó durante los primeros seis siglos de la era cristiana.

Tentativas de restringir el don de profecía

“El siglo IV trajo importantes cambios en la condición de los obispos de Roma. Es un rasgo singular del cristianismo corrupto de este período, que la característica principal de los eminentes prelados fuera un orgullo fiero e ingobernable. Desde hacía mucho la humildad había cesado de contarse entre las virtudes cristianas. Los cuatro grandes dirigentes de la iglesia (el obispo de Roma y los patriarcas de Constantinopla, Antioquía y Alejandría) estaban empeñados en una lucha constante por la supremacía. Aun

los obispos inferiores asumían una pompa principesca, y se rodeaban de sus cortes sagradas. Los vicios del orgullo y la arrogancia descendían a las órdenes inferiores del clero; el emperador mismo era declarado inferior en dignidad al simple presbítero, y en todas las diversiones públicas y asambleas ceremoniosas, se esperaba que el más orgulloso laico se situase por debajo del altivo clérigo. A medida que el saber declinaba y que el mundo se hundía en una nueva barbarie, el clero se elevaba a la condición de casta gobernante, y era considerado como medio divino por los rudos godos y los romanos degradados. Hasta se dice que las naciones paganas del occidente transfirieron al sacerdote y al monje el mismo favor reverente que habían tenido por costumbre tributar a sus maestros druidas. El papa reemplazó al jefe de los druidas, y fue adorado con devoción idolátrica; el menor presbítero, por vicioso y degradado que fuere, parecía, a los salvajes ignorantes, verdadero mensajero de los cielos" (Eugenio Lawrence, *Historical Studies*, págs. 20, 21. Nueva York, 1876).

Esta situación produjo una crisis en las filas de los seguidores del Maestro. Esta firme decisión se revela en estas significativas palabras de la Sra. E. G. de White:

"Tras largo y tenaz conflicto, los pocos que permanecían fieles resolvieron romper toda unión con la iglesia apóstata si ésta rehusaba aún desechar la falsedad y la idolatría. En realidad, vieron que dicho rompimiento era de todo punto necesario si querían obedecer la Palabra de Dios" (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 49).

Así fue como los verdaderos disidentes de la iglesia dominante empezaron a formar un linaje que había de atravesar la Edad Media. Pronto habían de huir al "desierto" por el período profetizado de 1.260 años.

Esta potencia cristiana apóstata, que asumió el nombre no solamente de una iglesia, sino de la única igle-

sia verdadera, empezó a dominar en forma creciente en las mentes, los derechos, las libertades y los destinos terrenales de la familia humana durante mil años. Este período ha sido bien llamado "la época del oscurantismo" y "la media noche del mundo".

Quando la iglesia empezó a apartarse de las normas de las doctrinas y la experiencia cristiana de los siglos I y II, también procuró restringir y suprimir la operación del don de profecía. Mientras se estaba realizando este proceso de restricciones, se le opusieron firmemente los creyentes leales. "La iglesia misma —dice Swete, según lo hemos citado ya— no se resignó en seguida a la pérdida de la profecía. Pero las exigencias de la controversia, añadidas al creciente oficialismo de la iglesia, lograron acallar esta convicción y la iglesia cesó de profetizar".

Oposición eclesiástica al don

La iglesia apostólica tenía el don de profecía, y se beneficiaba grandemente por él. Los dones continuaron después de la muerte de los apóstoles. Pero cuando los dirigentes eclesiásticos no lo quisieron más, lo perdieron, como iglesia. Después de esto, apareció aquí y allá entre los creyentes verdaderos y humildes. Reseñando una controversia que hubo acerca del don de profecía, y que continuó en la iglesia durante la mayor parte de los siglos II y III, un perspicaz escritor declara:

"Se enseñó entonces que la profecía en general era una peculiaridad del Antiguo Testamento ("lex et prophetoe usque ad johanem"); y que en el nuevo pacto, Dios había hablado únicamente por los apóstoles; que toda palabra de Dios que envió para la iglesia estaba contenida en los escritos apostólicos —el Nuevo Testamento; y que por consiguiente, la iglesia no requería ni podía reconocer nuevas revelaciones, ni siquiera instrucciones por medio de los profetas. La revolución que esta teoría produjo gradualmente se ve en la transformación de la organización religiosa y entusiasta de la

iglesia en una constitución legal y política. Muchísimas cosas tuvieron que ser *sacrificadas* a esto, y entre ellas los *antiguos profetas*. La constitución episcopal estrictamente impuesta, la creación de un orden clerical, y la formación del canon del Nuevo Testamento, produjeron el derrocamiento de los profetas. En vez de la vieja fórmula, 'Dios continuamente confiere a la iglesia apóstoles, profetas y maestros', la palabra ahora era: 'la iglesia está fundada en la palabra (escrita) de los profetas (es decir de los profetas del Antiguo Testamento y los apóstoles (a saber los doce y Pablo). Después de comenzar el siglo III había todavía, no cabe duda, hombres dominados por la jerarquía que experimentaban el éxtasis profético, o clérigos como Cipriano que profesaban haber recibido direcciones especiales de Dios' (*Encyclopedía Británica*, tomo XXII, art. *Prophet*, edición 11^ª).

Una decisión tal de los obispos, presbíteros y otros dirigentes de la iglesia no podía sino descartar y restringir la manifestación de aquel don misericordioso tan necesitado por los mismos que se le oponían.

Todos comprenden claramente que aquí se hace referencia a dos iglesias, o más bien a la iglesia en dos diferentes períodos. La primera es la iglesia primitiva, la otra es la iglesia que se desliza hacia la apostasía. Fue esta última la que procuró acallar la convicción referente a la continuación del don de profecía. Pero esa convicción no fue nunca acallada completamente. El canon de la Escritura está cerrado, es cierto, pero el don de profecía nunca cesó del todo. Hubo tiempos en que el don parecía haber desaparecido para siempre; pero otro escritor ha dicho acertadamente:

"En eras espiritualmente despiertas de la iglesia, la profecía vuelve a aparecer. Nunca ha cesado completamente" (*The International Standard Biblia Encyclopedia*, tomo IV, art. *Prophecy*, pág. 2464).

Mientras no cese el Evangelio en la tierra no se ha de "acabar" el don de profecía, para usar el término autorizado en las Sagradas Escrituras.

CAPITULO 19

SEPARACIONES DE LA IGLESIA

EMPRENDEMOS ahora la búsqueda de manifestaciones de la luz profética durante las tinieblas de aquella larga y dura noche que empezó a asentarse sobre el mundo religioso durante el siglo IV. Esa noche espiritual se fue volviendo terriblemente oscura y lúgubre. La iglesia dominante había ocultado la Biblia bajo una masa de tradiciones. Había colocado a un sacerdote humano y un ministerio terrenal en lugar de nuestro gran Sumo Sacerdote y su ministerio celestial.

Se retiran del cuerpo principal

A medida que la iglesia se fue apartando más y más de las verdaderas doctrinas de la Biblia, y de las altas normas espirituales de la iglesia apostólica, los creyentes consagrados y leales se sintieron primero apenados, luego alarmados, y finalmente incitados a resuelta oposición. En vano apelaron a los obispos, sacerdotes y otros dirigentes, y protestaron ante ellos. Al no recibir respuesta amistosa que les asegurase una reforma, y viendo que la apostasía se extendía constantemente y se afianzaba, empezaron a apartarse del tronco principal de la iglesia que profesaba ser cristiana.

Esta oposición a la creciente apostasía, y esta deserción de los grupos leales de la iglesia dominante, marcó el comienzo de una larga serie de protestas y conflictos que mantuvieron brillando la verdadera luz a través de la larga y oscura noche. La gran Reforma

del siglo XVI y la difusión del Evangelio que conocemos hoy, son el fruto culminante del esfuerzo de aquellos creyentes leales y sufridos a través de las luchas de mil años. Es, pues, conveniente que conozcamos a algunos de esos valientes caudillos y sus iglesias, porque ese conocimiento nos mostrará las fuerzas que culminaron en la gloriosa Reforma.

Novaciano se separa de la iglesia

El conflicto abierto, iniciado por los montanistas, continuó con Novaciano, ministro ordenado de una iglesia de la ciudad de Roma. Consideremos la secesión de los novacianos, que se realizó más o menos un siglo antes de la división aguda y general que se produjo en la cristiandad. Dice Jones:

“Mucho antes de los tiempos de los cuales tratamos ahora (370-400 de nuestra era) algunos cristianos habían visto que era su deber retirarse de la comunión de la iglesia de Roma. El primer caso que hallamos en las crónicas, si exceptuamos el de Tertuliano [el montanista] es el caso de Novaciano, quien en el año 251, fue ordenado pastor de una iglesia de la ciudad de Roma” (Guillermo Jones, *The History of the Christian Church*, cap. 3, sec. 2, pág. 180).

Como esta separación fue drástica y seguida por otros dirigentes consagrados y sus seguidores a través de los siglos, debe comprenderse claramente por qué resultaron imperativas estas separaciones. Se hace necesario, pues, reseñar en forma específica algunos de los aspectos históricos que forman el marco de nuestro estudio. Acerca del tiempo y las condiciones en que los novacianos se retiraron, Mosheim dice:

“Las apariencias empezaron a cambiar en la iglesia cristiana. El antiguo método de gobierno eclesiástico parecía subsistir en general, mientras que, con pasos imperceptibles, iba desviándose de la regla primitiva, y degenerando hacia la forma de una *monarquía religiosa*.

“Este cambio de la forma de gobierno eclesiástico no tardó en ir seguido por un séquito de vicios, que deshonraba el carácter y la autoridad de aquellos a quienes se confiaba la administración de la iglesia. Porque aunque varios continuaban dando todavía al mundo ilustres ejemplos de la piedad primitiva y la virtud cristiana, muchos se hundían en el lujo y la voluptuosidad, se hinchaban de vanidad, arrogancia y ambición, y eran poseídos por un espíritu de contención y discordia, y se aficionaban a muchos otros vicios que arrojaban un oprobio innmercido sobre la santa religión, de la cual eran indignos profesores y ministros” (*An Ecclesiastical History*, tomo 1, siglo III, págs. 258, 259).

Males que impusieron la separación

Novaciano pertenecía a los ministros que se negaban a participar de la apostasía. Su carácter, y algunos de los males que lo obligaron a separarse del cuerpo principal, son presentados así por Robinson:

Novaciano era “un hombre de extenso saber, que sostenía la misma doctrina que la iglesia, y publicó varios tratados en defensa de lo que creía. Su palabra era elocuente e insinuante y su moral irreprochable. Veía con extremo dolor la intolerable depravación de la iglesia. Los cristianos, dentro de un lapso de muy pocos años, eran acariciados por un emperador y perseguidos por el otro. En el momento de prosperidad, muchos acudían a la iglesia con motivos viles. En tiempos de adversidad negaban la fe, y corrían de vuelta a la idolatría. Cuando había pasado la tormenta, acudían de nuevo a la iglesia, con todos sus vicios, para depravar a otros con su ejemplo. Los obispos, deseosos de obtener prosélitos, estimulaban todo esto, y desviaban la atención de los cristianos de la práctica de la virtud a vanos espectáculos relacionados con la Pascua y otras ceremonias judaicas, adulteradas con paganismo. . . Al fin, Novaciano formó una iglesia y fue elegido obispo. Gran número de personas siguió su ejem-

plo, y por todo el imperio se constituyeron iglesias puritanas que florecieron durante los siguientes doscientos años. Más tarde, cuando las leyes penales los obligaron a ocultarse en rincones y adorar a Dios en privado, fueron llamados por una variedad de nombres, pero *una sucesión de estas iglesias continuó hasta la Reforma*" (Roberto Robinson, *Ecclesiastical Researches*, pág. 126. Cambridge, 1792).

Acerca de la sorprendente extensión de este cuerpo, leemos:

"Con respecto a la extensión de la iglesia cismática (novaciana), notemos, para España, a Paciano; para la Galia, la obra polémica del obispo Reticio del siglo IV; para la alta Italia, Ambrosio (De Poenitentia); para Roma, donde en el siglo V los novacianos tenían un obispo y muchas iglesias, Sócrates (*Hist. Eccl.*, V. 14, Vii, 1, 11); para Mauritania, Alejandría (donde tenían un obispo y varias iglesias), Siria, Palagonia, Frigia, Bitinia, Escitia, etc., Sócrates, Sozomeno, y Teodoreto. En Constantinopla tenían tres iglesias; y Sócrates da la lista de sus obispos, con los principales acontecimientos de su vida. En el concilio de Nicea estuvo presente el obispo novaciano Arrio. Aceptó las decisiones del concilio acerca de la fe y la controversia de la Pascua, y fue tratado con mucha consideración por el concilio, *pero el emperador no logró inducirlo* (al obispo novaciano) *ni a su partido a volver al seno de la iglesia*. Sin embargo, diez años más tarde (después del concilio de Nicea), cuando Constantino hubo cambiado hasta cierto punto sus opiniones teológicas, colocó a los novacianos con los marcionistas y valentinianos, les prohibió adorar en público, cerró sus iglesias (heréticas) y ordenó que se quemasen sus libros. Durante la controversia arriana, la relación entre los novacianos y la iglesia católica fue generalmente buena, puesto que los primeros no manifestaban inclinación hacia esa herejía. Pero apenas pasó el peligro, la iglesia católica *inició las persecuciones*. En Roma, Inocencio I cerró sus iglesias, y Celestino I les

prohibió adorar en público" (*Schaff-Herzog Encyclopedia of Religious Knowledge*, edición en tres tomos, 1889, tomo II, art. *Novatian*, pág. 1672).

Las doctrinas novacianas

Acerca de las doctrinas y la disciplina novacianas, Jones dice:

"Los sentimientos doctrinales de los novacianos parecen haber sido *muy bíblicos*, y la disciplina de sus iglesias rígida en extremo. Fueron la primera clase de cristianos que obtuvo el nombre de cátaros (puros), denominación que no parece haber sido elegida por ellos mismos, sino haberles sido aplicada por sus adversarios; de lo cual podemos razonablemente concluir que sus costumbres eran sencillas e irreprochables" (Guillermo Jones, *The History of Christian Church*, cap. 3, sec. 2, pág. 181).

Robertson añade esto:

"Sin embargo, en cuanto a las principales doctrinas del Evangelio, los novacianos eran y continuaban siendo constantemente ortodoxos, y muchos de ellos sufrieron hasta la muerte por la fe. El concilio de Nicea intentó curar el cisma por medidas conciliatorias; pero los novacianos seguían considerando el relajamiento de la disciplina de la iglesia como un obstáculo para unirse con ella, aunque fueron inducidos a tener relaciones amistosas con los católicos por la comunidad del peligro durante la ascensión del arrianismo. La secta continuó existiendo largo tiempo" (Santiago C. Robertson, *History of the Christian Church*, tomo 1, pág. 170. Londres, 1907).

En cuanto al conflicto con la disciplina de la iglesia católica, y el desafío que lanzó Novaciano a la autoridad arbitraria de la iglesia, Neandro ha escrito:

"Respecto del segundo punto de la controversia, *la idea de la iglesia*, Novaciano sostenía que, siendo la pureza y la santidad características esenciales de una ver-

dadera iglesia, toda iglesia que, descuidando el debido uso de la disciplina, tolera en su seno o vuelve a admitir en su comunión a las personas que por pecados groseros han violado su voto bautismal, deja por este mismo hecho de ser una verdadera iglesia cristiana, y pierde todos los derechos y privilegios de una verdadera iglesia. Sobre esta base, los novacianos se consideraban a sí mismos la única iglesia pura e inmaculada, se llamaban. . . los puros" (Augustus Neander, *General History of the Christian Religion and Church*, tomo 1, pág. 343. Londres, 1853).

"Por otro lado, Novaciano puso como base de su teoría la *iglesia visible como pura y santa*, y estas cualidades eran, en su opinión, las condiciones esenciales de la iglesia verdaderamente católica. La iglesia católica (universal), aunque continuada por la sucesión de obispos, deja de ser en su opinión verdaderamente católica tan pronto como se queda manchada y profanada por la comunión con hombres indignos" (*Id.*, págs. 344, 345).

Los novacianos ganaron por doquiera la confianza y la simpatía de las personas que veían el peligro y "gemían por alivio". Cuando Novaciano tuvo el valor de romper con la iglesia que profesaba ser cristiana, se inició la crisis, y millares de personas se colocaron de parte de estos reformadores. Debe recordarse que una sucesión de novacianos, bajo diferentes nombres, continuó hasta la Reforma del siglo XVI.

Los donatistas rompen con Roma

Durante la primera parte del siglo IV, se unió a los novacianos, o tal vez los siguió, otro grupo de cristianos sinceros que se separaron de la iglesia católica. Eran los donatistas, que recibieron su nombre de su jefe Donato, que había sido elegido obispo de Cartago hacia el año 306 de nuestra era. Fue en ese siglo cuando el emperador y los obispos se dieron la mano y unieron or-

gánicamente la iglesia y el estado. Acerca de este tiempo Mosheim dice:

"Un enorme séquito de diferentes supersticiones reemplazó gradualmente a la verdadera religión y la piedad genuina". "Cuando echamos una mirada a la vida y la moral de los cristianos de ese tiempo, encontramos, como anteriormente, una mezcla de bien y mal; algunos eminentes por su piedad, otros infames por sus crímenes. Sin embargo, el número de cristianos inmorales e indignos empezó a aumentar de tal manera que los ejemplos de verdadera piedad y virtud se volvieron extremadamente raros" (*An Ecclesiastical History*, tomo 1, siglo IV, págs. 355, 372).

La separación inevitable

Con semejante desvío de las altas normas de la iglesia apostólica, no es sorprendente la separación de dirigentes espirituales y sus seguidores de la iglesia dominante. Esto era inevitable. Acerca de Donato y sus seguidores, Jones dice:

"El [Donato] era un hombre de saber y elocuencia, muy ejemplar en su moral y, por lo que se deduce de varias circunstancias, resuelto a oponerse a las corrupciones crecientes de la iglesia. Los donatistas fueron, por consiguiente, un cuerpo separado de cristianos durante casi tres siglos, y en casi toda ciudad de Africa, había un obispo de esa secta y otro de los católicos. Los donatistas eran muy numerosos, pues en el año 411 se celebró una famosa conferencia en Cartago entre los católicos y los donatistas, en la cual estuvieron presentes 286 obispos católicos, y 279 de los donatistas" (Guillermo Jones, *The History of the Christian Church*, cap. 3, sec. 5, pág. 222).

Los donatistas, como los novacianos, permanecieron separados del cuerpo principal, y trabajaron incansablemente para mantener la verdadera enseñanza y la vida espiritual del pueblo de Dios. Se les unieron miles de

los fieles de todas partes del norte de Africa. Por supuesto, no carecían de imperfecciones y limitaciones pronunciadas. Deben ser estudiados y juzgados a la luz de una comparación con las apostasías y degeneraciones de la época. Como en todos los casos de los disidentes, la iglesia católica procuró exterminarlos. Subsistieron, sin embargo, hasta mediados del siglo VI. Dice Jorge Waddington:

"Los donatistas no han sido nunca acusados, con la menor sombra de verdad, de algún error de doctrina, de algún defecto de gobierno eclesiástico o disciplina, ni de depravaciones en sus prácticas morales" (*A History of the Christian from the Earliest Ages to the Reformation*, pág. 153. Nueva York).

Los protestantes valdenses

Los historiadores han logrado mucha información acerca del pueblo y los sucesos referentes a las iglesias cristianas conocidas como valdenses. Se sabe ahora que los valdenses no eran una clase aislada en una nación solamente. En su más amplia y más abarcante historia, representan, bajo diversos nombres, muchos de los grupos de cristianos que protestaban y procuraban realizar reformas desde los primeros siglos hasta la Reforma del siglo XVI, y aun durante cien años más tarde. Acerca de su antigüedad y origen, Alexis Muston dice en su obra monumental basada en fuentes fidedignas:

"Los valdenses de los Alpes son, en mi opinión, cristianos primitivos, o descendientes y representantes de la iglesia primitiva, preservados en esos valles de las corrupciones sucesivamente introducidas por la iglesia de Roma en la religión del Evangelio. No son ellos quienes se separaron del catolicismo, sino el catolicismo es el que se separó de ellos cambiando la religión primitiva" (*History of the Waldenses*, tomo 1, pág. 17, 1875).

Una notoria autoridad valdense, Guillermo S. Gilly, presenta el mismo hecho esencial en estas palabras:

"Los términos vaudois en francés, vallenses en latín, valdesi o vallesi en italiano, y waldenses en la historia eclesiástica inglesa, no significan ni más ni menos que "hombres de los valles", y como los valles del Piamonte tuvieron el honor de producir una raza que permaneció fiel a la fe introducida por los primeros misioneros que predicaron el cristianismo en aquellas regiones, los sinónimos vaudois, valdesi, y valdenses, han sido adoptados como nombres distintivos de una comunidad religiosa, fiel al credo primitivo, y libre de la corrupción de la iglesia de Roma.

"Mucho antes que la iglesia romana (esa nueva secta, como la llamó Claudio, obispo de Turín en 840), extendiese sus manos para ahogar en su abrazo a los rebaños independientes del gran pastor, los antepasados de los valdenses adoraban a Dios en las regiones montañosas del Piamonte como lo adora ahora su posteridad. Durante muchos siglos continuaron casi desconocidos" (*Waldensian Researches During a Second Visit to the Vaudois of Piedmont*, pág. 6. Londres, 1831).

Y continúa:

"Los valdenses del Piamonte no han de ser considerados como los sucesores de ciertos reformadores, que primero se iniciaron en Francia y en Italia en un tiempo en que las corrupciones de la iglesia y del sacerdocio romano se habían vuelto intolerables, sino como una raza de simples montañeses que de generación en generación continuaron y perseveraron en la fe predicada a sus antepasados, cuando fue primero cristianizado el territorio del cual forman parte sus valles. Se dará amplia prueba de esto, mientras prosigo, y sin intentar fijar el período exacto de su conversión, confío poder establecer el hecho de que esta tribu alpina abrazó el Evangelio cuando fue primero anunciado en toda su pureza, y continuó fiel a él, en medio de una apostasía casi general. No hay nada más lamentable que los errores cometidos al respecto, aun por autores protestantes" (*Id.*, págs. 8, 9).

Antiguos que protestaron contra Roma

El territorio principal o sede de los valdenses era la región de los Alpes, en el norte de Italia, y el sur de Francia. Su lugar más central parece haberse hallado en los valles del Piamonte a lo largo de las estribaciones meridionales de los Alpes. Según estas autoridades, el Evangelio había sido predicado y se habían establecido iglesias en toda esa región en los primeros siglos. De las iglesias del norte de Italia, la iglesia de Roma recibió decididas protestas. Dice Wylie:

"El país en el cual hallamos los primeros de estos protestantes es Italia. La sede de Roma, en aquellos días, abarcaba tan sólo la capital y las provincias circundantes. La diócesis de Milán, que incluía la llanura de Lombardía, los Alpes del Piamonte, y las provincias meridionales de Francia, la superaba grandemente en extensión. Es un hecho histórico que no admite duda que esta diócesis poderosa no era entonces tributaria de la sede papal. 'Los obispos de Milán', dice el papa Pelagio I (555), 'no vienen a Roma para su ordenación'" (J. A. Wylie, *The History of Protestantism*. tomo 1, págs. 18, 19. Londres, París y Nueva York).

Que había iglesias florecientes en el norte de Italia en el siglo IV es evidente, porque Ambrosio fue elegido obispo de Milán en 374 DC. Wylie hace el siguiente comentario:

"Su teología [de Ambrosio] y la de sus diócesis, no difería en sus puntos esenciales de la que sostienen los protestantes hoy. . . Rufino, de Aquileya, primer metropolitano de la diócesis de Milán, enseñaba sustancialmente la misma doctrina en el siglo V" (*Id.*, pág. 20).

Resistieron a Roma mil años

Pero los obispos de la región del Piamonte y las provincias circundantes hicieron más que negarse a ir a Roma para su ordenación.

"En el año 590, los obispos de Italia y de los Grisones (Suiza) en número de nueve, rechazaron la comunión del papa como hereje" (Dr. Allix, en *Remarks on the Ancient Churches of Piedmont*, cap. 5, pág. 32, citado por Guillermo Jones en *The History of the Christian Church*, cap. 4, sec. 1, pág. 244).

Más o menos un siglo más tarde, Paulino, obispo de Aquileya, en Italia, se opuso firmemente al dominio y las innovaciones del papado, y se le unieron otros obispos para condenar el culto de las imágenes como idolátrico.

Turín, importante ciudad que queda a corta distancia al oeste de Milán, era el centro de una importante diócesis al principio del siglo IX. Hacia el año 817, Claudio fue nombrado arzobispo de Turín por el emperador Luis. Acerca de él leemos:

"Este hombre contemplaba con espanto los furtivos avances de un poder, que, sacando los ojos de los hombres, doblegaba sus cervices a su yugo, y sus rodillas a los ídolos. Asió la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios, y la batalla que con tanta valentía sostuvo, demoró, aunque no pudo impedir, la caída de la independencia de su iglesia, y durante dos siglos más la luz continuó brillando al pie de los Alpes" (J. A. Wylie, *The History of Protestantism*, tomo 1, pág. 21).

Todo esto queda corroborado por Lawrence, el sabio ensayista, quien escribe:

"Allí dentro de los límites de Italia misma, los papas no pudieron nunca imponer su autoridad, excepto durante un intervalo desgraciado. Allí no se decía ninguna misa, no se adoraban imágenes, ni eran administrados los ritos papales por los valdenses nativos. Allí fue donde Enrique Arnaud, el héroe de los valles, redimió su país de la tiranía de los jesuitas y de Roma; y allí una iglesia cristiana fundada tal vez en la época apostólica, ha sobrevivido a las persecuciones de mil años" (Eugenio Lawrence, *Historical Studies*, pág. 199).

“Poco después del alba del cristianismo, aseveran ellos, sus antepasados abrazaron la fe de San Pablo, y practicaron los sencillos ritos y costumbres descritos por Tertuliano. Las Escrituras vinieron a ser su única guía; la misma creencia, los mismos sacramentos que mantienen hoy, los tenían en la época de Constantino y Silvestre. Relatan que, a medida que la iglesia romana crecía en poder y orgullo, sus antepasados rechazaron sus arrogancias y se negaron a someterse a su autoridad; que cuando, en el siglo IX, el uso de las imágenes fue impuesto por papas supersticiosos, ellos por lo menos nunca consintieron en hacerse ídólatras; y nunca adoraron a la Virgen, ni asistieron a una misa. . . Cuando, en el siglo XI, Roma aseveró su supremacía sobre reyes y príncipes, los valdenses fueron sus más acérrimos enemigos. Los tres valles formaron la escuela teológica de Europa. Los misioneros valdenses viajaban por Hungría y Bohemia, Francia, Inglaterra, hasta Escocia, y despertaban en el pueblo un sentido de la terrible corrupción de la iglesia. Señalaban a Roma como el anticristo, el centro de toda abominación. Enseñaban la fe pura de la época apostólica en lugar de las innovaciones de Roma. Lollard, que llevó la reforma a Wicief, era predicador de los valles; los albigenses de Provenza, en el siglo XII, eran fruto de las misiones valdenses; Alemania y Bohemia fueron reformadas por los maestros del Piamonte. Hus y Jerónimo hicieron poco más que proclamar la fe valdense; y Lutero y Calvino fueron tan sólo la posteridad necesaria de las iglesias apostólicas de los Alpes” (*Id.*, págs. 200, 201).

Junto a estas declaraciones iluminadoras puede colocarse esta frase interesante y significativa:

“En los países que estaban fuera de la jurisdicción de Roma existieron por muchos siglos grupos de cristianos que permanecieron casi enteramente libres de la corrupción papal” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 68).

Valdo —la traducción de la Biblia y la persecución

Dos siglos después de la muerte de Claudio de Turín, los valdenses fueron muy bendecidos y fortalecidos por la llegada del gran predicador y dirigente Pedro Valdo. Había sido un rico negociante de la ciudad de Lyon, Francia. Después de su conversión al cristianismo, llegó a ser un gran oponente del papado. Obtuvo la traducción del Nuevo Testamento en romance, idioma común de los pueblos del sur de Europa en aquel tiempo.

“Esta versión en romance fue la primera traducción completa del Nuevo Testamento de las Sagradas Escrituras; fue hecha. . . a más tardar en 1180, de manera que es más antigua que cualquier versión completa en alemán, francés, italiano, castellano o inglés. Esta versión se difundió ampliamente en el sur de Francia y en las ciudades de Lombardia. Era de uso común entre los valdenses del Piamonte, y constituyó indudablemente una parte no pequeña del testimonio dado a la verdad por esos montañeses, para preservarla y hacerla circular” (J. A. Wylie, *History of Protestantism*, tomo 1, pág. 29).

La Inquisición en pleno auge

La extraordinaria devoción y el ardiente celo de Valdo incitaron a los valdenses a realizar mayores actividades misioneras. Sus jóvenes viajaban por doquiera, dando a conocer a la gente la verdad del Evangelio. Durante siglos de aislamiento, sufrimiento y persecución, estos sinceros y consagrados hijos de Dios continuaron manteniendo en alto la antorcha de la luz y la verdad, para que la viesen millones que estaban en la superstición y las tinieblas. Estuvieron activos durante todos los años abarcados por Wicief, Hus y Lutero, preparando así el camino para la gran Reforma.

Incluimos aquí una cita algo extensa de las conmovedoras palabras del talentoso escritor Lawrence:

"La fábula de una cristiandad unida, que obedecía con fe piadosa al papa de Roma, no concuerda con el período al cual se la asigna comúnmente; y en el reinado de Inocencio III hasta el concilio de Constanza (1200-1414) la iglesia romana estuvo empeñada en una constante y frecuentemente dudosa disputa con los restos ampliamente difundidos del cristianismo apostólico.

"Los papas habían logrado sujetar a reyes y emperadores y los emplearon luego en aplastar al pueblo. Inocencio III incitó a Felipe de Francia a realizar una fiera cruzada contra los albigenses del sur. En medio de una matanza general de hombres, mujeres y niños, la apacible secta se hundió para no aparecer nunca más. Domingo inventó y amplió la Inquisición; y pronto, en todo país, el espectáculo de herejes entre las llamas y santos torturados deleitó los ojos del clero romano. Sobre los reyes rebeldes los papas habían blandido la amenaza de la excomunión y la deposición; al pueblo ofrecieron tan sólo la sumisión o la muerte. La Inquisición fue su remedio para las herejías apostólicas de Alemania, Inglaterra, España, una cura simple para la disidencia o la reforma. Parecía eficaz. Los albigenses fueron extirpados completamente. En las ciudades de Italia los valdenses dejaron de ser conocidos. El lolardismo se ocultó en Inglaterra; los cristianos bíblicos de todo país que se negaron a adorar a los ídolos o a la virgen, desaparecieron de la vista; la supremacía de Roma quedó asegurada sobre toda la Europa Occidental".

Resisten la tiranía de Roma

Lawrence considera luego a la iglesia alpina, en su resistencia contra la furiosa y destructora tiranía de Roma. Continúa: "Sin embargo, quedaba una mancha

sobre el hermoso nombre de la aparentemente unida cristiandad. Dentro de los límites de Italia misma existía un pueblo para el cual la misa era todavía una idolatría vana; la presencia real, una fábula papal; un pueblo que había resistido con vigor a toda innovación, y cuyos sencillos ritos y antigua fe eran más antiguos que el papado mismo. No sabemos qué olas de persecución pueden haberse lanzado contra los valles valdenses en épocas anteriores, pero parecen haberse familiarizado pronto con las crueldades de Roma. En el siglo XV los papas y los inquisidores volvieron sus malignos ojos hacia los sencillos piemonteses, y se prepararon para exterminar por el fuego y la espada a la iglesia alpina.

"Entonces empezó una guerra de cuatro siglos, la más notable de los anales de Europa. . . Durante cuatro siglos se realizó una cruzada casi incesante contra los valles aislados. Con frecuencia, las legiones papales, conducidas por los inquisidores, arrasaban el apacible panorama de Lucerna, y obligaban a los habitantes de las aldeas en llamas a ocultarse en las cuevas de las montañas, y casi a pastar con las gamuzas las hierbas silvestres de las rocas en el invierno. Con frecuencia los duques de Saboya mandaron ejércitos bien adiestrados de infantes españoles para destruir el último vestigio de civilización cristiana en San Martín o Perugia. Más de una vez, los mejores soldados y generales de Mazarino y Luis XIV persiguieron a los valdenses en sus retiros más agrestes, los mataron en las cuevas, los hicieron morir de hambre en las regiones glaciares, y desolaron los valles de San Juan hasta las laderas de Guinevert.

"Sin embargo, ese pueblo irreducible siguió negándose a renunciar a su fe. Siguió rechazando la idolatría de la misa, siguió burlándose del anticristo de Roma. En la hora de su angustia más profunda, los venerables dirigentes reunían a sus congregaciones hambrientas en alguna cueva o vallecito de los Alpes, les administraban sus ritos apostólicos, y les pre-

dicaban de nuevo el sermón de la montaña. Los salmos de David, cantados en las quejumbrosas melodías de los valdenses, repercutían por encima de las escenas de rapiña y matanza de los valles desolados; la iglesia apostólica sobrevivía indestructible, como corona de alguno de los Alpes que se elevaban hasta el cielo" (Eugenio Lawrence, *Historical Studies*, págs. 202-204).

Los paulicianos protestan contra la apostasía oriental

Y para terminar este capítulo, volveremos al siglo VII a fin de referirnos brevemente a la notable historia de los paulicianos en el territorio de la iglesia oriental.

"Mientras que el mundo cristiano, como ha sido la moda llamarlo, se hundió así en un terrible estado de superstición, en un momento en que las tinieblas parecían cubrir la tierra, 'y densa oscuridad los pueblos', es grato contemplar un rayo de luz celestial a través de la lobreguez. Hacia el año 660, se levantó una nueva secta en el Oriente bajo el nombre de los paulicianos" (Guillermo Jones, *The History of the Christian Church*, cap. 3, sec. 5, pág. 239).

El nombre de este cuerpo de cristianos celosos parece indicar que aseveraban ser seguidores del gran apóstol Pablo, y ser fieles a la instrucción contenida en sus epístolas.

Como quiera que fuese, los paulicianos parecen haber sido descendientes de aquellas iglesias establecidas en los primeros siglos de la era cristiana en la región de Armenia. Wylie dice acerca de su origen:

"Cierta oscuridad rodea su origen y se han arrojado sombras adicionales a propósito sobre él, pero un examen justo e imparcial del asunto no deja duda de que los paulicianos eran el residuo que escapó a la apostasía de la iglesia oriental, así como los valdenses son el residuo salvado de la apostasía de la iglesia occidental" (J. A. Wylie, *History of Protestantism*, tomo 1, pág. 33).

Como resultado de la controversia y la predicación de un armenio llamado Constantino, se produjeron un gran despertar y una nueva vida espiritual, valor y celo entre este pueblo cristiano durante la última parte del siglo VII. Los paulicianos realizaron una extensa empresa misionera, y conquistaron gran número de adherentes en muchos países.

Protestaban contra las inmoralidades que se permitían entre el clero y las iglesias. También se oponían a la adoración de la virgen María, de los santos y las imágenes, y a la reverencia por las así llamadas reliquias sagradas. Rechazaban el bautismo de los niños como contrario a las Escrituras.

"Del conjunto de su historia se desprende que uno de los objetivos principales de Constantino y sus hermanos, fue restaurar, hasta donde fuera posible, la profesión del cristianismo en toda su primitiva sencillez" (Guillermo Jones, *The History of the Christian Church*, cap. 3, sec. 5, pág. 239).

Pero fueron llamados herejes por los dirigentes de la iglesia oriental en cuyo territorio se hallaban, y fueron víctimas "de la más mortífera persecución que haya deshonrado jamás a la iglesia oriental". Resistieron, sin embargo, todos los edictos imperiales y los crueles castigos que les fueron infligidos. Aumentaron en número, y atravesaron grandes regiones en sus actividades misioneras. Los paulicianos forman otro de aquellos eslabones que vinculan a la iglesia cristiana primitiva con la Reforma de Wiclef, de Hus y de Lutero, que siguió en los siglos XV y XVI.

Teniendo presente este cuadro histórico de los novacianos, los donatistas, los valdenses y los paulicianos, nos hallamos ahora preparados para buscar mayores evidencias de cómo Dios dotó con el poder de su Espíritu a los hombres que eligió para encabezar la Reforma.

CAPITULO 20

LA LUZ PENETRA EN LAS TINIEBLAS

DESDE el comienzo de las protestas y las separaciones de los montanistas y los novacianos, en los siglos II y III, hasta la gran Reforma del siglo XVI, fueron muchos los hombres y mujeres piadosos que se unieron en movimiento de reforma y suscitaron grandes núcleos de cristianos fervientes a favor de su testimonio. Se destacan entre estos fervientes reformadores, como hemos visto, Montano, que vivió hacia 170 de nuestra era; Novaciano, hacia 250; Donato, hacia 305; Ambrosio hacia 374; y Constantino, los paulicianos hacia 700. Claudio, obispo de Turín, predicó en los valles del Piamonte desde 817 a 839. Pedro Valdo, el indómito caudillo de los valdenses, trabajó de 1160 a 1179. Joaquín de Italia vivió entre los años 1145 y 1201; y Wiclef, erudito y reformador de Inglaterra, entre 1320-1384. Militz, de Bohemia, se hizo conocer hacia 1364-1374; y Matías y Janow, de Bohemia, entre 1369-1415; Savonarola, de Italia, en los años 1452-1489; y Martín Lutero, de Alemania, de 1483-1546.

El Señor conocía y amaba a estas personas, aun en sus errores manifiestos. Las vindicó y las condujo por muchas providencias notables. Les dio fortaleza para soportar las innumerables persecuciones que sufrían. Hay testimonios históricos de que aún en este largo y sombrío período Dios se dio a conocer a algunos en visiones y les habló en sueños, como había prometido hacerlo por el profeta Joel, y lo confirmó por el apóstol Pedro el día de Pentecostés. Tal como en los

(240)

siglos anteriores, aparecieron hombres y mujeres de vez en cuando como maestros llamados divinamente para conducir al pueblo. Muchos fueron mencionados por los autores e historiadores cristianos.

No disponemos de información fidedigna acerca de la obra de algunos de los que llegaron así a ser portavoces de Dios. Acerca de otros, el testimonio es muy escaso, y con frecuencia, parcial y contradictorio. Lo falso iba a menudo mezclado con lo verdadero, trayendo oprobio sobre todos aquellos a quienes se atribuía el cargo de profeta o los que declaraban tenerlo. La iglesia romana no solamente restringía el ejercicio del don, sino también declaraba oficialmente que el cargo de profeta había cesado con la clausura del canon bíblico. Por esta razón, procuraba destruir los escritos de los reformadores y el testimonio concierne a ellos.

“La historia del pueblo de Dios durante los siglos de oscuridad que siguieron a la supremacía de Roma, está escrita en el cielo, aunque ocupa escaso lugar en las crónicas de la humanidad” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 66).

El don de profecía a través de los siglos

Aunque nos aferramos a nuestra convicción de que la concesión del don de profecía había de perdurar en el propósito de Dios a través de los siglos hasta el fin de la dispensación cristiana, no consideramos aconsejable emprender en este breve tratado la tarea de establecer el carácter genuino de la vocación de ésta o la otra persona al cargo de profeta. En el transcurso del tiempo, desde el siglo IV hasta el XVIII, hay pruebas que parecen bastante convincentes en un número considerable de casos de manifestaciones del don de profecía, pero consideramos imprudente introducir nombres acerca de los cuales podría haber alguna duda legítima que oscureciera el principio mayor que estamos procurando establecer.

Nos conformaremos, por lo tanto, con reafirmar primero nuestra creencia en que durante todas las tinieblas de este período oscuro, la luz del cielo resplandeció aquí y allá, no sólo por las Escrituras mismas, sino también por el medio escogido por Dios para comunicarse con sus portavoces mediante el don de profecía; y en segundo lugar, con presentar testimonios de un carácter general en favor de esa convicción.

La manera en que Dios ha tratado con sus mensajeros de luz en cada generación, resalta en estas palabras:

"En cada generación Dios envió siervos suyos para reprobar el pecado tanto en el mundo como en la iglesia. Pero los hombres desean que se les digan cosas agradables, y no gustan de la verdad clara y pura. Muchos reformadores, al principiar su obra, resolvieron proceder con gran prudencia al atacar los pecados de la iglesia y de la nación. Esperaban que mediante el ejemplo de una vida cristiana y pura, llevarían de nuevo al pueblo a las doctrinas de la Biblia. Pero el Espíritu de Dios vino sobre ellos como había venido sobre Elías, impeliéndole a censurar los pecados de un rey malvado y de un pueblo apóstata; no pudieron dejar de proclamar las declaraciones terminantes de la Biblia que habían titubeado en presentar. Se vieron forzados a declarar diligentemente la verdad y señalar los peligros que amenazaban a las almas. Sin temer las consecuencias, pronunciaban las palabras que el Señor les ponía en la boca, y el pueblo se veía constreñido a oír la amonestación" (*Id.*, pág. 664).

En los tiempos anteriores a la Reforma

A medida que nos acercamos a la gran Reforma del siglo XVI, encontramos movimientos preparatorios que brotan en muchas partes del mundo. Fueron encabezados por cristianos celosos que tenían una visión

clara del cristianismo primitivo, y que se alarmaban por el estado caído de la iglesia católica.

"En los diferentes países de Europa hubo hombres que se sintieron impulsados por el Espíritu de Dios a buscar la verdad como un tesoro escondido, y que, siendo guiados providencialmente hacia las Santas Escrituras, estudiaron las sagradas páginas con el más profundo interés. Deseaban adquirir la luz a cualquier costo. Aunque no lo veían todo con claridad, pudieron discernir muchas verdades que hacía tiempo yacían sepultadas. Iban como mensajeros enviados del Cielo, rompiendo las ligaduras del error y la superstición, y exhortando a los que por tanto tiempo habían permanecido esclavos, a que se levantaran y afirmaran su libertad" (*Id.*, pág. 85).

Las cosas insólitas que experimentaron estos dirigentes los indujeron a creer que Dios les hablaba y les imponía la responsabilidad de proclamar la necesidad de un gran reavivamiento y reforma espirituales. Un movimiento tal empezó en Inglaterra durante el siglo XIV.

De todos los que dedicaron su vida a sacar a la familia humana de las tinieblas, la superstición y crueldad de la "media noche del mundo", ninguno contribuyó tal vez más a ello que Juan Wiclef, de Inglaterra. Nació en Yorkshire, en el año 1320, y murió apaciblemente en su rectoría el último día de diciembre de 1384. Wylie, uno de los más amenos historiadores de los comienzos, progresos y triunfos del protestantismo, dejó escrita esta notable declaración acerca de Wiclef. Dice:

"Wiclef se destaca entre todos los hombres de la cristiandad, con características inconfundibles. Aparece repentinamente en una edad sombría, y resalta frente a ella con una luz que no recibe prestada de las escuelas, ni de los doctores de la iglesia, sino de la Biblia. Vino predicando un plan de reinstitución y reforma tan abarcante que ningún reformador ha podido añá-

dirle un solo principio esencial. Por estos sólidos motivos tiene derecho a ser considerado como el padre de la Reforma. Con su aparición terminó la noche de la cristiandad, y amaneció el día que desde entonces ha continuado brillando siempre más" (*The History of Protestantism*, tomo 1, pág. 124).

La obra señalada por Dios a Wiclef

Acerca de la obra de reforma de Wiclef, la Sra. E. G. de White hace esta significativa declaración:

"Dios le había señalado a Wiclef su obra. Puso en su boca la palabra de verdad y colocó una custodia en derredor suyo para que esa misma verdad llegara a oídos del pueblo. Su vida fue protegida, y su obra continuada hasta ser echados los cimientos para la grandiosa obra de la Reforma.

"Wiclef surgió de entre las tinieblas de los tiempos de ignorancia y superstición. Nadie había trabajado antes de él en una obra que dejara un molde al que Wiclef pudiera atenerse. Suscitado como Juan el Bautista para una misión especial, fue el heraldo de una nueva era. Con todo, en el sistema de verdad que presentó hubo tal unidad y perfección que no pudieron superarlo los reformadores que lo siguieron, y algunos de ellos no lo igualaron siquiera, ni aun cien años más tarde. Echó cimientos tan hondos y amplios, y dejó una estructura tan exacta y firme que no necesitaron hacer modificaciones los que le sucedieron en la causa" (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 100).

Mientras que la Reforma avanzaba en Inglaterra durante el tiempo de Wiclef, brotaron también semillas de reforma en Bohemia. Acerca de los comienzos de la obra allí, dice Neandro:

"El gran movimiento de reforma de Bohemia se remonta a Militz, el hombre que le dio el primer impulso. Vemos que su influencia continúa todavía operando mediante sus discípulos, Matías de Janow y Juan

Hus" (*General History of the Christian, Religion and Church*, tomo 9, parte 1, pág. 250, párr. 1. Londres 1858).

El caso de estos primeros reformadores se resume así:

"Antes de los tiempos de Hus hubo en Bohemia hombres que se levantaron para condenar abiertamente la corrupción de la iglesia y el libertinaje de las masas. Sus trabajos despertaron interés general y también los temores del clero, el cual inició una encarnizada persecución contra aquellos discípulos del Evangelio" (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 104).

Roma había decretado que la luz de la Palabra de Dios fuera extinguida, y prohibía que se celebrara el culto en idioma bohemio. En la capilla de Belén, en Praga, Juan Hus denunció sin vacilación éste y otros males, y apeló a la Palabra de Dios para dar vigor a los principios de verdad y pureza Otro ciudadano de Praga, Jerónimo, hizo una visita a Inglaterra y trajo consigo los escritos de Wiclef. Estos ejercieron profunda influencia sobre la obra de Hus y Jerónimo cuando éstos, más tarde, se asociaron íntimamente en la obra de reforma, en cuya defensa ambos entregaron la vida en las llamas de la persecución romana.

El propósito y el método de Dios

Acerca de su obra, el propósito y el método de Dios quedan revelados en estas palabras:

"Si bien es verdad que Dios se dignó iluminar a éstos sus siervos, derramando sobre ellos raudales de luz que les revelaron muchos de los errores de Roma, también lo es que ellos no recibieron toda la luz que debía ser comunicada al mundo. Por medio de estos hombres, Dios sacaba a sus hijos de las tinieblas del romanismo; pero tenían que arrostrar muchos y muy grandes obstáculos, y él los conducía por la mano paso a paso según lo permitían las fuerzas de ellos. No esta-

ban preparados para recibir de pronto la luz en su plenitud. Ella los habría hecho retroceder como habrían retrocedido, con la vista herida, los que, acostumbrados a la oscuridad, recibieran la luz del mediodía. Por consiguiente, Dios reveló su luz a los guías de su pueblo poco a poco, como podía recibirla este último" (*Id.*, pág. 110).

Que éste fue el método por el cual Dios trató con los dirigentes que escogiera en otras generaciones queda claro por la siguiente frase:

"De siglo en siglo otros fieles obreros seguirían conduciendo a las masas y avanzando más cada vez en el camino de la Reforma" (*Ibid.*).

Es fácil deducir de estas inspiradas declaraciones que no podemos ser demasiado exigentes con respecto a los reformadores y esperar o requerir de ellos que tuvieran o impartieran toda la luz que tenemos ahora en la plena manifestación de la obra del Evangelio. Dios ha empleado muchas veces, para satisfacer las exigencias del período en que ellos vivían, a hombres que tal vez no tenían un pleno conocimiento de la verdad como lo tenemos ahora.

CAPITULO 21

LA REFORMA Y EL PERIODO ULTERIOR

EL SIGLO XVI, al cual hemos llegado en este estudio, presenció la gran Reforma protestante. Esta fue una de las más profundas revoluciones espirituales de la historia del mundo. Se produjo de acuerdo con el propósito y el poder de Dios. Durante siglos, sus providencias habían creado y reunido las condiciones, los factores y las fuerzas, que, cuando sonó la hora, produjeron esta asombrosa revolución con aparente carácter repentino.

Un linaje ininterrumpido de reformadores

Cuando la apostasía se hubo desarrollado hasta producir la unión de la iglesia y el estado, hubo protestas y separaciones de caudillos e iglesias leales, que ya hemos reseñado en capítulos anteriores. Lo atestiguan los casos de Montano, Novaciano, Donato, los paulicianos, Constantino de Armenia, Claudio de Turín, los albigenses, los valdenses, Valdo, Wiclef de Inglaterra, Hus y Jerónimo de Bohemia. En el punto culminante aparecen también Lutero, Melanchton, Zwinglio y muchos colaboradores. En ninguna época de aquellos quince siglos estuvo el Redentor de los hombres privado de verdaderos testigos del poder salvador del Evangelio. Estos testigos fueron enviados por él de muchas maneras en preparación para la obra poderosa que realizaron Lutero y otros hombres fieles que habían sido suscitados para esa hora.

Una persona que ha hecho un estudio especial de estos tiempos trágicos, da un testimonio convincente en estas palabras significativas:

"Aunque sumida la tierra en tinieblas durante el largo período de la supremacía papal, la luz de la verdad no pudo apagarse por completo. En todas las edades hubo testigos de Dios, hombres que conservaron su fe en Cristo como único mediador entre Dios y los hombres, que reconocían la Biblia como única regla de su vida y santificaban el verdadero día de reposo. Nunca sabrá la posteridad cuánto debe el mundo a esos hombres. Se los marcaba como a herejes, los móviles que los inspiraban eran impugnados, su carácter difamado y sus escritos prohibidos, adulterados o mutilados. Sin embargo, permanecieron firmes, y de siglo en siglo conservaron pura su fe, como herencia sagrada para las generaciones futuras" (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 66).

Un estudio cuidadoso de la vida íntegra, la sana enseñanza, la segura dirección, el espíritu de sacrificio, de personajes tan destacados, tiene que convencer profundamente a los que creen en la influencia providencial en la vida, de que en todos sus caminos, Dios estaba haciendo con estos representantes mucho más de lo que ellos mismos comprendían.

La dirección por el Espíritu

Nos es imposible saber y declarar exactamente qué medida de iluminación espiritual recibieron. Por lo que conocemos de las limitaciones y ceguera de la mente humana, no podemos concebir cómo estos dirigentes podrían haber visto, comprender y actuar tan perfectamente como lo hicieron sin la dirección especial del Espíritu Santo. La perversión, las tinieblas y la corrupción eran universales. Muchos de los dirigentes espirituales de la época creían sinceramente que el Señor se les daba a conocer en visiones y les hablaba en sueños.

Muchos de los siervos y mensajeros de Dios en los tiempos del Antiguo Testamento experimentaron cosas

similares. El llamamiento de Abrahán a la tierra de Canaán, su viaje a Egipto y su regreso de ese país, el extraño caso que le sucedió con Abimelec, rey de Gerar, y muchos otros incidentes providenciales deben haber estado llenos de misterio para él. No podían ser comprendidos por sí solos. Pero eran comprensibles cuando se consideraban en conjunto en el propósito central de Dios de establecer una nación modelo en este mundo arruinado.

Pero Abrahán creía en Dios aunque no podía entender el significado de estos incidentes aislados que le sucedían uno tras otro. Sabía que Dios le había hablado. Obedeció y cooperó pronta y plenamente en la ejecución del propósito divino. No escribió profecías, no realizó milagros. Cometió algunos errores. Sin embargo, el Señor dijo acerca de Abrahán: "Es profeta" (Gen. 20: 7).

Así también sucedió con los dirigentes espirituales de generaciones sucesivas. Fueron llamados hombres de Dios, videntes, profetas. El servicio breve y aparentemente trivial que prestaron algunos de ellos no nos induciría a contarlos como profetas, a no ser por la declaración directa de la Palabra de Dios. Evidentemente, recibieron del Señor comunicaciones que no se mencionan. Se les dieron mensajes que los indujeron a cumplir el propósito de Dios en el Evangelio. No todos fueron llamados a predecir acontecimientos, o a realizar milagros. A ellos les fueron revelados los propósitos de Dios desconocidos para otros. Su misión consistió en proclamar estos mensajes a sus semejantes.

Juan el Bautista fue traído al mundo para dar un nuevo mensaje a la familia humana: para pregonar el advenimiento del Hijo de Dios. El reconoció el propósito de Dios, comprendió la misión de su misma existencia, y la cumplió exactamente como Dios la había planeado. Tal es la verdadera grandeza según la estima de Dios. El Salvador declaró que no hubo mayor profeta que Juan.

La gran Reforma era parte del propósito y el plan de Dios. Permitió que se produjera la apostasía, pero no dejó que se eclipsara para siempre y por completo la luz de su glorioso Evangelio. No se dejó que su luz no brillara más, que la familia humana acabara en las tinieblas de la media noche espiritual. Por lo tanto, en tiempo y manera adecuados visitó a los hombres, les habló, iluminó sus mentes, les dio mensajes que debían dar a sus semejantes, los inspiró a cumplir sus propósitos y planes. A principios del siglo XVI fue suscitada una gloriosa pléyade de tales mensajeros. Dice Wylie:

“Una cosa ha llamado la atención de todos los que han estudiado con inteligencia y reverencia la época de la cual hablamos, y es que en ella aparecieron simultáneamente tantos hombres de gran carácter y del más alto intelecto. Ninguna otra época puede mostrarnos semejante galaxia de nombres ilustres” (*The History of Protestantism*, tomo 1, libro 8, cap. 1, pág. 410).

Todos los grandes reformadores edificaron sobre el mismo fundamento. Todos recalcaron los grandes principios fundamentales: *Cristo, el Espíritu, la Palabra, la ley y el Evangelio*, según las Escrituras.

La historia de los tiempos que siguieron a la Reforma evidencia la misma necesidad imperativa de conductores inspirados que habían existido en los siglos anteriores a ella. La Reforma no brotó ni se acabó en un día. Los grandes acontecimientos que se verificaron entre el momento en que Lutero clavó su tesis en la puerta de la iglesia de Wittemberg en 1517, y la firma de la confesión de Augsburgo en 1530, fueron la culminación, la consumación de siglos de estudio, predicación, persecución y martirio de hombres piadosos. La conservación de lo que se había ganado, y su desarrollo más completo, requirieron la misma clase de hombres que, bajo la dirección inspirada de Dios, produjeron el nacimiento de la Reforma.

Hombres divinamente preparados para las crisis

Hubo el mismo esfuerzo denodado para aplastar la Reforma como hubo para impedir que naciera. Prohibiciones, apercibimientos, excomuniones, entredichos, encarcelamientos, ahorcamientos y hogueras fueron elementos empleados de continuo durante tanto tiempo y con tanto vigor como fue posible donde quiera que hubo reformadores. Durante más de un siglo se necesitaron hombres de visión clara, de dirección divina, y valor indómito.

Hombres tales y en gran número fueron suscitados por el Señor en Alemania, Italia, Suiza, Bohemia, y en todas las naciones donde se arraigó la Reforma.

Por la Providencia divina, los príncipes de Alemania fueron completamente ganados para la Reforma, y fueron inducidos en un momento crítico a firmar la confesión de la fe protestante, declarando así su convicción y su propósito ante la Dieta de Augsburgo y, por ella, ante toda la cristiandad. Así el Señor, que preveía los peligros, había hecho preparativos completos para que pudieran ser arrojados. ¡Qué gozo habría llenado el corazón de los precursores del movimiento reformador si hubiesen podido prever todo lo que sucedió en esa Dieta!

Este gran triunfo de los reformadores, y de los príncipes alemanes, fue una sorpresa profunda para el emperador, y la iglesia dominante. Los llenó de grave aprensión acerca del futuro de ese extraño movimiento. En tres pruebas: la Dieta de Worms, en 1521; la Dieta de Spira, en 1526; y la Dieta de Augsburgo, en 1530; esa poderosa jerarquía fracasó completamente en lograr el objetivo por el cual se había convocado esos tres formidables concilios: a saber, librar al mundo de los llamados herejes, y acabar con la agitación.

Pero Roma no reconoció nunca la derrota; nunca abandonó la lucha.

Es conveniente repetir que los reformadores tuvieron, durante los años que siguieron a la Reforma, tan grande necesidad de la presencia divina, de la dirección e instrucción del Espíritu Santo, como los jefes anteriores a la Reforma. Diversos autores e historiadores cristianos han declarado con fiabilidad que el don de profecía apareció entre ellos en diversos tiempos y lugares.

Sus rastros entre los hugonotes

Mientras examinamos los anales de los siglos XVIII y XIX, los descendientes de los primeros hugonotes que fueron perseguidos en Francia sacan a luz las valientes hazañas de éstos. Notamos cómo se renueva el espíritu de Juan Hus en la iglesia morava, a la par que se produce el gran despertar metodista con los Wesley. En estos notables movimientos evangélicos buscamos naturalmente a los hombres y mujeres por medio de quienes Dios podía revelarse especialmente, y no somos chasqueados.

El origen del nombre "hugonote" es un tanto incierto. Pero se emplea para designar a los protestantes de Francia a partir del principio del siglo XVI.

La reforma protestante se inició hacia el tiempo en que Lutero principió su obra de reforma en Alemania. A fin de reconocer el debido marco dentro del cual podremos rastrear las manifestaciones proféticas ulteriores, volvamos a los comienzos de este siglo XVI.

En el año 1512, Jacobo Faber publicó un volumen sobre la doctrina de la justicia por la fe, opuesta a la justicia por las obras. Ocho años más tarde, en 1520, apareció su traducción francesa del Nuevo Testamento, que permitió poner esa porción de la Palabra de Dios en los hogares del pueblo común, en un lenguaje que éste podía comprender. Como resultado hubo muchas conversiones a la nueva enseñanza. Sin dilación, el papado inició las persecuciones. Ya en 1525, cinco mártires

protestantes fueron quemados en la hoguera. Fueron los primeros de muchos miles que sufrieron el martirio durante los dos siglos siguientes.

El poder transformador de la influencia hugonote

En enero de 1535 se promulgó un edicto que ordenaba el exterminio de todos estos "herejes" de la Reforma. Aunque muchos de estos protestantes piadosos salieron de Francia y se fueron a otros países, muchos permanecieron para mantener en alto la antorcha de la verdad. La Reforma sobrevivió y creció a pesar de las persecuciones. En verdad, antes del fin del siglo se pudo decir que los protestantes o hugonotes formaban una décima parte de la población de Francia.

Describiendo la transformación que siguió a esa ascensión de los hugonotes, Lawrence habla de la ciudad de Meaux, donde fue publicado el Nuevo Testamento:

"Una rápida y piadosa transformación se produjo en la atareada ciudad. No se pronunciaban palabras profanas, ni se oían groserías ni obscenidades. Desaparecieron la embriaguez y el desorden; el vicio se ocultó en el monasterio o en el claustro. En todas las fábricas se leían los evangelios como un mensaje de lo alto, y la voz de la oración y del agradecimiento se mezclaban con el fragor de la lanzadera y del martillo sobre el yunque. Los rudos y ruidosos artesanos se convirtieron en creyentes refinados y gentiles, que buscaban siempre lo puro y verdadero; y el repentino impulso hacia una vida superior despertado en Meaux por las enseñanzas de Farel y Lefevre conmovió, como un estímulo eléctrico, toda porción de la enferma y decadente Francia. Parecía cercano un momento de regeneración, una época de progreso admirable" (Eugenio Lawrence, *Historical Studies*, págs. 250, 251).

Por contraste, describe el mismo autor gráficamente otro cuadro:

“Empezó entonces una notable contienda entre la iglesia romana y la Biblia, entre los impresores y los papas. Durante muchos siglos las Escrituras habían estado ocultas en un lenguaje muerto, escondidas del ojo público por los anatemas de los sacerdotes, y en forma manuscrita tan costosa que sólo era accesible para los pudientes. Una Biblia costaba tanto como un gran dominio de tierra, y a duras penas podían comprar un solo ejemplar las mayores universidades y los monasterios más ricos. Su lenguaje y sus doctrinas habían sido olvidadas desde hacía mucho tiempo por el pueblo, y en su lugar se había alimentado el intelecto de la Edad Media con extravagantes leyendas religiosas y fábulas de personas inescrupulosas. Los prodigios realizados por una imagen favorita, las virtudes de las reliquias, los sueños de un abate exaltado o de un monje fanático, habían suplantado a las sencillas enseñanzas de Pedro y la narración de Lucas. Los hombres veían delante de sí tan sólo la imponente estructura de la iglesia, que aseveraba tener la supremacía sobre las conciencias y la razón, perdonar pecados y determinar doctrinas” (*Id.*, págs. 254, 255).

Interés de los hugonotes en la profecía

El 13 de abril de 1598 se promulgó lo que se conoce como el edicto de Nantes, un edicto de libertad religiosa y política. Pero este edicto nunca fue respetado. Continuaron las persecuciones hasta la revocación de aquel edicto, el 18 de octubre de 1685. Terribles fueron las cosas que sufrieron los protestantes después de esa revocación. Todo esto contribuye a formar el marco que nos permite rastrear el verdadero don de profecía.

En su relato de las cosas que sucedieron en relación con el don de profecía, y que son de profundo interés, dice Baird:

“Los hugonotes que quedaron en Francia durante los últimos años del siglo XVII pasaron por el más sorprendente cambio de fortuna. Su rey los despojó del privilegio de profesar la religión que amaban ardentemente. . . Su culto público, la lectura de las Escrituras, las formas familiares de la liturgia calvinista, y los no menos familiares salmos de Clément Marot y Teodoro Beza, quedaron acallados. Sus dirigentes espirituales estaban en el destierro. Sus templos, o edificios sagrados, desde un extremo de Francia al otro, habían sido arrasados; las ruinas los rodeaban y les recordaban diariamente las horas más felices del pasado, cada vez que caminaban por la aldea o el suburbio. Su pesar se hacía más trágico en el caso de muchos por las repressions de una conciencia culpable.

“Había hombres y mujeres que no podían perdonarse el hecho de que en un momento de debilidad, bajo la presión de una persecución que nos es difícil estimar, habían llegado a profesar otra religión con absoluta falta de sinceridad. A los tales no llegaba ninguna palabra de exhortación al arrepentimiento o de consuelo de parte de hombre o mujer, excepto posiblemente de algún laico oculto en secreto refugio. Los libros de devoción y particularmente la Biblia, eran todo lo que quedaba; y de la Biblia las porciones que aparecían más apropiadas a su condición, y las que se leían con más avidez, eran las que tratan del *misterioso reino de la profecía* y que bajo términos figurados ofrecen promesas del futuro derrocamiento de los impíos y del triunfo final de la causa de los oprimidos” (Enrique M. Baird, *The Huguenots and the Revocation of the Edict of Nantes*, tomo 2, pág. 180. Nueva York, 1895).

Este autor, después de relatar ciertas manifestaciones sobrenaturales nos lleva al punto que investigamos:

“Más importante. . . y al mismo tiempo más permanente y de mucho más influencia íntima sobre los intereses del protestantismo en sus grandes esfuerzos pa-

ra entrar en una nueva vida, fue la aparición en la parte sudeste de Francia, de un número de personas ex adherentes a la fe reformada, *que aseveraban poseer un extraordinario don de profecía del cielo*. El origen del movimiento es oscuro e incierto”.

“Un protestante, M. Caladon, de Aulas, cuyas palabras son tanto más interesantes por cuanto su relato lleva el sello de una imparcialidad inusitada, se expresa en términos muy similares: ‘He visto gran número de estas personas inspiradas —observa él— de toda edad y de ambos sexos. Eran todas personas sin malicia, en quienes no percibía nada que pudiese sospechar ser de invención suya. Hacían muy hermosas exhortaciones, hablando en francés durante la *revelación*, algunos mejor, otros peor. Debe observarse que es tan difícil para los campesinos de aquellas regiones dar un discurso en francés como lo sería para un francés que acabase de desembarcar en Inglaterra hablar inglés” (*Id.*, págs. 183, 187, 188).

El efecto saludable de la manifestación de la profecía es luego recalcado por este autor. Debe notarse su efecto sobre “la débil llama del protestantismo”.

“El efecto inmediato de la manifestación de la profecía fue una *vivificación de la vida religiosa*. Las masas que dormían fueron sorprendidas y despertadas de su sopor por el rumor y por la vista de un movimiento extraño e incomprensible. . . Habiendo desaparecido un ministerio ordenado, *los profetas creían haber sido levantados por un llamamiento extraordinario*, aunque laicos, a llenar el vacío y cumplir muchas de las funciones de los anteriores pastores. . . *Mantuvieron viva la débil llama del protestantismo* en la región de los Cevenes, en un tiempo cuando parecía a punto de apagarse” (*Id.*, pág. 190).

Es muy significativo que los católicos romanos adversarios de los hugonotes no nieguen los hechos de los cuales ellos mismos fueron testigos muchas veces; tan sólo atribuyen los fenómenos a Satanás.

No sugerimos que todos los incidentes relatados acerca de los hugonotes se hayan de explicar como manifestaciones del espíritu de profecía. Sería de veras extraño, si juntamente con el natural ejercicio del don no hubiese habido también muchos casos de fraude o fanatismo, puesto que ésta es la manera como Satanás siempre obra. Pero parece evidente para el espíritu imparcial que hubo manifestaciones genuinas del don por medio del cual hombres y mujeres son llamados y dirigidos por Dios mismo.

CAPITULO 22

SE ACERCA LA GRAN CONSUMACION

HEMOS rastreado evidencias del don de profecía a través de casi seis mil años. Los primeros cuatro mil años de este largo período son abarcados por el relato bíblico. Durante la última mitad de este tiempo fue escrita la Biblia misma por bien reconocidos profetas y apóstoles-profetas. En base de sus escritos inspirados hemos hecho una reseña de las manifestaciones del don de profecía desde el tiempo en que fue concedido a Adán hasta el tiempo del apóstol Juan, que fue uno de los mayores profetas. Su muerte cierra los anales bíblicos referentes a este don misericordioso.

Para informarnos acerca de la manifestación del don de profecía desde los tiempos apostólicos, nos hemos visto obligados a investigar la historia de la iglesia cristiana en su marcha a través de los siglos. Después de examinar la de este período, hemos resumido nuestros hallazgos. En los escritos de hombres piadosos que vivieron en los primeros siglos de la era cristiana hallamos testimonios convincentes de que el don de profecía, juntamente con otros dones espirituales impartidos a la iglesia por nuestro Señor, continuaron en la iglesia por lo menos durante dos siglos después de la muerte de los apóstoles. Estos registros indican también clara e inequívocamente la tragedia de un apartamiento gradual, pero constante, de las altas normas espirituales de la iglesia apostólica. A mediados del siglo IV esta apostasía, predicha por el apóstol Pablo,

(258)

había llegado a ser tan grave que la iglesia había perdido en un grado considerable estos preciosos dones espirituales.

Hemos tomado debida nota de varios grupos de seguidores leales de Cristo que oportunamente protestaron y se separaron de la iglesia dominante. Hemos recalcado que ciertos grupos extraños, fanáticos y hereéticos no deben confundirse con estos defensores de la verdad que formaron nuevas entidades eclesiásticas, con nuevos nombres. Estas separaciones han continuado a través de los siglos hasta el tiempo actual. Entre ciertos grupos de estos separatistas es donde hemos encontrado mucha de la evidencia de los dones espirituales concedidos por el beneplácito del Dador divino.

El siglo XIX inicia una nueva era

Tan profundos han sido los cambios habidos en nuestro mundo desde aquel tiempo, que los estudiantes de la historia lo reconocen casi universalmente como comienzo de una nueva era. No sólo en las esferas política, económica y social, sino en el mundo religioso, se han visto tremendas revoluciones y abarcentes cambios. Para el estudiante de la profecía, todas estas tendencias de los tiempos modernos son peculiarmente significativas, porque caracterizan un período incomparable en la historia humana y en la provisión divina, y estaban todas predichas por numerosos escritores de la Biblia.

El profeta Daniel nos ha dado una notable serie de bosquejos anticipados de la historia secular y religiosa a través de los siglos, de cosas predichas en la providencia de Dios y que culminan cada una por separado en la terminación de la historia humana y el comienzo del reino eterno de Cristo. En el último capítulo de su libro se encuentran las palabras de un ángel del cielo que revela al profeta ciertos acontecimientos íntimamente relacionados con el inminente regreso de Cristo. Dice:

"En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad. Pero tú Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta *el tiempo del fin*. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará".

"El respondió: Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin".

"Y tú irás hasta el fin, y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad *al fin de los días*" (Dan. 12: 1-4, 9, 13).

Marcas identificadores de los últimos días

Estas son frases de significado solemne para los habitantes de la tierra: "el tiempo del fin", "al fin", "el fin de los días".

Debe observarse que "el tiempo del fin", mencionado dos veces aquí, no se ha de confundir con el "fin del tiempo". Es más bien un período de preparación para el momento culminante llamado "el fin". En el período llamado aquí "tiempo del fin", habrá condiciones y sucesos en la tierra que prepararán o introducirán "el fin". Muchos cristianos piadosos creen que estamos viviendo ahora en esta época portentosa, y que se inició hace poco más de un siglo. Se ve lo acertado de esta conclusión cuando se comparan las características de nuestra época con las declaraciones de los autores inspirados de la profecía.

Es evidente que hemos llegado a los "tiempos peligrosos" predichos por el apóstol Pablo, como señal de "los postreros días", en que se verían graves pecados no sólo en un mundo enloquecido por los placeres, sino entre aquellos que tienen "apariencia de piedad". (Véase 2 Tim. 3: 1-5.)

En el creciente abandono de algunas de las verdades cristianas fundamentales de parte de las iglesias populares, cuán sorprendentemente vemos el cumplimiento de la expresa declaración del Espíritu de que "en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios" (1 Tim. 4: 1).

La lucha de clases que está afligiendo profundamente a los estadistas del mundo hoy, está gráficamente descrita en el libro de Santiago, en un pasaje breve, pero notable, que predice la miseria de los ricos que han amontonado tesoros para "los postreros días". (Véase Sant. 5: 1-8.)

Este "tiempo del fin" está caracterizado por una gran ansiedad nacional e internacional, que ha de aumentar hasta llegar a ser un "*tiempo de angustia* cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces" (Dan. 12: 1).

Señales de la venida de Cristo

Entre las muchas señales sorprendentes de la venida de Cristo que han de presenciar los que vivan en la tierra en este período portentoso que precede al acontecimiento, están las siguientes, predichas por el maestro mismo:

"Entonces les dijo: Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá grandes terremotos, y en diferentes lugares hambres y pestilencias, y habrá terror y grandes señales del cielo".

"Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, con-

fundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas" (Luc. 21: 10, 11, 25, 26).

Durante este tiempo han de cumplirse las profecías de los siete sellos y de las siete trompetas, que se describen en el libro del Apocalipsis. Acerca de la apertura del sexto sello se dice:

"Miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre; y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento. Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar" (Apoc. 6: 12-14).

Después de delinear las grandes guerras que señalarían el derrocamiento de Roma y las conquistas de los sarracenos y turcos, incluidas en los símbolos de las seis primeras trompetas, el revelador declara que se ha de proclamar un mensaje que afirme que:

"El tiempo no sería más, sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas" (Apoc. 10: 6, 7).

Terminan los períodos proféticos de tiempo

El período al cual aludimos aquí, "el tiempo del fin", es también digno de notarse, porque señala la terminación de los dos períodos más largos de las profecías bíblicas. El primero de éstos es mencionado por Daniel y por Juan. Nos es indicado de diversas maneras, pero es idéntico: "tiempo, y tiempos, y medio tiempo" (Dan. 7: 25); "tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo" (Dan. 12: 7); "mil doscientos sesenta días" (Apoc. 12: 6); "un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo" (Apoc. 12: 14); "cuarenta y dos meses" (Apoc. 13: 5).

La base sobre la cual se calcula este período profético entraña, por supuesto, la regla reconocida de que "el día" profético representa un año literal. Esto fue claramente indicado por un profeta contemporáneo de Daniel. (Véase Ezequiel 4: 6.)

Un estudio de las declaraciones concernientes a este período profético de 1260 años demuestra que es el tiempo durante el cual el poder representado por el cuerno pequeño de la cuarta bestia (Dan. 7: 8) había de ejercer la supremacía, especialmente como potencia perseguidora de los santos de Dios, que serían entregados en su mano por este período especificado (vers. 25). En el capítulo 12 de Apocalipsis, se nos presenta a la iglesia bajo el símbolo de una mujer, huyendo de la ira del dragón (Satanás). En el capítulo siguiente, se nos dice que la bestia perseguidora habría de tener poder "cuarenta y dos meses" (Apoc. 12: 6; 13: 5).

Los comentaristas protestantes entienden generalmente que "el cuerno pequeño" de Daniel 7 y la bestia semejante a un leopardo de Apocalipsis 13, simbolizan en forma sorprendente el nacimiento y la obra del papado, durante el período de su dominación.

Comienzo y fin de la supremacía civil

Para determinar las fechas del comienzo y fin de los 1260 años de supremacía concedidos a Roma en la profecía, debemos buscar acontecimientos que señalen el comienzo y el fin de su unión con el gobierno civil, primero con el imperio romano, y más tarde con aquellos reinos de Europa que siguieron a Roma. La fecha aceptada como principio de este período es el año 538 de nuestra era, porque marca la culminación de una serie de acontecimientos que llevaron a la unión de la iglesia y el estado, al liberarse Roma del peligro arriano, y que la dejaron dueña de Europa. Justiniano, el emperador romano, habiendo reconocido personal-

mente al obispo de Roma como cabeza de todas las iglesias, había usado en realidad las armas del imperio para derribar las últimas potencias consideradas por el obispo de Roma como contrarias a la ortodoxia por sus creencias arrianas. La fecha 1798, exactamente 1260 años más tarde, señala sorprendentemente el fin de otra serie de acontecimientos que eliminaron tan completamente al papado del gobierno civil de Europa, que en aquel año su cabeza eclesiástica fue llevada cautiva por el ejército francés y sacada de Roma prisionera.

Esta terminación del período de dominación papal fue señalada por el incremento de la libertad civil y religiosa, que dio como resultado un gran programa misionero, cuya ejecución en sí misma es un cumplimiento de las palabras de Jesús: "Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin" (Mat. 24: 14).

El segundo gran período profético que termina en este "tiempo del fin" se halla en Daniel 8: 14, donde leemos que "hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado". La evidencia de que la purificación del santuario se refiere a la obra de juicio realizada en el cielo, y que este largo período profético empezó en el año 457 AC, y terminó en 1844, será dada en capítulos ulteriores. Basta decir aquí que el fin de este período queda señalado por los comienzos de un gran movimiento en la tierra, tanto como por la entrada de nuestro gran Sumo Sacerdote en la fase final de su ministerio en el gran santuario real del cielo.

En este "tiempo del fin" es cuando ha de ser proclamado en todas partes de la tierra el gran triple mensaje de Apocalipsis 14: 6-14, con su solemne anuncio de que ha llegado el momento de la hora del juicio de Dios, y que ha caído Babilonia, y su amonestación contra la adoración de la bestia y su imagen. Bajo la proclamación de este triple mensaje por todo el mundo, se ha

de reunir un pueblo que guarde "los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús", un pueblo preparado para la venida del Hijo del hombre en una nube blanca para segar la mies de la tierra. "La siega", dice Jesús, "es el fin del siglo" (Mat. 13: 29).

La iglesia necesita ayuda especial

Todos los grandes acontecimientos y condiciones mundiales hasta aquí presentados, y otros que no caben mencionarse aquí, *son acontecimientos y condiciones de los últimos días*. Son portentosos y vitales. Están relacionados con la terminación del Evangelio, *y han de ocurrir durante "el tiempo del fin"*. Siendo esto verdad, el tiempo del fin, el tiempo en el cual estamos viviendo, es ciertamente el más portentoso y más terrible de toda la historia de la humanidad.

No debe olvidarse que la iglesia de Cristo está vitalmente relacionada con todos estos grandes sucesos. Se ve profundamente envuelta en las graves condiciones que se desarrollan día tras día. El tiempo presente es, por lo tanto, un tiempo de peligro, perplejidad y necesidad sin parangón para la iglesia. Graves responsabilidades descansan sobre el pueblo de Dios en esta hora. Necesita en gran manera ayuda especial de su gran Cabeza, el Cristo viviente.

Esta ayuda ha sido abundantemente dada por el Señor, y en esta abundante dádiva se ha prometido la renovación del don de profecía.

Nótese las claras y positivas indicaciones del profeta Joel:

"Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas: vuestros ancianos soñarán sueños y vuestros jóvenes verán visiones" (Joel 2: 28). Que el "después" en esta profecía se refiere a los últimos días, es evidente, por el uso que hizo Pedro de este pasaje en Hechos 2: 17: "Y en los *postreros días*, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne".

La restauración del don de profecía

Aquí tenemos una promesa muy clara de que sería renovado el don de profecía en la iglesia *de los últimos días*. Prescindiendo de las aplicaciones anteriores, incluiría lo que es literalmente el último período de la iglesia. En verdad, es más que una promesa de renovación. Es más bien una promesa de impartimiento del don de profecía en este período portentoso.

Que esta profecía incluya los últimos días de la historia humana y el último período de la iglesia de Cristo, resulta claro por las declaraciones que siguen y que han sido ya citadas: "Y daré prodigios arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra. . . el sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día del Señor grande y manifiesto" (Hech. 2: 19, 20).

¿Cómo podría emplearse un lenguaje más claro y hacerse una promesa más positiva? Va a venir, y pronto, el "día del Señor, grande y manifiesto". Los días que nos llevan a este gran día serán "los últimos días". Durante esos días aparecerán prodigios anunciadores del "día del Señor, grande y manifiesto". En relación con estos prodigios, se verá la manifestación del don de profecía en "el remanente, al cual él habrá llamado" (Joel 2: 32). Como el residuo es la última parte, la iglesia remanente será el último período de la iglesia de Cristo en la tierra. El Señor ha prometido darse a conocer por medio de esta iglesia mediante visiones y sueños.

La misma promesa se halla en los escritos del apóstol-profeta Juan, quien, en una visión que recibió en el árido y rocoso islote de Patmos, vio a la iglesia remanente:

"Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo" (Apoc. 12: 17).

Todo el capítulo 12 del Apocalipsis se dedica a la historia del conflicto entre la iglesia de Dios y su enemigo mortal, el diablo. Al final del conflicto, es la iglesia remanente la que se menciona, y esta iglesia remanente se distingue por tener "el testimonio de Jesucristo", al que se define claramente en otra parte como "el espíritu de profecía" (Apoc. 19: 10).

Es, pues, evidente que este don admirable ha sido prometido especialmente a la iglesia remanente para guiarla y corregirla en la gran obra que debe realizar al final de la historia del mundo. Las Escrituras enseñan claramente que la iglesia se verá envuelta en los peligros de los últimos días, y que tendrá mucha necesidad de esta dirección divina.

La provisión divina para las necesidades del residuo

Cuando "el día de Jehová", o la venida de Cristo "con poder y gran gloria" (Mat. 24: 30) esté cercana, la iglesia remanente ha de advertir de ello al mundo, y tocar "trompeta" para todo el mundo (Joel 2: 1).

Mediante la iglesia remanente "el ángel" que vio Juan en la visión profética predicará "a toda nación, tribu, lengua y pueblo" "el Evangelio eterno"; y en vista de la llegada de la "hora de su juicio" debe aconsejar a los habitantes de la tierra a adorar "a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas" (Apoc. 14: 6, 7).

En los días en que "tinieblas cubrirán la tierra y oscuridad las naciones", la gloria de Jehová ha de reposar sobre su iglesia, cuando los gentiles andarán a su luz, y los reyes al resplandor de su nacimiento. (Véase Isa. 60: 2, 3.)

Por cierto debemos concluir que para este tiempo, y para esta tarea, Dios dará a su iglesia poder divino y le proporcionará todo lo necesario para testificar por él. Hemos visto que el don de profecía se ha manifestado en la iglesia de Dios en épocas anteriores. Pero la

necesidad no ha sido nunca mayor que en este tiempo. El enemigo de toda justicia, sabiendo que su tiempo es breve, trabaja con todo engaño de injusticia. La iglesia está llamada a una tarea sobrehumana. La palabra profética testifica que la iglesia remanente debe recibir la bendición especial del don de profecía, y nos es grato presentar en la parte final de este libro la evidencia de que Dios ha cumplido su palabra, y ha concedido en este "tiempo del fin" *la manifestación más notable del don de profecía de los tiempos apostólicos.*

Para comprender mejor el surgimiento y la manifestación de este don en este período de la historia de la iglesia, será necesario describir un gran movimiento que ocurrió a principios y hacia mediados del siglo pasado, movimiento y despertar espirituales que prepararon el terreno para que Dios eligiera como su portavoz un instrumento por medio del cual pudiera dar consejos e instrucciones a su iglesia, instarla a una vida santa, y guiarla en su tarea final de predicar "el Evangelio del reino" a todo el mundo.

CAPITULO 23

EL DESPERTAR DE LA ESPERANZA ADVENTISTA

DURANTE la Edad Media, la Biblia quedó enclaustrada en la lengua latina, o en los originales hebreos y griegos en que había sido escrita. No estaba pues al alcance de las masas en su lengua materna.

Pero a su debido tiempo, impelido por el Espíritu, Wiclef tradujo las Escrituras al lenguaje del pueblo, y fomentó su lectura y su estudio. En el apogeo de la Reforma, Lutero y otros publicaron la Biblia en varios de los idiomas comunes. Nuevamente las Escrituras ocuparon su debido lugar como Palabra de Dios. Fueron aceptadas como fundamento de toda verdadera fe y doctrina, árbitro de toda diferencia teológica, y fin de toda controversia. Fueron exaltadas como revelación del pensar y sublime propósito de Dios. Fueron recibidas como anales infalibles de lo pasado, como descripción divina de lo presente y lo futuro.

Empezó a alzarse el velo que cubría las santas páginas de las Escrituras. Pronto se produjo una amplia abertura en la nube que ocultaba sus símbolos divinos, y los bosquejos proféticos más sencillos y fundamentales empezaron a ser comprendidos y explicados. Eruditos notables como el ilustre José Mede (1586-1638), que tanto contribuyó a hacer revivir el interés por la profecía y a echar los fundamentos de su sana interpretación; el célebre disidente, Tomás Goodwin (1600-1680), que presentó el principio de interpretación de "un día" por un año; el gran filósofo y hombre de ciencia, Sir Isaac

Newton (1642-1727), cuya comprensión de los símbolos proféticos era notablemente clara para el tiempo en el cual vivió y escribió, y Juan Albrecht Bengel, el eminente teólogo alemán, todos estos se contaron entre los primeros estudiantes e intérpretes de las profecías bíblicas en el siglo XVII, y a principios del XVIII.

Lentamente la lista crece durante todo el siglo XVIII hasta que llegamos al predicho "tiempo del fin", en el cual, se había profetizado, los hombres recorrerían el libro de Daniel, que había sido sellado hasta la hora en que estos detalles de su mensaje divino, aplicables a los últimos días, debían ser comprendidos. Luego siguió un notable y grandioso desarrollo de la exposición de la profecía bíblica. Aconteció literalmente que los hombres recorrieron la profecía de aquí para allá comparando entre sí sus diferentes partes.

El apogeo del estudio de las profecías

Al amanecer del siglo XIX, se produjo un despertar espontáneo en diversos continentes y en ambos hemisferios. Se concentró en el descubrimiento de la por tanto tiempo perdida esperanza de la segunda venida de Cristo, basada en las predicciones de estos mismos profetas. En Sudamérica, con Lacunza, apareció el libro de vanguardia, *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, que fue traducido a los principales idiomas de Europa.

Un compilador hizo una sorprendente lista de 2.100 escritores cuyos artículos o tratados sobre la profecía fueron publicados en inglés, francés y alemán durante los años que transcurrieron desde la Reforma protestante hasta 1835, la mayoría de los cuales aparecieron dentro del indicado "tiempo del fin".

Así se despertó la esperanza adventista en los corazones de muchedumbres por el predicho estudio de las profecías. Esto, a su vez, indujo a muchas personas a escudriñar profundamente su corazón, a medida que comprendían y creían las profecías y se preparaban pa-

ra recibir a su Dios. Juan Wood, Luis Way, Archibaldo Mason, Santiago Hatle Frere, Eduardo Irwing, José Wolf, Enrique Drummond, Roberto Chalmers, Santiago Begg, Mateo Habershon, McNeil, Pym, Hutchinson, Bayford, Frye, Noel, Vaughan, y Cuninghame son tan sólo unos pocos de la larga lista de nombres que aparecen en Gran Bretaña. Hubo también una asombrosa producción de publicaciones proféticas en el viejo mundo.

En Norteamérica, Miller, Litch, Hale, Himes y muchos hombres menos eminentes escribieron y predicaron sobre sus convicciones acerca de las profecías. Allí fue donde el movimiento adventista fue más destacado y dio mayor impulso a la doctrina del próximo regreso de Cristo.

La conferencia de Albury Park sobre las profecías

En Gran Bretaña se produjo un acontecimiento notable. Más de veinte hombres piadosos y sabios, en su mayoría predicadores de las diversas iglesias, habían empezado a estudiar y a escribir acerca de las profecías de Daniel y Apocalipsis. Sintiendo la necesidad de un intercambio de pensamientos respecto a estos temas de interés común, de una consulta mutua respecto a sus problemas comunes, convocaron una asamblea en 1826, en la casa de Enrique Drummond, miembro del parlamento, en Albury Park, Surrey. Más de veinte de estos expositores de las profecías se congregaron allí. Durante ocho días estudiaron fervientemente. Sus conclusiones fueron publicadas en un informe de tres tomos. Fueron unánimes en la esperanza de que el Señor vendría a los pocos años. Como representaban diferentes denominaciones y puntos de vista acerca de los temas estudiados, las conclusiones unánimes a que llegaron respecto a la inminencia del segundo advenimiento son poco menos que asombrosas.

Siguiendo el principio de interpretación trazado por Juan Wood, de Rossmead, Inglaterra, en 1787, concluyeron que las "setenta semanas" de Daniel 9:24 habían

sido en realidad "determinadas" o "cortadas" de la primera parte de los 2.300 días de Daniel 8: 14. En otras palabras, comprendieron que empezaban simultáneamente, y que las "setenta semanas", o 490 años literales, representaban la primera sección del período completo, en el cual, según entendían ellos, se iba a sacrificar al Mesías por los pecados del pueblo, sellaba con certidumbre divina el comienzo, y por consiguiente, el fin de todo el período profético, el más largo que se registra en la Biblia.

Este principio de interpretación fue aceptado y proclamado por más de veinte destacados eruditos británicos durante las primeras tres décadas del siglo XIX. Investigaciones recientes han sacado a luz publicaciones notablemente penetrantes y claras acerca de la fecha precisa del fin de los 2.300 años.

La expectativa adventista llega a su culminación

Durante la segunda década del siglo XIX, Guillermo Miller llegó independientemente, en Norteamérica, a una conclusión esencialmente similar. Miller empezó a presentar públicamente sus convicciones hacia 1831. Pronto se le unieron Fitch, Litch, Bates, Himes y Bliss.

Este valiente grupo de heraldos, que fue rápidamente engrosado por otros, empezó a testificar con un poder y una extensión que asombran a todos los que conocen los hechos. Iniciándose en los pueblos, su mensaje penetró pronto en las grandes ciudades. Se publicaron libros, folletos, y luego periódicos en número siempre creciente hasta que hubo en los Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña, antes del 22 de octubre de 1844, más de cuarenta periódicos que se dedicaban exclusivamente a predicar el inminente advenimiento.

Los conferenciantes aumentaron en número, provenientes del ministerio de casi todas las denominaciones protestantes. En 1840 empezaron a celebrarse "congresos" de creyentes "que esperaban el advenimiento"; congresos generales para los dirigentes, y congresos locales

para los miembros laicos. Hubo casi una docena de los primeros, y como cuarenta de los últimos, a los cuales asistían hasta 2.000 personas. Estas asambleas o concilios tomaban acuerdos que amoldaban, unificaban y fomentaban todo el movimiento.

Se celebraron congresos gigantescos, a los cuales asistían millares de personas. En el espacio de cuatro meses en 1842, se celebraron 31 de estos congresos, inclusive varios en Canadá. Se realizaron 124 durante 1843 y 1844, y 14 de ellos se celebraron en Gran Bretaña. También se realizaban reuniones en "tabernáculos" y al aire libre.

Luego, el resentimiento, la oposición eclesiástica y la persecución de parte de las iglesias nominales empezaron a manifestarse para complicar la obra e impedirla.

Así llegamos al tiempo predicho por Miller: 21 de marzo de 1844, el fin del "año judaico 1843". Hubo una gran desilusión, porque el Señor no apareció entonces, y el número de creyentes se redujo considerablemente al abandonar el movimiento los creyentes más débiles. El movimiento adventista entró entonces en un período de indiferencia llamado de "sueño". Pero en agosto, en el importante congreso de Exeter, estado de New Hampshire, se presentaron evidencias que explicaban el error que había cometido Miller en sus cálculos del tiempo. Se vio que 2.300 años completos llegarían desde el otoño de 457 AC hasta el otoño de 1844. La parábola de las diez vírgenes contribuyó a explicar la naturaleza del chasco. Basados en los símbolos del antiguo sistema del santuario, comprendieron todos que el día de las expiaciones prefigurado simbólicamente, caería en el día diez del mes séptimo, o según el cómputo moderno, el 22 de octubre de 1844.

Revive la esperanza

Esta verdad conmovedora se posesionó de las huestes adventistas con un impulso que lo arrolló todo. Se fue haciendo cada vez más fuerte el pregón: "He aquí el

esposo viene; salid a recibirle". De viva voz y por la pluma, los hombres hablaron del Salvador que esperaban. Los conferenciantes llegaron a ser hasta 2.000. Las prensas adventistas empezaron a funcionar día y noche para producir publicaciones que inundaron el país. Algunos de estos periódicos eran mensuales, otros semanales, y en ciertos casos, unos pocos fueron publicados día por medio, y hasta cada día. Se los pregonaba en las calles de las ciudades. Se los enviaba en paquetes a todas las oficinas de correo del país, y por barcos a todos los puertos de la tierra.

El país fue sacudido por el poderoso mensaje. Se esperaba al Señor. Los muertos iban a resucitar, los santos vivos iban a ser trasladados, y la tierra —que se creía entonces que era el santuario— iba a ser purificada por el fuego y llegaría así a ser la morada de los santos para siempre. Con santo gozo trabajaban los hombres para difundir las solemnes amonestaciones y súplicas. Con profundo escudriñamiento examinaban su propio corazón en busca del pecado y egoísmo que pudiesen albergar. Vendían sus posesiones para obtener fondos con que diseminar el mensaje del esperado Rey de reyes. Creían con tanto fervor y sinceridad en lo que esperaban, que dejaron sus cosechas en pie y ni siquiera sacaron las papas de la tierra. Tal era la espera y sincera expectativa al acercarse el 22 de octubre.

Nunca se hizo una preparación más cabal para recibir a Dios. Para ascender al encuentro de su Señor buscaron el manto inmaculado de la justicia de Cristo; para preparar su corazón, el perdón de la gracia de Dios. El día se acercaba. Se envió por correo el último periódico, se predicó el último sermón, se hizo el último llamamiento. Se elevó la última oración. Sus trabajos habían terminado. Solamente la venida de su Señor, pensaban ellos, los separaba de lo que más esperaban.

Aguardaban con esperanza solemne. *Pero para su completa consternación, angustia y confusión, transcurrió el día señalado sin novedad.*

Repaso de los hitos proféticos

La desilusión llenó sus almas. Abrumados, procuraron orientarse. Repazaron fervientemente lo que habían experimentado. Volvieron a estudiar los hitos proféticos. La fecha 457 AC tenía el apoyo de los eruditos eclesiásticos de Irlanda, Escocia, Inglaterra, Europa continental, y el norte de Africa. Volvieron a rastrear las conclusiones de Wood, Mason, Way, Frere, Irving, Wolff, McNeil, White, Pym, Cuninghame, Drummond, Habershon, Miller y de otros muchos que habían declarado que "las setenta semanas habían sido cortadas de los 2.300 años" y que, comenzando en el mismo punto, constituían los primeros 490 años de aquel período, con la crucifixión de Cristo a la mitad de la semana septuagésima para sellar la profecía infaliblemente y fijar así su terminación.

Sobre la base de los símbolos y el día de la expiación, el gran período profético debía terminar el 22 de octubre, según lo habían calculado. Pero su Señor no había venido. El futuro era un misterio y el presente los dejaba perplejos. Por todas partes encontraban burla, hostilidad y persecución. Era un terrible chasco. En otro capítulo consideraremos su significado y cómo se aclaró su equivocación.

Pero había otro factor que debía preverse lógicamente en el movimiento adventista, en vista de la experiencia uniforme del pasado. Con el gran reavivamiento de la verdad descuidada, pronto había penetrado en los corazones de muchos una convicción de que los dones apostólicos debían aparecer con la renovación de la fe apostólica. Esas personas oraban y escribían acerca de ello, pero hasta entonces no habían tenido una clara comprensión del asunto.

Satanás intenta impedir su aceptación

Detengámonos aquí por un momento para considerar otro aspecto del cuadro. Satanás, el inexorable oponente de toda verdad y provisión de Dios, no sólo conoce bien

la forma uniforme en que obró el don de profecía en lo pasado; sino que hacía mucho que conocía y odiaba la prometida restauración del don en la iglesia remanente. Esta dádiva de nuestro Padre celestial tenía el propósito de aconsejar, guiar y afirmar a sus leales seguidores a través de los peligros y apostasías sin parangón de la última hora.

El gran enemigo de Dios es, ¡ay!, un estudiante más avezado de las profecías que la mayor parte de los hombres, aun dentro de la iglesia. Desde la antigüedad, él conoce y teme el poder de Dios. Su furia es la furia de la desesperación. Emplea su conocimiento del mal y larga experiencia para tratar de impedir la aceptación de las dádivas de Dios. Lo intenta respecto del espíritu de profecía, por ejemplo, anticipando su aparición según la promesa, y produciendo falsificaciones previas para engañar, si es posible, a los que esperan. Mediante el extraño fanatismo y las falsas manifestaciones, procura crear disgusto en los hombres y así frustrar el propósito del don. De esta manera provoca el descrédito de todas las manifestaciones del don, verdadero o falso, y hace difícil que se acepte lo verdadero cuando aparece. Tal es su secular plan de oposición.

Esto aconteció literalmente en los días del movimiento adventista inglés. Cuando fracasó la expectativa del apareamiento del Salvador, un brillante caudillo como Eduardo Irving, descontento con el formalismo de las iglesias nominales, y buscando la manifestación de los dones, se retiró del cuerpo eclesiástico con el cual había estado relacionado. Pero tuvo que afrontar extrañas manifestaciones en su propia congregación, de modo que murió en la confusión y el chasco.

Pero esta enemistad de Satanás, el objeto de sus sutiles ataques, y su curso final de acción, no sólo eran plenamente conocidos por la presciencia de Dios, sino que habían sido predichos en los bosquejos proféticos

para conocimiento y salvaguardia de su pueblo. De ahí que ni la confusión ni el engaño fueran necesarios ni inevitables.

Las falsas visiones provocaron declaraciones adversas

En Norteamérica la publicación de supuestas visiones en ciertos periódicos adventistas indujo a que se redactasen acuerdos contra todas las visiones. En el periódico de Carlos Fitch, *The Second Advent of Christ*, publicado en Cleveland, Ohio, en *Una declaración de principios*, adoptada "por los adventistas congregados en la semana aniversario de Boston, en mayo de 1843", y bajo la firma de "N. N. Whiting, S. Bliss, T. F. Barry, J. Litch, y C. Fitch", leemos:

"No tenemos confianza alguna en visiones, sueños o revelaciones privadas. '¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? dice Jehová'. Repudiamos todo fanatismo, y todo cuanto pueda tender a la extravagancia, al exceso, a la inmoralidad, que podría menoscabar nuestro buen nombre" (Número del 21 de junio de 1843).

Un poco más tarde, Juan Starkwaether, orador instruido y capaz, colaborador ministerial de J. V. Himes en su iglesia de Boston, manifestó su esperanza en que los dones serían restaurados. Pero el fanatismo se manifestó en breve, aunque localmente, en los años 1843 y 1844, para engañar y chasquear a sus seguidores inmediatos.

Finalmente, en relación directa con la gran expectativa del 22 de octubre de 1844, un extremista lejanamente relacionado con Miller, llamado el Dr. C. R. Gorgas, aseveró que por "visiones" Dios lo había comisionado a invitar a los fieles de Filadelfia a acampar fuera de la ciudad, y en volantes impresos predijo que Cristo vendría a las tres de la mañana.

Repudio de movimientos descabellados

Este movimiento creó disgusto y atrajo un enérgico repudio de los dirigentes del movimiento, inmediatamen-

te después del chasco, según lo testifican estas palabras: "¡¡El Campamento!!! —Parece existir la impresión de que éste fue el resultado de nuestra doctrina. De ninguna manera. Solamente de cien a doscientas personas, de entre casi tres mil creyentes (de Filadelfia) fueron seducidos por éstos. El resto comprendió que no se le exigía hacer semejante cosa. Pero vio que los que lo aceptaban eran extraviados, y estaban pervirtiendo groseramente las Escrituras. Los arreglos para el campamento se hicieron tan apresuradamente que los que se oponían no tuvieron oportunidad de considerarlo ni de contrarrestarlo. En cuanto al origen de esta medida, cierto Dr. C. R. Gorgas, del condado de York, *aseveró que había sido inspirado hacía unas tres semanas, y que le fue revelado que el advenimiento se produciría a las tres de la mañana del 22*. Se enviaron cartas a este efecto a Baltimore, pero consiguió pocos conversos. Vino luego a esta ciudad, y desde entonces las reuniones celebradas aquí perdieron mucho de su solemnidad e interés. . . Josué V. Himes, principal editor de los periódicos adventistas, vino a esta ciudad y se opuso enérgicamente al Dr. Gorgas, como también Josías Litch, bien conocido como uno de los primeros y más eminentes predicadores adventistas. . . El Hno. Himes fue también a Nueva York e impidió la publicación del cartel del doctor, que el hermano de Nueva York antes mencionado había comenzado. Los cinco o seis conversos que había allí estaban también distribuyendo sus carteles profusamente, y el público cree que estos carteles expresan la creencia de los adventistas, quienes por el contrario rechazaron en absoluto *la pretendida inspiración*.

"Ahora bien, este Dr. Gorgas profesó tener una revelación de que la destrucción había de venir como en los días de Lot, y que todos los que se iban a salvar debían huir de las ciudades. La influencia que ejerció sobre unos pocos, y luego la influencia de éstos sobre otros, provocó la organización de un campamento, algo

muy penoso, que nadie puede lamentar más amargamente que los predicadores adventistas y los creyentes adventistas en general. Fue el resultado de seguir a un hombre, en vez de seguir la Palabra de Dios. Gracias sean dadas a él por su Palabra infalible; y gracias también a él por haber guardado el gran conjunto de aquellos que aman su venida de ser extraviados por una influencia tan profana. —Lewis C. Gunn" (*The Midnight Cry*, nov. 7, 1844, pág. 147).

Acuerdos adversos a las "visiones"

En la convención de adventistas de Albany, Nueva York, convocada para el 29 de abril de 1845, se nombró una comisión de doce personas para trazar "un plan de operaciones futuras", para "presentar una declaración de los principios en cuya defensa hemos trabajado, y consultar acerca de nuestra asociación futura". En la serie de acuerdos "adoptados sin una voz disidente", se contaba éste, cuyo notable propósito es muy fácil discernir:

"Por cuanto, en todo gran movimiento religioso, ha habido entre los prudentes y sobrios defensores de la verdad, otros que se han levantado y disputado acerca de palabras sin provecho, para subversión de los oyentes, pretendiendo tener una inspiración especial. . . *por cuanto*, en relación con la doctrina de la próxima venida de Cristo, como en todos los movimientos religiosos anteriores, se han levantado algunos de esta clase, llamándose adventistas, enseñando doctrinas con las cuales no podemos simpatizar ni comulgar, con muchas prácticas impropias, por las cuales la Palabra de Dios ha sido deshonrada, y la doctrina de la venida de Cristo puesta en oprobio; por lo tanto:

"*Resolvemos* que no podemos simpatizar ni comulgar con aquellas cosas que tienen una apariencia tan sólo de sabiduría en el culto de la voluntad y descuido del cuerpo, según los mandamientos y doctrinas de

los hombres. Que no comulgamos con ninguna de las *nuevas pruebas* como condiciones de la salvación, en adición al arrepentimiento para con Dios, y la fe en nuestro Señor Jesucristo, y el deber de esperar y amar su venida. Que no comulgamos con las fábulas judaicas y mandamientos de los hombres, que apartan de la verdad, ni con ninguna de las características distintivas del judaísmo moderno" (*The Advent Herald, and Signs of the Times Reporter*, mayo 14, 1845, pág. 107).

En el congreso efectuado en la ciudad de Nueva York, el 6 de mayo de 1845, los "acuerdos del congreso general celebrado en Albany", que comenzó el 29 de abril de 1845, "fueron aprobados unánimemente". Después que Silvestre Bliss, miembro de la junta de doce personas nombradas en Albany, hubo declarado que consideraba el asunto "Gorgás" "tan sólo como mesmerismo", y se hubo referido a ello como "el engaño de la visión de Gorgas", se tomó el siguiente acuerdo en Nueva York:

"Se *resuelve*, que no tenemos confianza en ningún mensaje nuevo, ni visión, ni sueño, ni lengua, ni milagros, ni dones extraordinarios, ni impresiones, ni discernimiento de espíritu, ni enseñanza, etc. etc. que no estén de acuerdo con la inalterable Palabra de Dios" (*The Advent Herald*, mayo 21 de 1845, pág. 118).

Finalmente en el importante congreso de Boston el 26 de mayo, Josías Litch dijo:

"Con respecto al estado de cosas que hubo en Filadelfia: Unos cuantos habían sido inducidos, contra todas sus protestas, a obedecer la visión del Dr. Gorgas, y huyeron de la ciudad el día 10 del mes séptimo. Y algunos de ellos no habían podido librarse de la alucinación. Los resultados habían sido muy desastrosos. Habían servido para dejar muy descontenta a la comunidad de allí, de manera que estaban trabajando bajo grandes molestias" (*The Advent Herald, and Signs of the Times Reporter*, del 4 de junio de 1845, pág. 135).

Como acuerdo del congreso declararon:

"Nos es grato conceder nuestra más cordial aprobación a los acuerdos del reciente congreso de Albany. Consideramos bíblicas las importantes verdades expresadas allí, por cuyo mantenimiento hemos trabajado" (*Ibid.*).

Para distinguirse de los adventistas del séptimo día

Estos acuerdos fueron tomados por el grupo de los adventistas del primer día. Este cuerpo se destacaba por contraste, con el grupo que empezaba a aceptar la verdad del séptimo día y, poco después, la luz sobre el santuario. Debe entenderse claramente que esta minoría de adventistas, por el hecho de que aceptaba el verdadero día de reposo de la Biblia, porque comprendía que el "advenimiento" de Cristo en 1844 se refería a su ministerio en el santuario celestial, vino a conocerse más tarde y continúa siendo conocida como adventistas del séptimo día. No deben confundirse con los adventistas del primer día, que eran la mayoría en aquel tiempo, y han continuado hasta el momento actual, aunque ahora en número muy inferior al de los adventistas del séptimo día.

Por los incidentes históricos ya relatados puede verse claramente que hemos sido llevados, en medio de circunstancias desfavorables, a la hora divinamente señalada en que el verdadero don de profecía había de manifestarse en la iglesia remanente que debe tener "los mandamientos de Dios y la fe de Jesús". Se inició bajo la severa desventaja del prejuicio, de los acuerdos adversos del cuerpo principal de los adventistas, y del desagrado público en relación con visiones falsas inspiradas por el maligno para desacreditar las verdaderas que se estaban manifestando. Estas llegaron a la hora señalada para dar su testimonio oportuno de consejo y amonestación, instrucción y súplica, a la iglesia remanente. Segúr: veremos, fue sometida

a las pruebas divinamente señaladas de la Palabra y del examen por sus frutos.

Y porque cumplió con toda prueba especificada por las Escrituras, el espíritu de profecía fue aceptado por este grupo observador del sábado como la tercera de las tres grandes señales distintivas reveladas en la palabra como características de la verdadera iglesia de los últimos días. Su influencia bienaventurada en la vida y la expansión de los adventistas del séptimo día es el tema de la sección final de este libro.

V. La Hora del Residuo

CAPITULO 24

EL DON RENOVADO EN LA IGLESIA REMANENTE

CUANDO el 22 de octubre de 1844 transcurrió sin novedad, muchos miles de los fieles hijos de Dios que creían en el segundo advenimiento quedaron sumidos en profundo chasco. La misma Palabra de Dios parecía haber callado, y haberse derrumbado los fundamentos de su fe. Muchos miembros de la hueste adventista se rindieron a la aparentemente lógica conclusión de que la salida del sol, en la mañana del 23 de octubre, día siguiente al chasco, constituía un testimonio inequívoco del error de sus cálculos proféticos. Los tales no tardaron en renunciar a todo el movimiento, declarándolo engaño de fanáticos. Muchos de los que hablan o escriben acerca de esos sucesos propenden a poner en duda la sinceridad o la cordura de los que, según aseveran ellos, fueron tan fácilmente engañados por maestros fanáticos.

Pero ésta no es una conclusión ajustada a la realidad. El que estudia la Escritura reconocerá fácilmente que en lo pasado el pueblo de Dios ha sido repetidas veces chasqueado en sus expectativas sencillamente por no haber comprendido las providencias de Dios. Muchas veces quedó perplejo y desalentado, y pasó por incidentes extraños; todo porque falló alguna esperanza basada en una comprensión deficiente de la palabra profética. Algunos han quedado perplejos hasta por la palabra directa del Señor.

Por orden de Jehová, el profeta Jonás había advertido a los habitantes de Nínive que su gran ciudad había de ser destruida en cuarenta días. Cuando transcurrió el tiempo citado y no se produjo la destrucción, el profeta quedó muy perplejo. Tan grande fue su humillación y confusión que oró así: "Ahora pues, oh Jehová, te ruego que me quites la vida; porque mejor me es la muerte que la vida" (Jon. 4: 3). Pero el Señor no lo dejó en tinieblas. Le hizo comprender el secreto de la divina providencia que con misericordia había perdonado a los pecadores arrepentidos.

Recordemos, además, el terrible pesar y chasco que sufrieron los discípulos de Cristo cuando su Señor fue crucificado y sepultado, mientras que ellos habían esperado de todo corazón que reinara sobre Israel. Fenecieron sus esperanzas, y estaban "preguntándose el uno al otro" acerca de los acontecimientos extraños ocurridos, tan diferentes de lo que ellos se habían ilusionado. (Luc. 24: 15.) "Esperábamos —decían—, que él era el que había de redimir a Israel" (vers. 21).

Pero con amor compasivo se les apareció el Salvador resucitado, y tan claramente les explicó las Escrituras, que por fin comprendieron que, en armonía con todas las profecías, Cristo debía "sufrir estas cosas". Sin embargo, aún no veían las cosas muy claras, porque pocos días más tarde, mientras conversaban con Jesús, "le preguntaron diciendo: Señor ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?" (Hech. 1: 6). Unicamente cuando él les abrió "el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras" (Luc. 24: 45), vieron por primera vez que no había sido su propósito ascender entonces al trono del reino terrenal.

La cruz y la comisión mal entendidas

Pero había más que esto. Años después de la ascensión de Cristo estos mismos discípulos todavía trabajaron con gran confusión concerniente a la enseñanza de

las Escrituras y al propósito de Dios. Creían que el mensaje evangélico, cuya proclamación les había sido encomendada, era solamente para la nación judía. No incluían al mundo gentil en el plan y propósito de Dios, ni en la comisión dada a ellos. Durante varios años se aferraron muy tenazmente a este punto de vista equivocado. Hasta que se le dio una vívida visión al apóstol Pedro, seguida inmediatamente por la clara orden de ir al hogar de un centurión romano y predicar a Cristo, no se habían aventurado a ofrecer la copa de la salvación a nadie, sino sólo a los judíos.

En obediencia a la visión y a la orden, Pedro, por primera vez en su ministerio, entró en un hogar donde había un grupo de gentiles reunidos y les predicó a Cristo. Cuando la predicación de la palabra fue acompañada de una demostración de poder, tanto él como los judíos convertidos que lo acompañaban quedaron grandemente sorprendidos "de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo" (Hech. 10: 45).

El apóstol tuvo que dar seria cuenta por haber obrado en desacuerdo con sus colaboradores. Cuando volvió a Jerusalén, "disputaban con él los que eran de la circuncisión, diciendo: ¿Por qué has entrado en casa de hombres incircuncisos, y has comido con ellos? Entonces comenzó Pedro a contarles por orden lo sucedido". "Entonces, oídas estas cosas, callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!" (Hech. 11: 2-4, 18).

Una solución tardía de conceptos equivocados

Estos notables incidentes con revelaciones y providencias adicionales, indujeron finalmente a los discípulos a abandonar sus conceptos equivocados y a ponerse en armonía con los propósitos de Dios. Pero fueron tan

cautelosos y lentos para cambiar, que necesitaron literalmente años para comprender la plenitud del propósito de Dios, y predicar y enseñar de acuerdo con él.

Estos extraños incidentes, tan claramente expuestos en las Escrituras, no se mencionan por casualidad. Muestran que los dirigentes aceptados por Dios y su pueblo escogido pueden tener razón, en términos generales y, sin embargo, estar sinceramente equivocados, aun en cuanto a verdades importantes. Muestran también que los que sostienen algunos conceptos equivocados, no están por eso necesariamente equivocados en otras cosas. Los puntos de vista limitados, o las verdades imperfectamente comprendidas en cuanto a ciertos asuntos, no destruyen la verdad fundamental del movimiento al cual pertenecen. Si ese movimiento continúa avanzando, recibirá finalmente mayor luz, y se revelarán y rechazarán los errores que serán reemplazados por conceptos correctos.

Esto sucedió en el gran movimiento adventista de 1844. El gran movimiento en general, el chasco en particular, y la plena corrección del error habían sido objeto de las profecías divinas, predichos en el décimo capítulo del Apocalipsis.

Allí se presenta un mensaje de "que el tiempo no sería más", proclamado en tierra y mar por un "ángel fuerte" que "descendió del cielo". Como indicio de algo no comprendido claramente, el mensajero celestial estaba "cercado de una nube". El gozo de la expectación y la amargura del chasco estaban simbolizados por el "librito" que fue comido, y que después de ser dulce en la boca, se tornó amargo. Que Dios tenía todavía una gran obra para aquellos que habían experimentado esto, queda indicado por la comisión divina: "Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes".

Los detalles de este cuadro profético coinciden exactamente con los incidentes del movimiento adventista

mundial precisamente antes de 1844. Los versículos que siguen en el capítulo 11 de Apocalipsis demuestran brevemente, pero con mucha fuerza, cómo el mensaje dado por un ángel, la profecía, se aclaraba al medirse "el templo de Dios", o sea el santuario, en el cual los creyentes vieron pronto el ministerio final de Cristo. Descubrieron entonces su error al suponer que la tierra era el santuario que había de ser purificado al fin de los 2.300 días. Esto explicaba la causa de su chasco.

Israel probado por un profeta

Se dice con acierto que no hay crisis para Dios. El nunca queda sorprendido. Nunca se ve sumido en la confusión, como nos sucede a nosotros pobres mortales. El sabía lo referente al gran despertar relativo a la venida del Señor y el chasco de 1844. En el debido momento, mandó a su pueblo sincero un mensaje por el don de profecía. La manifestación de este don en esta crisis fue similar a la presencia del mismo en una crisis anterior del pueblo de Dios.

Subió contra Josafat, rey de Judá, "una gran multitud del otro lado del mar, y de Siria". Tres poderosas naciones se habían unido contra Israel, para aplastarlo y echarlo de la tierra que Dios le había dado en heredad. Israel no sabía cómo hacer frente a la situación, fuera de pedir la ayuda de Dios.

En esta crisis, el rey puso "su rostro para consultar a Jehová, e hizo pregonar ayuno a todo Judá. Y se reunieron los de Judá para pedir socorro a Jehová; y también de todas las ciudades de Judá vinieron a pedir ayuda a Jehová" (2 Crón. 20:1-4). En medio de esta reunión, alarmado y aturdido, Josafat elevó al Señor una ferviente oración. En ella dijo: "Porque en nosotros no hay fuerza contra tan grande multitud que viene contra nosotros; no sabemos qué hacer, y a ti volvemos nuestros ojos" (vers. 12).

“Y estaba allí Jahaziel. . . sobre el cual vino el Espíritu de Jehová en medio de la reunión; y dijo: Oid, Judá todo, y vosotros moradores de Jerusalén. . . Jehová os dice así: No temáis ni os amedrentéis delante de esta multitud tan grande, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios. . . No habrá para qué peleéis vosotros en este caso; paraos, estad quietos, y ved la salvación de Jehová con vosotros. Oh, Judá y Jerusalén, no temáis ni desmayéis; salid mañana contra ellos, porque Jehová estará con vosotros. Entonces Josafat se inclinó rostro a tierra, y asimismo todo Judá y los moradores de Jerusalén se postraron delante de Jehová, y adoraron a Jehová” (vers. 14-18).

En obediencia a las palabras del profeta, el pueblo se levantó y salió “por el desierto de Tecoa”, para ir al encuentro de la gran multitud.

“Y mientras ellos salían, Josafat, estando en pie, dijo: Oídme, Judá y moradores de Jerusalén. Creed en Jehová vuestro Dios, y estaréis seguros; creed a sus profetas, y seréis prosperados” (vers. 20).

Los israelitas creyeron que Dios les había hablado por el profeta, y salieron al campo de batalla. Pero mientras estaban en el camino, “Jehová puso contra los hijos de Amón, de Moab y del monte de Seir, las emboscadas de ellos mismos que venían contra Judá, y se mataron los unos a los otros. Porque los hijos de Amón y Moab se levantaron contra los del monte de Seir, para matarlos y destruirlos; y cuando hubieron acabado con los del monte de Seir, cada cual ayudó a la destrucción de su compañero. Y luego que vino Judá a la torre del desierto, miraron hacia la multitud, y he aquí yacían ellos en tierra muertos, pues ninguno había escapado” (vers. 22-24).

El Señor permitió que sobreviniera esta crisis a los israelitas para su propio bien. Los alarmó, y les hizo comprender cuán completamente dependían de Dios. Los llevó a su presencia para suplicar fervientemente. Les dio una nueva evidencia de cuán dispues-

to estaba a oír y ayudarlos, y de su gran poder para salvarlos de sus enemigos. Esto enseñó a los israelitas una muy valiosa lección.

Dios elige a su mensajera

En la gran crisis de 1844, un mundo incrédulo se oponía al chasqueado pueblo de Dios. Algunos lo rehuían, otros lo ridiculizaban, y muchos le eran hostiles. Era por cierto un rebaño abandonado, esparcido, que no sabía qué hacer. En él había algunos que, como Josafat y Judá, mantenían los ojos en Jehová y elevaban una insistente oración en busca de dirección divina. El Señor oyó sus oraciones, y les dio una notable respuesta por medio del don de profecía. Eligió como mensajera suya a la Srta. Elena Gould Harmon, de Portland, Maine, creyente verdaderamente piadosa que sufrió el chasco de 1844. Ella dice acerca de su experiencia cristiana antes de su llamamiento a actuar como mensajera especial del Señor:

“Me convertí a la edad de once años, y cuando tuve doce fui bautizada y me uní a la Iglesia Metodista. A la edad de trece años, oí a Guillermo Miller pronunciar su segunda serie de conferencias en Portland, Maine. Sentía entonces que no había santidad en mí y que yo no estaba lista para ver al Señor Jesús. Así que cuando se invitó a los miembros de la iglesia y a los pecadores a que pasasen al frente para que se orase por ellos, acepté la oportunidad, porque sabía que era necesario que se hiciese una gran obra en mi favor a fin de que quedase preparada para el cielo. Mi alma tenía sed de la salvación plena y gratuita, pero no sabía cómo obtenerla.

“En 1842 concurrí asiduamente a las reuniones adventistas celebradas en Portland, y creí sinceramente que el Señor iba a venir. Tenía hambre y sed de una salvación completa, de estar en absoluta conformidad con la voluntad de Dios. Día y noche luchaba para ob-

tener ese tesoro inestimable, que no podría comprarse con todas las riquezas de la tierra" (*Primeros Escritos*, pág. 11).

Por lo tanto, durante cuatro años y medio, es decir, durante la época más impresionable de su vida, el interés absorbente de Elena Harmon había sido prepararse para la venida de Cristo, y hacer su parte en dar a conocer a otros al Salvador a quien había hallado. Delicada de salud, y privada de la oportunidad de educarse y de perspectivas mundanales por un accidente que le había acaecido cuando tenía nueve años de edad, fue providencialmente inducida a buscar consuelo y gozo en la esperanza de la gloria futura, que para ella era una viva realidad.

Bien podemos creer que una persona tal tuvo que sufrir intensamente el chasco de octubre de 1844. No perdió su fe en el Salvador; pero, en común con la mayoría de los creyentes adventistas de Portland, temió que el movimiento adventista, que había impartido tanto gozo a su corazón, pudiera ser un terrible error, que sólo podía producir pesar y lágrimas.

Visión de las vicisitudes adventistas futuras

Pero pronto fue librada de ese estado. A fines de diciembre, con algunas otras mujeres, se hallaba de visita en casa de la familia Haines, de Portland. Mientras estaban todas juntas postradas en oración, quedó inconsciente de cuanto la rodeaba en la tierra, y recibió una visión de las cosas que en lo futuro habrían de experimentar los creyentes, y de la venida de Cristo. Relatamos parte de la visión:

"Mientras orábamos, el poder de Dios descendió sobre mí como nunca hasta entonces. Me pareció que quedaba rodeada de luz y que me elevaba más y más, muy por encima del tenebroso mundo. Miré hacia la tierra, por si veía al pueblo adventista, pero no lo hallé en parte alguna, y entonces una voz me dijo: 'Vuelve a

mirar un poco más arriba'. Alcé los ojos y vi un recto y angosto sendero trazado muy por encima del mundo. El pueblo adventista iba por ese sendero, en dirección a la ciudad que estaba al fin del camino. Detrás de él, al comienzo del sendero, había en alto una brillante luz, que según me dijo un ángel era el 'clamor de media noche'.⁽¹⁾ Esta luz brillaba a lo largo de todo el sendero, y alumbraba los pies de los caminantes para que no tropezaran.

"Delante de ellos iba Jesús guiándolos hacia la ciudad, y si no apartaban los ojos de él, estaban seguros. Pero no tardaron algunos en cansarse, diciendo que la ciudad estaba muy lejos, y que esperaban haber entrado en ella antes. Entonces Jesús los alentaba levantando su glorioso brazo derecho, del cual irradiaba una luz que ondeaba sobre la hueste adventista y exclamaban: '¡Aleluya!' Otros negaron temerariamente la luz que tras ellos brillaba, diciendo que no era Dios quien hasta ahí los había guiado. Pero entonces se extinguió para ellos la luz que estaba detrás y dejó sus pies en completas tinieblas, de modo que tropezaron y, perdiendo de vista el blanco y a Jesús; cayeron del sendero abajo, en el sombrío y perverso mundo.

"Pronto oímos la voz de Dios, semejante a ruido de muchas aguas, que nos anunció el día y la hora de la venida de Jesús. Los santos vivos que eran 144.000, reconocieron y entendieron la voz; pero los malvados se figuraron que se trataba de un trueno y de un terremoto. Cuando Dios señaló el tiempo, derramó sobre nosotros el Espíritu Santo, y nuestros semblantes se ilu-

(1) Durante el verano de 1844, algunos de los dirigentes del movimiento adventista en Nueva Inglaterra, por el estudio de los símbolos del Antiguo Testamento, llegaron a la conclusión de que el período de 2300 días iba a terminar en el día de las expiaciones del calendario judío, que en ese año caía el 22 de octubre. Esta expectativa despertó a los que, como las vírgenes dormidas, se habían vuelto espiritualmente indiferentes, y se transformó en un poderoso movimiento llamado "el clamor de medianoche", debido a su analogía con aquella parte de la parábola de las diez vírgenes.

minaron refulgentemente con la gloria de Dios, como le sucedió a Moisés al bajar del Sinaí.

"Los 144.000 estaban todos sellados y perfectamente unidos. En su frente llevaban escritas estas palabras: 'Dios, Nueva Jerusalén', y además una brillante estrella con el nuevo nombre de Jesús" (*Testimonios Selectos*, tomo 1, págs. 56, 57).

No era un mensaje común

Considerado a la luz de todas las circunstancias, éste no era un mensaje común; en verdad era muy extraordinario. Daba luz, no un resplandor meridiano, sino unos pocos rayos débiles como los del sol naciente. Revelaba una senda que se extendía hacia adelante y conducía a un glorioso destino: la ciudad de Dios. La luz que había detrás de los creyentes adventistas, iba a resplandecer a lo largo del camino que el pueblo de Dios tendría que recorrer hasta llegar a su hogar edénico. Jesús sería el guía y conductor de los viajeros; y mientras ellos mantuvieran los ojos fijos en él, estarían seguros. Mientras viajaran, la luz resplandecería cada vez más, y otros se les unirían hasta formar un grupo numeroso. Algunos se cansarían y desconfiarían. El viaje sería más largo de lo que habían pensado que iba a ser, y negarían que Dios los conducía, y se apartarían del camino.

Para los creyentes perturbados y confusos, a quienes el mensaje fue relatado, resultaba práctico y apropiado. Les daba la información que necesitaban mucho. Nótese particularmente cómo respondía a las preguntas que debían preocuparlos naturalmente.

Respondía a muchas preguntas

¿Debían renunciar a su fe en que Dios los había guiado en esos momentos de expectativa y chasco? No; había un mensaje que les había sido proclamado, una luz que iba a iluminar toda la senda futura.

¿Debían volver al mundo? No; los que estaban en camino a la ciudad viajaban en una senda *muy por encima del mundo*.

¿Debían, por causa de su chasco, perder su confianza? De ninguna manera; Jesús los había conducido y continuaría conduciéndolos, y estarían seguros mientras fijaran sus ojos en él.

¿Debían esperar el inmediato regreso del Salvador, o tardaría? ¿Se les indicaba que había cierta distancia que viajar antes de llegar al fin del camino? Los que se cansaban porque esperaban haber entrado antes en la ciudad, y declaraban que estaban muy lejos, hallarían ánimo e incentivo a perseverar cuando Jesús les hacía señas con su glorioso brazo derecho.

En el resto de la visión, hay otros detalles de gran interés. Los santos iban a ser perseguidos, pero Dios los libraría de la ira de los que procurarían destruirlos. Se describía la gloriosa aparición de Cristo en su venida. En palabras gráficas se recalca el terror de los impíos al contemplar al Salvador que descendía del cielo con grande gloria, acompañado con los santos ángeles; también la ansiedad de los santos mientras clamaban: "¿Quién podrá permanecer? ¿Está mi vestidura sin manchas?" Después de un tiempo de "pavoroso silencio" Jesús dijo: "Quienes tengan manos limpias y corazón puro podrán permanecer. Bástaos mi gracia".

La resurrección de los santos dormidos; el gozo de la alegre reunión con los seres amados de quienes la muerte los había separado; la ascensión al mar de vidrio; la grata bienvenida en la ciudad donde estaba el trono, el río y el árbol de la vida, todas estas cosas estaban calculadas para alegrar y animar los corazones de aquellos que tendrían que quedar en este mundo más tiempo de lo que habían esperado, y para estimularlos a permanecer firmes en su fe y servicio. Estaba en armonía con las palabras del apóstol:

"No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para

que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agrada a mi alma. Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma" (Heb. 10: 35-39).

Recibido como mensaje del cielo

Después de una gran lucha contra su natural timidez, la Srta. Harmon relató esta visión al grupo de creyentes adventistas de Portland. Su carácter lo convenció. Como conocían muy bien la profunda experiencia cristiana de la mensajera, reconocieron que era digna de confianza, y como sesenta de ellos inmediatamente aceptaron la visión como verdadero mensaje del cielo.

Más o menos una semana más tarde, en una segunda visión se le ordenó que relatara a otros lo que le había sido revelado. En relación con su llamamiento a servir en público, se le mostró que la acompañarían pruebas y oposiciones, pero se le dio esta promesa: "Bástate la gracia de Dios; él te sostendrá" (*Primeros Escritos*, pág. 20). Tímidamente empezó a trabajar entre los grupos de creyentes de los pueblos circunvecinos.

Se le dieron revelaciones ulteriores en relación con el sistema de verdad que explicaba cómo el movimiento adventista pasado, aunque había terminado en un chasco, había sido, sin embargo, dirigido por Dios. En febrero de 1845, en Exeter, Maine, se le dio una visión de Jesús, nuestro gran Sumo Sacerdote, pasando de su ministerio en el primer departamento del santuario celestial al lugar santísimo, donde estaba el arca que contenía los Diez Mandamientos.

Aún más tarde, por el estudio de la Biblia y la revelación, le fue aclarado que *la fecha* de la terminación de los 2300 días, según se había proclamado en el movimiento adventista, había sido correcta, pero que por

una equivocación acerca de lo que representaba el santuario de Daniel 8: 14, había habido un error al suponer que Cristo iba a venir a esta tierra en aquel entonces. Se vio que la gran obra del juicio investigador era la realidad prefigurada por la purificación del santuario antiguo en el día diez del séptimo mes judaico. Con este mensaje, se apoderó de la Srta. Harmon una convicción que nada podía acallar de que era su deber relatar a los dispersos grupos de creyentes lo que se le había mostrado. Acompañada por algún miembro de su familia, o por alguna hermana creyente, iba de lugar en lugar esforzándose por alegrar los corazones de los demás con la luz y la esperanza que había recibido.

Pequeño y pobre era al principio el grupo que aceptó la luz enviada del cielo por medio de la Srta. Harmon. Menos aún eran aquellos que podían dedicar todo su tiempo a su difusión. Pero, impulsados por la convicción de que Dios mismo había hablado, estos pocos empezaron a hacer su parte en difundir el mensaje que había de recoger de todas partes del mundo la hueste vista en visión.

Al principio de sus labores públicas, la Srta. Harmon llegó a conocer a Jaime White, joven predicador que había sido celoso heraldo del movimiento adventistas, pero que se hallaba ahora en gran perplejidad como el resto de los creyentes. Este conocimiento se convirtió en simpatía común y en una calurosa amistad que condujo a su casamiento. Desde aquel entonces, a través de su larga vida activa y pública, se la conoce como Elena G. de White.

CAPITULO 25

UNA SOLIDA BASE DE CONFIANZA

DOS peligros, cualquiera de los cuales puede resultar fatal, afronta el que busca la verdad cuando se relaciona con quien sostiene haber tenido revelaciones de Dios. Por un lado, puede rechazar temerariamente la verdad, o por el otro, puede aceptar ciegamente lo falso. Pero el mensaje de Dios en estos puntos es: "Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo" (1 Juan 4: 1).

Los que sostienen que los dones del Espíritu, inclusive el don de profecía, cesaron con los días de los apóstoles, se ven por ello obligados no sólo a hacer oídos sordos a los asertos de cualquier mensajero actual de Dios, sino a denunciar al tal como impostor.

Los que creen en el permanente don de profecía deben reconocer la fuerza de la recomendación del Salvador: "Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces" (Mat. 7: 15). Y no deben olvidar la predicción que hizo nuestro Señor de que entre las señales que habían de marcar su regreso como inminente, se cuenta la aparición de falsos Cristos, y falsos profetas", que "harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos" (cap. 24: 24).

A fin de no apagar el Espíritu Santo que movió e inspiró a todos los profetas en todas las edades, el

apóstol Pablo recomienda a los creyentes: "No menospreciéis las profecías". Para evitar el engaño que podría producir una sutil falsificación, añade esta recomendación: "Examinadlo todo; retened lo bueno" (1 Tes. 5: 19-21).

Es comparativamente fácil evaluar una vida y una obra después de llegadas a su término, cuando los frutos han aparecido y madurado, y cuando se han manifestado las influencias para bien o para mal. La prueba real para formar un juicio correcto se impone a los que están obligados a juzgar el valor individual de un contemporáneo, especialmente antes de que se haya puesto de manifiesto el éxito o el fracaso. Este principio es de aplicación notable al probar los asertos de un profeta.

A los que lo rechazaban, Cristo, el mayor profeta de todas las épocas, y mientras maquinaban su muerte, declaró: "¡Ay de vosotros, que edificáis los sepulcros de los profetas a quienes mataron vuestros padres! De modo que sois testigos y consentidores de los hechos de vuestros padres; porque a la verdad ellos los mataron, y vosotros edificáis sus sepulcros" (Luc. 11: 47, 48).

Es una triste verdad que fueron muy pocos los que vivieron con esos escogidos hombres de Dios en cualquier época, y los reconocieron como sus mensajeros. Los que rechazaron a Cristo apedrearón también a Esteban; se regocijaron cuando Herodes dio muerte al apóstol Santiago; acosaron y persiguieron a Pablo, mientras que honraban de labios afuera a los profetas antiguos. Sin embargo, hubo siempre algunos cuyo corazón se regocijó al reconocer la voz de Dios que hablaba por medio de sus escogidos.

La evidencia para evaluar los asertos

La Srta. Harmon, cuya primera visión hemos relatado, y que llegó a ser más tarde la Sra. Elena G. de White, falleció en 1915, a la edad de 88 años. Los ricos

frutos de su vida se han manifestado. Su nombre está inseparablemente vinculado con el gran movimiento evangélico mundial de los últimos días. Los productos de su pluma se hallan en muchos países e idiomas. Los principios que ella enunció siguen siendo temas del más ferviente estudio de parte de pastores, educadores, médicos y laicos cristianos. Todos estos hechos evidencian que esas enseñanzas y esos principios emanaron del restaurado don de profecía del Dios del cielo.

Pero antes de pesar esos asertos a la luz de lo que ahora vemos, debemos considerar las evidencias por las cuales tenían que evaluarlos quienes primero los conocieron. ¿Qué indujo al grupo de como sesenta personas de Portland, Maine, a quienes relató su primera visión, a recibirla como comunicación divina? ¿Eran las circunstancias que justificaban su conclusión?

La experiencia cristiana de Elena Harmon

Tengamos presente que los miembros de ese grupo habían pasado juntos por una vicisitud única. Habían estado unidos en sus ardientes expectativas, y en su chasco y aturdimiento. Las grandes muchedumbres que se habían reunido antes del día de la expectación estaban ahora dispersas. Únicamente unos pocos continuaron unidos, y éstos se reunían por las noches en la casa de los Harmon. Conocían bien a su hija Elena. Para aceptar o no sus asertos de haber recibido una visión celestial, tenían que considerar naturalmente su experiencia cristiana y su carácter. Estos eran de una naturaleza tan excepcional, que deben haber sido bien conocidos para ellos.

En vista de la declaración de que eran "hombres santos" los que fueron movidos por el Espíritu Santo, debemos esperar una vida cristiana consecuente en la persona a quien Dios elige como medio de su revelación. Por lo tanto debe mencionarse brevemente la experiencia cristiana de Elena Harmon antes de que fuera elegida como mensajera de Dios.

Dos factores notables habían afectado su vida espiritual. El primero fue una herida accidental que recibió cuando tenía nueve años. Esta le causó intenso sufrimiento durante unos cuantos meses, y una expectativa de invalidez para toda la vida, si no de una muerte temprana. Luego, durante dos años había luchado con resentimiento contra Dios por haber destruido sus ambiciones. Acerca de ese período ella dice:

"A veces mis sentimientos de culpabilidad y responsabilidad delante de Dios pesaban tanto sobre mi alma, que no podía dormir y estaba despierta durante horas, pensando en mi condición perdida y lo que me conveniría más hacer. . . Parecía estar privada de toda oportunidad de felicidad terrenal, y condenada a un continuo chasco y mortificación. . . No veía cómo poder disfrutar ya de este mundo y el cielo parecía cerrado para mí" (*Life Sketches: Ancestry, Early Life, Christian Experience, and Extensive Labors of Elder James White and His Wife, Ellen White*, págs. 135, 136. Battle Creek: Steam Press of the SDA Publishing Association, 1888).

Entonces la proclamación del segundo advenimiento de Cristo llegó a la ciudad de Portland. En el segundo trimestre de 1840 Guillermo Miller pronunció una serie de conferencias sobre las profecías, y la ciudad se conmovió por su mensaje de la proximidad de la venida de Cristo. La familia Harmon asistió a las conferencias, y Elena escuchó con terror las evidencias presentadas. Todavía no podía esperar con felicidad y confianza la venida de Cristo como Salvador de su pueblo. Podía pensar en él solamente como juez que venía a destruir a los pecadores, inclusive a ella. Aunque suplicante pidió misericordia, halló poco alivio durante un tiempo. Dice en su autobiografía:

"Cuando se invitó a los pecadores a pasar adelante, centenares respondieron a la invitación, y se sentaron en los bancos de los penitentes. Yo también me abrí paso entre la multitud para tomar mi lugar con los que buscaban al Salvador. Sin embargo, sentía en mi

corazón que no lograría merecer llamarme hija de Dios" (*Testimonios Selectos*, tomo 1, págs. 16, 17).

Pasó meses en agonía mental. Dedicaba noches enteras a oraciones con lágrimas para obtener el perdón, pero sin una clara seguridad de que Dios la había aceptado. Como Bunyan, sufría un pesar casi insoportable, depresión y desesperación.

Pero llegó el día del alivio. Fue en una reunión metodista donde escuchó un sermón convincente sobre el amor perdonador de Cristo. Quedó impresionada por la declaración de que "se equivocaban gravemente quienes aguardaban a hacerse más merecedores del favor divino antes de atreverse a apropiarse de las promesas de Dios, pues sólo Jesús podía limpiarnos de pecado, y perdonar nuestras transgresiones, porque se comprometió a escuchar la súplica y a acceder a las oraciones de quienes con fe se acerquen a él" (*Id.*, pág. 18).

Acerca de la manera en que le fue quitada la carga de la desesperación, ella dice:

"Mientras estaba arrodillada y oraba con otras personas que también buscaban al Señor, decía yo en mi corazón: '¡Ayúdame, Jesús! ¡Sálvame o perezco! No cesaré de implorarte hasta que oigas mi oración y reciba yo el perdón de mis pecados'. Sentía entonces como nunca la angustiada necesidad de mi estado".

"Mientras estaba así arrodillada en oración, mi carga me abandonó repentinamente y se me alivió el corazón. Al principio me sobrecogió un sentimiento de alarma y quise reasumir mi carga de angustia. No me parecía tener derecho a sentirme alegre y feliz. Pero Jesús parecía estar muy cerca de mí, y me tuve por capaz de allegarme a él con todas mis pesadumbres, infortunios y tribulaciones, lo mismo que en busca de consuelo se allegaban a él los necesitados cuando estaba en la tierra. Tenía yo la seguridad de que Jesús comprendía mis tribulaciones peculiares y me compadecía. Nunca olvidaré aquella preciosa seguridad de la compasiva ternura de Jesús hacia un ser como yo tan indigno de su conside-

ración. Durante aquel corto tiempo que pasé arrodillada con los que oraban, aprendí acerca del carácter de Jesús mucho más de cuanto hasta entonces aprendiera" (*Id.*, págs. 18, 19).

Poco después de esto Elena se bautizó, y fue recibida como miembro de la iglesia metodista. A su propia petición, fue bautizada por inmersión, pues estaba persuadida por su experiencia y estudio que ése era el modo del bautismo bíblico.

Angustia por problemas y deberes

Esta conversión fue el comienzo de una experiencia cristiana inusitada para una niña. Sin embargo, tenía que aprender otras lecciones. La confundían las discusiones teológicas que oía acerca de la justificación y la santificación, que suponía una experiencia caracterizada por un gran gozo que ella se desesperaba por alcanzar. Se sentía perturbada porque algunos de los que más aseveraban haber llegado a la santificación, manifestaban amargura hacia aquellos que creían en la segunda venida de Jesús, y porque algunos predicadores se oponían a esta esperanza bíblica.

La predicación de un infierno eternamente ardiente, era fuente de angustia para su mente. No podía conciliar esta doctrina con el amor y la ternura de Dios. Acerca de esto ella dice:

"Pensaba que me iba a tocar la suerte del pecador condenado, de soportar para siempre las llamas del infierno, mientras existiera Dios mismo. Esta impresión se profundizó en mi mente hasta que temí perder la razón. Miraba con envidia a las bestias, porque no tenían alma que fuera a ser castigada después de la muerte. . .

"Me embargaron tinieblas totales y no parecía haber para mí manera de salir de las sombras. Si se me hubiese presentado la verdad como la conozco ahora, mi abatimiento habría desaparecido en seguida, y se me habría evitado mucha perplejidad y pesar. Si se hubiese

recalcado más el amor de Dios y menos su severa justicia, la hermosura y gloria de su carácter me habrían inspirado profundo y ferviente amor hacia mi Creador" (*Testimonies for the Church*, tomo 1, pág. 25).

La impresión de que debía ofrecer oraciones públicas en una de las reuniones de oración, aumentaba la angustia de su mente. Era de naturaleza tan tímida y retraída que sufría vivamente al pensar en ello. Temiendo confundirse, rehuía la terrible prueba. Pero tan fuerte era su impresión de que desagradaba voluntariamente a Dios al negarse a orar, que esto le hizo pasar otro período de completa desesperación, acerca del cual dice:

"Durante tres semanas ni un rayo de luz vino a herir la melancólica lobreguez que me rodeaba. Sufría muchísimo mentalmente. Noches hubo en que no me atreví a cerrar los ojos, sino que esperé a que mi hermana se durmiera, y, levantándome entonces despacito de la cama, me arrodillaba en el suelo para orar silenciosamente con indescriptible angustia muda. Se me representaban sin cesar los horrores de un infierno eterno y abrasador. Sabía que me era imposible vivir mucho tiempo en tal estado, y no tenía valor para morir y arrostrar la suerte de los pecadores. ¡Con qué envidia pensaba yo en los que se sentían aceptos de Dios! ¡Cuán preciosa parecía la esperanza del creyente a mi alma agonizante!" (*Testimonios Selectos*, tomo 1, pág. 23).

Su primera oración en público

De esta lastimera ansiedad fue por fin aliviada por un sueño consolador y el consejo y las oraciones de un predicador piadoso. Pero nuevamente sintió la impresión de que era su deber tomar parte en la reunión de oración. Esa noche tuvo la oportunidad de hacerlo. Temblorosa, se arrodilló con el pequeño grupo, y pronto elevó su voz en oración. Acerca de este acto de obediencia a la voz del Espíritu, dice:

"Mientras yo oraba, desapareció la pesadumbre angustiosa de mi alma que durante tanto tiempo había sufrido, y como suave rocío descendieron sobre mí las bendiciones del Señor. Alabé a Dios desde lo más profundo de mi corazón. Todo me parecía apartado de mí, menos Jesús y su gloria" (*Id.*, pág. 29).

A la noche siguiente, en la reunión de los creyentes adventistas, dio un impresionante testimonio de su experiencia. Esto fue el comienzo de su reconocimiento público de Cristo, acompañado de fervientes llamamientos a la consagración.

No mucho tiempo después fue invitada a relatar su experiencia a la iglesia cristiana de Portland, en un congreso de creyentes. Mientras relataba de una manera sencilla su maravillosa liberación de la servidumbre de la duda y la desesperación, "el enternecedor poder de Dios descendió sobre los circunstantes. Muchos lloraban y otros alababan a Dios. Se invitó a los pecadores a que se levantaran a orar, y no pocos respondieron al llamamiento" (*Id.*, pág. 32).

Empezan sus labores públicas para Cristo

Los esfuerzos que hacía Elena Harmon en favor de Cristo no se limitaban a estos testimonios públicos. Se reunía con sus amigas y les relataba lo que experimentaba, luego las exhortaba y oraba con ellas individualmente. Noche tras noche oraba por las personas por las cuales sentía preocupación, y sus esfuerzos por ganar almas fueron maravillosamente bendecidos.

Fue en este período de su vida cuando visitó a Portland Jaime White, joven que ardía de celo por inducir a sus semejantes a prepararse para la venida de Cristo, que él creía cercana. Habla así de la primera vez que se encontró con aquella que había de participar de sus labores como esposa suya:

"Era entonces una joven cristiana del carácter más piadoso. Aunque tenía sólo dieciséis años, trabajaba en

la causa de Cristo en público y de casa en casa. Era adventista decidida, y sin embargo era su experiencia tan rica y su testimonio tan poderoso que los ministros y dirigentes de diferentes iglesias solicitaban sus labores como exhortadora en sus diversas congregaciones. Pero en aquel entonces era muy tímida, y pocos se imaginaban que había de ser inducida a hablar en público a millares" (*Life Sketches*, pág. 126).

Con una experiencia tal, ¿es extraño que el pequeño grupo de creyentes de Portland, en su perplejidad y angustia después del chasco, tuviera confianza en la integridad de esta niña que, con temor y temblor, les hablaba de la visión que se le había dado? ¿Podían ellos dudar de la sinceridad de ella? El agua dulce no fluye de manantiales amargos.

La naturaleza del mensaje, su aplicación a sus necesidades, su respuesta satisfactoria a las preguntas que se levantaban en sus mentes, su estímulo a confiar en la experiencia pasada y en la dirección divina para lo futuro, deben haber impresionado ciertamente a los que oían a Elena Harmon. Como esto ha sido tratado en el capítulo anterior, no diremos más.

Sin embargo, es digno de notar que esta visión no era de índole tal que los confirmase en lo que ya habían creído. No solamente ellos, sino Elena Harmon misma, antes de esta visión, habían estado persuadidos de que era un error "el movimiento del clamor de media noche" por el cual habían pasado. Tal era la conclusión general a que habían llegado los dirigentes del movimiento. Parecía lógico aceptar el hecho de que el cálculo del período profético de los 2.300 años que terminó el 22 de octubre había sido un error.

Pero en la visión, en vez de presentarse el clamor de media noche como un error, se lo presentaba como una luz que había de iluminar la senda del pueblo adventista en todo el camino hasta la ciudad de Dios.

Por lo general, la esencia de esta visión no puede ser explicada como fruto de la creencia personal de

Elena Harmon o de sus compañeros. El hecho de que sirviera para cambiar esa creencia, es una fuerte evidencia de que le fue dada por una inteligencia ajena a su propia conciencia.

Le cuesta relatar la visión

Por lo que se ha dicho, es evidente que Elena Harmon no era una persona atrevida. No era de su agrado salir como mensajera del Señor. Cuando en una visión ulterior se le ordenó que relatar a otros las cosas que Dios le había mostrado, se le presentaron las pruebas y las penurias de su vida futura. Acerca de lo que le costaba decidirse a hacer esta obra, ella dice:

"Estaba yo tan delicada de salud que siempre me aquejaban sufrimientos corporales, y según las apariencias no prometía vivir mucho tiempo. Contaba a la sazón diecisiete años, era tímida, apocada y me era muy penoso encontrarme entre personas desconocidas.

"Durante algunos días, y más aún por la noche, rogué a Dios que me quitase de encima aquella carga y la transfiriese a alguien más capaz de sobrellevarla. Pero no se alteró en mí la conciencia del deber, y continuamente resonaban en mi oído las palabras del ángel: 'Comunica a los demás lo que te he revelado'. . .

"Pero me parecía imposible llevar a cabo la labor que a la sazón se me encargaba, pues temía fracasar de seguro en cuanto la intentase. Las pruebas que la acompañaban me parecían superiores a mis fuerzas. ¿Cómo podría yo, tan jovencita, ir de un sitio a otro para declarar a la gente las santas verdades de Dios?" (*Testimonios Selectos*, tomo 1, pág. 64).

Cuando recordamos la terrible lucha mental provocada por la impresión de que debía tomar parte en una reunión de oración, podemos apreciar mejor el temor y la agonía con que contemplaría el viajar y hacer frente al mundo con su escepticismo natural acerca de las revelaciones divinas actuales. Pero cuan-

do finalmente cedió, encontró que se le daba nueva fuerza para el llamamiento al cual respondía.

Los fenómenos de la visión eran bíblicos

No se puede negar que había un poder sobrenatural en las visiones de Elena Harmon. Centenares de personas han atestado que vieron ciertos fenómenos físicos durante esas ocasiones. Algunos de ellos son sorprendentemente iguales a los mencionados en las Escrituras. Así el apóstol Pablo, refiriéndose a su propia experiencia, dice:

“Vendré a las visiones y a las revelaciones del Señor. Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe). . . que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar” (2 Cor. 12: 1-4).

Así también, Elena Harmon, que más tarde llegó a ser la Sra. Elena G. de White, mientras se hallaba en visión estaba completamente ajena a cuanto la rodeaba. Era evidente para los presentes que a veces parecía estar viendo escenas celestiales, porque describía lo que veía. En tales ocasiones, después de recobrar la conciencia, el mundo le parecía oscuro, como si hubiese estado en la gloria celestial.

Otra manifestación sorprendente del poder sobrenatural era que durante las visiones, aunque durasen horas, no respiraba en absoluto, aun cuando hablara. Así también, dice Daniel, hablando de sí mismo mientras estaba en visión:

“Porque al instante me faltó la fuerza, y no me quedé aliento” (Dan. 10: 17).

Inmediatamente después de estas palabras viene la declaración:

“Y aquel que tenía semejanza de hombre me tocó otra vez, y me confortó” (vers. 18).

Así también, en unas cuantas de las visiones de la Sra. de White hubo manifestaciones de gran fuer-

za. En una visión que le fue dada en su propia casa en Portland, alzó la gran Biblia de familia, que pesaba como nueve kilos, y la sostuvo en su mano izquierda extendida durante media hora aproximadamente.

Estos fenómenos no son concluyentes

Se menciona aquí que estos fenómenos acompañaban a las visiones, pero no como evidencias concluyentes por sí mismos del poder divino. Los que quisieran aceptar los fenómenos físicos como evidencia determinante pueden ser engañados, porque el enemigo de la justicia puede producir condiciones similares en las personas sujetas a su dominio.

En los comienzos de la obra de la Sra. de White, lo milagroso se manifestaba a veces para atraer la atención del espectador personal, y como evidencia a los que presenciaban de que estaban ante un poder sobrenatural. Si era de Dios o de Satanás, debía quedar determinado por el carácter de los mensajes mismos, y por el del mensajero.

En años ulteriores, cuando fue posible juzgar sus asertos por el carácter y contenido de sus escritos y por sus labores, sin tomar en cuenta la evidencia física, estos fenómenos físicos ya no fueron necesarios para la fe, y sus visiones públicas se hicieron menos frecuentes y finalmente cesaron.

Que las revelaciones dadas para aconsejar y guiar a la iglesia no cesaron con ellas, sino que continuaron sin disminución casi hasta el fin de su vida, resultará evidente cuando estudiemos más de su obra.

Como la primera parte de la obra pública de la Sra. de White ha sido tratada extensamente en su biografía, no es necesario dar mayores detalles aquí. Durante los primeros años de ese período, sus labores se limitaron a los estados de Nueva Inglaterra. Mientras que muchos abandonaron los fundamentos del mensaje adventista, ella se identificó con quienes sostenían que Dios los había conducido. La luz no se les presentó

toda de golpe. Pero paso a paso avanzaron en las providencias de Dios, enseñados por la Palabra divina, hasta que se estableció una clara y sistemática estructura de la verdad.

Influencia estabilizadora en medio de la confusión

Los miles de adventistas que pasaron por los penosos incidentes de 1844 habían salido de muchas diferentes iglesias, o habían sido convertidos por el mensaje mismo. Estaban unidos en la esperanza de la venida de Cristo; pero cuando ésta no se realizó, el vínculo de unidad quedó roto. No estaban organizados. Siguió un período de caos, de ideas confusas. Se levantaron muchos maestros fanáticos para perturbar y molestar. Se oían por todos lados voces discordantes, expresadas en publicaciones contradictorias y en conferencias.

En tales circunstancias, ¡cuán providencial fue que el don de profecía reviviera tan manifiestamente! No era el propósito de Dios enseñar nuevas verdades por este medio. Más bien, el don sirvió para reprobear las enseñanzas falsas y fanáticas y para poner la aprobación divina sobre aquellas verdades que fervientes buscadores de la luz habían hallado en la Palabra mediante el estudio diligente y la oración.

Era oportuna la siguiente declaración de la Sra. de White acerca de su posición firme e inquebrantable contra el fanatismo, y contra la fijación de fechas definitivas para la venida de Cristo:

“Me fueron dadas visiones para corregir los errores de aquellos que habían asumido opiniones extremas acerca de algunos pasajes de las Escrituras, y habían dejado de trabajar, completamente y rechazaban a todos los que no recibían sus opiniones acerca de este punto y de algunas otras cosas que tenían por deber religioso. Dios me reveló estos errores en visión, y me mandó a sus hijos errantes para declarárselos; pero muchos de ellos rechazaron completamente el mensaje y me acusaron de conformarme al mundo.

“Por otro lado, los adventistas nominales me acusaban de fanatismo, y algunos me presentaron falsamente y hasta con malicia, como cabeza del fanatismo, cuando en realidad yo estaba constantemente trabajando para destruirlo con el testimonio que Dios me había dado.

“Diferentes fechas fueron fijadas para la venida del Señor y presentadas con insistencia a los hermanos. Pero el Señor me mostró que pasarían, porque el tiempo de angustia debe venir antes de la venida de Cristo, y que cada fecha que se fijara y pasase, no haría sino debilitar la fe del pueblo de Dios” (*Life Sketches*, pág. 220).

Es digno de recalcar el hecho de que las verdades distintivas que dieron origen a la iglesia adventista del séptimo día fueron descubiertas por el estudio diligente de la Biblia, y con oración, y no por seguir crédulamente las visiones. En aquellos días de los comienzos, como hoy, estas doctrinas eran predicadas con poder convincente por la Biblia sola. Después que los hombres habían hecho todo lo que estaba a su alcance para hallar la verdad por su cuenta, entonces Dios les mandaba misericordiosamente mensajes por el don de profecía para confirmarlos en sus conclusiones, o corregir interpretaciones erróneas de la Escritura. Las doctrinas no vinieron por las visiones, aunque las visiones confirmaron las doctrinas. Así se efectuó una maravillosa unidad, y fue asegurada la confianza de los que aceptaban las manifestaciones del don.

No reemplazan el estudio de la Biblia

Cuando, algunos años más tarde, los que se oponían a los adventistas del séptimo día llamaron despectivamente a sus doctrinas “opiniones visionarias”, Jaime White, escribiendo en la *Review and Herald*, señaló el hecho de que ellos basaban toda la doctrina en la Biblia y la sostenían enteramente por argumentos bíblicos. Afirmó que la revelación divina no estaba desti-

nada a reemplazar el estudio de las Escrituras y el orar a Dios por luz. Declaró, además:

“El reavivamiento de algún don, o de todos los dones, nunca reemplazarán la necesidad de escudriñar la Palabra para aprender la verdad. . . No es el plan de Dios conducir a su pueblo al amplio campo de la verdad mediante los dones. *Pero si después que su pueblo ha escudriñado la Palabra*, hay quienes aun no ven la verdad bíblica, o por contención insisten en hacer aceptar opiniones erróneas a los honrados buscadores de la verdad, entonces tiene Dios oportunidad de corregirlos por los dones. *Esto está en armonía con toda nuestra experiencia al respecto*” (*Review and Herald*, del 26 de febrero de 1856). [La cursiva no está en el original.]

La luz revelada poco a poco

La luz dada por el cielo no fue revelada más rápidamente de lo que el pueblo de Dios estaba preparado para seguirla después del chasco.

Habiendo hecho esta breve reseña de las primeras manifestaciones del don de profecía mediante la Sra. de White antes que sus escritos fuesen ampliamente conocidos, haremos un análisis de algunos de los rasgos de la obra realizada por él en su vida. Nuestra propia conclusión, basada en sus escritos, y en observaciones personales que abarcan más de cincuenta años, es que nunca en la historia de la iglesia ha hablado Dios más manifestamente a su pueblo de lo que lo ha hecho mediante este instrumento de su elección, mostrándole los peligros, elevando la norma de la justicia, y dirigiendo la obra confiada a su iglesia en la tierra, Y si podemos presentar evidencias para demostrar que no se trata de una conclusión extravagante, tendremos de veras motivo para sentir profunda gratitud hacia Aquel que en estos últimos días visitó tan misericordiosamente a su pueblo.

CAPITULO 26

LOS ASERTOS PROBADOS POR LA PALABRA

CUALQUIER aseveración que haga alguien de poseer el don de profecía, de recibir instrucción del Cielo mediante visiones y sueños, no es en sí mismo algo inconsecuente, supersticioso o fanático. Es, en realidad un aserto muy propio, plenamente aprobado por las Escrituras, *siempre que la persona que haga la afirmación haya recibido realmente ese don*. Las palabras del Señor no son menos ciertas hoy que cuando fueron pronunciadas hace tres mil años: “Oíd ahora mis palabras. Cuando haya entre vosotros profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él” (Núm. 12: 6).

Nadie puede hacerse a sí mismo profeta. Ningún cuerpo de hombres, por mucha autoridad que tenga en la iglesia, puede elegir a otro para este cargo sagrado. Debe recibir el don de profecía —don que Dios únicamente puede otorgar. De ahí que una persona llega a ser profeta únicamente cuando el Señor, por el Espíritu Santo, le imparte el don de profecía. El don de profecía, otorgado desde el comienzo, no ha sido nunca retirado de la familia humana. Ha habido tiempos en que no se manifestaba tan amplia y abiertamente. Pero después de períodos en que parecía no manifestarse, ha reaparecido, y con frecuencia en una manera muy pronunciada.

En vista del hecho de que era la sincera e inquebrantable convicción de la Sra. Elena G. de White, que

desde el año 1844 hasta el fin de su vida le fueron dadas revelaciones divinas por visiones y sueños, es indispensable probar su pretensión de poseer el don de profecía. Sería inconsecuente rechazar esta afirmación como absurda.

La conducta correcta y bíblica que se debe seguir frente a la aseveración de la Sra. de White, consiste en examinar sinceramente las evidencias sobre las cuales se basan sus asertos, porque desde los tiempos más antiguos ha habido profetas verdaderos y falsos.

Ella misma ha insistido sincera y decididamente en que se haga la investigación más cabal de sus declaraciones. Acerca de su obra escribió en 1876:

“Dios está enseñando a su iglesia, reprobando sus yerros y fortaleciendo su fe, o no lo está. Esta obra es de Dios o no lo es. Dios no hace nada en sociedad con Satanás. Mi obra durante los últimos treinta años lleva el sello de Dios o el del enemigo. No hay obra hecha en comunión en este asunto. Los Testimonios son del Espíritu de Dios, o del diablo” (*Testimonies for the Church*, tomo 4, pág. 230).

Predicciones cumplidas y en cumplimiento

¿Cómo probamos el aserto de que una persona tiene el don de profecía? La Palabra de Dios misma nos indica cómo distinguir lo verdadero de lo falso.

“Y si dijeres en tu corazón: ¿Cómo conoceremos la palabra que Jehová no ha hablado?; si el profeta hablar en nombre de Jehová, y no se cumpliere lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta; no tengas temor de él” (Deut. 18: 21, 22).

No todas las declaraciones de un profeta son predicciones. Pero cuando se levanta alguien que asevera tener el don de profecía, y en el nombre del Señor describe acontecimientos o condiciones futuras, entonces basta que esa predicción no se cumpla para saber que habló falsamente.

Como ya se ha indicado, en la primera visión la Sra. White vio brevemente lo que iba a experimentar el pueblo adventista hasta el tiempo de entrar en la ciudad de Dios. Esa visión fue repetida más tarde y dada con detalles adicionales. Hace más de 75 años, publicó un libro titulado *El Conflicto de los Siglos*. En él se describen escenas tan vívidas de lo presente, y se hacen tales predicciones de condiciones futuras del mundo, que sigue circulando ampliamente hoy. Inspira en el corazón de los lectores una convicción que induce a muchos de ellos a prepararse para estar listos para recibir a su Señor que pronto vendrá.

Considerando los tremendos cambios políticos, sociales y religiosos que se han producido en nuestro mundo durante el último medio siglo, ¿qué mente humana podría haber escrito, sin la iluminación del Espíritu de Dios, centenares de páginas de descripción detallada y exacta de las condiciones futuras? Las primeras visiones dadas a la Sra. de White acerca del desarrollo del espiritismo corresponden a un tiempo en que tan sólo pocas personas fuera de Rochester, Nueva York, habían oído hablar de los golpes misteriosos que señalaron el origen del espiritismo moderno.

La casi universal desviación de las iglesias de los fundamentos del cristianismo que se ve hoy, parecía casi increíble cuando fue predicha por primera vez por la Sra. de White en *El Conflicto de los Siglos*. En este libro se halla una descripción convincente de los actos finales del drama terrenal, el poderoso triunfo del mensaje evangélico, el fin del tiempo de gracia, del tiempo de angustia, del último gran conflicto del pueblo de Dios con las huestes de las tinieblas, y su liberación final. Todo esto está en armonía con declaraciones importantes de la Escritura, pero se da con los detalles necesarios para los que deben pasar por estas vicisitudes.

El lector diligente y sincero de las predicciones de la Sra. de White debe admitir que soportan la prueba, pues se han cumplido, o están en vías de cumplirse.

Es imperativo que armonicen con la Palabra

Otra prueba vitalmente importante nos es proporcionada por el profeta Isaías. Refiriéndose a los que aseveraban tener dones sobrenaturales, dice él:

“¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Isa. 8:20). Esto es muy explícito y concluyente. La ley y el testimonio representan las Escrituras de verdad inspiradas “divinamente”, las verdades que los “santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Tim. 3:16; 2 Ped. 1:21).

Las pruebas que se acaban de enumerar son vitales y fundamentales. Las declaraciones del que asevera tener instrucción directa de Dios por visiones y sueños deben estar *en armonía con la Palabra inspirada de Dios*.

Cuando se le dio a la Sra. de White su primera visión en diciembre de 1844, comenzó para ella un largo período de la más íntima comunión con Dios. Falleció el 16 de junio de 1915, casi setenta y un años después de recibir su primera visión. Durante esta larga vida de servicio permaneció fiel a Dios, estudiando incansablemente su Palabra, y permaneciendo maravillosamente leal a la luz que en aquella primera visión le fue revelada acerca de las peregrinaciones del pueblo adventista hasta la santa ciudad. La luz dada en aquel tiempo se acrecentó grandemente a través de los años. Las instrucciones impartidas entonces fueron ampliadas mil veces por muchas visiones y sueños subsiguientes. Al final de su vida, dejó una biblioteca de más de veinte libros voluminosos escritos por ella, dedicados mayormente a las diversas fases de la gran verdad central a ella revelada en aquella primera visión. Es-

tos escritos están impregnados de citas bíblicas, interpretaciones y otras evidencias de su constante estudio de la Palabra. A la verdad, son tan fieles a las enseñanzas de la Biblia que impelen al lector a buscar cualquier falta de armonía con la Palabra inspirada. Se puede decir en verdad que proporcionan un gran material con que probar su aserto de poseer el don de profecía.

Hechos sobresalientes del Evangelio

Las opiniones presentadas en los escritos de la Sra. de White no están en forma de credo; ni son dadas como declaraciones categóricas de creencias. Son más bien claras y confiadas exposiciones del mismo corazón de las verdades vitales presentadas en la Palabra de Dios.

Los que estudian la Biblia descubren fácilmente que denuncia constantemente grandes verdades fundamentales sin aducir argumento alguno en su favor, y sin acreditar fuente alguna de referencia. Las declara definida y positivamente. Nótese cuidadosamente las siguientes declaraciones:

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Gén. 1:1).

“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó (vers. 27).

“El pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Rom. 5:12).

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna” (Juan 3:16).

“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa” (Hech. 16:31).

“Toda la Escritura es inspirada por Dios” (2 Tim. 3:16).

En ninguna parte puede hallarse un ejemplo más profundo de enseñanza positiva y original que en el inmortal sermón del monte de nuestro Salvador.

Con estos hechos soberanos del Evangelio se relacionan los miles de detalles registrados en las Escrituras. Hay diferencias de opiniones en la interpretación de asuntos menores, pero no se puede, sin correr gravísimo peligro, desviarse de los fundamentos claros y positivos. De hacerlo, el plan divino queda desvirtuado por la insensatez del raciocinio humano.

Por lo tanto, a todos los que exponen la Escritura se ha declarado: "¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido" (Isa. 8:20).

La Biblia es la suprema e infalible revelación de Dios a todos los hombres, en todas las naciones y en todos los tiempos. Por este libro se han de probar todas las teorías, enseñanzas y doctrinas. Por él se ha de pesar el carácter de todos los hombres, y decidir su destino. Después del don de Cristo para redimir a la especie humana, la Biblia, la santa Palabra de Dios, es el mejor don de Dios para instruir y guiar a la humanidad en el viaje de la vida. Son falsas las teorías, respecto a la religión, la ciencia, o la moral, que contradigan este Libro divino. No son de Dios. Por lo tanto deben ser rechazadas.

Las enseñanzas probadas por diez principios

Tenemos derecho a esperar pues, que si la Sra. de White tuvo el don de profecía, su vida y sus enseñanzas estén en plena armonía con la Biblia en todos los asuntos vitales para la salvación. Ella misma reconoció este claro principio en las palabras siguientes:

"El cristianismo recibe la Palabra de Dios como el gran tesoro de la verdad inspirada y la piedra de toque de toda inspiración" (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 205). (La cursiva no es del original.)

Para comprobar este hecho con Elena G. de White hemos elegido diez doctrinas fundamentales de la Biblia; diez hechos básicos del Evangelio:

1. La inspiración, autenticidad e infalibilidad de la Biblia.
2. El único relato verdadero y fidedigno del origen de la especie humana.
3. La explicación divina del origen del pecado y de la muerte.
4. El plan evangélico para la redención de la familia humana del pecado y de la muerte.
5. La encarnación, muerte, resurrección, y ascensión del Hijo de Dios.
6. La venida del Consolador, el Espíritu Santo, representante de Cristo en la tierra.
7. La autoridad universal e inmutable de la ley moral.
8. La gracia abundante de Dios para un mundo en rebelión.
9. El don gratuito de la justicia de Dios por la fe en Cristo Jesús.
10. La consumación cierta, final y gloriosa del gran plan de la redención en el cual se concentran nuestras esperanzas.

Para hacer esta comprobación, daremos primero una declaración de la Escritura, seguida por unas pocas frases de los escritos de la Sra. de White, típicas de muchas otras que abundan en los miles de páginas de sus libros impresos.

1. Exalta la Palabra de Dios

"Toda Escritura es inspirada por Dios" (2 Tim. 3:16). "Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo" (2 Ped. 1:21). "No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mat. 4:4).

En su vida personal, en su ministerio público, y en sus escritos, la Sra. de White reverenció la Palabra de Dios. Acerca de ese gran Libro escribió:

"La Palabra de Dios incluye las escrituras del Antiguo Testamento así como las del Nuevo. El uno no es completo sin el otro". "El Antiguo Testamento arroja luz sobre el Nuevo, y el Nuevo sobre el Viejo. Cada uno de ellos es una revelación de la gloria de Dios en Cristo. Ambos presentan verdades que revelarán continuamente nuevas profundidades de significado para el estudiante fervoroso" (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, págs. 97, 99).

"En su Palabra, Dios comunicó a los hombres el conocimiento necesario para la salvación. Las Santas Escrituras deben ser aceptadas como dotadas de autoridad absoluta y como revelación infalible de su voluntad. Constituyen la regla del carácter, nos revelan doctrinas, y son la piedra de toque de la experiencia religiosa" (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 9).

"Dios se había propuesto que la Biblia fuese un libro de instrucción para toda la humanidad en la niñez, en la juventud y en la edad adulta, y que fuese estudiada en todo tiempo. Dio su Palabra a los hombres como revelación de sí mismo. . . El estudio de las Sagradas Escrituras es el medio divinamente instituido para poner a los hombres en comunión más estrecha con su Creador y para darles a conocer más claramente su voluntad. Es el medio de comunicación entre Dios y el hombre" (*Id.*, pág. 75).

"La Biblia presenta una perfecta norma de carácter; es un guía infalible en todas las circunstancias, aun hasta el fin del viaje de la vida. Tomadla por vuestra consejera, como la regla de vuestra vida diaria" (*Testimonios Selectos*, tomo 4, pág. 61).

"Una palabra de la Escritura tiene más valor que diez mil ideas o argumentos humanos" (*Id.*, tomo 5, pág. 35).

"Dejemos que la Palabra de Dios se destaque tal cual es. No presuma sabiduría humana alguna disminuir la fuerza de una sola declaración de las Escrituras" (*Id.*, tomo 4, pág. 250).

2. Afirma la creación y niega la evolución

Acerca del origen del hombre, la Biblia hace esta clara declaración: "Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó" (Gén. 1: 27). Los escritos de la Sra. de White están plenamente de acuerdo con esta declaración inspirada:

"La Biblia es la historia más antigua y abarcante que los hombres poseen. . . Ilumina el lejano pasado, donde en vano procura penetrar la investigación humana. Únicamente en la Palabra de Dios contemplamos el poder que echó los fundamentos de la tierra, y extendió los cielos. Sólo en ella hallamos un relato auténtico del origen de las naciones. Únicamente en ella se nos da una historia de la familia humana, no mancillada por el orgullo o el prejuicio del hombre" (*La Educación Cristiana*, págs. 67, 68).

"Una vez creada la tierra con su abundante vida vegetal y animal, fue introducido en el escenario el hombre, corona de la creación para quien la hermosa tierra había sido aparejada. A él se le dió dominio sobre todo lo que sus ojos pudiesen mirar; pues, 'dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree. . . en toda la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen. . . varón y hembra los creó' (Gén. 1: 26, 27).

"Aquí se expone con claridad el origen de la raza humana; y el relato divino está tan claramente narrado que no da lugar a conclusiones erróneas. Dios creó al hombre conforme a su propia imagen. No hay en eso misterio. No existe fundamento alguno para la suposición de que el hombre llegó a existir mediante un lento proceso evolutivo de las formas bajas de la vida animal o vegetal. Tales enseñanzas rebajan la obra sublime del Creador al nivel de las mezquinas y terrenales concepciones humanas. Los hombres están tan resueltos a excluir a Dios de la soberanía del universo que rebajan al hombre y le privan de la dignidad de su ori-

gen. El que colocó los mundos estrellados en la altura y coloreó con delicada maestría las flores del campo, el que llenó la tierra y los cielos con las maravillas de su potencia, cuando quiso coronar su gloriosa obra, colocando a alguien para regir la hermosa tierra, supo crear un ser digno de las manos que le dieron vida. La genealogía de nuestro linaje, como ha sido revelada, no hace remontar su origen a una serie de gérmenes, moluscos o cuadrúpedos, sino al gran Creador" (*Patriarcas y Profetas*, págs. 24, 25).

Puede verse que la Sra. de White asume una actitud firme, valerosa e intrépida, basada en los claros asertos de la Palabra de Dios acerca del origen de la especie humana. Nótese la certidumbre revelada en sus declaraciones:

"Dios creó al hombre conforme a su propia imagen. *No hay en esto misterio. No existe fundamento alguno para la suposición de que el hombre llegó a existir mediante un lento proceso evolutivo de las formas bajas de la vida animal o vegetal*".

3. El origen satánico del pecado y de la muerte

"El pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres" (Rom. 5: 12). Acerca de este trágico suceso la Sra. de White da una explicación clara, racional y muy valiosa, plenamente de acuerdo con la Palabra de Dios.

"Para muchos el origen del pecado y el porqué de su existencia es causa de gran perplejidad. Ven la obra del mal con sus terribles resultados de dolor y desolación, y se preguntan cómo puede existir todo eso bajo la soberanía de Aquel cuya sabiduría, poder y amor son infinitos. Es esto un misterio que no pueden explicarse. Y su incertidumbre y sus dudas los dejan ciegos ante las verdades plenamente reveladas en la Palabra de Dios y esenciales para la salvación. . .

"Es imposible explicar el origen del pecado y dar razón de su existencia. Sin embargo, se puede comprender suficientemente lo que atañe al origen y a la disposición final del pecado, para hacer enteramente manifiesta la justicia y benevolencia de Dios en su modo de proceder contra el mal. Nada se enseña con mayor claridad en las Sagradas Escrituras que el hecho de que Dios no fue en nada responsable de la introducción del pecado en el mundo, y de que no hubo retención arbitraria de la gracia de Dios, ni error alguno en el gobierno divino que dieran lugar a la rebelión. El pecado es un intruso, y no hay razón que pueda explicar su presencia. Es algo misterioso e inexplicable; excusarlo equivaldría a defenderlo. Si se pudiera encontrar alguna excusa en su favor o señalar la causa de su existencia, dejaría de ser pecado. La única definición del pecado es la que da la Palabra de Dios: 'El pecado es transgresión de la ley'; es la manifestación exterior de un principio en pugna con la gran ley de amor que es el fundamento del gobierno divino. . .

"El pecado nació en aquel que, después de Cristo, había sido el más honrado por Dios y el más exaltado en honor y en gloria entre los habitantes del cielo" (*El Conflicto de los Siglos*, págs. 546, 547).

"No siéndole posible continuar con su rebelión en el cielo, Satanás halló un nuevo campo de acción para su enemistad contra Dios, al tramar la ruina de la raza humana. Vio en la felicidad y en la paz que la santa pareja gozaba en el Edén el deleite que él había perdido para siempre. Estimulado por la envidia, resolvió inducirlos a desobedecer y atraer sobre sí la culpa y el castigo del pecado". "Satanás hizo creer a la santa pareja que ellos se beneficiarían violando la ley de Dios".

"Era voluntad de Dios que la inmaculada pareja no conociese absolutamente nada de lo malo. Les había dado abundantemente el bien, y vedado el mal. Pero, contra su mandamiento, habían comido del fruto pro-

hibido, y ahora continuarían comiéndolo y conocerían el mal todos los días de su vida. Desde entonces el linaje humano sufriría las asechanzas de Satanás. En lugar de las agradables labores que se les había asignado hasta entonces, la ansiedad y el trabajo serían su suerte. Estarían sujetos a desengaños, aflicciones, dolor, y al fin, la muerte". "El pecado de nuestros primeros padres trajo sobre el mundo la culpa y la angustia, y si no se hubiesen manifestado la misericordia y la bondad de Dios, la raza humana se habría sumido en irremediable desesperación. Nadie se engañe. 'La paga del pecado es muerte' (*Patriarcas y Profetas*, págs. 34, 38, 43, 45).

4. El divino plan de la redención

"Si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo" (Rom. 5: 15). El divino plan por el cual podía redimirse al hombre caído fue recalcado y glorificado en los escritos de la Sra. de White:

"La caída del hombre llenó todo el cielo de tristeza. El mundo que Dios había hecho quedaba mancillado por la maldición del pecado, y habitado por seres condenados a la miseria y a la muerte. Parecía no existir escapatoria para aquellos que habían quebrantado la ley. Los ángeles suspendieron sus himnos de alabanza. Por todos los ámbitos de los atrios celestiales, había lamentos por la ruina que el pecado había causado. . . Pero el amor divino había concebido un plan mediante el cual el hombre podía ser redimido. . . Ninguno sino Cristo podía salvar al hombre de la maldición de la ley, y colocarlo otra vez en armonía con el cielo. . . El único plan que podía asegurar la salvación del hombre afectaba a todo el cielo en su infinito sacrificio" (*Id.*, págs. 48, 49).

"El Mesías crucificado es el punto central de todo el cristianismo" (*Consejos para los Maestros*, pág. 24).

"La redención es aquel proceso por el cual el alma se prepara para el cielo. Esa preparación significa conocer a Cristo. Significa emanciparse de ideas, costumbres y prácticas que se adquirieron en la escuela del príncipe de las tinieblas" (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 285).

"El gran plan de la redención alcanzará su cumplimiento en la extirpación final del pecado y la liberación de todos los que estuvieron dispuestos a renunciar al mal" (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 540).

Estas aseveraciones demuestran claramente que la Sra. de White enseñó categóricamente la doctrina de que el Evangelio, tal como se revela en las Sagradas Escrituras, presenta el único medio de salvación. Ninguna de las filosofías morales de la India o de los códigos éticos de Birmania o de la China tienen lugar junto al Evangelio de Dios. Sólo éste es la esperanza de un mundo perdido.

5. La redención únicamente por Cristo

"Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley" (Gál. 4: 4, 5). Hallamos también que acerca de esta verdad ampliamente controvertida y con frecuencia abandonada, las enseñanzas de la Sra. de White concuerdan con la Palabra:

"A fin de que llegáramos a conocer su divino carácter y su vida, Cristo tomó nuestra naturaleza y vivió entre nosotros. La Divinidad se reveló en la humanidad; la gloria invisible en la visible forma humana. Los hombres podían aprender de lo desconocido mediante lo conocido; las cosas celestiales eran reveladas por medio de las terrenales; Dios se manifestó en la semejanza de los hombres" (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, pág. 8).

"El que era uno con Dios se ha unido con los hijos de los hombres con lazos que jamás serán quebranta-

dos. . . Es nuestro Sacrificio, nuestro Abogado, nuestro Hermano, que lleva nuestra forma delante del trono del Padre, y por las edades eternas será uno con la raza que ha redimido: es el Hijo del hombre" (*El Camino a Cristo*, pág. 13).

"Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (Heb. 7: 25).

"Cristo es el eslabón que une a Dios y al hombre. El ha prometido su intercesión personal. Coloca toda la virtud de su justicia de parte del suplicante. Intercede por el hombre, y el hombre, necesitado de la ayuda divina, intercede por sí mismo en presencia de Dios, empleando la influencia de Aquel que dio su vida por el mundo. Mientras reconocemos delante de Dios nuestro aprecio de los méritos de Cristo, se impartió fragancia a nuestras intercesiones. Al acercarnos a Dios por la virtud de los méritos del Redentor, Cristo nos acerca a su lado, rodeándonos con su brazo humano, mientras que su brazo divino se ase del trono del Infinito. Pone sus méritos, como suave incienso, en el incensario que hay en nuestras manos, a fin de estimular nuestras peticiones. Promete oír y contestar nuestras súplicas. Sí, Cristo ha llegado a ser el intermediario de la oración entre el hombre y Dios. Ha llegado también a ser el intermediario de la bendición entre Dios y el hombre. Ha unido la divinidad con la humanidad" (*Testimonies for the Church*, tomo 8, pág. 178).

En las enseñanzas de la Sra. de White, como en la Biblia, Cristo es reconocido y exaltado como el único Salvador de los hombres. Se recalca la osada y categórica declaración de los discípulos de que "no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hech. 4: 12). El redimir del poder de los efectos del pecado está sólo en él, y a él se dirigen todos los hombres.

6. El Espíritu Santo hace eficaz la salvación

"Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros". "Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Juan 14: 16, 17, 26). En esto también encontraremos reveladas en los escritos de la Sra. de White, una notable claridad, plenitud y armonía con la Palabra de Dios:

"El Espíritu Santo es el representante de Cristo, pero despojado de la personalidad humana e independiente de ella. Estorbado por la humanidad, Cristo no podía estar en todo lugar personalmente. Por lo tanto, convenía a sus discípulos que fuese al Padre y enviase el Espíritu como su sucesor en la tierra. Nadie podría entonces tener ventaja por su situación o su contacto personal con Cristo. Por el Espíritu, el Salvador sería accesible a todos. En este sentido, estaría más cerca de ellos que si nunca hubiese ascendido a lo alto" (*El Deseado de Todas las Gentes*, págs. 622, 623).

"El pecado podía ser resistido y vencido únicamente por la poderosa intervención de la tercera persona de la Divinidad, que iba a venir no con energía modificada, sino en la plenitud del poder divino. El espíritu es el que hace eficaz lo que ha sido realizado por el Redentor del mundo" (*Id.*, pág. 625).

"El Espíritu Santo es el aliento de la vida espiritual. El impartimiento del Espíritu es el impartimiento de la vida de Cristo" (*Id.*, pág. 745).

El Espíritu Santo, la tercera persona de la Divinidad, y representante de Cristo en la tierra, es así presentado y exaltado por la Sra. de White como el mensajero y guía celestial enviado por nuestro Señor a este

mundo para hacer real en los corazones y la vida de los hombres todo lo que él ha hecho posible por su muerte en la cruz.

7. Exalta siempre la ley de Dios

"De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno" (Rom. 7: 12). "¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley" (Rom. 3: 31). Esta es una fase vital de la coincidencia y armonía con la Biblia que hubo en la Sra. de White. En ningún otro detalle se destaca más su adhesión a la Palabra, y eso en un mundo confundido acerca de este punto:

"Todo en la naturaleza, desde la diminuta partícula que baila en un rayo de sol hasta los astros en los cielos, está sometido a leyes. De la obediencia a estas leyes dependen el orden y la armonía del mundo natural. Es decir que grandes principios de justicia gobiernan la vida de todos los seres inteligentes, y de la conformidad a estos principios depende el bienestar del universo. Antes que se creara la tierra existía la ley de Dios. Los ángeles se rigen por sus principios y, para que este mundo esté en armonía con el cielo, el hombre también debe obedecer los estatutos divinos" (*El Discurso Maestro de Jesucristo*, pág. 45).

"Dios había afirmado las montañas y las había ceñido de fortaleza; ningún brazo podía removerlas de su lugar, sino sólo el del Poder infinito. Asimismo había establecido su ley, fundamento de su gobierno en el cielo y en la tierra. El brazo del hombre podía alcanzar a sus semejantes y quitarles la vida; pero antes podría desarraigat las montañas de sus cimientos y arrojarlas al mar que modificar un precepto de la ley de Jehová, o borrar una de las promesas hechas a los que cumplen su voluntad. En su fidelidad a la ley, los siervos de Dios tenían que ser tan firmes como las inmutables montañas" (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 71).

"El que llegue a ser participante de la naturaleza divina estará en armonía con la gran norma de justicia de Dios, su santa ley. Esta es la regla por la cual Dios mide las acciones de los hombres. Esta será la prueba del carácter en el juicio" (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, págs. 254, 255).

Los libros de la Sra. de White rebosan de pasajes que exaltan la ley de Dios, en pleno acuerdo con las Escrituras.

8. La gracia abundante es la base de la salvación

"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios" (Efe. 2: 8). "Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia" (2 Cor. 9: 8). Acerca de este tema, los escritos de la Sra. de White permanecen tan fieles a la Biblia como la brújula al polo. Sin embargo, éste es el punto que separa lo verdadero de lo falso:

"La gracia es un atributo de Dios puesto al servicio de los seres humanos indignos. Nosotros no la buscamos, sino que fue enviada en busca de nosotros. Dios se complace en concedernos su gracia, no porque seamos dignos de ella, sino porque somos rematadamente indignos. Lo único que nos da derecho a ella es nuestra gran necesidad" (*El Ministerio de Curación*, pág. 119).

"En el don incomparable de su Hijo, ha rodeado Dios al mundo entero en una atmósfera de gracia tan real como el aire que circula en derredor del globo. Todos los que quisieren respirar esta atmósfera vivificante vivirán y crecerán hasta la estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús. . . Nuestro crecimiento en la gracia, nuestro gozo, nuestra utilidad, todo depende de nuestra unión con Cristo. Solamente estando en comunión con él, es como hemos de crecer en la gracia. El no es solamente el autor, sino también el consumidor de nuestra fe. Cristo es el principio, el fin, el todo" (*El Camino a Cristo*, ed. rev. págs. 67, 68).

“Por la gracia de Cristo, se ha hecho toda provisión para la salvación de la familia humana” (*La Educación Cristiana*, pág. 64).

“Es su gracia la que da al hombre poder para obedecer las leyes de Dios. Ella es la que lo hace capaz de libertarse de la esclavitud de los malos hábitos. Es el único poder que puede hacerle permanecer firme en el buen camino” (*El Ministerio de Curación*, pág. 105).

“El Señor Jesús está realizando experimentos en los corazones humanos por medio de la manifestación de su misericordia y abundante gracia. Está realizando transformaciones tan sorprendentes que Satanás, con toda su triunfante jactancia, con toda su confederación del mal unida contra Dios y las leyes de su gobierno, se detiene para mirarla como una fortaleza inexpugnable ante sus sofismas y engaños. Son para él un misterio incomprensible” (*Testimonios para los Ministros*, pág. 18).

De manera que hallamos que sus declaraciones acerca de este asunto importante están igualmente en pleno acuerdo con la Palabra.

9. El don de la justificación en Cristo

“Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia” (Rom. 3: 21, 22). Obsérvese que en esto están también plenamente de acuerdo con las Escrituras las palabras de la Sra. de White:

“Cristo vino a ser nuestro sacrificio y fiador. Vino a ser pecado por nosotros, a fin de que pudiésemos llegar a ser justicia de Dios en él. Por la fe en su nombre, nos imputa su justicia, y viene a ser un principio vivo en nuestra vida” (*Review and Herald*, del 12 de julio de 1892).

“La justicia de Dios está personificada en Cristo. Al recibirlo, recibimos la justicia” (*El Discurso Maestro de Jesucristo*, pág. 20).

“La ley exige justicia; y el pecador la debe a la ley; pero es incapaz de rendírsela. La única manera por la cual puede alcanzar la justicia, es por la fe” (*Review and Herald*, del 4 de noviembre de 1890).

“La justicia por la cual somos justificados es imputada. La justicia por la cual somos santificados es impartida. La primera es nuestro título al cielo; la segunda es nuestra idoneidad para el cielo” (*Id.*, del 4 de junio de 1895).

10. La gloriosa consumación del plan de redención

“He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra” (Apoc. 22: 12). Las controversias de los siglos se han concentrado alrededor de este punto. Pero en esto también la Sra. de White revela una notable armonía con la Palabra:

“El gran plan de la redención dará por resultado el completo restablecimiento del favor de Dios para el mundo. Será restaurado todo lo que se perdió a causa del pecado. No sólo el hombre, sino también la tierra, será redimida, para que sea la morada eterna de los obedientes. Durante seis mil años, Satanás luchó por mantener la posesión de la tierra. Pero se cumplirá el propósito original de Dios al crearla. ‘Tomarán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, y hasta el siglo de los siglos’” (*Patriarcas y Profetas*, pág. 355).

“La obra de la redención estará completa. Donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia de Dios. La tierra misma, el campo que Satanás reclama como suyo, ha de quedar no sólo redimida sino exaltada. Nuestro pequeño mundo, que es bajo la maldición del pecado

la única mancha oscura de su gloriosa creación, será honrado por encima de todos los demás mundos en el universo de Dios. Aquí, donde el Hijo de Dios habitó en forma humana; donde el Rey de gloria vivió, sufrió y murió; aquí, cuando renueve todas las cosas, estará el tabernáculo de Dios con los hombres, 'morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será su Dios con ellos'. Y a través de las edades sin fin, mientras los redimidos anden en la luz del Señor, le alabarán por su Don inefable: Emmanuel; 'Dios con nosotros' " (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 18).

"Restaurado a la presencia de Dios, el hombre volverá a ser enseñado por él, como en el principio. . . ¡Qué campo se abrirá allí a nuestro estudio cuando se descorra el velo que oscurece nuestra vista, y nuestros ojos contemplen ese mundo de belleza del cual ahora tenemos apenas vislumbres por medio del microscopio! ¡Cuando contemplemos las glorias de los cielos estudiados ahora por medio del telescopio! ¡Cuando, borrada la mancha del pecado, toda la tierra aparezca en 'la hermosura de Jehová nuestro Dios'. Allí el estudioso de la ciencia podrá leer los informes de la creación, sin hallar señales de la ley del mal. Escuchará la música de las voces de la naturaleza y no descubrirá ninguna nota de llanto ni voz de dolor. En todas las cosas creadas descubrirá una escritura, en el vasto universo contemplará 'el nombre de Dios escrito en grandes caracteres' y ni en la tierra ni en el mar, ni en el cielo, quedará señal del mal" (*La Educación*, pág. 303).

Debe recordarse que los asertos de la Sra. Elena G. de White en cuanto a tener la inspiración divina se están juzgando en este estudio. Los estamos probando por la Palabra de Dios. "¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido" (Isa. 8: 20). (La cursiva no es del texto original).

Plenamente de acuerdo con las verdades básicas

La lectura de las citas de los escritos de la Sra. de White que hemos reproducido, debe convencer a cualquier persona imparcial y razonable de que las mismas están en el más pleno acuerdo con las diez grandes doctrinas básicas de la Palabra que hemos elegido. Están más que en pasivo acuerdo con estas doctrinas; afirman positivamente cada una de ellas.

La verdad sencilla y obvia es que la manera que tiene la Sra. de White de tratar estas verdades fundamentales de la Biblia es precisamente la misma de los profetas y apóstoles de antaño al tratar los escritos de sus predecesores. Moisés escribió los cinco primeros libros de la Biblia. Los profetas que le sucedieron afirmaron el origen divino y la autoridad de estos libros. Más tarde, los apóstoles declararon que las escrituras de todos estos profetas reconocidos fueron dadas por inspiración de Dios (2 Tim. 3: 16), y que la producción literaria de los profetas "nunca fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo" (2 Ped. 1: 21).

Estas declaraciones de los profetas del Nuevo Testamento están igualmente más que en pasivo acuerdo con las de sus predecesores; son decididamente afirmativas. Ellos aceptan y recomiendan solemnemente las enseñanzas de los que les precedieron. Esta es una de las fuertes evidencias del carácter genuino que presentan todos los defensores de las Sagradas Escrituras. La aceptación de parte de la Sra. de White de los escritos de todos los profetas y apóstoles de la Biblia como inspirados e infalibles, y su invariable apoyo y positiva declaración de que son válidos para todos los hombres, vienen a ser, por lo tanto, una evidencia indudable del carácter genuino de su don en cuanto se refiere a esta prueba importante.

vas responsabilidades que acompañan a esta nueva relación. "Creados —declara—, para buenas obras, las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas".

Llamados a una acción universal

Aunque ninguna obra del hombre puede salvarle, Dios requiere de quienes ha salvado, una cooperación cordial con él en trabajar por todos los que aún no se han salvado. Esto se resume en la gran comisión que Cristo dio a su iglesia: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura" (Mar. 16: 15).

Esta orden exige gran acción de parte de la iglesia, una evangelización activa en todos los países; el cuidado pastoral de los conversos; la organización de los creyentes para que presten un servicio eficiente y se preparen en todos los ramos del esfuerzo cristiano; la edificación de las iglesias en la justicia, en la preparación para recibir al Salvador cuando vuelva en busca de su pueblo; la realización de un ministerio médico en favor de los enfermos y dolientes; la impresión y circulación de publicaciones evangélicas en centenares de idiomas en todo el mundo; y todas las otras formas de servicio que ayuden a la prosecución y terminación de la obra confiada a la iglesia.

En vista de este propósito de Dios, tan claramente revelado en las Escrituras y tan cordialmente aceptado y fervientemente recomendado por los profetas y los apóstoles, debemos esperar ciertamente que cualquier persona que esté dotada divinamente del don de profecía, será muy activa e insistente en todos los ramos de servicio legítimo que puedan de alguna manera hacer progresar la obra de Dios en la tierra.

No sólo deberá dar enseñanza teórica correcta, sino que deberá ejemplificar sus enseñanzas en su propia vida y conducir a los demás en esfuerzos prácticos y eficientes para ganar almas. Hemos probado los escritos de la Sra. Elena G. de White, y los hemos halla-

CAPITULO 27

LOS ASERTOS PROBADOS POR SUS FRUTOS

EL PECADOR que acepta la salvación por fe en Cristo entra en una nueva relación. "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Juan 1: 12). Aunque es por naturaleza extranjero, enemigo, por Cristo el pecador llega a ser hijo. Este es un cambio maravilloso.

Con esta nueva relación deben asumirse nuevas responsabilidades. El apóstol Pedro declara: "Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios" (1 Ped. 4: 10). Por lo tanto, llega a ser deber imperativo de los que han sido salvados por la gracia de Dios, trabajar por la iluminación y salvación de los demás. El apóstol Pablo presenta el asunto así:

"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Efe. 2: 8-10).

El pecador que ha sido salvado por la gracia es "hechura de Dios". Es un nuevo representante de la humanidad, una nueva creación. Ha sido "creado en Cristo Jesús". El apóstol procede a señalar las nue-

do de acuerdo con los grandes principios del Evangelio. Nos quedan por considerar ahora cuáles han sido los frutos que han producido en cuanto a guiar a la iglesia en la gran tarea a ella confiada por su divino Señor.

Su relación con la Iglesia

No sólo la Sra. de White misma fue una incansable trabajadora en favor de las almas durante toda su vida, sino que sus escritos abundan en urgentes exhortaciones a las iglesias, incitándolas a una acción universal en favor de toda alma que no ha sido salvada aún. En esto satisface plenamente lo que se requiere de una persona que esté bajo la dirección del don de profecía. Pero debemos presentar más evidencias acerca de esta importante prueba, que sólo un simple aserto. Reproduciremos pues, unas pocas declaraciones doctrinales, exhortaciones apremiantes y conmovedores llamamientos entre centenares que se hallan en sus escritos.

Consideraremos primero su actitud hacia la iglesia de Cristo, que él ordenó como su instrumento para la proclamación de su Evangelio al mundo hasta su regreso. Entiéndase que la Sra. de White no estableció una iglesia propia. Desde la primera manifestación del don de profecía, por su medio, en 1844, hasta su muerte, reconoció claramente a "la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad" (1 Tim. 3: 15). En todos sus escritos no hay una sola línea que dé la menor indicación de que se consideraba cabeza de alguna iglesia. Repudió las declaraciones y acusaciones de esta clase que le hicieron otros. Su actitud fue igual a la de los profetas y apóstoles. Ninguno de ellos aseveró jamás ser cabeza del pueblo de Dios. Todos reconocieron a Cristo como la cabeza soberana. Para ellos se trataba siempre de la iglesia edificada "sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo" (Efe.

2: 20). Las siguientes declaraciones son algunos de los hermosos homenajes tributados por la Sra. de White a esta institución divina:

"La iglesia es propiedad de Dios, y Dios la recuerda constantemente mientras está en el mundo, sujeta a las tentaciones de Satanás. Cristo nunca ha olvidado los días de su humillación, Jesús no perdió nada de su humanidad. Conserva el mismo amor tierno y piadoso, y siempre es conmovido por la angustia humana. Siempre tiene en cuenta que él fue un Varón de dolores, experimentado en quebrantos. No olvida a su pueblo que lo representa, que está luchando para exaltar su pisoteada ley. Sabe que el mundo que lo odió a él, odia también a su pueblo. Aun cuando Cristo Jesús ha pasado a los cielos, allí continúa siendo una cadena viviente que une a sus creyentes con su propio corazón de amor infinito. Los más humildes y débiles están unidos íntimamente a su corazón por una cadena de simpatía. Nunca olvida que él es nuestro representante, y que lleva nuestra naturaleza" (*Testimonios para los Ministros*, pág. 19).

"La iglesia de Cristo es el medio de Dios para la proclamación de la verdad; está facultada por él para hacer una obra especial; y si le es leal, obediente a sus mandamientos, morará en ella la excelencia del poder divino" (*Testimonies for the Church*, tomo 8, pág. 11).

La evangelización, el contar las gratas nuevas del Evangelio, es uno de los grandes temas de la Biblia. El anciano Noé fue "pregonero de justicia" (2 Ped. 2: 5). A Abrahán, el amigo de Dios, el Señor dijo: "Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré" (Gén. 12: 2). El profeta Isaías exclama: "Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti. . . Y andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento" (Isaías 60: 1-3). Acerca de su experiencia personal, Pablo dice: "Pero cuando agradó a Dios, que. . . me llamó por su

gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles" (Gál. 1: 15, 16). Arrostrando esta gran responsabilidad, exclama: "¡Ay de mí si no anunciare el Evangelio!" (1 Cor. 9: 16).

Recalca la evangelización

La Sra. de White fue una eminente mensajera en esta gloriosa procesión de patriarcas, profetas y apóstoles que, bajo la dirección del don de profecía, recalcaron la evangelización mundial. Veremos ahora algo de lo que dice, una declaración típica entre muchas otras suyas:

"El mundo se halla necesitado de la verdad salvadora que Dios ha confiado a su pueblo. El mundo perecerá a menos que llegue a conocer a Dios por medio de sus agentes escogidos. Con el poder del Espíritu Santo, los colaboradores de Dios han de trabajar con celo incansable y esparcir por el mundo la luz de la preciosa verdad" (*Testimonios para los Ministros*, pág. 459).

"El mensaje evangélico debe ser oído tanto en los grandes caminos de la vida como en los senderos perdidos. Los miembros de la iglesia deben hacer obra de evangelización entre sus vecinos que todavía no han recibido plena evidencia de la verdad para nuestro tiempo. Dios invita a familias cristianas a que se trasladen en medio de las comunidades sumidas aún en las tinieblas y el error, a fin de trabajar para el Maestro con tacto y perseverancia. Se necesita renunciamiento para responder a tales llamados" (*Testimonios Selectos*, tomo 5, pág. 149).

Los mensajes que piden una amplia evangelización abarcan más que el país donde nació la Sra. de White. Abarcan todos los países; de ahí que nos insten a desarrollar un programa mundial.

En el momento en que estaba por abandonar este mundo, el Salvador dio a sus discípulos una gran

comisión: "Y les dijo: Id. por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura" (Mar. 16: 15). La historia de estos discípulos y sus seguidores durante cien años da elocuente testimonio de su fidelidad en procurar cumplir la orden que con profunda solicitud por el mundo dio su Señor. Escribiendo a los colosenses, el apóstol Pablo declaró que "la esperanza del Evangelio" había sido predicada "en toda la creación que está debajo del cielo" (Col. 1: 23).

Programa misionero mundial

La evangelización universal es todavía el programa de Dios. La súplica de la Sra. de White está plenamente de acuerdo con este plan divino:

"La viña es todo el mundo y se ha de labrar cada una de sus partes. Lugares hay que son ahora un desierto moral y se han de convertir en jardín del Señor. Se han de cultivar los dilatados lugares de la tierra para que broten y florezcan como la rosa. Nuevos territorios se han de labrar por hombres inspirados por el Espíritu Santo. Se han de establecer nuevas iglesias y organizar nuevas congregaciones" (*Testimonios Selectos*, tomo 1, págs. 217, 218).

"El mundo entero es un vasto campo misionero, y los que conocemos el mensaje evangélico desde hace mucho debemos sentirnos alentados por el pensamiento de que ahora se puede entrar fácilmente en campos que antes eran de difícil acceso" (*Obreros Evangélicos*, págs. 27, 28).

"Nuestro santo y seña debe ser: ¡Adelante, siempre adelante! Los ángeles de Dios irán delante de nosotros para prepararnos el camino. Nunca podremos deponer nuestra preocupación por las regiones lejanas antes de que toda la tierra esté iluminada con la gloria del Señor" (*Obreros Evangélicos*, pág. 486).

Esta enseñanza consecuente e insistente ha ejercido gran influencia en la Iglesia Adventista del Séptimo Día, a la cual la Sra. de White estaba afiliada. El anua-

rio de la iglesia para 1977 indicaba que en 1975 dedicaban todo su tiempo a las actividades de la iglesia, 75.838 personas. De este total 8.358 son ministros ordenados. Los demás son obreros que trabajan en las instituciones y otras ramas de la obra. Estos obreros se hallan en casi todas partes del mundo, las cuales abarcan más de 98,98% de la población total de nuestro planeta.

El orden en la iglesia

Es un dicho muy trillado que Dios es un Dios de orden. Hay abundantes evidencias de esto en todas sus obras creadas. Dice a su iglesia: "Pero hágase todo decentemente y con orden" (1 Cor. 14: 40). Escribiendo a la iglesia de los colosenses, el apóstol Pablo dice: "Porque aunque estoy ausente en cuerpo, no obstante en espíritu estoy con vosotros, gozándome y mirando vuestro buen orden y la firmeza de vuestra fe" (Col. 2: 5). En "la congregación en el desierto" (Hech. 7: 38) contemplamos el orden más perfecto y la organización que estableció Moisés bajo la dirección del don de profecía. Así hallamos que "Dios no es Dios de confusión, sino de paz. Como en todas las iglesias de los santos" (1 Cor. 14: 33).

La organización está destinada a impedir el desorden y la confusión. Representa una acción sistemática y armoniosa. Fortalece a la iglesia para que avance, y también para que se defienda. En un movimiento mundial, como el predicho por el gran triple mensaje de Apocalipsis 14: 6-14, es imperativa la organización más cabal. En vista de estas consideraciones, será interesante notar algunos pasajes de los escritos de la Sra. de White acerca de la organización en la iglesia.

"Hay orden en el cielo, y a Dios le agradan los esfuerzos de su pueblo al procurar obrar en forma sistemática y ordenada en la tierra. Vi que debe haber

orden en la iglesia de Dios, y que es necesario un sistema para llevar adelante con éxito el último gran mensaje de misericordia al mundo" (*Testimonies for the Church*, tomo 1, pág. 191).

"Hace ya cuarenta años que se introdujo la organización entre nosotros como colectividad. [Esta declaración fue hecha en la primavera de 1901.] Yo me conté entre el número de aquellos que tuvieron experiencia en establecerla desde un principio. Conozco las dificultades con que tropezamos, los males que la organización había de corregir, y he visto su influencia en relación con el adelanto de la causa. En los comienzos de la obra, nos dio luz especial acerca de este punto, y esta luz, unida a las lecciones que la experiencia nos ha enseñado, debería tenerse en cuidadosa consideración" (*Testimonios Selectos*, tomo 1, pág. 190).

"A medida que nuestros miembros fueron aumentando, resultó evidente que sin alguna forma de organización habría gran confusión, y la obra no se realizaría con éxito. La organización era indispensable para proporcionar sostén al ministerio, para dirigir la obra en nuevos territorios, para proteger tanto a las iglesias como a los ministros de los miembros indignos, para retener las propiedades de la iglesia, para la publicación de la verdad por medio de la prensa, y para muchos otros objetos" (*Testimonios para Ministros*, pág. 26).

"¡Cuánto se regocijaría Satanás si pudiese obtener éxito en sus esfuerzos de penetrar entre este pueblo, y desorganizar la obra en un tiempo en que es esencial la organización cabal, y en que ésta será el mayor poder para preservarnos de los levantamientos espurios, y para refutar las pretensiones que no estén sostenidas por la Palabra de Dios! Queremos sujetar las riendas de una manera pareja, para que no se destruya el sistema de organización y orden que ha sido levantado mediante labor prudente y cuidadosa". (*Obreros Evangélicos*, pág. 502.)

Organización notable

La respuesta de los creyentes a este consejo ha desarrollado una notable organización para nuestra denominación. Es amplia, práctica y eficiente. Se basa en el plan de organización establecido por Moisés en favor de Israel, y también en el de la iglesia del Nuevo Testamento, tal como lo practicaron Cristo y los apóstoles.

El plan mundial abarca todas las fases y actividades de la denominación. Sus unidades son la iglesia local, la asociación o misión local, la unión, la división y la asociación general o mundial. Todas estas unidades están vinculadas por arreglos constitucionales en todas partes del mundo.

En esta organización mundial, había según el Anuario de 1976, 12 divisiones que incluían a 78 uniones, en las que a su vez había 372 asociaciones y misiones. El total de iglesias llegaba a 19.225, y el número de miembros se aproximaba a 2.810.606

Fomenta la educación cristiana

Escribiendo al joven predicador Timoteo, el apóstol Pablo dijo: "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad" (2 Tim. 2: 15). También le dijo: "Entre tanto que voy ocúpate en la lectura, la exhortación y la enseñanza. . . Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento [creciente eficiencia, según Weymouth] sea manifiesto a todos" (1 Tim. 4: 13-15). A todos el Señor dice: "Aplica tu corazón a la enseñanza, y tus oídos a las palabras de sabiduría".

A los que siguen este consejo el Señor declara: "Y reinarán en tus tiempos la sabiduría y la ciencia" (Isa. 33: 6). Acerca de los que no lo hacen se dice: "Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento" (Ose. 4: 6).

Las Escrituras abundan en instrucciones acerca de la debida y cabal cultura del intelecto tanto como del corazón.

En vista de lo que asevera la Sra. de White en cuanto a la fuente de sus consejos, tenemos derecho a insistir en que ella debiera recalcar clara y enérgicamente el valor y el carácter de la educación cristiana. En eso no nos chasqueamos. Centenares de páginas de su pluma se han dedicado a esto, inclusive tres libros importantes: *La Educación, Consejos para los Maestros*, y *Fundamentos de la Educación Cristiana*. Aquí podemos presentar tan sólo una vislumbre de las muchas declaraciones que ha hecho acerca del alcance de la verdadera educación.

"Nuestro concepto de la educación tiene un alcance demasiado estrecho y bajo. Es necesario que tenga una mayor amplitud y un fin más elevado. La verdadera educación significa más que la prosecución de un determinado curso de estudio. Significa más que una preparación para la vida actual. Abarca todo el ser, y todo el período de la existencia accesible al hombre. Es el desarrollo armonioso de las facultades físicas, mentales y espirituales. Prepara al estudiante para el gozo de servir en este mundo, y para un gozo superior proporcionado por un servicio más amplio en el mundo venidero" (*La Educación*, pág. 13).

"La cultura moral, intelectual y física debe combinarse a fin de tener hombres y mujeres bien desarrollados y equilibrados. Algunos están preparados para ejercitar mayor fortaleza intelectual que otros, mientras que otros se inclinan a apreciar y disfrutar la labor física. Ambas clases deben procurar mejorar aquello en que son deficientes" (*Testimonies for the Church*, tomo 3, pág. 157).

"En nuestras escuelas no ha de rebajarse la norma de educación. Ha de levantarse siempre más alta, muy por encima de lo que está ahora; empero la educación dada no ha de limitarse meramente a un conocimiento

de libros de texto. El estudio de los libros de texto solamente no puede proporcionar a los estudiantes la disciplina que necesitan, ni puede impartirles verdadera sabiduría. El objeto de nuestras escuelas es proveer lugares donde los miembros más jóvenes de la familia del Señor puedan ser educados de acuerdo con su plan de crecimiento y desarrollo" (*La Educación Cristiana*, pág. 86).

Impresionada por la sagrada responsabilidad de dar a los niños y jóvenes una educación cristiana, la denominación ha desarrollado un sistema de escuelas completo y eficiente. Principiando con la escuela elemental, el estudiante puede seguir al colegio y a la universidad. Según el Anuario de 1976, había 3.762 escuelas primarias dirigidas por 11.976 maestros, con 318.386 alumnos. Había 447 colegios y facultades, donde ejercían 7.865 profesores y catedráticos, con cerca de 123.378 alumnos. Casi todos los que entran en la obra de la denominación provienen de esas instituciones educativas.

Apoyó la obra de publicaciones

Los profetas y apóstoles que escribieron la Biblia dijeron mucho acerca de la publicación del Evangelio de viva voz y por la pluma. Produjeron e hicieron circular libros. A Moisés se le ordenó: "Escribe tú estas palabras" (Exo. 34: 27). "Palabra de Jehová que vino a Jeremías, diciendo: Así habló Jehová Dios de Israel, diciendo: Escríbete en un libro todas las palabras que te he hablado" (Jer. 30: 1, 2). Debido al estudio de los escritos de Jeremías, un profeta dijo: "Yo Daniel miré atentamente en los libros el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años" (Daniel 9: 2). El salmista dice: "¡El Señor daba palabra; había grande multitud de las que llevaban buenas nuevas!" (Sal. 68: 11). Mediante la labor de los apóstoles, "la palabra del Señor se difundía por toda aquella provincia", de Antioquía y de Siria (Hech. 13: 49).

Mediante todo medio lícito el Evangelio debe ser proclamado de viva voz, por la pluma y por la circulación de los libros. La impresión y circulación de las publicaciones es de gran importancia en esta época. La imprenta es el mayor factor del mundo hoy para impartir información y amoldar los sentimientos del pueblo.

La circulación de las publicaciones

Es por lo tanto apropiado que la Sra. de White fuese inducida a invitar a los creyentes a realizar los esfuerzos más diligentes en la impresión y circulación de las publicaciones llenas del mensaje de Dios a los hombres. He aquí algunos de los incidentes de su vida que se refieren a esto:

"En una asamblea celebrada en Dorchester (Massachusetts), en noviembre de 1848, se me había mostrado la proclamación del mensaje del sellamiento, y el deber en que estaban los hermanos de difundir la luz que alumbraba nuestro sendero.

"Después de la visión, le dije a mi esposo: 'Tengo un mensaje para ti. Has de imprimir un pequeño periódico y repartirlo entre las gentes. Aunque al principio sea pequeño, cuando las gentes lo lean, te enviarán recursos para imprimirlo y tendrá éxito desde el principio. Se me ha mostrado que de este modesto comienzo brotarán raudales de luz que han de circuir el globo'.

"Mientras estábamos en Connecticut, en el verano de 1849, mi esposo sintió el profundo convencimiento de que le había llegado la hora de escribir y publicar la verdad presente. Recibió mucho aliento y bendición al resolverse a ello. Pero cayó de nuevo en duda y perplejidad al considerar que no tenía dinero. Quienes contaban con recursos preferían guardárselos. Por fin, desalentado, renunció a la empresa y resolvióse a ir en busca de un campo de heno para comprometerse a cortar con la guadaña.

"Al marchar mi esposo de casa, sentí que me sobrecogía un gran peso, y quedé desvanecida. Oraron por

mí y Dios me bendijo, arrebatándome en visión. Vi que el Señor había bendecido y dado fuerzas a mi esposo para trabajar en el campo un año antes; . . . pero que el Señor no quería ahora darle fuerzas para trabajar en el campo, porque lo tenía destinado a otra labor, y que si se aventuraba a ir a cortar heno, habría de dejarlo porque caería enfermo, pues debía escribir, escribir y avanzar por fe. Inmediatamente se puso a escribir, y cuando llegaba a un pasaje difícil, nos uníamos en oración a Dios para comprender el verdadero significado de su Palabra.

"Un día de julio, mi esposo trajo a casa desde Middletown mil ejemplares del primer número de su periódico. Mientras se componía el original, había recorrido varias veces a pie, ida y vuelta, la distancia de trece kilómetros que nos separaba de Middletown; pero aquel día le pidió prestado al Hno. Belden un cochecito con su caballo para llevar a casa los ejemplares del periódico.

"Traídas a la casa las valiosas hojas impresas, las pusimos en el suelo, y luego se reunió alrededor un pequeño grupo de personas interesadas. Nos arrodillamos junto a los periódicos y, con humilde corazón y muchas lágrimas, suplicamos al Señor que otorgase su bendición a aquellos impresos de la verdad.

"Después que hubimos plegado los periódicos y mi esposo los envolvió en fajas dirigidas a cuantas personas él pensaba que los leerían, puso el conjunto en un maletín, y a pie se los llevó al correo de Middletown" (*Testimonios Selectos*, tomo 1, págs. 126, 127).

La publicación ordenada por Dios

"La publicación de la verdad es un plan ordenado por Dios, como un medio de amonestar, consolar, reprimir, exhortar, o convencer a todos aquellos que puedan llegar a conocer los mensajeros silenciosos. Los ángeles de Dios tienen una parte en preparar los cora-

zones para ser santificados por las verdades publicadas, a fin de que puedan ser preparados para las solemnes escenas que les esperan" (*Testimonies for the Church*, tomo 1, pág. 590).

"Nuestra obra de publicaciones se estableció según las instrucciones de Dios y bajo su dirección especial. Fue fundada para alcanzar un objeto preciso" (*Testimonios Selectos*, tomo 5, pág. 56).

"Nuestras casas editoriales son centros establecidos por Dios. Por su medio debe realizarse una obra cuya extensión no conocemos todavía. Dios les pide su cooperación en ciertos ramos de su obra que hasta ahora les han sido ajenos.

"Entra en el propósito de Dios que a medida que el mensaje penetre en campos nuevos, se continúe la formación de nuevos centros de influencia" (*Id.*, pág. 62).

"Nuestras publicaciones tienen que realizar una obra muy sagrada y presentar en forma clara, sencilla y llana la base espiritual de nuestra fe. . . En este tiempo se ha de dar al mundo el mensaje de Dios con tanto énfasis y poder que la gente se vea frente a frente con la verdad, y deba decidir con su mente y su corazón. Debe ser inducida a ver la superioridad de la verdad sobre los múltiples errores que procuran atraer la atención y suplantar, si fuese posible, la Palabra de Dios para este tiempo solemne.

"El gran objeto de nuestras publicaciones es ensalzar a Dios, llamar la atención de los hombres a las verdades vivas de su Palabra. Dios nos invita a enarbolar, no nuestro propio estandarte, no el estandarte de este mundo, sino el de la verdad" (*Joyas de los Testimonios*, tomo 3, págs. 151, 152).

Desde los muy pequeños comienzos iniciados por Jaime White y su esposa, según se ha relatado, la obra de publicaciones de la denominación se ha desarrollado hasta adquirir grandes dimensiones. Según el Anuario de 1976 había 50 editoriales que funcionaban en diferentes partes del mundo. De ellas salían publicaciones en

218 idiomas. Un total de 2.500 personas estaban empleadas en estas editoriales, y 5.943 colportores dedicaban su vida a la venta de esas publicaciones religiosas. Durante años, las ventas anuales de las publicaciones impresas en estas instituciones han superado los 90.000.000 de dólares.

Aboga por la educación en asuntos de salud y templanza

Los apóstoles y los profetas fueron fervientes y consecuentes defensores de los principios que rigen la salud del cuerpo y de la mente.

Moisés dio a Israel instrucción detallada acerca de la templanza, la higiene, la alimentación, el aseo, la cuarentena para las enfermedades infecciosas, y otros factores que afectan la salud.

Cristo Jesús, en su ministerio perfecto en favor de la humanidad, procuró restaurar la salud física tanto como la nueva vida espiritual:

"Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo" (Mat 4: 23).

El mismo doble ministerio resalta en su instrucción a los discípulos antes de enviarlos a evangelizar a la gente:

"Y yendo, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado. Sanad enfermos, limpiad leprosos" (Mat. 10: 7, 8).

Los autores del Nuevo Testamento recalcan mucho el lugar de la temperancia y del dominio propio para vivir la vida cristiana. Pablo argüía con la gente acerca de la importancia de la templanza. (Véase Hech. 24: 25.) Declaró que "todo aquel que lucha, de todo se abstiene" (1 Cor. 9: 25). Acerca de su propia lucha por la justicia personal, dijo: "Sino que golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre" (vers. 27). Pedro amonesta a los creyentes a añadir la virtud a la fe, el conocimiento a la virtud, y la templanza al conocimiento. (2 Ped. 1: 5, 6.)

Los principios del sano vivir

La Sra. de White estuvo en perfecto acuerdo con los profetas y los apóstoles de antaño en esta muy importante fase de la vida. Durante su larga existencia defendió fervientemente de viva voz y por la pluma los más amplios principios del sano vivir. Escribió varios libros acerca de la templanza, el cuidado del cuerpo, y la curación de los enfermos por el empleo de los remedios naturales. Su pluma legó a la iglesia y al mundo tres hermosos volúmenes titulados *El Ministerio de Curación*, *El Ministerio Médico*, y *Consejos sobre Salud*. En estos libros da valiosísima instrucción acerca de tres importantes temas: La verdadera templanza, la salud, y los remedios naturales para la curación de las enfermedades. Unos breves pasajes darán cierta idea del gran valor de estas instrucciones.

"La ley de la templanza debe regir la vida de todo cristiano" (*Counsels on Health*, pág. 42).

"La verdadera temperancia nos enseña a abstenernos por completo de todo lo perjudicial, y a usar cuerda-mente lo que es saludable. Pocos son los que comprenden debidamente la influencia que sus hábitos relativos a la alimentación ejercen sobre su salud, su carácter, su utilidad en el mundo y su destino eterno. El apetito debe sujetarse siempre a las facultades morales e intelectuales. El cuerpo debe servir a la mente, y no la mente al cuerpo" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 605).

En las últimas décadas del siglo pasado, los males del empleo de drogas tóxicas, que eran ampliamente usadas por los médicos de aquel tiempo, fueron revelados divinamente a la Sra. de White. Las instrucciones que ella impartió acerca de los debidos remedios para los enfermos empezaron a ser dadas antes que fuera tan generalmente reconocida hoy la cordura de los principios que presentaba. En 1882 escribió:

"Hay muchas maneras de practicar el arte de curar; pero hay una sola manera que el cielo aprueba. Los remedios de Dios son los simples factores naturales,

que no recargan ni debilitan el organismo por sus propiedades poderosas. El aire puro y el agua, el aseo, la debida alimentación, la pureza de vida, y una firme confianza en Dios, son remedios por cuya falta mueren millares. . . El aire puro, el ejercicio, el agua pura, hogares limpios, son cosas que están al alcance de todos con poco gasto; pero las drogas son costosas, tanto en desembolso de recursos como en el efecto que producen sobre el organismo" (*Testimonies for the Church*, tomo 5, pág. 443).

Instituciones y educación pro salud

En adición a los mensajes que diera individualmente a ciertas personas, la Sra. White recibió revelaciones acerca del establecimiento y la dirección de instituciones médicas para los enfermos y dolientes, y para la preparación del personal médico. Acerca de esto escribió en 1865:

"Vi que la reforma pro salud era una gran empresa, íntimamente relacionada con la verdad para este tiempo, y que los adventistas del séptimo día debían tener un hogar para los enfermos, donde pudiesen ser tratados de sus enfermedades, y pudiesen aprender también a cuidar de sí mismos para evitar la enfermedad". "He exhortado públicamente a nuestros hermanos en favor del establecimiento de una institución entre nosotros. . . Nuestros hermanos deben proporcionar recursos con que suplir las necesidades de un instituto de salud floreciente entre nosotros. . . Debe haber, como dependencias del instituto, amplios terrenos, hermoseedos por flores, y plantados de verduras y frutales. Allí los débiles podrían hallar trabajo, apropiado a su sexo y condición, en horas adecuadas" (*Testimonies for the Church*, tomo 1, págs. 553, 559-562).

Hicieron una profunda impresión en los creyentes estos mensajes acerca de la templanza, la conservación de la salud, y la construcción y dirección de una insti-

tución destinada a cuidar de la salud. Comprendieron cabalmente la importancia del gran tema, y su respuesta fue notable. Con gran devoción dedicaron sus actividades a toda fase de la causa pro salud y templanza.

Desde que se estableció el primer instituto de salud en Battle Creek en 1866, se habían establecido 433 instituciones médicas hasta 1976, que funcionaban en todas partes del mundo, donde eran tratados los enfermos y dolientes. Trabajaban en esas instituciones 1.475 médicos y otras 39.429 personas. Al primer periódico destinado a la salud, fundado en 1866, se han añadido muchos otros en diferentes idiomas. Se han publicado millones de páginas sobre medicina y templanza, cuya forma varía desde los libros de mil páginas hasta los folletos de tan sólo cuatro. Las fábricas de alimentos y los almacenes que se han instalado representan una inversión de varios millones de dólares. El establecimiento y organización de una facultad de medicina para preparar médicos, serán relatados en un capítulo ulterior.

Así que al reconocer una iglesia organizada y ordenada como cuerpo de Cristo en la tierra, y al incitar a esta iglesia a una actividad misionera mundial, como también al poner en funcionamiento eficientes métodos de trabajo, la Sra. de White presenta una foja de servicios en armonía con la de los profetas, cuyas vidas se registran y cuyas obras se conservan en las Escrituras para nuestra dirección.

CAPITULO 28

ESTABLECIMIENTO
DEL COLEGIO MISIONERO DE AUSTRALIA

A FINES de 1891, la Sra. E. G. de White, acompañada de su hijo Guillermo C. White, y unas cuantas otras personas de los Estados Unidos, fue a trabajar con los misioneros de Australia.

Como fruto de unos siete años de trabajo en aquel campo, el número de adventistas llegó entonces a más o menos mil personas. Entre ellas había un buen número de jóvenes promisorios que tenían intenso deseo de participar en la proclamación de nuestro mensaje. Pero carecían de la educación y preparación esenciales; y no había en su país lugar donde pudiesen obtener esa educación.

Tan resueltos estaban a prepararse para servir que habían estado cruzando el Pacífico para asistir a nuestros colegios de los Estados Unidos. Cuando la Sra. de White llegó a Australia, veinte o treinta de ellos habían salido ya con ese propósito. El envío de estos jóvenes tan lejos, juntamente con la responsabilidad de sostenerlos mientras estudiaban, era una carga pesada para sus parientes y amigos. Este costo y el gasto de su regreso se calculaban por lo menos en unos veinticinco mil dólares; pero aparentemente no había otra manera de preparar a los obreros necesarios, porque no parecía haber entonces posibilidad de establecer pronto un colegio en Australia.

Poco después de llegar la Sra. de White a Australia, mandó a la Junta Directiva de la Asociación General un mensaje con la declaración que, según instrucciones del Señor se debía establecer un colegio. Este mensaje fue oportuno y bienvenido, aunque nos causó grave perplejidad. ¿Cómo podíamos tener éxito en una empresa tal con tan pocos miembros, y la mayoría de ellos pobres en bienes terrenales?

Después de mucho estudio y consultas acompañadas de oración, se decidió invitar a los adventistas de toda Australia a unirse para establecer y mantener un colegio. En aquel tiempo era imposible comprar una propiedad, pero se alquilaron edificios cómodos a precios razonables en el camino de Santa Kilda, uno de los bulevares más atrayentes de la ciudad de Melbourne. Este edificio alquilado fue amueblado con sencillez, y el 24 de agosto de 1892 se inició un curso de dieciséis semanas, con unos treinta alumnos presentes. Sus edades iban de quince a cincuenta años.

Proyectos misioneros abarcentes

La Sra. de White se interesó vivamente en la obra del colegio. Con frecuencia daba consejos al cuerpo docente, y hablaba a los estudiantes. En una ocasión, en medio de una alocución conmovedora, pareció perder de vista lo que la rodeaba, y dirigió en forma impresionante nuestra atención a los grandes campos misioneros que había al norte, al este y al oeste de nosotros, la China, la India, Sudamérica y Africa. En algunos de estos grandes campos, los adventistas no habían entrado todavía, mientras que en otros apenas se había empezado. Nos dijo con mucha claridad y énfasis que debía realizarse una gran obra en todos esos campos. Nos asombraba entonces oírla declarar que lo que se había logrado en Norteamérica, se repetiría en aquellos campos misioneros. Nos quedamos aún más asombrados cuando dijo que los jóvenes preparados en el colegio

de Australia serían enviados como misioneros a los países mencionados.

Nos sentíamos abrumados por el gran alcance de la actividad y del crecimiento bosquejados con tanta seguridad. El entrar en aquellos países, aprender idiomas difíciles, hacer discípulos, organizar iglesias establecer escuelas, imprentas e instituciones médicas, en fin, lograr lo que se había desarrollado entonces en Norteamérica, *y enviar misioneros desde nuestro pequeño colegio australiano para ayudar a hacerlo*, todo esto parecía la más utópica ilusión. Nuestras pobres mentes eran demasiado estrechas y nuestra visión demasiado restringida para seguir el grande y abarcante adelanto bosquejado ante nosotros en esa alocución.

Pero algunos de los que estaban presentes han vivido lo suficiente como para ver cumplidas sorprendentemente estas asombrosas predicciones. Nuestra obra está ahora firmemente establecida en la India, Birmania, Malasia, la China, el Japón, Corea y las Filipinas, al norte y oeste de Australia. Una gran obra se está realizando en Sudamérica y Africa. Lo que se había desarrollado en Norteamérica en 1892, casi se ha reproducido en algunos de estos campos. Además, jóvenes preparados en Australia, han ido a cada uno de estos campos misioneros, excepto posiblemente a Sudamérica.

Se pide un colegio permanente

El colegio resultó valioso y satisfactorio para los estudiantes durante el primer año. Los padres y amigos recibieron informes alentadores; de manera que eran tantos los que decidieron asistir al colegio el año siguiente, que fue necesario alquilar un tercer edificio. Como se ve, esta nueva empresa progresaba.

Pero durante todo ese tiempo, recibíamos consejos del espíritu de profecía acerca de que ese lugar no era adecuado para un colegio permanente. Se nos declaraba que debía desarrollarse así:

Establecimiento del Colegio Misionero de Australia 353

1. Debía situarse en el campo, lejos de las grandes ciudades.

2. Debía tener suficiente tierra para la agricultura, el cultivo de verduras y frutales, y para lechería.

3. Debía contar con diversas industrias para el empleo de los alumnos sobre una base remunerativa, tanto para el colegio como para los estudiantes.

4. Debían desarrollarse industrias con tal eficiencia que instruyeran técnicamente a los estudiantes, los ayudarían a estimar debidamente el valor y la dignidad del trabajo, e hicieran de ellos hombres y mujeres que se bastasen a sí mismos.

He aquí algunas de las instrucciones escritas que nos fueron dadas:

"¿Dónde debe ser ubicado nuestro Colegio Bíblico de Australia? Me desperté esta mañana a la una con una grave preocupación en el alma. El asunto de la educación me ha sido presentado en diversas direcciones, en aspectos variados, por medio de muchas ilustraciones y con especificaciones directas, ora acerca de un punto, ora de otro".

"Nunca podrá darse la debida educación a los jóvenes en este país o en otro cualquiera, a menos que estén separados por una *larga distancia de las ciudades*". [La cursiva no está en el original.]

"Necesitamos en este país colegios para educar a niños y jóvenes, a fin de que sean *amos* del trabajo y no *esclavos* de él".

"La ocupación manual para los jóvenes es esencial. *La mente no ha de ser recargada constantemente, con descuido de las fuerzas físicas.* [La cursiva no está en el original.] La ignorancia de la fisiología y el descuido en observar las leyes de la salud han llevado al sepulcro a muchos que podrían haber vivido para trabajar y estudiar inteligentemente".

"Los hábitos de laboriosidad serán una ayuda importante para que los jóvenes resistan la tentación. Hay en la agricultura campo abierto para dar cabida a sus

aprisionadas energías, las cuales, si no se emplean en ocupación útil, serán fuente constante de prueba para ellos y para sus maestros. Pueden idearse muchas clases de trabajos, adaptados a diferentes personas. Empero, el trabajo de la tierra será para el obrero una bendición especial" (*La Educación Cristiana*, págs. 331-345).

Al estudiar este vasto plan, nos pareció necesario recordar a la Sra. White lo que significaría para un pequeño número de miembros, pocos de los cuales poseían casas propias, comprar tierra cara, erigir los edificios necesarios, establecer, equipar y hacer funcionar las industrias que pedía. Le dijimos que la tarea parecía completamente imposible. Aunque reconocía todas estas dificultades, nos dirigió vez tras vez al plan del colegio que le había sido mostrado.

Gulados en la compra de Cooranbong

Esto nos indujo a nombrar una comisión que buscara diligentemente un campo apropiado. Se realizaron muchas búsquedas y hubo muchas desilusiones. Se encontraron buenas tierras en lugares deseables, pero el costo superaba por mucho lo que podíamos pagar. Ningún propietario de tierra nos hacía buenas ofertas. Ninguna comunidad de todo el país tenía interés alguno en nuestra proposición de establecer un colegio en el campo. Arrostrábamos por doquiera la indiferencia y los precios altos.

Se encontraron algunos buenos lugares, pero el precio era siempre superior a 180 dólares la hectárea. Por fin encontramos un terreno de unas 600 hectáreas, situadas en Cooranbong, más o menos a 120 kilómetros al norte de Sidney. Se ofrecía a un precio muy bajo, a unos 7,50 dólares la hectárea. El precio era tentador, pero la tierra misma nos desilusionó. La mayor parte de ella parecía pobre, arenosa y poco fértil. Nos quedamos chasqueados, y nos hallábamos divididos en las opiniones acerca de su compra.

El 24 de mayo de 1894, la Sra. de White fue con la comisión para examinar la propiedad. Se dedicó el día a recorrer las diversas partes del extenso terreno; pero cuando cayó la noche, no se había llegado a decisión alguna. A la mañana siguiente, la comisión se volvió a reunir y se reanudó el examen. Acerca de esto, la Sra. de White escribió en aquel entonces a su hijo J. E. White:

"Antes de partir pasamos unos momentos muy solemnes en oración. Mi corazón se elevó en ferviente oración al Señor pidiendo que nos guiase en nuestro juicio. El solo podía indicarnos lo que era su santa voluntad. La decisión de ese día significaba mucho para cada uno de nosotros; porque se iba a decidir si el colegio debía situarse en ese lugar o no. Sentía también mucha y ferviente preocupación por el Hno. McCullagh que estaba muy débil, y rogué que la bendición del Señor descansase sobre él. Nuestros corazones fueron enternecidos por la suavizadora y subyugadora influencia del Espíritu de Dios. Creíamos que habíamos recibido las cosas que habíamos pedido al Señor. Todos los presentes parecían profundamente conmovidos, y varias oraciones fervientes subieron al trono de la gracia. Mi fe aumentó y conocí que el Señor quería enseñarnos y conducirnos, y así lo hizo. Hubo perfecta unidad en hacer la decisión de comprar las 600 hectáreas de tierra al precio de 4.500 dólares" (*E. G. de White*, carta 82-1894).

Notable caso de curación

El hermano mencionado se hallaba muy mal de salud, pues parecía estar muriendo de tuberculosis. Cuando nos levantamos de nuestras rodillas, este hermano describió lo que había experimentado. Dijo que mientras la Sra de White estaba orando, pasó por su cuerpo una sensación que describió como de ondas eléctricas, e inmediatamente comprendió que estaba sano de la enfermedad.

Treinta y cinco años más tarde me encontré con él en una calle de Sidney. Gozaba aún de buena salud. Me dijo que nunca había tenido vestigios de tuberculosis desde aquella mañana, cuando en una choza de pescadores nos habíamos arrodillado en oración.

Esta poderosa manifestación de la presencia de Dios con nosotros, impresionó profundamente a todos. La Sra. de White dijo: "Hermanos, Dios está aquí con nosotros. ¿Por qué vino tan cerca y nos concedió esta señalada bendición? Yo la acepto como evidencia de que estamos en el debido lugar". Acordamos entonces comprar la propiedad.

Pero las dudas que albergaban algunos volvieron a perturbarlos a ellos y a los otros. El consejo de los agrónomos a quienes consultamos era desalentador. W. C. White, escribiendo al secretario de la junta de las misiones en el extranjero con fecha 10 de junio decía:

"Casi todos los hombres de influencia con quienes hemos tratado sacuden la cabeza cuando hablamos de la región. El departamento de agricultura, después de examinar muestras del suelo dijo que era ácido, y que se necesitarían 3.750 kilos de cal por hectárea. Luego mandamos al experto fruticultor del gobierno para que la examinase, y voy a incluir su informe. Es cierto que era un día de lluvia, y nos faltaba el tiempo, y él no vio lo mejor de la propiedad, sin embargo me llena a veces de abatimiento el oír condenar el lugar a todos estos hombres que saben mucho".

Los recelos confirmados por el informe del perito

Un breve pasaje del perito fruticultor indicará la naturaleza de sus consejos:

"Por lo que entiendo, los objetivos de la sociedad consisten en fundar una colonia de cierta secta o denominación y erigir un colegio en relación con la colonia, con el propósito de educar misioneros que reciban una preparación en agricultura y horticultura, además de su preparación puramente misionera. Por lo

tanto, a fin de que la empresa tenga éxito, opino que la sociedad optaría imprudentemente si eligiese la tierra que he visitado".

Aun después que habíamos hecho el primer pago por el terreno, el ayudante del secretario de agricultura nos indicó que el abandono del depósito sería una pérdida pequeña en comparación con la que sufriríamos si nos instalábamos en esa propiedad.

Al conocer nuestros propios recelos y el consejo que nos daba el perito en estas cuestiones, la junta que dirigía las misiones en el extranjero, y cuya cooperación nos resultaba necesaria si queríamos tener éxito en la empresa, sintió naturalmente grave preocupación. El secretario de dicha junta, escribiendo con fecha del 30 de julio, nos indicaba así su opinión:

"Postergad las operaciones ulteriores, por lo menos en lo que se refiere a mayores desembolsos financieros en relación con esta propiedad, hasta que pueda reunirse aquí la junta en pleno para considerar el asunto y daros consejos al respecto".

Cuando se recibió este consejo, no tuvimos reparos en votar, el 27 de agosto, que "se postergasen los pasos ulteriores relativos a Cooranbong hasta que tengamos tiempo para considerar la cuestión del sitio". Se paró el trabajo de medición, y todo el asunto quedó en suspenso hasta el 20 de noviembre, cuando se tomó un acuerdo de continuar efectuando los pagos por la propiedad.

Consejos firmes en una hora de crisis

Fue únicamente el consejo firme e inquebrantable de la Sra. de White lo que indujo finalmente a la junta a proseguir con la empresa. Cuando se recibió el informe desfavorable del experto fruticultor del gobierno, se nos pidió a W. C. White y a mí que informásemos de ello a la Sra. de White. Esta era una tarea triste y

embarazosa, pero procuramos cumplir nuestro deber. Cuando hubimos hecho nuestra declaración, ella dijo serenamente: "¿No hay Dios en Israel, que habéis ido al dios de Ecrón en busca de consejo?" Nos hizo acordar de lo que habíamos experimentado en la oración y curación cuando visitamos con ella el lugar, y nos aseguró que desde entonces no había sentido ninguna ansiedad.

En otra ocasión, citó palabras que el mensajero celestial le había dirigido para nuestra consolación: "Hanedado falso testimonio contra la tierra". Repetidas veces nos aseguró: "Dios extenderá una mesa en el desierto".

Algunos años más tarde, dirigiéndose a los que llevaban responsabilidades en el colegio de Avondale, relató un incidente que le había dado ánimo. Escribió:

"Nos es muy grato tener el privilegio de oír cuán grandemente está descansando la bendición del Señor sobre el colegio de Avondale. Cuán grato me sería ver los terrenos tales como son ahora teniendo el aspecto que me fue indicado que podrían tener bajo el cultivo apropiado e inteligente.

"En la hora más sombría del establecimiento del colegio de Avondale, cuando las perspectivas parecían más desalentadoras, estaba sentada en el hotel de Cooranbong, donde se hospedaban nuestros hermanos, completamente cansada por las quejas hechas respecto a la tierra. Mi corazón estaba herido y afligido. Pero de repente descendió sobre mí una gran paz. Los ángeles parecían estar en la pieza y, entonces fueron pronunciadas las palabras: 'Mirad'. Y vi una tierra floreciente, cultivada que daba sus tesoros de fruta y tubérculos. Muchos recursos estaban extendidos delante de mí, y dondequiera que se dirigían mis ojos, veía prosperidad.

"Vi el colegio lleno de estudiantes promisorios. Todos parecían ayudados, por la inspiración de esfuerzos bien organizados, a mantenerse y trabajar en un

alto nivel. Era tan elevado el número de rostros placenteros que no podía menos que comprender que la luz del Señor se cernía sobre ellos.

"Me invadieron una gran luz y paz. Me sentí tan bendecida que alabé al Señor en alta voz diciendo: Tu palabra se cumple, 'Dios extenderá una mesa en el desierto'" (E. G. de White, *carta 26 - 1907*).

Fueron las cartas de la Sra. de White las que indujeron a la junta directiva de las misiones a retirar sus objeciones. Al recibir esta noticia, nosotros en Australia fuimos adelante con nuestros planes de establecer el colegio en Cooranbong.

Terminada con fe bajo dificultades

Me tocó a mí encabezar la recolección de dinero para la tierra que habíamos comprado. Tenía poco ánimo. Indudablemente mis recelos personales contribuían a hacer imposible que interesara a nuestros hermanos y los persuadiera a dar para esta empresa.

Así pasaron los meses sin que se hiciese muchos progresos. Luego, en agosto de 1896 supimos que la Sra. de White había pedido prestado a un amigo personal 5.000 dólares y que los había prestado al colegio para erigir los edificios. Este generoso acto de fe y valor de su parte hizo una poderosa impresión en nuestro corazón. Nos sentíamos muy condenados, y confesamos nuestro mal proceder al dejar que la incredulidad y vacilación aumentasen la carga, la perplejidad y el pesar de la sierva del Señor. Desde ese día en adelante, nuestra fe, valor y celo respecto a aquel colegio no vacilaron nunca. Pudimos dedicar todas nuestras energías al esfuerzo de levantar los edificios.

Nuestro primer plantel constaba de dos edificios: un pequeño hogar y un comedor y cocina. Tanto carecíamos de fondos que al terminar el hogar nos vimos obligados a pedir voluntarios que trabajasen gratuitamente. El trabajo se continuaba hasta de noche, mientras algunos sostenían velas encendidas y otros

clavaban las tablas. Únicamente los que estuvieron allí entonces y pasaron por aquella lucha pueden comprender cuán grande fue.

Cuando esos dos edificios se hubieron terminado y amueblado, se inició el primer curso de lo que se conoce ahora como Colegio Misionero Australasiano. El primer día de ese nuevo curso, el 23 de abril de 1897, comprendimos cuánto necesitamos la amonestación: "No despreciéis el día de los pequeños comienzos", porque iniciamos el curso con cuatro maestros y tan sólo diez alumnos. La larga dilación, las perplejidades y el desaliento que se habían manifestado para comprar el sitio y para tener los edificios y el equipo habían descorazonado a nuestro pueblo. Pero cuando se llegó a saber que la Sra. de White apoyaba la empresa, y que el colegio se había abierto realmente, se despertó un nuevo interés, y antes que terminase el curso había cincuenta o sesenta alumnos presentes.

Se resuelven las dificultades financieras

Hasta entonces nos habíamos esforzado en esto sin pedir ayuda a nuestros hermanos de Norteamérica; pero finalmente viendo que el proceso iba a ser muy difícil y largo, les solicitamos ayuda. Ellos respondieron prontamente, ofreciendo darnos una subvención igual a la cantidad que pudiésemos obtener en el país, siempre que fuese, por supuesto, dentro de límites razonables. Esto nos dio mucho estímulo, y con toda valentía nuestros hermanos de Australia empezaron a juntar su parte.

Mientras tanto, continuamos edificando, pagando nuestra parte y adeudando la cantidad que esperábamos recibir de afuera. Dimos a nuestros constructores y a los hombres de negocios a quienes habíamos comprado material, la seguridad de que pronto recibiríamos dinero para saldar nuestras obligaciones. Teníamos plena esperanza de recibir ese dinero de Norteaméri-

ca para cierta fecha. Pero tuvimos que sufrir un terrible chasco. En vez del cheque, el correo nos trajo la decisión de que, debido a la crisis financiera, la Asociación General no podía mandar su parte. Nos aconsejaba que postergásemos las operaciones de construcción hasta que la situación financiera mejorase en los Estados Unidos. Pero ya habíamos edificado, y no teníamos dinero con qué afrontar nuestras obligaciones.

Además, Australia estaba sufriendo entonces una grave sequía, y algunos de nuestros fieles hermanos que habían hecho promesas liberales, decían que había que darles más tiempo.

Algunos de los que nos habían prestado dinero, al oír de nuestro chasco y situación embarazosa, se alarmaron y pidieron que les devolviésemos su dinero en seguida. Los miembros de la junta escolar estaban muy perplejos y angustiados. No sabían qué hacer. Naturalmente se culpaban a sí mismos por haber ido adelante sin dinero. La Sra. de White y su hijo ofrecieron hipotecar sus propiedades y mandar al colegio lo que obtuviesen. Hasta gastaron treinta dólares para pagar una tasación oficial. Pero como la tasación le daba solamente el 15% del costo, no pudieron obtener el préstamo.

La situación era grave. Tenía que llegar dinero de alguna parte. En nuestra gran perplejidad, dirigimos fervientes súplicas a nuestro Dios, cuya obra estábamos tratando concienzudamente de hacer progresar. Nuestras súplicas fueron oídas y contestadas. Se realizaron milagros en nuestro favor. En pocas semanas, nuestros hermanos de Australia recogieron en donativos y préstamos lo que se requería para cumplir con nuestras obligaciones.

El tiempo justifica el consejo dado por el don de profecía

En 1897 sucedieron estos hechos sorprendentes, y durante todos los años transcurridos un desarrollo verdaderamente admirable ha acompañado a la empresa.

Aquellos a quienes fue confiada la responsabilidad de hacer progresar el colegio se esforzaron fielmente por seguir el plan dado por el espíritu de profecía. Se desmontó el terreno y se cultivó. Se plantaron árboles frutales y vides. Se estableció una lechería; la carpintería, la pinturería y la imprenta llegaron a ser industrias importantes; y se instaló una pequeña fábrica de productos alimenticios.

La bendición de Dios descansó en forma señalada sobre el campo y la huerta de Avondale. Recuerdo que en una oportunidad, durante un breve período cuando trabajé en el colegio, fui al viñedo, alcé algunos de los sarmientos pesados y pude ver grandes racimos de uvas deliciosas, las más hermosas que haya visto jamás. Desde las cuatro hectáreas de frutales ayudé a los jóvenes a llevar a la cocina grandes canastos de duraznos, naranjas, limones y manzanas, de la mejor calidad que se pudiese cosechar. Tan numerosos y grandes eran los nabos de una hectárea en particular que podía cruzarla sin pisar el suelo.

Algunos años más tarde, el profesor C. W. Irwin, entonces director del colegio, hizo una demostración práctica respecto al cumplimiento de la promesa: "Dios extenderá una mesa en el desierto". Mientras gran número de personas rodeaban las largas mesas cargadas con muchas variedades de frutas selectas cosechadas en la propiedad, se mencionaron las providencias de Dios en el establecimiento y desarrollo del colegio.

En 1909, doce años después de la apertura del colegio, el profesor Irwin, que había sido su director durante ocho años, escribió como sigue:

"A medida que ha transcurrido el tiempo, y hemos tenido oportunidad de ver desarrollarse la obra, podemos decir con la mayor seguridad, por experiencia, que Dios dirigió la elección de este lugar. Todo lo que se había dicho acerca del establecimiento del colegio en este lugar se ha cumplido.

"Los hermanos, en consulta con la Sra. de White, habían hecho planes tan amplios y liberales para el colegio, que durante los ocho años que trabajé en él, no he necesitado cambiar un sólo plan de los que ellos habían trazado. Dios dirigió el establecimiento de la obra allí; y todo lo que hemos procurado hacer durante esos ocho años ha sido simplemente desarrollar más ampliamente los planes ya hechos. Creo que la forma en que resultó todo esto comprueba que la instrucción de Dios era cierta".

Algunos resultados maravillosos

Aunque el colegio se inauguró con sólo dos pequeños edificios, cuatro docentes y diez alumnos, los que han actuado en su dirección y los que han tenido una parte en el desarrollo de sus programas de enseñanza, a través de sus muchos años de existencia, han sido testigos de los resultados admirables producidos por haberse seguido en ese colegio, de un modo especial, los consejos e instrucciones emanados de la pluma inspirada.

Miles de estudiantes han pasado por sus aulas. Centenares y centenares de ellos han dedicado y dedican su vida a la más noble de todas las causas: la propagación del Evangelio y la verdad presente. En la División Australasiana, dentro de sus cinco uniones y en todas sus instituciones, los hombres y mujeres que se educaron en el Colegio Misionero Australasiano son los que llevan toda clase de responsabilidades. Son pocas las excepciones a esta regla. Más todavía, son muchos los misioneros que salieron de ese campo para llevar el mensaje de salvación a otras divisiones.

El colegio cuenta con una propiedad de unas 600 hectáreas. En ellas hay frutales, se cultivan cereales, hortalizas y también se dedican muchas hectáreas al pastoreo de vacunos. Hay también aves de corral.

Y todo esto se ha logrado, en forma espléndida, en una tierra que fue considerada estéril por los técnicos, pero que Dios señaló como muy buena, mediante su sierva.

Artes y oficios en el colegio

Este colegio misionero procura que sus alumnos adquieran experiencia en diferentes artes y oficios, gracias a su labor directa en la chacra, lechería, carpintería, cocina, gallineros, lavadero, panadería, etc. Además hay quienes se preparan prácticamente en las múltiples tareas propias de una oficina.

La fábrica de alimentos es una dependencia importantísima de esta institución. Por supuesto, son muchos los alumnos que han podido seguir sus estudios gracias al dinero ganado en ella, cuyos productos gozan de prestigio en Australia.

Mediante las diversas actividades de esta fábrica, los alumnos que allí trabajan tienen la oportunidad de aprender prácticamente ingeniería eléctrica, arte de imprimir, carpintería, pintura, teneduría de libros, técnicas de importación y exportación.

La venta de sus productos ha originado la creación de almacenes y restaurantes vegetarianos en las principales ciudades australianas.

Como un resultado adicional a todo esto, son centenares los adventistas que han encontrado un trabajo provechoso y bien remunerado, siempre en relación con el radio de acción que abarca la bendita influencia del Colegio Misionero Australasiano.

Es realmente asombroso comprobar cómo se han ido magnificando los resultados de una empresa humildemente comenzada, pero sabiamente dirigida por las instrucciones recibidas mediante el espíritu de profecía que actuaba en Elena de White.

El seguir los consejos trae prosperidad

Así que, mientras repasamos los muy penosos incidentes por los cuales hubimos de pasar al fundar el Colegio Misionero Australasiano, vemos que, aun cuando somos clara y definitivamente llamados a hacer ciertas cosas para adelantar la causa de Dios, no nos ve-

mos libres de dificultades, afanes y desilusiones de diversas clases. Pero podemos tener la seguridad en todo ello de que si "nos entregamos completamente a Dios, y en nuestra obra seguimos sus instrucciones, él mismo se hace responsable de su realización" (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, pág. 297).

Podemos también tener la seguridad de que lo que hacemos en estricta conformidad con las órdenes de Dios, prosperará y tendrá mucho éxito. Así ha sido en el caso del Colegio Misionero de Australasia. Al guiarnos a este sitio, el Señor vio más que la tierra, buena o mala. Vio la gran necesidad de que nuestros jóvenes de Australia pudiesen ganar recursos con que sufragar sus gastos escolares. Vio la necesidad de que estuviésemos libres de ciertos requisitos gremiales de trabajo que hay en las ciudades. Vio el gran desarrollo de las industrias que íbamos a iniciar y así nos dirigió al lugar que podíamos comprar, y nos puso donde podemos hacer ahora la gran obra que él previó que se desarrollaría.

En todo esto vemos el gran valor del espíritu de profecía para el pueblo y la causa de Dios. Nos proporciona luz y entendimiento que superan la comprensión de los hombres. Nos conduce a grandes empresas, de las cuales huiríamos porque no vemos lo futuro y la plena importancia de lo que somos llamados a hacer. No prevemos los grandes alcances a los cuales pueden llegar los pequeños comienzos. Por esto necesitábamos el espíritu de profecía en el momento de resolver los problemas educativos para nuestros jóvenes de Australasia. La iglesia necesita siempre este consejo precioso para tratar sabiamente los graves problemas que brotan continuamente para estorbarla y derrotar sus propósitos. La declaración de Josafat es tan cierta hoy como cuando fue hecha a Israel: "Creed a Jehová vuestro Dios, y seréis seguros; creed a sus profetas y seréis prosperados" (2 Crón. 20: 20).

CAPITULO 29

FRENTE A UNA CRISIS EN LA OBRA DE PUBLICACIONES

MIENTRAS iba de viaje desde su casa de California para asistir al Congreso de la Asociación General en Battle Creek, en 1901, la Sra. de White se detuvo en diversos lugares de los estados del sur. Durante muchos años había sentido preocupación por esa parte del país, y había escrito muchas páginas de consejos acerca de las grandes necesidades del campo meridional, y de la mejor manera de llevar a cabo la obra, tanto para los negros como para los blancos de esa región.

En abril de 1901, el día en que se inició el congreso, escribió un manuscrito titulado: "Una súplica en favor del campo meridional". En ese manuscrito, después de hablar de la necesidad de escuelas y sanatorios, decía:

"Hay también necesidad de una imprenta bien equipada, para que se puedan publicar libros para uso de los obreros del sur. He sido instruida acerca de que la publicación de libros adecuados para este campo es esencial. Debe hacerse algo sin dilación. . .

"En Nashville me quedé sorprendida al hallar una imprenta llena de obreros atareados. Esa imprenta, con su equipo, ha sido comprada con el menor costo posible. Todo lo que hay en ella está limpio y en orden. Los rostros de los obreros expresan inteligencia y capacidad, y la obra que hacen es una valiosa lección objetiva.

(366)

Frente a una Crisis en la Obra de Publicaciones 367

"Pero se necesita un edificio mayor; porque se harán muchos otros trabajos a medida que la obra se lleve a cabo. . .

"El Señor ha colocado en las manos de su pueblo medios que tienen que ser usados en esa obra. Invito a mis hermanos y hermanas a dar de sus recursos para proveer una casa editora adecuada para el campo del sur" (E. G. de White, MS 40-1901). (La cursiva no está en el original.)

Durante el congreso de la Asociación General, la Sra. de White dirigió varios pedidos de recursos y cosas necesarias para los obreros del sur. Después del congreso, continuó llevando esta preocupación en su corazón, haciendo pedidos de dinero a las congregaciones a las cuales se dirigió en diversos lugares.

Este consejo de establecer y equipar una casa editora en el sur fue una de las primeras perplejidades que arrostré al emprender la dirección general de la obra de nuestra denominación en 1901.

Teníamos dos grandes casas editoras: La Review and Herald, en Michigan; y la Pacific Press, en California. Ambas pasaban por una gran crisis. Había poca demanda de nuestras publicaciones. Eran comparativamente pocos los colportores que había en el campo, y tenían un éxito tan sólo mediano.

A fin de mantener ocupadas las prensas y el personal de la oficina, nuestras casas editoras aceptaban mucho trabajo comercial. La Pacific Press tenía un contrato para imprimir los talonarios Paragon para el territorio situado al oeste de las Montañas Rocosas. La Review and Herald estaba imprimiendo muchos catálogos y otras clases de trabajos para el comercio.

Se pide una imprenta mayor

La sociedad misionera del sur había comprado en Nashville, Tennessee, una pequeña propiedad y había establecido con fondos privados una pequeña imprenta

“para la publicación de libros y revistas de bajo precio destinados al sur” (*Gospel Herald*, noviembre de 1900).

Ahora el Señor pedía una casa editora mayor; y esto en un tiempo en que la demanda de nuestras publicaciones apenas bastaba para mantener las prensas en movimiento la mitad del tiempo. Al considerar nuestra junta la situación, parecía que establecer una tercera casa en adición a nuestras imprentas más antiguas, no podría sino hundirnos aún más en el trabajo comercial, sin mencionar las dificultades financieras que entrañaba el equipar otra imprenta.

Sin embargo, los mensajes eran tan directos y positivos que no podían ser pasados por alto ni descartados. Por lo tanto, echamos mano, con ciertas dudas, al cumplimiento de las instrucciones y fundamos lo que se conoce ahora como Southern Publishing Association, en Nashville, Tennessee.

Eramos tan pobres que tuvimos que amueblar el pequeño edificio comprado con ese propósito con equipo de segunda mano. Cuando recuerdo la vieja caldera que fue instalada en aquellas dependencias tan poco adecuadas, siento la convicción de que la mano de Dios debe habernos protegido de ser despedazados por una explosión. Así empezó el trabajo, con malas prensas y equipo medio arruinado.

Se recomienda cerrar la imprenta

Como si no bastara la adición de una tercera casa editorial para probar nuestra fe, pronto recibimos otras instrucciones de que al Señor no le agradaba que nuestras prensas fuesen usadas para imprimir trabajos comerciales. Se nos dijo que debían ser empleadas completamente en la producción de publicaciones llenas del mensaje salvador de Dios para estos últimos días. Parecía que obedecer este consejo, haría necesario cubrir con lona la mitad de nuestras prensas, y despedir a la mitad de los empleados de las imprentas. No es extraño que algunos se sintieran tentados a creer que estos dos

mensajes, que llegaban en un momento de tan grande crisis en la obra de publicación, no podían ser inspirados divinamente.

Al fin de un año de esfuerzos, fui a Nashville para asistir a la primera reunión anual de la nueva casa editora. Me quedé abrumado al notar, por la hoja del balance, que había una pérdida de 12.000 dólares, suma igual a la que se había invertido en la empresa, y que había sido conseguida por donaciones de nuestros hermanos de los estados del norte. Todos expresamos mucho pesar por este gran déficit, pero los encargados de la imprenta nos aseguraron que había mejores perspectivas para el año siguiente.

Pero estas esperanzas no se materializaron. Al fin del segundo año, había otra pérdida equivalente a mil dólares por mes, o sea un total de 24.000 dólares en dos años. Para aumentar nuestra perplejidad, el tercer año transcurrió sin que mejorase mucho la situación en relación con los dos años anteriores. Durante largo tiempo, conservé estas tres hojas de balance sobre mi escritorio como recuerdo de aquel poco éxito, del caso angustioso, y de nuestros penosos sentimientos.

La Junta Directiva de la Asociación General, en Battle Creek, estaba gravemente alarmada, y con justicia. Nombro una comisión, de la cual yo era miembro, para que fuera a Nashville a investigar la situación, y presentara recomendaciones acerca del futuro de la empresa. Cuando examinamos la imprenta, y las perspectivas que tenía, no pudimos ver nada sino continua pérdida y dificultades. Pero era evidente que esas pérdidas no podían continuar indefinidamente. Así que redactamos una recomendación de que se vendiera el equipo como hierro viejo y que se empleara la casa como depósito de libros o sucursal de distribución, en el campo del sur, de los libros impresos por la Review and Herald y la Pacific Press. Nos parecía que todas las publicaciones que pudieran llegar a necesitarse en Norteamérica podían ser hechas por estas dos casas.

Afrontábamos una dificultad. La Sra. de White nos había dado el consejo que condujo al establecimiento de la Southern Publishing Association. Mientras considerábamos los tristes resultados de nuestra tentativa de seguir el consejo del espíritu de profecía, se nos ocurrió la idea de que tal vez se refería a la *circulación* y no a la impresión de publicaciones en el campo del sur. Tal era nuestro esfuerzo por conciliar nuestra confianza en los mensajes que procedían de la Sra. de White con nuestra comprensión de lo que debe ser un buen manejo comercial. Llegamos a creer que había sido nuestra mala interpretación del consejo la que tenía la culpa y no la instrucción misma. Además, teníamos instrucciones definidas de no incurrir en ingentes deudas que debía pagar luego nuestro pueblo.

La aquiescencia de la Sra. de White nos alivia

Sin embargo, nos parecía que debíamos presentar el problema a la Sra. de White antes de ejecutar nuestra recomendación de suspender la imprenta de Nashville. Como yo iba a visitar pronto la costa del Pacífico, la junta directiva me pidió que le presentara la situación y le pidiera su consejo.

Fue el 19 de octubre de 1902, temprano por la mañana, cuando un grupo de hermanos se encontró con la Sra. de White en su casa, "Elmshaven", Santa Elena, California. Me acompañaban los pastores W. C. White, W. T. Knox, A. T. Jones, J. O. Corliss y E. R. Palmer. El Hno. C. Crisler hizo un informe taquigráfico de la entrevista.

La Sra. de White se quedó muy apenada y perpleja por mi relato de las terribles pérdidas sufridas por la casa editora del sur durante los tres años de su existencia. Convino en que debían evitarse tales pérdidas, y dijo: "Y si no puede ser, será mejor cerrarla".

No pudiendo darnos un remedio seguro, asintió a nuestra propuesta de suspender la imprenta, transformar el edificio en depósito, y comprar las publicaciones de

otras casas publicadoras. Esta aparente concordancia con nuestros planes infundió gran alivio y satisfacción a muchos de los que habían estado luchando con el abrumador problema.

El Hno. Crisler escribió parte de nuestra entrevista y, con esto en mi bolsillo, partí con el corazón aliviado. Al llegar a Battle Creek, no perdí tiempo en decir a los otros miembros de la comisión el resultado de nuestra entrevista, con la seguridad de que la Sra. de White nos acompañaba en nuestros planes para cerrar la imprenta de Nashville a breve plazo.

El consejo divino invierte el juicio humano

Algunos días más tarde, se recibió una carta de la Sra. de White, en la que decía que había hablado de acuerdo con su propio juicio y en conformidad con la presentación que le habíamos hecho. Pero ahora había recibido instrucciones del Señor de decirnos que había estado equivocada al dar ese consejo, *y que la imprenta del sur no debía cerrarse*. Debían hacerse planes para evitar mayores deudas, pero teníamos que avanzar por fe. Nos aseguró que si seguíamos el consejo de Dios, él nos daría éxito.

Como ilustración de la manera en que las instrucciones eran con frecuencia dadas mediante símbolos, citaré del manuscrito que escribió en la mañana del 20 de octubre, exactamente 24 horas después de nuestra entrevista con ella:

"Anoche me pareció estar en la sala de operaciones de un gran hospital, al cual se llevaban personas, y se preparaban instrumentos para cortar sus miembros con gran premura. Vino uno que parecía tener autoridad y dijo a los médicos: '¿Es necesario traer a estas personas a esta sala?' Mirando compasivamente a los dolientes, dijo: 'No amputéis nunca un miembro hasta que se haya hecho todo lo posible para salvarlo'. Examinando los miembros que los médicos estaban preparando para cor-

tar, dijo: 'Esto puede salvarse. El primer trabajo consiste en emplear todos los medios posibles para sanar estos miembros. ¡Qué terrible sería amputar un miembro que puede salvarse con paciente cuidado! Vuestras conclusiones han sido sacadas con demasiada premura. Poned a estos pacientes en las mejores piezas del hospital y dadles el mejor cuidado y tratamiento. Emplead todos los medios que estén a vuestro alcance para salvarlos de tener que seguir inválidos e inútiles por el resto de la vida'.

"Los dolientes fueron llevados a una pieza cómoda, y asistentes fieles los cuidaron bajo la dirección del que había hablado; y no hubo que sacrificar un solo miembro" (E. G. de White, *carta* 162-1902).

En la misma carta se interpretaba claramente esta representación simbólica. En vez de cerrar la casa editora de Nashville, debíamos estudiar cuidadosa y diligentemente para salvarla y devolverle la vida y la eficiencia. "Tenga el campo del sur sus propios libros publicados allí mismo", decía ella. "En el campo del Sur hay necesidad de una casa editora para la publicación de la verdad para este tiempo".

Reconoce francamente su error

En una carta escrita algunas semanas más tarde, dirigida a "mis hermanos en posiciones de responsabilidad", la Sra. de White decía:

"Durante la noche que siguió a nuestra entrevista en mi casa y afuera en el césped, bajo los árboles, el 19 de octubre de 1902, acerca de la obra en el campo del sur, el Señor me ha indicado que yo había asumido una actitud equivocada" (E. G. de White, *Carta* 208-1902).

En esta comunicación se presentaba un cuadro halagüeño del futuro de la imprenta de Nashville. Con palabras de precioso aliento declaró:

"Resplandecerá luz sobre los obreros de Nashville. Desde ese centro, la luz brillará en el ministerio de la

palabra, en la publicación de los libros grandes y pequeños. Hasta ahora apenas hemos tocado el campo del sur con la punta de nuestros dedos. 'Porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como cubren la mar las aguas'. La misma voz que al principio dijo: 'Sea la luz', en estos últimos días declara que el conocimiento de la Palabra de Dios no se limitará simplemente a algunos lugares" (*Ibid*).

El mensaje de que debía continuarse la obra de la Asociación Publicadora del Sur fue realmente desconcertante. Produjo gran desilusión en muchos. Dejó perplejos a algunos por contradecir el consejo que nos fuera dado en nuestra entrevista. Pero se nos recordó que está registrado en la Biblia el caso en que un profeta, después de haber sido instruido divinamente, cambió de parecer aunque su juicio primero era humanamente sano. El rey David consultó al profeta Natán y le habló de su propósito de edificar una casa para Jehová.

"Y Natán dijo a David: Haz todo lo que está en tu corazón, porque Dios está contigo. En aquella misma noche vino palabra de Dios a Natán, diciendo: Ve y di a David mi siervo: Así ha dicho Jehová: Tú no me edificarás casa en que habite". (Véase 1 Crón. 17: 1-4.)

David aceptó el mensaje que había llegado por revelación, en lugar del consejo dado en la entrevista del día anterior.

Nuestra junta asumió la misma actitud. Aceptamos el mensaje escrito que nos había sido enviado e hicimos a un lado nuestros planes anteriores juntamente con la aprobación que tenían de la sierva del Señor. Con renovada determinación emprendimos la tarea de asegurar el éxito de la imprenta de Nashville. Los hermanos que dirigían la obra del Sur dedicaron a la empresa sus mejores energías y pensamientos. Llamaron para ella nuevos hombres de talento. Se efectuaron economías. Desde entonces, las pérdidas fueron cada año menores,

y a los pocos años, la imprenta funcionaba sin déficit. El ascenso continuó con ganancias cada vez mayores hasta que pronto se superaron las pérdidas anteriores.

Confirmación de la confianza en el don

La demanda por nuestras publicaciones aumentó hasta que la Review and Herald y la Pacific Press abandonaron todo trabajo comercial. Las prensas de las tres casas tenían que funcionar horas extras. Se levantó un edificio nuevo de ladrillos, equipado con maquinaria moderna, para la casa editora de Nashville. Durante muchos años nuestra hermosa revista de la Recolección Anual se imprimió allí, en una de las mejores prensas que teníamos en Norteamérica.

Ahora, con la gran expansión de todos los ramos de nuestra obra, podemos ver cuán estrechos y restringidos fueron algunos de nuestros planes a principios del siglo. Dios, que conoce el fin desde el principio, nos mandó mensajes para impedirnos contraer la obra en un tiempo de desaliento. Estos mensajes parecían a veces difíciles de comprender. Exigían esfuerzos sobrehumanos. Ahora podemos regocijarnos, pues la mano guiadora de Dios se manifestó por su sierva. Cuento este incidente entre los muchos que han confirmado mi confianza en la dirección divina del pueblo de Dios por el don de profecía.

CAPITULO 30

SALVADOS DE LAS ENSEÑANZAS PANTEISTAS

LA BIBLIA presenta como objeto de nuestro culto un Ser infinito cuya morada está en el cielo. Tenemos abundante evidencia de que es un Ser *personal*. Como Creador, hizo al hombre a su propia imagen. Jesucristo vino al mundo para revelar a los hombres su personalidad y carácter. El mismo, como hombre dotado de nuestra naturaleza, oró a Aquel que lo había enviado en misión de amor a la tierra, y enseñó a sus discípulos a dirigirse así a él: "*Padre nuestro que estás en los cielos*".

Aunque el Dios Todopoderoso no está al alcance de la comprensión finita, hay muchos que procuran imprudentemente escudriñar su naturaleza y sus atributos personales. Especialmente en estos tiempos, hay peligro de que los hombres quieran, por los métodos llamados científicos, entrar en especulaciones acerca del Infinito, especulaciones que apartarían de su corazón la fe salvadora que es imperativamente necesaria para la salvación.

En marcado contraste con la opinión bíblica de un Dios infinitamente mayor que los seres creados por su mano, de un Dios que está fuera y más allá de nosotros mismos, se encuentra la enseñanza de que Dios es una esencia misteriosa, o una influencia impersonal, una simple fuerza que compenetra toda la naturaleza. Esta enseñanza se conoce como panteísmo, aunque se halla en diversas formas y bajo diversos disfraces reli-

giosos. En la India, se halla en el hinduismo; en la China, en el taoísmo y el confucianismo; entre los seguidores del coronel Olcott y Ana Besant, se llama teosofía; para la Sra. Eddy y sus seguidores, constituye la misma esencia de la Ciencia Cristiana; para Heriberto Spencer, se denomina la Inteligencia Incognoscible. Otros lo designan como el "Nuevo Pensamiento". Esta enseñanza es muy popular hoy.

La historia de la insidiosa tentativa de hacer penetrar los pensamientos panteístas en la Iglesia Adventista del Séptimo Día, y la manera en que fue detenido ese movimiento por los mensajes del cielo dados por el don de profecía, es de interés emocionante para aquellos que pasaron por lo que se va a narrar. Relataré brevemente la historia, no con el propósito de reavivar viejas controversias, sino como un notable ejemplo de la profunda influencia del espíritu de profecía en restaurar la unidad en la iglesia y amonestar contra los sutiles peligros inadvertidos para los que se veían atraídos inconscientemente por una trampa fatal. Algunos de aquellos cuyos pies estaban resbalando pudieron finalmente asentarlos sobre la roca eterna de la verdad, mientras que los pocos que persistieron en sus creencias se separaron completamente de la iglesia.

Una nueva filosofía

Una persona cuya energía incansable, cuya investigación científica, cuya habilidad como médico y cirujano, y cuya devoción a los principios benévolos y humanitarios le habían granjeado el aprecio de la denominación fue uno de los principales exponentes de lo que a veces se llama la "nueva filosofía". Tratando de definir a Dios había llegado al punto de decir, en 1897, delante de la Asociación General:

"La gravitación obra instantáneamente a través de todo el espacio. Por esa misteriosa fuerza de gravitación, todo el universo se mantiene junto por un vínculo de

unidad. . . Allí tenemos la evidencia de una presencia universal, una presencia inteligente, una presencia omnisciente, una presencia omnipotente, una presencia por cuya ayuda cada átomo del universo se mantiene en contacto con los demás átomos. Esa fuerza que mantiene juntas todas las cosas, que está presente por doquiera que palpita por todo el universo, que actúa instantáneamente a través del espacio ilimitado, no puede ser otra cosa sino Dios mismo. ¡Qué pensamiento maravilloso es que este mismo Dios está en nosotros y en todo!" (*General Conference Bulletin*, 12 de febrero de 1898, pág. 83).

Después de mi regreso de Australia, y cuando asumí mis deberes oficiales en la Asociación General, me establecí en Battle Creek. No transcurrió mucho tiempo antes de que oyera esta nueva enseñanza, que ponía a un lado la personalidad de Dios y hacía de él tan sólo una esencia que lo compenetraba todo. Una de las ilustraciones empleadas para proporcionar una supuesta analogía rezaba así:

"Supongamos que tenemos ahora una bota delante de nosotros, no una bota ordinaria, sino una bota viviente, y que mientras la miramos vemos pequeñas botas que van saliendo de las costuras, salen de la punta, caen de los tacos, saltan de la parte superior veintenas, centenas, millares de botas, un enjambre de botas que salen continuamente de nuestra bota viviente, ¿no nos veríamos obligados a decir: 'Hay un zapatero en la bota?' Así se halla en el árbol un poder que lo crea y lo mantiene, un hacedor del árbol en el árbol" (J. H. Kellog, *The Living Temple*, pág. 29, Battle Creek, Michigan: Good Health Publishing Company, 1903).

Se sacaba la conclusión lógica de que el hombre, en vez de mirar a algún Ser sentado en un trono en algún cielo lejano, debía mirar dentro de sí mismo para hallar al Dios a quien debía orar.

Una enseñanza tal me perturbaba, y tanto más cuando descubría que había sido aceptada hasta cierto pun-

to por algunos de los profesores del Colegio de Battle Creek, y la estaban enseñando a los alumnos. Varios médicos eminentes de la denominación estaban fascinados por este nuevo concepto de Dios, que lo hacía parecer cercano al individuo. Aun predicadores honrados y venerados por la iglesia defendían esta doctrina cuando se la ponía en tela de juicio. Sin embargo, ninguno de nosotros comprendía entonces plenamente los peligros sutiles que había en semejante concepto de Dios.

Se propone un libro de salud para obtener fondos

El 18 de febrero de 1902 nuestro sanatorio de Battle Creek fue arrasado por un incendio. Poco después, el director médico asistió a una reunión de la junta de la Asociación General para estudiar planes destinados a recoger dinero con que reedificar esa gran institución médica.

En aquel tiempo estábamos empeñados en una campaña destinada a hacer circular un libro sobre *las parábolas de Cristo*. La Sra. de White, la autora, había dado el manuscrito de ese libro para beneficio de nuestras escuelas, y a petición de ella, las casas editoras habían renunciado a su ganancia acostumbrada. Se pedía a nuestros hermanos por doquiera que tomaran algunos ejemplares y los vendieran a sus vecinos. Como resultado de esta acción concertada, se estaban obteniendo miles de dólares con el propósito de pagar las deudas de nuestras escuelas.

El éxito de esta empresa sugirió la idea de que se preparara un libro que tratara de fisiología e higiene en forma sencilla, como también algunos remedios caseros para las enfermedades, y que ese libro fuera vendido, para beneficio del sanatorio, de la misma manera como se estaba empleando *Las Parábolas de Cristo* para ayudar a las escuelas. Este plan fue considerado favorablemente por los miembros de la junta, y se pidió al director médico del sanatorio que prepara el manuscrito del libro.

Al mismo tiempo que se propuso el plan, se le indicó muy claramente que el libro debía ser puramente médico, que no tenía que incluir en él ninguna idea teológica acerca de la personalidad de Dios, porque era evidente que el incluir un dogma controvertido haría imposible el esfuerzo unido necesario para el éxito. Esto fue lo convenido. Algunos meses más tarde se distribuyeron algunos ejemplares de las pruebas. El nombre escogido para el libro era: *El Templo Viviente*.

Minado por las enseñanzas panteístas

Pero algunos de nosotros nos quedamos espantados al descubrir, por el examen de esas pruebas, que el autor había insistido en presentar enérgicamente esa "nueva filosofía" acerca de la presencia de Dios en todas sus obras. Había expresiones como la siguiente:

"Dios es la explicación de la naturaleza —no un Dios fuera de la naturaleza, sino en la naturaleza, que se manifiesta en medio de todos los objetos, movimientos y variados fenómenos del universo y por medio de ellos" (*The Living Temple*, pág. 28).

Una enseñanza tal hace a Dios personalmente responsable de todas las tentaciones y deseos profanos que agitan al pecador, induciéndolo a los pecados más groseros.

Además se hablaba de ciertos fenómenos como de:

"Una prueba fisiológica de la existencia dentro del cuerpo de algún poder superior a la composición o sustancia material del cuerpo, que ejerce una vigilancia y dominio constantes por los cuales se mantiene la identidad individual. Esto no puede ser menos que el Poder que edifica, que crea, —*es Dios mismo, la presencia divina en el templo*" (*Id.*, pág. 52). [La cursiva no está en el original.]

En apoyo de esta conclusión el autor citaba una expresión bíblica:

"El apóstol Pablo en su declaración 'Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo', expresó sencillamente un hecho corroborado plenamente por las investigaciones científicas más profundas" (*Id.*, Prefacio).

Pero es de notarse que Pablo se dirigía a un grupo de creyentes en Cristo, cuyo corazón estaba abierto a la presencia del Espíritu Santo. En el capítulo 8 de Romanos, el mismo el autor traza un notable contraste entre el hombre natural que anda según la carne y el cristiano regenerado que anda según el Espíritu. Que hay una distinción entre aquellos cuyo cuerpo está entregado como templo del Espíritu Santo y aquellos que están desprovistos de aquel Espíritu como poder dominante, resulta muy claro en el versículo siguiente:

"Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él" (Rom. 8: 9).

Confundía la naturaleza con Dios

Después de hablar de los misterios relacionados con los procesos mentales, el libro que estamos considerando sacaba esta conclusión:

"La única explicación de los misterios que representan los variados procesos intelectuales, es que obra una Inteligencia divina, siempre presente y que lo penetra todo. La única explicación de la naturaleza que aclara todo misterio es Dios, que crea y mantiene, que hizo todas las cosas y las hace funcionar" (*Id.*, pág. 398).

La conclusión lógica de una premisa tal es que esta "Inteligencia que lo penetra todo" es responsable del funcionamiento de nuestra mente, y de la pureza o impureza de los pensamientos engendrados.

Daremos aquí tan sólo otra breve cita de los pensamientos panteístas entretnejidos por todo el libro que se procuraba introducir en nuestra denominación:

"No olvidemos que la luz del sol es la sonrisa benefactora de Dios, que la luz solar es la luz, la vida y la gloria del cielo, la verdadera Shekinah, la presencia real con que el templo necesita llenarse más; que la fresca brisa es el aliento del cielo, verdadera mensajera de vida que lleva sanidad en sus alas" (*Id.*, pág. 412).

Una intervención divina

Esto creó una situación deplorable, que no podía sino provocar controversia entre los dirigentes. Cuando el autor del libro se presentó ante la junta y solicitó la prometida cooperación para publicarlo y hacerlo circular como medio de obtener recursos para reedificar el sanatorio, no pudimos darla. No podíamos concienzudamente aprobar la circulación de enseñanzas que creíamos peligrosas y erróneas. Por otro lado, el autor estaba muy firmemente convencido de que sus opiniones eran una nueva luz, y que debían ser divulgadas por doquiera.

Por fin, se eligió una comisión de cinco personas para presentar un informe acerca de las enseñanzas contenidas en el manuscrito, y acerca de si cumplía el propósito para el cual había sido planeado. Pero esa misma comisión se hallaba dividida. Tres miembros estaban en favor de su publicación, y dos se oponían. Después de oír su informe, la junta de la Asociación General votó contra el informe de la mayoría, y aceptó el de la minoría.

Entonces el autor, chasqueado, exigió una audiencia pública. Esta le fue concedida, con el resultado inevitable de que el asunto se complicó aún más, y a medida que la controversia se iba difundiendo, hombres de mucha influencia iban tomando posición en un lado o el otro.

A pesar del consejo de la mayoría de la junta de la Asociación General de que se renunciara a la publicación del libro, se mandó a la casa editora Review and Herald la orden de imprimir cinco mil ejemplares en seguida. Entonces se produjo lo que pareció a algunos

una intervención divina para evitar la ruptura que iba a provocar inevitablemente esta publicación si se hacía circular el libro en la iglesia. Precisamente cuando el libro había recibido sus correcciones finales y estaba por imprimirse, el taller fue destruido por el fuego y las placas quedaron arruinadas.

Sin embargo, el original fue enviado inmediatamente a otra imprenta. Unos meses más tarde se imprimió una gran edición de *El Templo Viviente*. Se lo puso en venta, y se hicieron grandes esfuerzos por conseguir que nuestros jóvenes se dedicaran a ponerlo en circulación.

Hasta entonces yo no había hecho ninguna declaración pública, ni por la prensa ni en el púlpito, a diferencia de algunos de mis hermanos que estaban trabajando muy fervientemente para leudar a la denominación con lo que yo creía era paganismo velado. Pero pasé muchas noches sin dormir, mientras consideraba la situación y procuraba ser fiel al cometido que me había sido confiado, a la par que evitaba una controversia que, según temía, habría de producir confusión y dolor a nuestro pueblo. Veía que se estaban sembrando, entre los centenares de jóvenes de nuestras instituciones principales, semillas que iban a producir resultados descorazonadores para centenares de nuestros hermanos.

La crisis se produce en 1903

Hombres eminentes en los círculos ministeriales, médicos y de educación, tomaron abiertamente posición en favor del libro y de sus enseñanzas. Los que defendían las nuevas enseñanzas iniciaron una campaña de correspondencia que parecía muy promisoria con el fin de estimular a los jóvenes a venir a Battle Creek para educarse.

La crisis se produjo en el mes de octubre de 1903. La sede de nuestra denominación había sido trasladada de Battle Creek a Takoma Park. Habíamos convocado un concilio de nuestros obreros principales, y esperába-

mos hacer planes de progreso. Pero nuestros propuestos planes quedaron interrumpidos cuando unos diez hombres vinieron a nuestra reunión e introdujeron puntos de controversia que condujeron a una discusión de las enseñanzas que se hallaban en el libro al cual nos hemos referido, *El Templo Viviente*. Para todos fue una sesión penosa.

Una noche, un obrero eminente me acompañó desde la reunión a mi casa. El creía en las nuevas opiniones, y estaba haciendo todo lo que podía para fomentar la circulación del libro que era la causa de nuestra controversia. Mientras estábamos bajo un farol, en la calle, en una esquina cercana a mi casa, me dijo: "Ud. está cometiendo la mayor equivocación de su vida. Después de toda esta agitación, un día de éstos Ud. se va a encontrar arrollado en el polvo, y otro estará de presidente".

A esto contesté: "No creo en su profecía. Como quiera que sea, preferiría ser arrollado en el polvo haciendo lo que creo en mi alma que es recto, que andar con príncipes, haciendo lo que mi conciencia me dice que es malo".

Mensajes oportunos del espíritu de profecía

Nos separamos, y con corazón apesadumbrado entré en casa. Allí encontré a un grupo de personas muy felices. Una de ellas dijo: "Ha llegado la liberación. Hay dos mensajes de la Sra. de White".

Nadie puede imaginarse la avidez con que leí los dos documentos que habían llegado por correo mientras estábamos en medio de nuestras discusiones. Era un testimonio muy positivo acerca de los errores peligrosos que se enseñaban en *El Templo Viviente*.

El carácter oportuno de este testimonio será tanto más apreciado si cito unos pasajes de los documentos recibidos. En uno de ellos dice acerca del libro en cuestión:

"Tened cuidado acerca de cómo sostenéis los conceptos de este libro en cuanto a la personalidad de Dios. Según el Señor me presenta el asunto, esos conceptos no llevan la aprobación de Dios. Son una trampa que el enemigo ha preparado para estos últimos días. . .

"La senda de la verdad se halla cerca de la senda del error, y ambas sendas pueden parecer una misma para las mentes que no son dirigidas por el Espíritu Santo, y que, por lo tanto, no están prestas para discernir la diferencia entre la verdad y el error. . .

"En las visiones de la noche, este asunto me fue presentado claramente delante de un gran número de personas. Uno que tenía autoridad estaba hablando. . . Esta persona que hablaba puso en alto *El Templo Viviente*, diciendo: 'En este libro hay declaraciones que el doctor mismo no comprende. Muchas cosas están declaradas en una forma vaga e indefinida. Se hacen las declaraciones de tal manera que nada es seguro. Y ésta no es la única producción de esta clase que se querrá imponer a la gente. Serán presentadas por muchas opiniones fantásticas. Lo que necesitamos saber en este tiempo es: ¿Cuál es la verdad que nos habilita para obtener la salvación de nuestras almas?'" (E. G. de White, *Carta* 211, 1903).

En otro documento recibido durante esta sesión de la Asociación se presentaba esta solemne orden:

"Después de tomar vuestra posición firme, sabía y cautelosamente, no hagáis una sola concesión en punto alguno acerca del cual Dios no haya hablado claramente. Sed tan serenos como una noche de verano; pero tan firmes como las montañas eternas. Haciendo concesiones, estáis vendiendo toda nuestra causa en las manos del enemigo. La causa de Dios no ha de ser negociada. Debemos ahora afrontar decididamente estos asuntos. Tengo muchas cosas que decir que no he querido expresar en lo pasado, pero ahora es clara mi decisión de hablar y actuar.

"Siento mucho verme obligada a asumir la posición que tomo en favor del pueblo de Dios. Al hacerlo, me veo en la necesidad de llevar la pesada carga de mostrar lo malo que son los planes que sé no han nacido en el cielo. Esta es la carga que muchas veces en lo pasado el Señor me ha impuesto, a fin de que su obra pudiera progresar en las debidas direcciones. ¡Cuánto cuidado y ansiedad, cuánta angustia mental y agotadora labor física podrían haberseme ahorrado en mi vejez! Pero todavía necesito entrar en la batalla y cumplir en la presencia de asambleas importantes el deber que el Señor me ha impuesto: el deber de corregir el curso equivocado de hombres que profesan ser cristianos, pero que están haciendo una obra que tendrá que deshacerse con gran pérdida, tanto de dinero como de la confianza del pueblo" (E. G. de White, *Carta* 216, 1903).

Luz en la encrucijada

A la mañana siguiente estábamos de nuevo reunidos en nuestro concilio. Después de la oración, dije a los hermanos que habíamos recibido dos mensajes muy importantes de la Sra. de White. Esto despertó la atención de todos, y permanecieron sentados en silencio reflexivo mientras leía los documentos.

Sería imposible hallar palabras para reseñar tan clara y vigorosamente como quisiera todos los hechos relativos a la recepción, presentación e influencia de estos testimonios, y otros que se recibieron durante ese concilio. Nunca antes había visto tan señaladas evidencias de la dirección de un Ser omnisciente. Únicamente la mente divina podía haber visto nuestra condición y nuestras necesidades y habernos enviado exactamente la ayuda que necesitábamos precisamente en el momento oportuno. Habíamos llegado a la encrucijada. Era evidente que afrontábamos una completa división de los hombres dirigentes y que pronto las filas de nuestro pueblo tendrían que elegir bandos.

Mientras leía a la asamblea declaración tras declaración que presentaba la falsedad de las enseñanzas contenidas en el libro *El Templo Viviente*, se oían muchos "amenés", y las lágrimas fluían profusamente. Desde esa hora, hubo luz en el concilio y durante todo el día se sintió claramente la presencia de Dios. Cuando hube terminado la lectura, los hermanos empezaron inmediatamente a expresar su gratitud a Dios por esta clara voz que nos había hablado. Tan precisamente señalaban estos mensajes la situación, que todos los que hablaron se vieron obligados a decir que era la voz de Dios que nos amonestaba. Antes que terminara el concilio, el autor del libro declaró que lo retiraría de la venta.

Estos mensajes son de gran bendición

Desearía poder decir verazmente que todos los presentes aceptaron estos poderosos mensajes. En verdad, varios de los que habían sido confundidos volvieron a la luz. Unos pocos mantuvieron sus posiciones opuestas, pero pronto combatieron tan decididamente contra la iglesia que no tuvieron ya influencia para difundir sus enseñanzas.

Fueron una gran bendición estos claros y positivos mensajes relativos a los errores especiosos enseñados en *El Templo Viviente*, errores que unos cuantos de nuestros hermanos habían aceptado en mayor o menor grado. Produjeron unidad y separación; unidad entre los que aceptaban el consejo dado y separación de parte de unos pocos que seguían sosteniendo su posición, aun cuando significaba repudiar el don tan íntimamente relacionado con la iglesia.

Esta narración no quedaría completa si no explicara brevemente por qué esos mensajes llegaron tan precisamente, en el momento culminante de la crisis. El carácter oportuno de su llegada fue tan impresionante que escribí una carta a la Sra. de White diciéndole

que se habían recibido precisamente a tiempo para darnos la luz que necesitábamos. En respuesta a mi carta me escribió con fecha del 1° de noviembre de 1903 explicando por qué los documentos me habían sido enviados apresuradamente y la ocasión particular en que se despacharon. He aquí sus propias palabras:

"Poco antes de enviar yo los testimonios que Ud. dice que llegaron tan a tiempo, había leído un incidente acerca de un barco que en una neblina se encontró con un témpano de hielo. Durante varias noches dormí poco. Parecía agobiada como un carro bajo las gavillas. Una noche se me presentó claramente una escena. Un navío estaba sobre las aguas, en una densa neblina. De repente el vigía gritó: '¡Témpano al frente!' Allí, elevándose muy por encima del barco, había un gigantesco témpano de hielo. Una voz dotada de autoridad exclamó: '¡Afrontadlo!' No hubo un momento de vacilación. Era tiempo de obrar instantáneamente. El maquinista lanzó el barco hacia adelante a todo vapor, y el timonel lo dirigió directamente contra el témpano. Con fragor dio contra el hielo. Hubo un choque terrible, y el témpano se deshizo en muchos pedazos que cayeron sobre el puente con un ruido aterrador. Los pasajeros fueron violentamente sacudidos por la fuerza del choque, pero no se perdieron muchas vidas. El barco quedó perjudicado, pero no en forma irreparable. Rebotó por el impacto; temblaba de proa a popa como un ser viviente. Luego siguió adelante en su viaje.

"Bien conocía yo el significado de esta representación. Tenía mis órdenes. Había oído las palabras, como una voz viviente de nuestro capitán: '¡Afrontadlo!' Sabía cuál era mi deber, y no había un momento que perder. Había llegado la hora de actuar decididamente. Debía obedecer sin dilación la orden: '¡Afrontadlo!'

"Esta es la razón por la cual Ud. recibió los testimonios en ese momento. Esa noche estuve levantada hasta la una, escribiendo tan ligero como podían mis manos pasar por el papel.

"Todos hemos estado en nuestro puesto como centinelas fieles, trabajando desde temprano hasta tarde para enviar al concilio las instrucciones que pensábamos os habrían de ayudar" (E. G. de White, *Carta*, 238, 1903).

Obra eficaz del don

Debe reiterarse el hecho de que la introducción de la controversia acerca del panteísmo en ese concilio sorprendió completamente a los hermanos de Washington, y que no era posible que la Sra. de White pudiera haber sabido esto por fuente humana alguna. El ángel del Señor la instó precisamente en el momento oportuno a escribir y enviar estos mensajes de modo que fueran recibidos en el momento mismo en que se los iba a necesitar.

Advertencia contra el colegio propuesto

También debe mencionarse la parte que desempeñó el espíritu de profecía en la derrota de un movimiento planeado por el mismo grupo de obreros dirigentes que habían defendido tan tenazmente las enseñanzas halladas en *El Templo Viviente*.

A fin de cumplir las instrucciones que habían sido dadas acerca de lo ventajoso que es situar nuestras instituciones educativas en el campo, el gran colegio que había funcionado en Battle Creek había sido trasladado a Berrien Spring, en el mismo estado de Michigan. Los edificios de Battle Creek fueron más tarde adquiridos por los que dirigían el sanatorio. Fueron usados para la facultad de medicina que funcionaba entonces en Battle Creek.

Se estaban trazando entonces planes abarcales para el establecimiento de un gran centro de educación en Battle Creek. Se imprimieron y se hicieron circular ampliamente entre los jóvenes de la denominación algunos atrayentes folletos, para presentarles la gran ventaja que había en educarse en el colegio de Battle Creek que acababa de abrirse de nuevo.

Si esta empresa hubiera tenido el éxito que esperaban sus promotores, la flor de la juventud adventista del séptimo día habría sido atraída a ese gran centro, contrariamente a los claros consejos del espíritu de profecía, que pedían descentralización. En ese colegio, los alumnos habrían sido abiertamente adoctrinados por las sutiles enseñanzas de la "nueva filosofía", que propagaban los dirigentes del personal docente.

Pero el Señor, por su sierva, mandó muy solemnes mensajes contra ese movimiento. Nuestros jóvenes fueron amonestados enfáticamente a no ir a Battle Creek para educarse, porque allí se habría de minar su fe en algunos de los puntos fundamentales de la Palabra de Dios. Estos mensajes publicados en la *Review* fueron aceptados lealmente por casi todo nuestro pueblo, y el colegio propuesto recibió poco apoyo.

Algunos meses más tarde apareció el tomo 8 de *Testimonies for the Church*, y gran parte de las instrucciones que habían sido enviadas a nuestros hermanos dirigentes fueron puestas así a disposición de los miembros de la iglesia en general. Ochenta páginas de ese libro (255-335) se dedican a refutar las opiniones que presentaba el autor de *El Templo Viviente*. Gracias a esta presentación clara y enérgica del "conocimiento esencial" acerca de la personalidad de Dios, la iglesia se halla ahora fortalecida contra la reaparición de tales enseñanzas agradables, pero perniciosas.

Bendiciones del don

Para concluir este relato de incidentes memorables, hecho con el fin de ilustrar a nuestro pueblo acerca de las grandes bendiciones que reporta el don de profecía, citaré de una carta que dirigí a la Sra. de White el 20 de octubre de 1903:

"Estamos en medio de nuestro concilio, y estoy terriblemente apremiado por el trabajo, pero debo dedicar un minuto esta mañana para decirle cuán maravillosa bendición ha sido para nuestro concilio su co-

municación. Nunca fueron más necesarios que en la oportunidad presente los mensajes de Dios; y nunca vinieron más al caso los que Ud. nos envió. Han sido exactamente lo que necesitábamos, y han llegado precisamente en el debido momento de nuestro conflicto. Ud. no podrá nunca saber, a menos que se lo haga saber el Señor mismo, cuán grande bendición ha sido para nosotros su comunicación acerca de *El Templo Viviente*. Llegó exactamente en el momento oportuno. El conflicto era grave, y no sabíamos cómo iban a dar vuelta las cosas. Pero su hermoso, claro e incisivo mensaje llegó y definió la controversia. No diré que todas las partes se pusieron en perfecta armonía, pero dio a los que estaban de parte del buen lado fuerza para resistir y mantener su posición. . .

"Estos mensajes que Ud. está mandando son tan claros, tan al caso, tan aplicables, que todos pueden ver que Dios ha revelado claramente la situación a su mente. En el corazón de nuestros obreros se está estableciendo gran confianza en el espíritu de profecía. Esto es verdad no sólo en nuestros ministros, sino en todo nuestro pueblo. Desde el día que empezamos a salir de Battle Creek, la confianza y la seguridad en el espíritu de profecía empezaron a entrar en esta denominación. Creo que Dios está haciendo preparativos para una gran obra, y creo que en la lucha final las grandes masas de esta denominación estarán de su lado y andarán en la luz que Dios les da por su intermedio".

La mensajera de Dios a quien fueron dirigidas estas palabras descansa. Parece ser la voluntad de Dios que yo también vaya a descansar antes que termine la obra. Sin embargo, los mensajes dados para guiar al pueblo de Dios siguen viviendo, y tengo aun la firme convicción de que en "la lucha final", el pueblo de Dios necesitará como nunca antes andar en la luz que ha sido dada para dirigirlo en todo el camino hasta la ciudad de Dios.

CAPITULO 31

LA MUDANZA PROVIDENCIAL A WASHINGTON

EL MOVIMIENTO adventista del séptimo día, que tiene ahora alcance mundial, comenzó en la Nueva Inglaterra. Allí se ganaron los primeros creyentes. En Middletown, Connecticut, en 1849, se publicó un pequeño periódico, *The Present Truth*, que señaló los comienzos de nuestras labores editoriales. Será de provecho e interés recorrer desde este punto todos los diferentes centros adonde se trasladó nuestra obra.

Durante tres años, los primeros obreros no tuvieron imprenta propia. El pastor Jaime White y su esposa fueron dirigidos por la providencia de Dios a diversos lugares donde reinaban condiciones favorables para su obra como dirigentes, especialmente para la publicación de su periódico. Después de los muy modestos comienzos hechos en Middletown, Connecticut, realizaron su obra en Oswego, estado de Nueva York, luego en París, estado de Maine, y más tarde en Saratoga Springs, estado de Nueva York. Durante este período preparaban los originales, y luego pagaban a las imprentas de los diferentes diarios para publicarlos.

En abril de 1852 la obra fue trasladada a Rochester, Nueva York. Compraron una pequeña prensa, como también tipos y otro equipo de imprenta, y durante dos años trabajaron en casas alquiladas. En ese tiempo, había pocos adventistas observadores del sábado en el este de los Estados Unidos. La causa tenía mayor éxito en regiones situadas más al oeste. Se formaron varios

grupos en el estado de Michigan. Esos nuevos conversos eran leales y fervientes. Invitaron cordialmente a los dirigentes a ir a Michigan e hicieron generosos ofrecimientos para permitirles establecer su imprenta en una escala mayor. Esto condujo al establecimiento de la sede de nuestra obra en Battle Creek, estado de Michigan, en noviembre de 1855.

Este traslado a Michigan infundió pesar a los corazones de los creyentes de Nueva York y de Nueva Inglaterra. El pastor Jaime White y su esposa, José Bates, Urías Smith, Samuel Rhodes, y otros que les habían comunicado el mensaje y a quienes habían aprendido a amar, se habían ido a lo que se conocía entonces como "el Oeste". Les parecía que los habían abandonado. Después de haberse establecido en Battle Creek, la Sra. de White recibió un mensaje para esos creyentes chasqueados y pesarosos. No sólo les aseguraba que Dios había dirigido el traslado, sino que les explicaba por qué favorecía los mejores intereses de la obra. Ciertas partes de este mensaje harán resaltar algunas de estas razones:

"Estimados hermanos: El Señor me ha mostrado en visión algunas cosas respecto al Este y al Oeste, y es mi deber presentaroslas. Vi que Dios ha estado abriendo el camino para la distribución de la verdad para este tiempo en el Oeste. Se requiere mucho más poder para conmover a la gente en el Este que en el Oeste. . .

"La gente del Este ha oído la proclamación de la segunda venida de Cristo, ha visto muchas manifestaciones del poder de Dios, y ha caído en un estado de indiferencia y seguridad, en el cual es casi imposible alcanzarla actualmente. . .

"Vi que los habitantes del Oeste pueden ser movidos con mayor facilidad que los del Este. No han tenido la luz de la verdad, y no la han rechazado, y su corazón es más tierno y susceptible a la verdad y al Espíritu de Dios. . .

"Vi que se ha realizado diez veces más en el Oeste que en el Este con el mismo esfuerzo, y que se está preparando el camino para un éxito mayor" (*Testimonies for the Church*, tomo 1, págs. 146, 47).

La dirección definida del Señor por el don de profecía, en relación con el establecimiento de la obra en Battle Creek, debe apreciarse plenamente. La ubicación de la sede central es un factor muy importante del éxito de un movimiento. El Señor no dejó esta cuestión muy importante al juicio finito de los hombres, sin ninguna ayuda, y sujeta a su limitada visión y posibles prejuicios regionales. Dio instrucciones positivas y definidas.

"La carga de la obra está en el Oeste —se les dijo—, y es de la mayor importancia que los hombres, siervos de Dios, avancen donde su providencia les abra el camino" (*Id.*, pág. 149).

En armonía con lo bosquejado en este mensaje, nuestra obra pareció cobrar alas en sus avances desde el tiempo en que la sede fue establecida en Battle Creek. Avanzó hacia el Oeste, siempre más lejos, cruzando ríos, llanuras y montañas, hasta que llegó a la costa del Pacífico. Los creyentes aumentaron en número mucho más de lo que jamás se había experimentado en el Este. Tan grande había sido el desarrollo de la obra en el Oeste que una tercera parte de nuestros creyentes de los Estados Unidos y el Canadá se hallaban al oeste de las Montañas Rocosas. Precisamente como lo predicaba el mensaje, la obra creció rápidamente, y se desarrolló con fortaleza por todos los estados occidentales.

Se indica otra vez el regreso al Este

Pero hay otra notable declaración en este mismo mensaje, que señalaba las razones evidentes del traslado hacia el Oeste en 1855. Esta declaración era una predicción, y por lo tanto debe ser considerada cuando se prueba la veracidad de tales predicciones.

Dice inmediatamente después de la última declaración citada:

"Vi que cuando el *mensaje aumente grandemente en poder*, entonces la providencia de Dios abrirá y preparará el camino en el Este para que se realice mucho más de lo que puede hacerse actualmente" (*Id.*, pág. 149). (La cursiva no está en el original).

Estas palabras consolaron grandemente a los hermanos del Este. Durante los pocos años que precedieron al traslado a Michigan, habían visto al centro de la obra mudarse unas cuantas veces; y, en su visión limitada pensaban que transcurriría un corto tiempo antes del regreso prometido.

Pero transcurrió casi medio siglo sin indicación de un regreso al Este, como el indicado por el mensaje dado por la Sra. de White en 1856. Durante ese tiempo, no solamente había habido notable crecimiento de la obra, especialmente en el Oeste, sino que se habían edificado grandes instituciones en Battle Creek. Además de la sede de la Asociación General, había una gran imprenta, un sanatorio gigante, y un colegio excelente. Más de dos mil observadores del sábado asistían a los cultos del sábado en el gran tabernáculo.

Tal era la situación en 1903, cuando en ocasión del congreso de la Asociación General celebrado en Oakland, unos cuantos de los hermanos se quedaron tan impresionados por los consejos que habían provenido de la Sra. de White acerca de nuestro deber de salir de Battle Creek, que presentaron la siguiente moción a la consideración del congreso:

"Que la sede de la Asociación General sea trasladada de Battle Creek, Michigan, a algún lugar favorable para nuestra obra en la costa del Atlántico".

Después de cierta discusión, y antes que se tomara un acuerdo final, se le preguntó públicamente a la Sra. de White cuál era su consejo respecto a un traslado tan serio. Se le hizo la siguiente declaración:

"Nos ha parecido, por lo que ha ocurrido durante los últimos años y por los consejos que Ud. ha dado, que ha llegado el momento de trasladarnos de aquel lugar. Pero no queremos hacer eso a menos que sea correcto, y nos ha parecido que convenía presentarle el asunto, y recibir cualquier consejo y luz que Ud. pueda darnos" (*General Conference Bulletin*, tomo 5, N° 6).

Se recibe un consejo positivo

En lenguaje categórico, la Sra. de White habló en respuesta a esta pregunta. Se refirió al creciente incendio de la casa editorial *Review and Herald*, y dijo:

"Lo peor que podría hacerse ahora sería reedificar de nuevo la oficina de la *Review* en Battle Creek" (*Ibid.*).

No fue menos específica en cuanto a la sede de la Asociación General. Dijo:

"En respuesta a la pregunta que se me ha hecho acerca de establecerse en otra parte, respondo: Trasláden de Battle Creek las oficinas de la Asociación General y de la obra de publicación" (*Ibid.*).

La decisión de abandonar Battle Creek fue una gran sorpresa y una ofensa para muchos residentes de la ciudad, especialmente para algunos de los que poseían casas propias allí. Había quienes alquilaban piezas a los empleados del sanatorio y de la casa editora, o a los maestros y alumnos del colegio, y en gran parte dependían para su sustento del alquiler que recibían. Los dueños de propiedades se quedaron especialmente perturbados frente a la perspectiva de las pérdidas financieras. Algunos de ellos empezaron una campaña de oposición activa. Declararon que la propuesta era insensata y expresaron abiertamente su incredulidad de que fuese el Señor el que pedía ese traslado.

Se recibieron muchas comunicaciones de la Sra. de White después del congreso, estimulándonos a hacer

el traslado tan prestamente como fuese posible. Los que reconocían la fuente divina de los mensajes los aceptaban a pesar de la perspectiva adversa, e hicieron todo lo que podían para inducir a los demás a tener confianza en ellos. Se celebraron reuniones en el Tabernáculo de Battle Creek, y aunque no se pudo obtener un acuerdo unánime, la mayoría votó que se siguiese el consejo recibido por intermedio de la Sra. de White.

Se nombró una comisión para buscar un sitio adecuado en el Este. Le escribimos a la Sra. de White acerca de este acuerdo y le preguntamos si ella podía darnos instrucción específica en cuanto al lugar exacto adonde debíamos ir. A esto contestó que no le había sido mostrada la localidad, pero hizo referencia especial a nuestro deber de trabajar en las grandes ciudades del Este.

Todos habíamos pensado en la ciudad de Nueva York como el lugar que podría ser más adecuado; porque era el puerto desde el cual enviábamos a casi todos nuestros misioneros entonces. Así que iniciamos nuestra búsqueda, y pasamos varias semanas examinando diversas propiedades que se nos indicaron. Pero no hallamos nada que pareciera satisfactorio.

La atención se concentra en Washington

Un día, unos cuantos de nosotros, cansados y casi desalentados, llegamos a la oficina de la sucursal de la Pacific Press, en la ciudad de Nueva York. Allí encontramos una carta de la Sra. de White, dirigida a la junta directiva de la Asociación General, con fecha 20 de mayo de 1903, en la cual decía:

"Acercas del establecimiento de la institución en Nueva York, debo decir: Tened cuidado. No estoy a favor de que esté cerca de Nueva York. No puedo dar todas mis razones, pero estoy segura de que cualquier lugar que esté a menos de cincuenta kilómetros de

aquella ciudad estaría demasiado cerca. Estudiad los alrededores de otras ciudades. Estoy segura de que deben investigarse detenidamente las ventajas de Washington, D. C." (E. G. de White, *Carta* 106, 1903).

Hasta entonces no habíamos pensado en las ventajas de Washington, D. C. Muchos de los hermanos que formaban la comisión pensaban que sería un grave error situarse tan lejos de Nueva York. El pastor H. W. Cottrel y yo dijimos: "Se nos ha aconsejado que investiguemos, e iremos a Washington, D. C., y veremos lo que podemos hallar".

La sede en la capital nacional

A la mañana siguiente tomamos el tren para ir a la capital de la nación. Recorrimos detenidamente el distrito federal, anduvimos muchos kilómetros de un lugar a otro. Los hermanos que vivían en la ciudad nos prestaron valiosa ayuda en la búsqueda de sitios adecuados. Averiguamos los precios del terreno en diferentes barrios, pero sin hallar nada realmente satisfactorio. Finalmente fijamos una fecha para terminar nuestras averiguaciones, pero, al llegar a esa fecha sentimos profundamente que debíamos continuar nuestra búsqueda. Estábamos un tanto desilusionados.

Sin embargo, poco tiempo después, nos impresionó muy favorablemente el pueblo suburbano de Takoma Park, a unos once kilómetros del corazón de la ciudad de Washington. A un kilómetro y medio, hallamos un terreno satisfactorio de unas veinte hectáreas, que se podía obtener a un precio muy bajo. También hallamos unas dos hectáreas en el pueblo mismo que se podían comprar para la oficina de la Asociación General, la Review and Herald y casas para nuestros hermanos.

Mientras estábamos aún allí, recibimos un mensaje de la Sra. de White que hablaba más favorable y definitivamente de Washington, y nos animaba a ha-

cer una búsqueda diligente. El pastor Cottrell y yo nos habíamos convencido de que la capital de la nación poseía verdaderamente ventajas importantes como sede de nuestra obra.

En respuesta a esta carta, escribimos a la Sra. de White de nuestra búsqueda y lo que habíamos hallado, y también de nuestras impresiones favorables. Luego volvimos a nuestras casas. Pronto llegó de su parte un mensaje positivo que decía:

"Por la luz que me ha sido dada, yo sé que, por el momento, la sede de la *Review and Herald* debe estar cerca de Washington" (E. G. de White, *carta* 120, 1903).

Algunos días más tarde se recibió otra carta que decía:

"El Señor me ha revelado decididamente este asunto. La obra de publicación que se ha realizado en Battle Creek debe por el momento realizarse cerca de Washington. Si después de un tiempo el Señor dice: Trasladaos a Washington, deberemos trasladarnos. Somos en esta tierra peregrinos y advenedizos que buscamos una patria mejor, a saber, la celestial. Cuando el Señor nos dice que nos traslademos, debemos obedecer, por inconveniente e inconsecuente que nos parezca una orden tal" (E. G. de White, *Carta* 140, 1903).

Nadie, sino los que pasaron por este trance pueden apreciar el alivio que infundieron esas palabras de certidumbre. Se convocó una comisión grande en Washington, y sus miembros examinaron con más cuidado el lugar. La inspección, la oración y el consejo del espíritu de profecía nos convencieron de que habíamos llegado al lugar apropiado. Se hizo la decisión de comprar el terreno de veinte hectáreas, y se cerró el trato.

Traslado memorable y resultados maravillosos

Pronto emprendimos la tarea difícil de trasladar las oficinas de la Asociación General a Washington. Decidimos llevar bastante tipos y equipo de la oficina e

imprimir las revistas *Review and Herald* y *Youth's Instructors*. En cuanto a esto encontramos muy resuelta oposición de unos pocos accionistas de la Asociación *Review and Herald*. Prohibieron que se sacara el material de imprenta y amenazaron con procesos judiciales. Exigieron una cantidad de dinero que nos parecía injusta y que nos iba a privar completamente del poco dinero que teníamos en la tesorería. Pero ellos no quisieron ceder, y finalmente, con corazón apesadumbrado pagamos el precio.

Esto nos privó de tal manera de fondos que me resultó necesario asistir a un congreso o dos en mi viaje a Washington, a fin de solicitar donaciones o pedir prestado el dinero que íbamos a necesitar para pagar los gastos de flete y otras cosas que iba a ocasionar nuestro traslado a la nueva sede.

La llegada de nuestro personal a Washington el 10 de agosto de 1903 fue un acontecimiento inolvidable. Eramos como una docena de personas en una ciudad extraña, con muy poco dinero, y sin edificio ni equipos con que dirigir la obra mundial que funcionaba entonces y que había de ampliarse grandemente. Alquilamos una gran residencia en el número 222 de la calle North Capitol, en el noroeste de Washington. La imprenta se situó en el comedor y la cocina, y los otros departamentos en las distintas piezas del edificio.

Bajo la dirección del profesor W. W. Prescott, la *Review and Herald* salió de nuestro nuevo establecimiento sin haber perdido un solo número. El último número que salió de la imprenta de Battle Creek se imprimió el martes 11 de agosto, y el número siguiente se imprimió en Washington el jueves de la semana siguiente. Lo mismo sucedió con el *Youth's Instructor*. Lo primero que supieron muchos de nuestros hermanos acerca del acuerdo final fue mediante estos dos ejemplares de la *Review* que relataban nuestro traslado.

Continúa evidencia de la dirección divina

Un resultado notable e inesperado acompañó a este traslado de nuestra sede. Durante casi cincuenta años, Battle Creek había sido el centro hacia el cual se habían vuelto los ojos, y al cual había llegado un gran volumen de correspondencia de todas partes del mundo, y hacia el cual los raudales de dinero de la obra general habían acudido de miles de fuentes. Era tan solo natural que se manifestase mayor o menor descontento a través del campo; podía esperarse una considerable confusión en la correspondencia, y demora en la tarea de desviar las corrientes de sostén financiero hacia la nueva sede. Pero nada de eso se produjo. Apenas si llegó una queja hasta nosotros. De todas partes del mundo el cambio fue saludado con profunda satisfacción. Parecía como que una poderosa mano guiara la gran corriente de correspondencia y dinero hacia Washington. Apenas si algunos giros destinados a la Asociación General o a la Review and Herald se vieron demorados por haber ido a Battle Creek. Para nuestra sorpresa y gozo, pronto todo anduvo como si hubiésemos estado en Washington todos los años de nuestra historia.

La sede de nuestra obra mundial se trasladó al Este en 1903. ¿Qué hemos experimentado? Hemos tenido la constante evidencia de que era por cierto la providencia de Dios la que nos condujo a Washington. Muy poco después que nos establecimos en la capital de la nación, apareció en el diario *Washington Post* un informe de un proyecto de ley dominical que había sido presentado en el Congreso el día anterior. Empezamos inmediatamente a trabajar, y mandamos mensajes a nuestros hermanos de todos los Estados Unidos. En poco tiempo empezaron a llegar protestas de todas partes del país. El proyecto de ley fue derrotado. Casi cada año desde aquel entonces se ha presentado algún proyecto de ley dominical, pero hasta ahora ninguno ha sido acor-

dado por el Congreso. Hemos podido llegar a conocer a muchos diputados y senadores. Hemos tenido a varios de ellos en nuestro sanatorio. Han llegado a conocernos personalmente, y a comprender nuestra posición acerca de la relación que debe sostener la iglesia con el estado. Por lo tanto, muchos de ellos nos acompañan en nuestra oposición a las leyes dominicales.

Ventajas de nuestra situación

Cuando los Estados Unidos entraron en la guerra mundial [la primera, en 1917], nuestra posición de no combatientes nos puso en conflicto con las autoridades militares. Arrostramos grandes perplejidades, y llegó a ser necesario apelar a las autoridades civiles. Encontramos que nuestra presencia en la capital de la nación era de valor inestimable para nuestra obra. Hombres encumbrados nos prestaron atención, e hicieron decisiones favorables, y todo lo posible para protegernos y aliviarnos. No podemos imaginarnos lo que habría sido nuestra suerte si no hubiésemos tenido fácil acceso a esos hombres de gran autoridad.

En años posteriores hemos estado enviando misioneros a los países extranjeros en número siempre creciente. Nuestra capital de los Estados Unidos proporciona notables ventajas en todo lo referente a los pasaportes y nos da libre acceso a las embajadas y los consulados que representan a todos los países, cuando surgen problemas con ellos. El Congreso Nacional sesiona en Washington, donde nuestros representantes pueden comparecer delante de las comisiones y aun delante del presidente, y presentar petitorios respecto de asuntos legislativos que afectan a nuestra obra. Nuestra correspondencia sale de una capital nacional bien conocida en todo el mundo. Todas estas ventajas nos aseguran continuamente que fue sabia la visión de establecer nuestra sede en Washington.

Como se ha declarado, estábamos en una condición financiera tan desesperada cuando nos trasladamos a Washington, que tuvimos que pedir dinero prestado hasta para pagar nuestros gastos de mudanza.

Iniciamos nuestro trabajo de imprenta en el comedor y la cocina de una residencia. Allí se componía la *Review and Herald*, y el *Youth's Instructor*, se hacían las formas, y se llevaban en un carrito hasta la imprenta para su impresión y posterior doblado. No teníamos oficinas para el personal de la Asociación General, ni colegio, ni sanatorio.

¡Qué obra verdaderamente maravillosa se ha realizado en este nuevo sitio! Por primera vez en nuestra historia hubo un edificio para las oficinas de la Asociación General y su personal de ayudantes, y se lo erigió en Takoma Park. Desde que vinimos a Washington, el conjunto de diez personas ha llegado a ser más de cien solamente en esas oficinas.

Beneficios de la dirección profética

Las oficinas de la *Review and Herald*, que al principio ocupaban un comedor y una cocina, han llegado a ser una gran institución que cuenta con un vasto edificio propio, bien equipado de maquinarias, que imprime un volumen de trabajo mayor para la denominación que cuanto se realizó mientras se hallaba en Battle Creek. Durante años, esta institución ha donado decenas de millares de dólares a nuestras empresas misioneras. Los edificios de la Asociación General y de la *Review and Herald* se hallan situados en el pueblo de Takoma Park. Más afuera, en un terreno de veinte hectáreas, comprado en 1903, se hallan el Sanatorio de Washington y el Colegio Misionero de Washington.

El Señor ha puesto ciertamente el sello de su aprobación sobre el traslado de Battle Creek a Washington. El poco espacio no nos permite relatar en toda su plenitud y significado las bendiciones que hemos recibido

al establecernos en la capital de la nación. El Señor previó las cosas que iban a surgir; previó que nuestras actividades misioneras se extenderían a todos los países; previó las ventajas que tendríamos al estar situados en la capital, y nos condujo allí. Esto lo reconocemos ahora. Aun muchos de los que al principio no estaban de acuerdo con la propuesta, reconocen hoy que la mano del Señor estaba verdaderamente en ella.

Pero, ¿qué fue lo que nos indujo a decidir este traslado e intentar esta tarea gigantesca? La respuesta debe ser: El mensaje del espíritu de profecía. ¿Cómo llegamos a instalarnos en Washington, D. C.? Por la convicción de que los mensajes que se nos daban por el espíritu de profecía eran de Dios. ¿Ha sido, pues, valioso este don para este pueblo y para esta causa? Por cierto que sí. En verdad, ha sido de mayor valor, en muchas maneras, de lo que podemos comprender plenamente. Estas medidas providenciales deben inducirnos a tener este don precioso del espíritu de profecía en la alta estima y el sincero aprecio que merece.

que deseaban prepararse como médicos cristianos en la obra de nuestra denominación.

Más tarde se hicieron arreglos favorables con la facultad de medicina de la Universidad Jorge Washington, en Washington, D. C. Las autoridades de la universidad muy bondadosamente convinieron en no exigir actividades en sábado a nuestros estudiantes, concederles un descuento importante en los precios de la enseñanza, juntamente con otros favores. Hubo un momento en que quince de nuestros jóvenes asistían a esa universidad.

Pero no transcurrió mucho tiempo antes de que fueran cambiados los encargados de la facultad de medicina de la universidad, y algunos de estos privilegios nos fueron retirados. Se fue haciendo cada vez más difícil observar el sábado mientras se seguía el curso en la universidad, y finalmente llegó a ser imposible.

Estas cosas nos hicieron comprender más plenamente la necesidad de una facultad de medicina propia. Pero no podíamos ver cómo se habría de intentar una empresa que requería tanto capital. Estábamos iniciando el mayor programa misionero que hubiésemos intentado jamás. Estábamos penetrando en el corazón de grandes territorios como Sudamérica y Africa, y en las islas de Oceanía. Estábamos apremiando a nuestros hermanos a dar todo dólar que pudieran dar, y estábamos empleando casi todo el dinero que se conseguía a medida que llegaba. No teníamos capital en reserva. ¿Cómo podríamos financiar el establecimiento y el sostenimiento de una facultad de medicina?

Es evidente la necesidad de una facultad de medicina

En julio de 1909, los pastores E. E. Andross, J. A. Burden y R. S. Owen se presentaron ante la junta de la Asociación General en Takoma Park, como representantes del Colegio de Evangelistas de Loma Linda, para pedir consejo acerca de su futuro. Señala-

CAPITULO 32

NUESTRA FACULTAD DE MEDICINA DE LOMA LINDA

EN UN capítulo anterior pudimos notar cómo el espíritu de profecía destacó la creciente importancia de la obra misionera médica en la evangelización. Al principio, cuando teníamos pocos sanatorios, la obra organizada de las asociaciones exigía pocos médicos. Pero en años ulteriores, a medida que los sanatorios se empezaron a multiplicar y tuvimos una visión más amplia de la obra, un número siempre creciente de jóvenes y señoritas deseaba seguir la carrera de medicina, no solamente con el fin de ocupar puestos en nuestras instituciones médicas, sino también para dedicarse al ejercicio particular de la medicina. Otros deseaban seguir un curso médico a fin de emplear su talento en la obra misionera en los países extranjeros.

Hacia 1890, un grupo de tales jóvenes fue animado a asistir a la facultad de medicina de la Universidad de Michigan, en Ann Arbor. Pero no tardaron en ponerse de manifiesto las ventajas que implicaría el que los jóvenes estudiantes de medicina se preparasen en una facultad dirigida por profesores cristianos. Durante varios años los estudiantes de medicina adventistas pudieron terminar su curso en el Colegio Médico Misionero de Battle Creek. Pero después de un tiempo esta institución cerró sus puertas, y volvimos a vernos muy perplejos por dar consejos a los

laron que habían llegado unos cuantos mensajes de la Sra. de White acerca de la educación que debía darse en ese lugar, algunos de los cuales indicaban que debían prepararse allí enfermeros y médicos.

Ya el 10 de diciembre de 1905, en una carta de consejo dirigida al gerente de Loma Linda, ella decía:

"Acerca de la facultad, quisiera decir: Haced de ella todo lo que os sea posible para la educación de enfermeros y médicos".

Luego, con fecha 19 de agosto de 1906, escribió acerca de Loma Linda:

"Ha de hacerse allí una obra especial en la preparación de jóvenes, hombres y mujeres, para que sean eficientes obreros misioneros médicos. . .

"Deben hacerse preparativos para que la facultad se abra tan pronto como sea posible. Nuestros jóvenes de ambos sexos han de hallar en Loma Linda una facultad donde puedan recibir una preparación misionera médica, donde no estén bajo la influencia de quienes procuren minar la verdad" (E. G. de White, *Carta* 274, 1906).

En la *Review* del 21 de junio de 1906, la Sra. de White escribió:

"Loma Linda ha de ser no solamente un sanatorio, sino un centro de educación. La posesión de este lugar implica la pesada responsabilidad de hacer que la obra de la institución sea de carácter educativo. Se ha de establecer allí una facultad de evangelistas misioneros médicos".

En un discurso dado en Loma Linda, el 30 de octubre de 1907, la Sra. de White dijo:

"Aquí han de prepararse médicos. Aquí han de recibir un molde tal que cuando salgan a trabajar, no busquen obtener los más altos emolumentos, de lo contrario no harán nada" (E. G. de White, MS 151, 1907).

Se nombró una comisión de doce personas para estudiar la cuestión y presentar un informe a la junta de la Asociación General. El 25 de julio esa comisión

entregó su informe, y recomendó el reconocimiento del Colegio de Evangelistas de Loma Linda "como una facultad especial para la preparación de obreros misioneros médicos para el campo mundial, y que lo estimulemos a mantener y fortalecer sus esfuerzos para proveer un curso de estudios destinado a preparar obreros que combinen las condiciones del enfermero bien preparado con las del evangelista práctico".

Desalentados por la Asociación Médica Americana

Como paso preliminar para la consideración del "plan sugerido de aumentar el personal y equipo en lo que fuese necesario para poder dar uno o dos años más de medicina que fuesen reconocidos por una facultad de medicina como parte de un curso de medicina regular", procuramos obtener información definida acerca de tres puntos: (1) los cambios que entrañaba la adaptación necesaria de su curso, (2) los requerimientos de las universidades que quisieran incorporarnos sobre esta base; (3) el desembolso financiero que eso representaría. En una reunión celebrada en College View, en octubre de 1909, se volvió a considerar el porvenir de la facultad y se tomó el siguiente acuerdo:

"Acordado, que recomendemos al director del Colegio de Evangelistas de Loma Linda que obtenga una renovación de la incorporación de la facultad, para que pueda desarrollarse según lo indique la providencia y la instrucción del Espíritu de Dios" (*General Conference Committee Minutes*, 13 de oct. de 1909).

Debido a la importancia de lo emprendido en Loma Linda, fue votado por la junta directiva de la Asociación General que el profesor Homer Salisbury, entonces director de educación de la Asociación General, fuese conmigo a unirse con los hermanos de Loma Linda para tratar las condiciones de la incorporación. Mientras pasábamos por Chicago, nos detuvimos para consultar al Dr. Colwell, secretario de la Asociación Médica Americana. Necesitábamos tener la aprobación

de esa organización para nuestra facultad de medicina. Cuando presentamos nuestros planes al Dr. Colwell, nos dijo con mucha franqueza, aunque bondadosamente, que nunca tendríamos éxito. Nos recordó que se requeriría una muy grande suma de dinero para la edificación y el equipo de una institución tal. Además, puso en duda nuestra capacidad para reunir un cuerpo docente como el que se iba a requerir.

Explicó que en ese mismo momento la Asociación Médica Americana estaba empeñada en eliminar todas las facultades de medicina de la categoría C, y que estaban presionando a las facultades de la categoría B. "Nuestro plan —nos dijo—, es conservar solamente la categoría A". Estaba seguro de que no podíamos establecer algo que fuese superior a una facultad de la categoría C y nos aconsejó que no prosiguiéramos con la empresa.

No obstante esa perspectiva desalentadora, seguimos viaje a California, y colaboramos con nuestros hermanos en preparar las condiciones de la incorporación para tener una facultad donde se diplomaran médicos.

Quedaba todavía cierta diferencia de opinión en cuanto al significado real de ciertas comunicaciones que habían llegado de la Sra. de White. A fin de que pudiesen tener de ella una declaración específica e inequívoca, los delegados, en una reunión de la unión, celebrada en Mountain View, California, del 24 al 30 de enero de 1910, solicitaron su consejo al respecto. Se escribió una carta que contenía la siguiente pregunta:

"¿Debemos comprender por lo que Ud. ha escrito acerca del establecimiento de una facultad de medicina en Loma Linda que, según la instrucción que Ud. ha recibido del Señor, tenemos que establecer una facultad cabalmente equipada, cuyos graduados puedan pasar los exámenes de la mesa examinadora del estado, y llegar a ser médicos diplomados?" (Citado en *Pacific Union Recorder*, 3 de febrero de 1910).

Se recibió una respuesta pronto y tan específica como la pregunta:

"La instrucción que me ha sido dada es: Debemos proveer aquello que es esencial para preparar a nuestros jóvenes que desean ser médicos, a fin de que puedan estar preparados debidamente para poder pasar los exámenes requeridos para demostrar su eficiencia como médicos. Se les debe enseñar a tratar debidamente a los enfermos, de manera que sea imposible que cualquier médico sensato imagine que no damos en nuestra facultad la instrucción necesaria para preparar debidamente como médicos a nuestros jóvenes de ambos sexos. . . Debemos dar cualquier cosa que se requiera para la preparación especial de nuestros jóvenes que estén decididos a adquirir una preparación médica que los habilite para pasar los exámenes que requiere la ley a todos los que se proponen ejercer regularmente la profesión" (*Ibid.*).

Algunas semanas más tarde, en una reunión de la junta de la Asociación General, estaban presentes los representantes de la costa del Pacífico, y nos leyeron este testimonio claro que pedía el funcionamiento de una facultad de medicina que satisficiera los requerimientos de las autoridades para la preparación de los médicos.

Se siguen los consejos del Espíritu

También nos trajeron recomendaciones de la Unión del Pacífico, que bosquejaban un plan para el establecimiento de una facultad de medicina sobre una base amplia y firme. Estas incluían una petición de que la Asociación General participase con seis uniones y una asociación local en la recolección de los fondos para su establecimiento.

Como ilustración de la influencia definida del consejo de la Sra. de White en este acuerdo oficial, la Asociación dictó textualmente la primera parte del

acuerdo de la Unión del Pacífico según se registra en el *Recorder*:

"Recomendamos que (1) en armonía con las instrucciones dadas, favorezcamos el establecimiento y mantenimiento de una facultad de medicina en Loma Linda, California.

"(2) A fin de que esta facultad de medicina pueda llenar el propósito de Dios que le ha sido señalado por el espíritu de profecía", etc.

Arrostrábamos una perspectiva abrumadora. Afortunadamente para nuestra tranquilidad, pudimos en aquel tiempo prever una parte muy pequeña de las exigencias financieras que íbamos a tener que soportar a través de los años antes de que la empresa llegara a su madurez.

Creíamos sin embargo, que el Señor nos había hablado. Los incidentes del pasado, algunos de los cuales han sido relatados aquí, habían contribuido a enseñarnos la lección de que no puede haber fracaso cuando se sigue el consejo de Dios. Comprendiendo plenamente que estábamos iniciando una empresa que superaba por mucho nuestra capacidad, votamos el 13 de abril de 1910:

"1. Que la Asociación General ayude a la Unión del Pacífico a establecer una facultad de medicina en Loma Linda, California.

"2. Que autoricemos a los administradores de la Asociación General a conceder 1.000 dólares o cualquier fracción de ellos, para dicho plan, durante el año 1910".

Lo ya alcanzado justifica los consejos

La primera subvención concedida por la Asociación General no alcanzó para mucho. Recibimos durante los meses y años que siguieron frecuentes pedidos de recursos y en cantidades siempre mayores. A veces parecía que debíamos abandonar la empresa. Pero siem-

pre, en nuestra gran necesidad, el Señor proveyó lo que necesitábamos, a veces de manera inesperada. Después de satisfacer la demanda de internados y edificios para las aulas, se necesitó un laboratorio para poder cumplir con lo que exigía el programa en los años finales del curso de medicina. Se necesitaban muchas otras cosas, y en vista del consejo desalentador que nos había dado el secretario de la Asociación Médica Americana, fue natural que no se sintiese predispuesto en su favor cuando llegó el momento en que él debía examinar el trabajo hecho por la facultad, la competencia de su cuerpo docente y la idoneidad de su equipo. Pero expresó gran sorpresa y satisfacción por el trabajo que estábamos haciendo y nos animó a seguir adelante. Este hombre llegó a ser un verdadero amigo nuestro, y más tarde nos ayudó a elevar la facultad a la categoría A.

Esta facultad de medicina, con su división de Loma Linda, donde se enseñan los primeros dos años de medicina, y su división de Los Angeles, con su gran hospital, es hoy una de las mayores facultades de medicina que hay en el oeste de las Montañas Rocosas.

En el vestíbulo del hospital White Memorial, en la ciudad de Los Angeles, hay una placa de bronce que lleva esta inscripción:

ESTE HOSPITAL

se dedica a la memoria de

ELENA GOULD DE WHITE

cuya larga vida se dedicó abnegadamente al alivio de los males y pesares de los enfermos, dolientes y menesterosos, y alentó a jóvenes de ambos sexos a consagrar su vida a la obra de Aquel que dijo:

"Sanad enfermos"

Este tributo a la Sra. de White nos recuerda muy apropiadamente que, de no haber sido por los mensajes urgentes del espíritu de profecía recibidos por su medio, esta facultad de medicina no existiría hoy. Es

cierto que ha habido subvenciones y donativos generosos. Pero éstos se han debido mayormente a la confianza que los donantes tenían en el mensaje que ella dio. El servicio leal y sin reservas de talentosos médicos y cirujanos que forman su cuerpo docente ha sido indispensable. Pero en la mayoría de los casos, este servicio ha sido prestado como expresión de fe en el programa pedido por el don de profecía en la iglesia remanente. Inspirados por la misma fe, centenares de jóvenes, hombres y mujeres, han pasado por sus puertas y han salido para ocupar su lugar en el campo misionero. Buen número de ellos se halla en el servicio del Maestro, no sólo en los Estados Unidos, sino en países extranjeros.

Datos informativos concernientes a los cursos dictados en 1977 en la facultad de medicina que funciona en dos secciones ubicadas en Loma Linda y Los Angeles (California)

Medicina:

Había 589 estudiantes pertenecientes a 3º y 4º años, que cursaban sus estudios en Los Angeles, y de 1º y 2º años que estudiaban en Loma Linda.

Odontología:

Había 333 estudiantes. Estudiaban en Loma Linda.

Cursos Técnicos:

En tecnología médica, radiología, higiene dental, terapéutica, laborterapia, fisioterapia había 4.100 estudiantes matriculados.

Se graduaron en la universidad, en 1977, 1267 alumnos. Hasta esa fecha, el total de estudiantes que obtuvieron su título fue de 21.000

Las universidades británicas se abren a nuestros estudiantes

Muchos de los estudiantes que han terminado el curso en nuestra facultad de medicina han pasado, en forma sobresaliente los exámenes de las mesas exami-

nadoras nacionales y del estado. Al principio de la historia de la facultad, un graduado que había venido de Sud Africa fue a una universidad británica, y representó tan dignamente el carácter de la instrucción recibida en Loma Linda que las puertas de ésta y de otras universidades británicas quedaron abiertas para que nuestros estudiantes pudiesen perfeccionarse allí. Con los diplomas de esas facultades de medicina pueden entrar en cualquier parte del vasto imperio británico y ser reconocidos allí.

A principios de 1932, el decano de la universidad de Edimburgo visitó e inspeccionó nuestra facultad de medicina. Después que hubo examinado su equipo y funcionamiento, dio un buen testimonio en favor de la institución en un banquete que se le ofreció en Los Angeles. Dijo a los médicos y cirujanos presentes que, aunque nuestros edificios y equipos no eran lujosos, se había formado una alta opinión de nuestra facultad, porque había hallado en ella un elemento espiritual de gran valor para la profesión médica.

En tiempos pasados existieron las escuelas de los profetas entre el pueblo de Dios. La bendición de esas escuelas revelaban en cierta medida el valor de los profetas que las establecían. Cuando se miden los resultados prácticos y benéficos, ¿quién puede menos que reconocer la importancia del don de profecía en la iglesia remanente?

El valor de esta institución para la obra de la denominación y para los centenares de médicos y enfermeros cristianos que se están preparando para servir, constituye por lo tanto otro testimonio referente a la importancia de la profecía para la múltiple obra mundial que se está realizando en la proclamación del reino venidero.

No sólo instó la Sra. de White que se estableciera nuestra facultad de medicina, sino que mantuvo un profundo interés en su desarrollo durante los últimos años de su vida. Se deleitaba en visitar la institución y en

dirigirse a los alumnos y al cuerpo docente y les hablaba acerca de los principios que debían regir su obra. Sólo presentaremos una breve declaración de ella, en la cual expresa sus opiniones acerca del propósito con el cual se estableció la facultad. El 29 de agosto de 1911 escribió:

“Los estudiantes de Loma Linda están buscando una educación de acuerdo con la obra del Señor, una educación que les ayude a desarrollarse como maestros de éxito y obreros para los demás. Cuando completen su educación en Loma Linda, podrán salir y unirse a los obreros inteligentes de los grandes campos de la gran mies mundial, que están llevando a cabo la obra de la reforma que ha de preparar un pueblo que subsistirá en el día de la venida de Cristo.

“Muchos debieran procurar obtener la educación que los habilitará para combatir la enfermedad en sus diversas formas por los métodos más sencillos. Miles que podrían haber sido sanados por los métodos sencillos de tratamiento, han bajado a la tumba por causa del uso de las drogas. Los tratamientos hidroterápicos, sabia y hábilmente dados, pueden ser el medio de salvar muchas vidas. Unase el estudio diligente con los tratamientos cuidadosos. Ofrézanse oraciones de fe al lado de la cama de los enfermos. Estimúlese a los mismos enfermos a aferrarse a las promesas de Dios” (E. G. de White, MS 15, 1911).

La facultad de medicina, un punto estratégico

“En toda guerra ha habido importantes puntos estratégicos claves, por los cuales la batalla ruge con fuerza y furor. Un punto clave tal es nuestra facultad de médicos evangelistas. En la lucha para obtener la posesión de Loma Linda, y más tarde para recoger más de un millón de dólares con el fin de edificar y equipar la facultad de medicina, el enemigo ha sido derrotado, en cuanto se refiere al aspecto *material*. Pero

la batalla prosigue, y se nos asegura el triunfo únicamente en el grado en que el cuerpo docente, los alumnos y los ayudantes sean leales a los principios *espirituales* e ideales básicos que han sido presentados en los testimonios del Espíritu de Dios sobre los cuales descansa el corazón del concepto fundador de nuestra facultad de medicina”.⁽¹⁾

(1) Manuscrito leído en presencia de los delegados al congreso de la Asociación General, en Washington, D.C., el 1º de junio de 1909.

CAPITULO 33

LA CONFIANZA CONFIRMADA POR HECHOS PERSONALES

HEMOS probado los escritos y las enseñanzas de la Sra. de White, comparándolos con las grandes verdades fundamentales de la revelación, según se presentan en las Escrituras, y hemos encontrado que estaban en perfecta armonía con ellas. Hemos notado que ella reconocía a la iglesia como el cuerpo organizado de Cristo en la tierra. Hemos observado cómo sus mensajes impelieron a la iglesia para alcanzar su actual progreso. Confiamos en que el lector reflexivo y reverente reconocerá en los hechos que han sido presentados una dignidad magistral y una sabia dirección consonante con el aserto de que era guiada por una inteligencia superior al dirigir a la iglesia.

Entre las evidencias que deben presentarse para probar las pretensiones de la Sra. de White de poseer el don de profecía, nos quedan todavía por narrar ciertos incidentes ilustrativos de la obra práctica del don al guiar a la iglesia en su misión divina.

En otros libros o en artículos publicados en periódicos, pueden encontrarse muchos de los primeros incidentes ocurridos en la obra de la Sra. E. G. de White, incidentes mayormente personales, o que pertenecen principalmente a los primeros tiempos de su obra cuando la causa era comparativamente pequeña. Al relatar unas pocas de las muchas sorprendentes ilustraciones de la manifestación del don de profecía por in-

La Confianza Confirmada por Hechos Personales 417

termedio de la Sra. E. G. de White, me limitaré a ciertos asuntos importantes que cayeron bajo mi observación personal, y que ejercieron profunda influencia sobre importantes planes de la administración y el bienestar de la iglesia.

Mi conocimiento personal empezó en 1878

Al intentar este grande y sagrado esfuerzo, me siento obligado a hacer una declaración acerca de mi conocimiento personal de la Sra. Elena G. de White durante un período de veintitrés años en que nuestra respectiva situación en la obra nos imponía un trato mutuo.

Este conocimiento personal y este trato empezaron en el año 1878, cuando me iniciaba en el ministerio evangélico en el estado de Texas. En el otoño de ese año, la Sra. de White vino con su esposo a nuestro campo para asistir a un congreso general de los nuevos creyentes que se habían unido a nuestras filas.

Al final del congreso decidieron permanecer allí durante el invierno. Como estaban solos y su salud era precaria, se arregló que mi esposa y yo estuviésemos con ellos en la casa que habían alquilado, a fin de ayudarles. De esa manera llegamos a ser transitoriamente miembros de su familia. Mi esposa atendía los quehaceres de la casa, y yo ayudaba al pastor White en lo que tenía que escribir y en sus otras actividades. Esta fue para nosotros una oportunidad valiosa que no habíamos de olvidar. Permanecimos con ellos hasta que salieron de Texas en el verano siguiente.

En 1886, fui llamado a la obra ministerial en Australia. En el otoño de 1891, trece años después de mi primer trato con la Sra. de White, tuve el privilegio de saludar a ella y a sus acompañantes en el puerto de Sidney, y extenderles una bienvenida verdaderamente cordial.

Acepto la presidencia seguro del consejo

Algunas semanas más tarde fui elegido presidente de la Asociación Australiana recién organizada, y continué en ese cargo durante los nueve años que la Sra. de White residió en ese campo. Esta responsabilidad oficial me mantuvo en trato continuo con ella. Nuestro campo misionero era vasto. Nuestros problemas eran graves, y algunos de ellos nos dejaban muy perplejos. Me tocó promover las actividades de evangelización, dar consejos sobre la organización de iglesias y asociaciones, vigilar la edificación de capillas, e impulsar muchas otras fases de la obra.

Nuestros miembros aumentaban en forma animadora, y llegó a ser necesario establecer un colegio para la preparación de misioneros y también escuelas primarias para los hijos de nuestros creyentes. Se edificó luego un sanatorio para el tratamiento de los enfermos, y se estableció una fábrica de productos alimenticios.

Era joven y completamente inexperto en la mayoría de estas empresas. Como presidente, se me tenía más o menos por responsable de los progresos de todos esos proyectos. Yo necesitaba consejo y lo solicitaba a la Sra. de White en cada paso importante, y no quedaba chasqueado. También estuve íntimamente asociado en los trabajos administrativos y de la junta, con su hijo W. C. White. Su consejo me era de mucho valor. Se basaba en una experiencia mayor que la mía, y también en un conocimiento íntimo de los muchos mensajes de consejo que habían sido dados por intermedio de su madre durante los años pasados, al hacer frente a condiciones similares a las que estábamos enfrentando.

Huelga decir que casi nueve años de este trato me permitieron tener una clara percepción de la vida de la Sra. de White, y llegar a una conclusión bien madurada acerca de la legitimidad de su inspiración.

Una oportunidad sagrada

En 1900, volvimos todos a Estados Unidos, y en el verano asistimos al congreso de la Asociación General celebrado en Battle Creek, Michigan. En ese congreso, la Sra. de White dio muchos mensajes solemnes acerca de nuestra obra. Algunos fueron amonestaciones acerca de peligros que enfrentábamos; otros instaban a que se hicieran grandes progresos en las zonas de nuestro campo mundial donde no habíamos entrado aún. Otros pedían cambios importantes y mejoras en los métodos administrativos. De hecho, se requería nada menos que una completa reorganización.

Había bosquejado estos cambios revolucionarios, pero me quedé abrumado por un sentimiento de responsabilidad cuando inesperadamente fui llamado a la presidencia de la Asociación General. No podría haber consentido en aceptar el cargo, de no haber sido por la valiosa e inestimable experiencia que había adquirido bajo los consejos de la Sra. de White durante los años pasados en Australia. También me sentía animado por la perspectiva de que ella quedaría en el país y podría seguir teniendo su consejo como me lo había dado tan generosamente en el campo misionero.

Era inevitable que los elementos conservadores se alarmaran y desconcertaran al intentar efectuar los amplios cambios, especialmente de organización, que exigían los mensajes dados en el Congreso de la Asociación General. También era de esperar que en la distribución de las responsabilidades, a algunos de los que durante años habían ocupado puestos de grande importancia les resultara difícil renunciar a una parte del poder administrativo que durante tanto tiempo les había tocado. Añadida a estos factores de división, había una causa aún más grave de ansiedad en ciertas enseñanzas nuevas y subversivas que propagaban algunos hombres eminentes en el ministerio y otros puestos oficiales.

Después de dos años de gran perplejidad y creciente controversia con algunos de mis hermanos cuyo juicio difería del mío, llegamos al momento del Congreso General de 1903, con la perspectiva de tener que arros-trar debates de oposición sobre detalles de organización y de doctrinas. Había procurado fervientemente en todo lo posible, actuar en armonía con el consejo de la mensajera del Señor. Pero estábamos separados por tres mil kilómetros, y habían sido tantos los graves problemas que requerían acción inmediata, que con frecuencia no había habido tiempo ni oportunidad de conseguir que su consejo nos guiase tan a menudo como yo deseaba.

Un pacto solemne con Dios

En ese tiempo, estaba cansado y descorazonado frente a la perspectiva. Me sentí muy tentado de deponer mis responsabilidades de la dirección y a ir a algún país al otro lado del Atlántico, donde pudiera dedicar el resto de mi vida al sencillo ministerio evangélico. Pero no quería huir del deber ni actuar temerariamente. Dediqué el sábado anterior al congreso de Oakland, California, a ayunar y orar, a fin de conocer mi deber. Confiaba que así podría recibir luz del Señor.

Esa vivencia de la oración y sus efectos es tan personal y sagrada para mí, que me cuesta mucho darla a conocer. Me parece, sin embargo, apropiado relatarla aquí a causa de su profunda influencia sobre mis ulteriores relaciones con los problemas de la administración. También señaló el comienzo de una era importante de cordial aceptación del espíritu de profecía y de mi profundo interés en el asunto.

Se me dio la respuesta después de horas de agonizante oración en procura de una señal o evidencia de que era personalmente acepto para el Señor y que él me sostendría en el gran conflicto que me esperaba. El Señor se me acercó misericordiosamente, y me hizo una muy profunda impresión. Toda duda quedó elimi-

nada de mi mente. Sabía que no debía huir de la obra a la cual había sido llamado por mis hermanos, y que debía permanecer con ellos en mi puesto del deber. Quedé profundamente convencido de que debía ser tan fiel a los consejos del espíritu de profecía como la brújula al polo, que debía ponerme lealmente de parte de la sierva del Señor, sostener sus manos, e inducir a esta denominación a reconocer y a apreciar el don que el cielo le había enviado.

Tan distintamente como si hubiesen sido pronunciadas en forma audible, se grabaron en mi mente estas palabras como un mensaje del cielo: "Si te mantienes de parte de mi sierva ahora que su sol se pone en un cielo brillante, yo estaré de tu parte hasta la última hora del conflicto".

Prometí entonces solemnemente al Señor que sería fiel a su causa, que haría todo lo que estuviera en mi poder para impedir que se presentara en la denominación ninguna cosa que empañara la gloria del don inestimable de la sierva del Señor, a quien él ya había empleado durante tantos años.

Mi principal consejera terrenal

Al repasar los incidentes de los años que siguieron, no olvido la ayuda que recibí del Señor como respuesta directa a la oración en que le pedí sabiduría, valor y victoria. Tampoco olvido el gran servicio prestado por los miembros de la diversas juntas y directorios con los cuales estuve asociado. Pero más todavía, teníamos con frecuencia gran necesidad de la ayuda que Dios había predestinado a su iglesia por su mensajera a quien había impartido el don de profecía. Durante quince años de los veintiuno que duró mi presidencia de la Asociación General, la Sra. de White fue mi principal consejera terrenal. Mis responsabilidades fueron pesadas durante todo el tiempo. Mis peligros eran grandes.

Con frecuencia las perplejidades me abrumaban y me agobiaban.

Hasta casi el fin de su vida, en el año 1915, la Sra. de White continuó tomando una parte activa en los intereses mayores de la causa a la cual se había dedicado sin reserva durante setenta y un años. Los grandes problemas que sus mensajes me imponían, tanto respecto a Estados Unidos como a los países extranjeros, provocaron muchos mensajes de instrucción y amonestación, y a veces de reprensión necesaria.

En este año de nuestro Señor, 1935,* hace ya veinte años que la Sra. de White está descansando, mientras que yo he seguido luchando. Pude observar directamente su trabajo durante veintitrés años. Después de su muerte, he tenido veinte años adicionales para reflexionar y estudiar esa vida y sus frutos. Ahora, en mi edad proveya, con la obligación de expresar solamente la verdad sincera y sobriamente, puedo decir que es mi profunda convicción que la vida de la Sra. de White trasciende por mucho la vida de cualquier persona que yo haya conocido alguna vez o con la cual me haya relacionado. Era uniformemente apacible, alegre y valerosa. Nunca fue negligente, liviana o trivial en su conversación o manera de vivir. Fue la personificación del serio fervor en los asuntos del Reino. Ni una sola vez la oí jactarse del misericordioso don que Dios le había concedido, o de los resultados maravillosos de sus esfuerzos. Se regocijaba de los frutos, pero daba toda la gloria a Aquel que obraba por su medio.

Comprendo que éstas son serias declaraciones, pero provienen de la más profunda convicción y del más sano juicio del que soy capaz. Las hago dentro del marco solemne de mi última enfermedad, mientras afronto al Juez de toda la tierra, ante quien mi vida será examinada.

(*) Fecha de la primera impresión del libro en inglés.

Otro episodio mayor

Los capítulos anteriores han registrado algunas de las providencias maravillosas, sí, milagrosas que acompañaron ciertos mensajes divinos que provinieron de su pluma. Pero los incidentes relatados en aquellos capítulos no agotan los asuntos de primera magnitud en los cuales la voz profética guió a la denominación y a sus dirigentes, o los salvó de la desorientación. Pero los otros episodios importantes que no están registrados aquí acontecieron mayormente fuera del alcance de mi observación personal.

A guisa de ilustración aludiré tan sólo a uno de ellos. No me espaciaré en él aquí, porque ocurrió mientras yo estaba en Australia, y no fui por lo tanto observador personal o participante de él. En una gran crisis que se produjo acerca del principio de la justificación por la fe, a fines de la década de 1880 a 1890, y los dos o tres años siguientes, la mensajera del Señor estuvo casi sola de parte de los que presentaban este principio básico de la vida cristiana y le daban la preeminencia, entre la vacilación o la oposición activa de muchos. En el púlpito, delante de grandes congregaciones y en artículo tras artículo de la *Review and Herald*, la Sra. de White presentó claramente todo lo que entrañaba el asunto. Ningún otro conjunto de sus mensajes escritos me ha impresionado tan profundamente, ni ha influido tanto en mi vida ulterior, como aquellos mensajes inspirados de Dios. Cuadran perfectamente con la enseñanza de la Palabra y sostienen el testimonio de la verdad evangélica a través de los siglos. Este caso es tan sólo un ejemplo de una serie constante de asuntos vitales a los cuales hizo frente durante el tiempo abarcado por su testimonio.

CAPITULO 34

CREED EN EL DON DE PROFECIA

EL BIENESTAR de la iglesia en conjunto y de sus miembros individuales, está inseparablemente vinculado con su actitud de fe y atención a los profetas de Dios. Estos, como hemos visto, son los mensajeros escogidos por él, los portavoces que ha designado para su iglesia en la tierra. Como hemos demostrado también claramente, este plan de comunicación ha sido la uniforme y benéfica forma escogida por Dios para revelar su voluntad al hombre aun desde la separación ocasionada por el pecado. Por este medio aconseja, instruye, precave, suplica, y amonesta, según lo indiquen la necesidad, y el amor divino.

Las vicisitudes de la iglesia en todas las edades han sido medidas por su fidelidad o deslealtad al don de profecía, y su seguridad se ha medido por la manera en que respondió a esas instrucciones divinas. A través de los siglos que abarcan las eras patriarcal, mosaica y apostólica, hemos visto en acción esta regla inviolable, según se revela en las páginas de la Escritura Sagrada.

Luego, después de la muerte de los apóstoles, la trágica marcha de los sucesos empieza en la era cristiana, y está escrita con sangre y lágrimas, y manchada por los desvíos y la apostasía.

Trágica ha sido la suerte de aquellos que defendieron la fe primitiva. Odiados y vilipendiados, persegui-

dos y aislados, testificaron por la verdad. Pero de vez en cuando, se levantaron al llamamiento de Dios, profetas, hombres y mujeres, que denunciaron la iniquidad de los desleales. Estimularon la fidelidad de los leales, y guiaron y guardaron a los adherentes de la verdad a través de los penosos siglos.

Ahora en estos tiempos llamados divinamente "últimos días", el gran plan de la redención y el insensato curso de la especie humana se acercan a su culminación. De tal manera abunda la iniquidad entre los hombres, tan desafiante es la filosofía humana, tan rebelde es la desobediencia del hombre frente a Dios y las provisiones de la redención en este supremo conflicto entre el bien y el mal, que era imperativo que el don de profecía se manifestase en forma conspicua en las filas de la iglesia remanente.

Necesidad suprema en los postreros días

Si alguna vez en la carrera de la humanidad el hombre necesitó la dirección divina, es ciertamente en estos postreros días, cuando todas las fuerzas de la iniquidad se hallan sueltas para confundir y arruinar, cuando el mundo secular se ha vuelto materialista, y el mundo religioso se ha entregado a las enseñanzas modernistas. Si alguna vez en la historia la iglesia necesitó tener la dirección divina, fue en el momento de crisis del movimiento adventista, precisamente después de la desilusión de 1844, y durante las décadas que siguieron. Los asuntos en juego eran trascendentales, pero la dirección de Dios era adecuada.

El último conflicto se produce respecto de la fidelidad a Dios, y llega a su consumación en nuestro tiempo.

La ira de Satanás se encuentra sobre la iglesia remanente de Dios, supremo objeto del amor y dirección divinos. Esta iglesia se destacará finalmente como única defensora de la pisoteada ley de Dios en su relación

con los amplios medios provistos para la redención. No sólo es la iglesia en conjunto el objeto del ataque del maligno, sino que los miembros individuales también son acosados, porque mantienen la integridad de la ley y el Evangelio. Introduciendo la duda, la negligencia, la rebelión o el repudio, Satanás procura destruir la fidelidad individual a los consejos del don de profecía. De ahí que los tres grandes asuntos en juego en esa última hora estén tan claramente definidos por la inspiración, pero todos han quedado confundidos en las creencias y prácticas de las masas de la cristiandad.

Ahora, al terminar este libro, la cuestión de la relación individual y de la iglesia con el don dado por Dios resalta como algo de suprema importancia. Sean las palabras finales, por lo tanto, una súplica para que se reconozca y se escuche esta provisión divina para el consejo de la iglesia. Este consejo es una exhortación que la iglesia debe siempre tener presente y debe obedecer y practicar fielmente.

Escuchad los consejos celestiales

Observad, retrospectivamente, lo que este don ha significado para este pueblo a través de las décadas pasadas. Notad bien, cómo se ha hecho frente a una crisis tras otra, cómo se ha solucionado un problema tras otro. El tiempo ha vindicado los consejos celestiales en cada caso. Considerad, a guisa de impresionante comparación, los días de Israel en el tiempo de Moisés, y luego pensad en nuestros tiempos. Estas son las palabras de un caudillo de Israel:

"Yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal". "A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia; amando a Jehová tu Dios, atendiendo a su voz.

y siguiéndole a él; porque él es vida para ti, y prolongación de tus días" (Deut. 30: 15, 19, 20).

Comprendiendo que estaba por deponer sus responsabilidades, el anciano patriarca Moisés hacía su recomendación final al pueblo a quien había conducido durante cuarenta años, desde Egipto hasta los límites de la tierra prometida.

Tenía grandes esperanzas en el futuro de su amado pueblo. Pero conociendo, por larga experiencia sus fragilidades y debilidades en tiempos de tentación y pruebas, también albergaba graves temores de que tuvieran que arrostrar desastres y derrotas como nación. Reconociendo que su destino para bien o para mal dependía de la forma en que obedecieran las instrucciones enviadas por Dios, les presentó gráficamente y con muchos detalles las bendiciones temporales y espirituales que les tocarían si fueran obedientes, y las maldiciones que acompañarían a su desobediencia. (Véase Deut. 27, 28.)

El olvido de Israel

Después de haberle aconsejado que amara al Señor y obedeciera su voz, lo exhortó a escuchar los mensajes de consejo e instrucción que él le había entregado como mensajero de Dios. Fuera de los diez mandamientos, todas las leyes y testimonios y estatutos que les fueron dados, habían sido pronunciados por intermedio de Moisés. El hecho de que habían visto u oído solamente al instrumento humano, no disminuía de ninguna manera la culpa que tendrían si rechazaban esos requerimientos divinos. También es así con los hombres y las mujeres de todos los tiempos, no sólo con la generación a la cual se dirigió personalmente.

Moisés se ocupó de que esas solemnes amonestaciones fueran recordadas siempre. Los padres tenían que enseñarlas a sus hijos, hablando de ellas cuando estuvieran en casa, o cuando anduvieran de camino, como también a la hora del culto vespertino y matutino.

(Deut. 11: 19, 20.) Tenían que ser escritas como recuerdo en un libro, y colocadas al lado del arca. Cada séptimo año tenían que ser sacadas y leídas en público delante del concurso de peregrinos reunidos en la fiesta de las cabañas. Para esa solemne lectura de los escritos proféticos debían reunirse a hombres y mujeres, sin olvidar al extranjero que estaba dentro de sus puertas. Los niños que llegaban a la edad de la razón fueron mencionados especialmente. También habían de oír, y aprender a temer al Señor. (Véase Deut. 31: 9-13.)

En vista de que el Israel antiguo no supo recordar los solemnes mensajes que Dios había mandado por el mensajero escogido por él, ¿no deberíamos nosotros, "sobre quienes los fines de los siglos han parado" cuidar de que la instrucción que ha sido dada a la iglesia remanente sea recordada vívidamente?

El don de profecía es inseparable del movimiento

Sacando una lección moderna de las indicaciones de Moisés (Deut. 6: 20-25) en cuanto a repetir a los niños, cuando llegaran a la edad de hacer preguntas, las señales y los prodigios realizados en la liberación de Egipto, la Sra. de White escribió en 1882:

"He aquí principios que no hemos de considerar con indiferencia. Los que han visto la verdad y sentido su importancia, y han tenido experiencia en las cosas de Dios, deben enseñar la sana doctrina a sus hijos. Deben familiarizarlos en las grandes columnas de nuestra fe, las razones por las cuales somos adventistas del séptimo día, por qué somos llamados como lo fueron los hijos de Israel a ser un pueblo peculiar, una nación santa, separada y distinta de todos los demás pueblos de la faz de la tierra. Estas cosas deben ser explicadas a los niños en lenguaje sencillo, fácil de comprender; y al crecer ellos en años, las lecciones que se les impartan deben ser adecuadas a su creciente

capacidad, hasta que los fundamentos de la verdad hayan sido puestos en forma amplia y profunda" (*Testimonies for the Church*, tomo 5, pág. 330).

La historia del nacimiento de la nación de Israel, de su liberación de la cruel servidumbre y de su entrada final en Canaán, no podría haber sido relatada sin mencionar la obra de Moisés como profeta. Los mensajes recibidos del cielo por intermedio del gran profeta de aquel período estaban entretreídos con toda fase de la historia. Moisés era el portavoz de Jehová, que daba a conocer su voluntad, que los guiaba en su organización y sus movimientos, reprendía sus pecados y su rebelión, e intercedía por ellos como un padre.

Es igualmente imposible relatar a nuestros hijos "las razones por las cuales somos adventistas del séptimo día" sin familiarizarlos con la parte eminente desempeñada por el renovado don de profecía en la obra de echar un fundamento bíblico, y de edificar sobre él, de dirigir en los principios de la organización, de fomentar toda actividad cardinal del movimiento adventista, y de dar mensajes de consejo y reprensión, de esperanza y valor.

Es posible creer nominalmente en el don de profecía y aceptar los mensajes de los profetas anteriores y, sin embargo, rechazar y oponerse a la mensajera contemporánea escogida por Dios para dar instrucción a su pueblo. En los días de Cristo, las palabras de los antiguos profetas eran leídas cada sábado en las sinagogas y, sin embargo, los dirigentes espirituales rechazaron a Juan el Bautista, y crucificaron al Profeta que vino directamente del cielo, el mayor que haya aparecido jamás en la tierra. La razón por la cual cerraron sus oídos a los mensajeros celestiales, y también por la cual existe el moderno farisaísmo, queda bien presentada en estas palabras:

"En todas las épocas del mundo, el Señor ha dado reproches, reconvenções y corrección a su iglesia. Estas amonestaciones fueron despreciadas y rechazadas en

el tiempo de Cristo por los fariseos llenos de justicia propia, que aseveraban no necesitar tales reprensiones y que se los trataba injustamente. No quisieron recibir la Palabra que el Señor daba por medio de sus siervos, porque no agradaba a sus inclinaciones. Si el Señor diese, delante de esta clase de personas de nuestra época, una visión que señalase sus errores, reprendiese su propia justicia y condenase sus pecados, se levantarían en rebelión, como los habitantes de Nazaret cuando Cristo les mostró su verdadera condición". *Joyas de los Testimonios*, tomo 2, pág. 300).

Por qué son rechazados los testimonios

Porque Cristo reprendió los pecados específicos de su vida, los fariseos se sintieron inducidos a rechazar su aserto de ser el Hijo de Dios. Hay hoy día, como siempre lo hubo en lo pasado, una relación directa entre la conservación de algún pecado y una duda de los mensajes de los siervos escogidos del Señor.

"Muchos que han apostatado de la verdad lo atribuyen a su falta de fe en los testimonios. La investigación revela el hecho de que tienen algún hábito pecaminoso que Dios ha condenado por medio de los testimonios. La cuestión es saber ahora: ¿Renunciarán a su ídolo, condenado por Dios, o continuarán en su mala conducta, y rechazarán la luz que Dios les ha dado, al reprender las mismas cosas en las cuales se deleitan? La cuestión que deben determinar es: ¿Me negaré a mí mismo, y recibiré como de Dios los testimonios que reprenen mis pecados, o rechazaré los testimonios porque reprenen mis pecados?" (*Testimonies for the Church*, tomo 4, pág. 32).

En la primera parte de este libro se declara con plena evidencia, que al don de Cristo a nuestro mundo sigue en importancia el don de profecía, como el más precioso que Dios haya concedido a la iglesia. Por lo tanto es cierto que Satanás, el gran adversario de Dios y del hombre, sentirá intenso odio por la manifesta-

ción de ese don. El hecho de que la iglesia remanente lo posea nos es dado en las Escrituras como explicación de la ira del dragón contra ella. (Apoc. 12:17.) Sabiendo esto, no nos sorprenderemos de que los testimonios del Espíritu de Dios sean incesante y acerbamente atacados con los más sutiles argumentos del maligno.

El consejo a nuestro pueblo remanente

Os aconsejo a vosotros los que tenéis que hacer frente a las objeciones contra los requerimientos de los testimonios dados para el pueblo remanente que busquéis un equilibrio apropiado entre lo trivial y lo grande, entre lo que es difícil de comprender y lo que es claro. He aquí algunos principios muy claros:

"No necesitáis andar en incertidumbre y duda. Satanás está listo para sugerir una variedad de dudas; pero si queréis abrir vuestros ojos con fe, hallaréis suficiente evidencia para creer. Pero Dios no suprimirá nunca para el hombre toda causa de duda. Los que se deleitan en morar en la atmósfera de la duda, de la incredulidad, pueden tener ese privilegio poco envidiable. Dios da bastante evidencia para que la mente sincera pueda creer; pero el que se aparta del peso de la evidencia porque haya algunas pocas cosas que no resultan claras para su comprensión finita, será dejado en la atmósfera fría y helada de la incredulidad y de las dudas, y naufragará en la fe" (*Id.*, págs. 232, 233).

"Los que adiestran su mente para que dude de todo lo que pueda ponerse en duda y sugieren esos pensamientos a otras mentes, hallarán siempre ocasión de dudar. Pondrán en tela de juicio y criticarán todo lo que se presente en el desarrollo de la verdad; criticarán la obra y la actitud de los demás; censurarán todo ramo de la obra en el cual no tengan parte ellos mismos. Se alimentarán de los errores, equivocaciones y faltas ajenas, 'hasta que —dijo el ángel—, el Señor Je-

sús termine su obra de mediación en el santuario celestial, y se vista de las vestiduras de venganza y los sorprenda en su festín profano; y se encontrarán sin preparación para la cena de bodas del Cordero'. Su gusto se ha pervertido de tal manera que se sentirán inclinados a criticar aun la mesa del Señor en su reino" (*Joyas de los Testimonios*, tomo 2, págs. 300, 301).

Las palabras de Moisés, que vinculan la bendición con la obediencia, y el desastre con la desobediencia, eran una predicción. Fueron pronunciadas cuando Israel iniciaba su historia nacional. El futuro de la nación fue trazado relacionando la prosperidad y la obediencia, y el cautiverio final y la destrucción con la desobediencia persistente. La calamidad vino a Israel, que rechazó los consejos de todos sus profetas, antes que a Judá, cuyo día de condenación fue repetidas veces pospuesto debido a reformas ocasionales.

Una lección para nuestro tiempo

La lección no tiene menos significado para nuestro tiempo. Nuestro día de liberación ha sido postergado porque no hemos estado a la altura de la consagración sin reserva que piden los mensajes enviados a nosotros. Estamos todavía en este mundo perturbado porque no hemos avanzado con fe, sacrificio y fervor para terminar la obra de Dios en la tierra como nos ha instado muy solemnemente la sierva de Dios.

"Si el propósito de Dios de dar al mundo el mensaje de misericordia hubiese sido llevado a cabo por su pueblo, Cristo habría venido ya a la tierra, y los santos habrían recibido su bienvenida en la ciudad de Dios" (*Testimonios Selectos*, tomo 4, pág. 415).

"Si cada soldado de Cristo hubiese cumplido con su deber, si cada centinela puesto sobre los muros de Sion hubiese tocado la trompeta, el mundo habría oído el mensaje de amonestación. Mas la obra se halla con años de atraso. Entretanto que los hombres dormían, Satanás se nos ha adelantado" (*Id.*, tomo 5, pág. 145).

No hay nada que pueda impresionar tal vez tanto nuestro corazón como estas palabras solemnes. La venida del Señor por la cual hemos orado y trabajado durante tantos años, podría ser ya un hecho cumplido, y haber recibido el pueblo de Dios su recompensa, si hubiésemos vivido a la altura de los altos privilegios y responsabilidades que nos tocan por el favor de Dios.

"Creed a sus profetas"

Por las palabras de la Escritura, Dios nos ha dado toda verdad salvadora y esencial. Ha preservado maravillosamente esa Palabra, y ha multiplicado de tal manera los ejemplares de ella que ahora cada uno puede tenerla. Las características de nuestros días están bosquejadas en esa Palabra. Los testimonios del Espíritu de Dios, tal como fueron dados a la iglesia remanente, están en armonía con esa Palabra, y nos conducen a ella. Pero en ellos se halla la riqueza de detalles que necesitan aquellos que deberán resistir las asechanzas sutiles y supremas de Satanás, y perfeccionar el carácter propio de los que han de ser trasladados. Como el telescopio revela, pero no crea, los detalles que no se perciben a simple vista, así también la lectura de los mensajes a nosotros enviados no añade, sino que magnifica las cosas contenidas en la eterna Palabra de Dios.

Mientras estudiemos con oración y diligencia el consejo y la instrucción que Dios ha dado tan misericordiosamente a su iglesia remanente, poniendo nuestra vida en conformidad con la norma de carácter revelada allí, y luchando diligentemente para terminar la obra a nosotros confiada, demostraremos así que estamos esperando y apresurándonos "para la venida del día de Dios" (2 Ped. 3: 12).

"Creed en Jehová vuestro Dios, y estaréis seguros; creed en sus profetas, y seréis prosperados" (2 Cr. 20: 20).

